

Pinceladas.
Desde China con amor

La Asociación Católica de Propagandistas (ACdP), fundada en 1909, es una agrupación de seculares católicos con personalidad jurídica eclesiástica y civil, cuyo carisma se orienta al apostolado católico, formando e instando a sus miembros para que tomen parte activa en la vida pública y sirviendo de nexo de unión de los católicos. El propagandista antepone su compromiso cristiano y su afán de testimonio evangélico a cualesquiera otras consideraciones e intereses, adoptando actitudes inequívocas en favor de la verdad y la justicia y en defensa de la persona humana.

ASOCIACIÓN CATÓLICA DE PROPAGANDISTAS

**Pinceladas.
Desde China con amor**

P. Daniel Cerezo Ruiz, (mccj)



Este libro está impreso íntegramente en papel certificado FSC® (papel extraído de explotaciones de bosques sostenibles). El uso de este papel refleja nuestro compromiso con el medio ambiente.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Esta editorial es miembro de UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional.

Pinceladas. Desde China con amor

© 2021, de los textos, P. Daniel Cerezo Ruiz
© 2021, de la edición, Asociación Católica de Propagandistas

CEU Ediciones
Julián Romea 18, 28003 Madrid
Teléfono: 91 514 05 73, fax: 91 514 04 30
Correo electrónico: ceuediciones@ceu.es
www.ceuediciones.es

Maquetación y Cubierta: Andrea Nieto Alonso (CEU Ediciones)
Ilustración de cubierta: cuadro *Ntra. Sra. de los Buenos Libros*, del pintor chino Yao Sen (ver p. 343)

ISBN: 978-84-18463-77-8
Depósito legal: M-27838-2021

Imprime: Forletter, S. A.
Impreso en España | Printed in Spain

Índice

PARTE 1. Pinceladas. Desde China con amor.....11

Presentación.....	13
1. Por una botella de vino	17
2. Un etcétera de personas.....	21
3. El «todo» del cerdito	25
4. Talante Salmonero.....	29
5. La serpiente china	33
6. La tortuga del emperador	37
7. La rueda de repuesto.....	41
8. La flor de loto	45
9. 2012: Año del Dragón.....	49
10. El <i>Kang</i> chino.....	53
11. La carnicería de la esquina	57
12. La Pascua china	61
13. ¡Como pez en la pecera!	65
14. El Orfanato de Betania	69
15. El circo pekinés.....	73
16. La resaca del viaje.....	77
17. La marabunta oriental	81
18. Contra el estrés... bambú.....	85
19. Por no haber sitio	89
20. ¡El trece de la suerte!.....	93
21. Desde mi celda	97
22. Evangelizar desde el 13º piso.....	101

23. De peldaños y más peldaños.....	105
24. La bolsa de mano.....	109
25. El Corazón de la misión	113
26. La vecina del 12	117
27. ¡Ufff!	121
28. La partida de parchís.....	125
29. La salud comienza por los pies	129
30. Pirómano y jefe de bomberos.....	133
31. El orfanato de Río Abajo	137
32. El <i>Yaodong</i> del señor Zhang	141

PARTE 2. Pinceladas II. Desde China con amor145

1. El Toque mágico	147
2. Llamativas y ostentosas	151
3. Cuando la noche es luz	155
4. El jade chino	159
5. Un plato de 1.100 ingredientes.....	163
6. ¡Prohibido ver al hijo ordenarse sacerdote!.....	167
7. La muralla sobre la ruta	171
8. Entre un «hola» y un «adiós»	175
9. ¡Lea la Biblia, señor presidente!.....	179
10. Dragones en la propia casa.....	183
11. Sin tacones, pero de puntillas.....	187
12. La Ruta de la Seda.....	191
13. Los kilómetros de cada día	195
14. De visita médica con la carretilla	199
15. Por exigencias del guion	203
16. Peregrinación a Xin Yue.....	207

17. Elogio de la incertidumbre	211
18. Los okupas rojos del seminario mayor de Kaifeng	215
19. De Escuela comunista a Casa de Retiro.....	219
20. Misericordia en la China rural.....	223
21. La Hermana rutina	227
22. Macau, sala de espera	231
23. La peonía y el carnicero	235
24. Jesucristo pisa tierra china por primera vez.....	239
25. La Revolución Cultural, una década para olvidar.....	243
26. La tumba de San Francisco Javier, en China	247
27. ¡Se alquila extranjero!.....	251
28. Ni a las piedras dan un respiro	255
29. Quemarse vivo por una causa: El Tíbet	259
30. Herodes amenaza a la Galilea de china.....	263
31. Profesión temporal y perpetua en 15 minutos.....	267
32. Provisional y con cola.....	271
33. El tamborilero de Pekín	275
34. Navidad en Betania	279
35. De rollitos, escorpiones... y otras hierbas	283
36. David versus Goliat	287
37. ¡Se busca!.....	291
38. Ministerio del fracaso.....	295
39. Y, ¿el pastor?.....	301
40. La policía llama a la puerta.....	305
41. ¿Lo mejor? La compañía.....	309

PARTE 3. Anexo fotográfico313



PARTE 1

**Pinceladas.
Desde China con amor**

Presentación

Es un honor para mí presentar al P. Daniel Cerezo, conocido en China como P. Xie. Y también escribir unas breves notas sobre este magnífico libro, *Pinceladas. Desde China con Amor*.

Ya el título mucho nos dice como mensaje de fraternidad. Conozco al P. Xie, le respeto y quiero, sobre todo, porque su labor misionera no puede quedar en silencio.

Sé muy bien, que por su modestia, lo que voy a escribir, no le podrá del todo gustar; pero la verdad no debe quedar oculta, por una sencilla razón: el tiempo y la verdad forman el matrimonio mejor avenidos del mundo.

Como es tradicional, en una presentación, hay que destacar la biografía del autor, semblanza en este caso mejor, y comentar algo sobre el contenido de la obra.

Hablemos primero de su vida y de su labor apostólica. Daniel Cerezo nace en la provincia de Burgos en 1955. Estudia en el Seminario Diocesano de aquella ciudad. A la edad de 23 años ingresa en los Misioneros Combonianos donde hace los votos temporales el 3 de junio de 1979. Después de realizar el noviciado, es destinado a Uganda, donde acaba sus estudios de teología y es ordenado diácono el 13 de mayo de 1981. Festividad de Nuestra Señora de Fátima. Vuelve a España y se ordena sacerdote el 29 de agosto de 1991, día de Nuestra Señora del Mar, Patrona de Almería, que mirando a África está. Tierra muy amada por el P. Xie.

Vuelve a Uganda y trabaja con el grupo étnico Acholi, del norte de la nación. Después de casi cinco años es destinado a España, para dedicarse a la formación en el seminario de los Misioneros Combonianos de Saldaña (Palencia). Pasados seis años es destinado a Macau. Y al finalizar los estudios del chino cantonés, en Hong Kong, trabaja en la parroquia de San Lázaro de Macau durante cuatro años y, posteriormente, en la nueva parroquia de San José Obrero.

Desde 1996 colaboró con el Secretariado dos Servicios Diocesanos de Macau de cara a China, donde se llevaron a cabo proyectos sociales con los más marginados de la sociedad. Ha trabajado también cuatro años en

Taipéi. El P. Xie colabora en el mundo chino en varios campos, entre ellos el de la formación y, especialmente, lo social.

El contenido de esta obra es el fruto de una serie de Pinceladas, que el P. Xie, como una forma más de apostolado, nos envía desde China, mensualmente, a un grupo de amigos, entre los que tengo el privilegio de contarme. Y la verdad es que siempre las esperamos con ansiedad. En ellas, aparte de sus vivencias personales, tan enriquecedoras, nos hacen meditar. Como verá el lector, nos ilustran sobre la vida, historia y costumbres chinas. Todo ello está escrito con un estilo sencillo y claro, azoriniano, donde no faltan las notas de humor, como reflejo de su inteligencia, que siempre la ironía es prueba de que lo es. Pero, por encima de todo, estas Pinceladas contienen gran dosis de labor misionera, y todo ello en un entorno donde la vida no es fácil. Al contrario, y lo estamos viendo, el control de la autoridad es férrea con los cristianos; las persecuciones están al orden del día, y los encarcelamientos igual. Pero, lo más triste son los asesinatos frecuentes por defender la Fe. De todo ello tratan también estas Pinceladas de amor.

Por esto, por la lectura del libro, el lector fácilmente podrá captar y valorar la grandeza de este misionero sin par. Los misioneros, como el P. Xie, abandonan su familia y su patria para llevar el Evangelio y la fe, a tantos que no han recibido esa gracia, regalo de Dios. Y lo hacen con la alegría de saber que Jesús está vivo en cada ser, y con una esperanza y amor que no pueden contener.

Los misioneros tienen un papel fundamental en la historia de la Iglesia, marcado por el amor y la generosidad, sin límites. Arriesgan su vida porque quieren ser testigos de la Verdad. Ellos, además cumplen, hacen realidad, los anhelos del Papa Francisco, de «salir a las Periferias a buscar a la gente, a conocer a las personas por sus nombres». Y esa es su misión primordial: salir a anunciar el Evangelio a todas las gentes, como lo hizo San Pablo, patrón de los Propagandistas.

Y esa misión la llevan a cabo los misioneros con una palabra, que mucho agrada al Papa Francisco: Encuentro. La cultura del Encuentro es importante para que las personas, las familias y los pueblos vayan adelante.

Los misioneros siguen también las directrices del Papa Francisco para con los inmigrante. Y si tienen que emigrar, que se les acoja con calor y

hospitalidad, que la dignidad no es solo propia de una clase de personas. «Hay que pasar, remacha el Papa, de una cultura del rechazo a una cultura del encuentro». Y son los misioneros y la Iglesia los primeros en ocuparse de ellos, de sus necesidades más apremiantes como en estos días los estamos viendo, gracias a Cáritas. «La Iglesia, en palabras del Papa Francisco, está llamada a ser Pueblo de Dios que abarca a todos los pueblos». Y esa es la misión, que con tanto amor y riesgo para su vida, lleva a cabo todos los días el P. Xie. Y siempre atendiendo, en primer lugar, a los más necesitados. Lo social es para él lo primordial, como lo fue para el P. Ángel Ayala y el cardenal Herrera Oria, fundadores de la ACdP.

Y quiero finalizar estas notas, destacando el enorme cariño que el P. Daniel Cerezo profesa a la ACdP. Su origen estuvo en una invitación que nuestro Consiliario, el P. Gerardo del Pozo, muy amigo del misionero, le hizo para que impartiera, en el año 2009, una tanda de Ejercicios Espirituales a los Propagandistas.

A todos los asistentes les marcaron, y, desde entonces, profesan al P. Xie un afecto especial. Y, entre todos ellos, destacaré, como dice Paco Rico por las Niñas del P. Ayala, a Marta Carmona y a Maite Gómez López; y, por los propagandistas, a Juan Luis Jarillo y a Ezequiel Puig-Maestro Amado, que en su último viaje a España del P. Xie, han compartido mesa y mantel con él, en casa del profesor Francisco Rico Pérez, y un servidor. En aquella tarde noche, inolvidable, gracias a la hospitalidad de Paco Rico, surgió la idea de este libro que, entre todos, le dimos título: *Pinceladas. Desde China con Amor*.

Pero, lo más importante, es que el cariño que el P. Daniel Cerezo profesa a la ACdP y a los propagandistas, se refleja en las oraciones y misas pidiendo por todos nosotros. Y eso debemos de hacer, intentar corresponderle con oraciones también.

Y con este libro que, con cariño, le llegará, desde la ACdP a China, a su sagrada y valerosa misión.

Alabado sea Dios, que le estará bendiciendo cada día por su gran Amor.

Antonio Rendón-Luna
Secretario General de la ACdP

Capítulo 1

POR UNA BOTELLA DE VINO

Todo empezó un 15 de junio de 2011. La epopeya del viaje misionero de vuelta a Oriente tuvo sus momentos imprevisibles. No son momentos que deciden los derroteros del mundo, pero en el archivo de la vida de uno tienen sus implicaciones, resonancias y alegrías. Era la fecha de vuelta a la misión de China y a las 6:45 de la mañana ya estaba bajando las maletas, una grande y otra de mano, desde mi habitación hasta la planta baja de la casa de los Combonianos, en Madrid, desde donde partiré para el aeropuerto. Paso por la capilla y de mi boca no sale otra palabra que no sea ¡Gracias!

Me resultaba todavía raro creer que dentro de unas horas estaría pisando tierra china. Siempre que vuelvo a la misión o retorno al propio país, emerge en mi interior algo así como si lo que está sucediendo no fuera real. Tal es el impacto de la itinerancia misionera. Es un momento difícil de explicar, una especie de mezcla entre fascinante y desconcertante, pero siempre muy lleno de algo que desborda lo humano y cuya presencia de Dios –así lo leo yo– se me antoja bastante absorbente. Me resulta curioso, en esos momentos de la partida, ver que es un momento fuerte e inequívoco de la ratificación de la vocación misionera.

Pero, aun así, percibo que ni siquiera la evidencia de los acontecimientos, como es el hacer la maleta, despedirse de la madre, la familia y los amigos o subir al avión, cosas tan evidentes, sin embargo, me dejan flecos de si lo que está sucediendo es real o más bien algo parecido a un sueño de ojos abiertos. ¡Son momentos para dar espacio a la admiración de todo aquello que sucede a mi alrededor, y constato en esos momentos que la realidad y los acontecimientos me sobrepasan.

Por la mañana me levanté pronto para colocar el ordenador en la maleta, ya que solo me permiten una con 20 kilos y otra de mano de 5 kilos. En el aeropuerto, la cola del avión con vuelo nº CA 908 Madrid-Beijing, estaba llena de ciudadanos chinos que volvían a su país. Yo era una de esas rarezas, sobre todo para los muchos niños que llenarían el avión en brazos de sus madres. Fui, de buenas a primeras, un poco centro de atención de las miradas de

bastantes niños chinos dentro del avión. ¡Vaya concierto que tuvimos en el viaje! Mi maleta pesaba 30 kilos y la pequeña 10. Me excedía de peso, aunque me decía a mí mismo que no llevaba casi nada, solo lo imprescindible.

La azafata encargada de facturar el equipaje, al ver lo que yo llevaba y una vez pesado el equipaje, me dijo muy amablemente: «Su equipaje sobrepasa con mucho el peso permitido». Tenía razón. a dije que iba a China por unos años. Y cuando esperaba que me dijera que tenía que pagar el exceso (40 Euros por kilo) porque son muy estrictos, oí de su boca decir que esta vez me lo pasaba. Me alegró escuchar esas palabras. Debo confesar que ha sido una de las veces que más complicado se me hizo preparar la maleta. Eso de ir ligero de equipaje se rebelaba contra ese otro deseo de tener que dejar las pequeñas cosas que han ocupado una parcela de mi corazón, cada una con su pequeña o gran historia detrás, y que tuve que dejar detrás de mí, en Madrid. Así, ya veis cómo iba de cargado. Cuánto más tiempo se está en un lugar, las raíces van creciendo y el apego a las cosas también. Me decía a mí mismo: «Ahora te das cuenta que al fin y al cabo necesario sólo es Él». Pero al final, la azafata me dijo: «Esta vez se lo permito, pero que sea la última».

Paso el chequeo policial del aeropuerto sin problemas y me dirijo a comprar un par de botellas de vino en el *duty free* para llevar a las dos comunidades de Macau. Le pido el recibo al dependiente y las coloco en una bolsa de plástico que llevaba, de lo contrario tendría que pagar por la bolsa. ¡En qué hora haría eso! Con puntualidad meridiana, a las 11:25 despegó el avión con viajeros de nacionalidad china en su mayoría. El viaje Madrid-Beijing es largo, unas once horas y media. Resulta un poco pesado, pero bien. Llego a la capital después de haber sobrevolado por Rusia, Siberia y luego bajando hacia la capital, Beijing, donde llovía. Llegamos a las 4:30 de la madrugada.

Tengo que hacer trasbordo y coger otro avión que me llevará a Macau. Todavía no han abierto el departamento de conexiones con los vuelos internacionales. Me toca esperar una hora, hasta las seis de la mañana, un «tiempo muerto» como dicen en baloncesto y que oí de labios de mi amigo Francisco Río Pérez. Este «tiempo muerto» me da la oportunidad de pasear un poco para desentumecer las piernas. Pero el silencio de la mañana y la poca gente que pasa me dan la oportunidad para orar. Ya en

el avión, en lo alto, como si tuviera un toque psicológico de más cercanía a Dios, os había recordado a todos, allí en las alturas. Ahora lo hago aquí en el silencio de un lugar llamado a ser nido de muchedumbres, como es un aeropuerto, pero este «tiempo muerto» me pone más cerca de Dios.

A las seis consigo el billete para volar a Macau. En el puesto de policía, todavía tienen una especie de cámara que mide la temperatura de la gente que pasa, al menos los pasajeros de viajes internacionales. Seguidamente, pasé la aduana china, me estamparon el sello en el pasaporte y en el chequeo del equipaje de mano donde llevaba las dos botellas de vino que había comprado en el aeropuerto de Madrid. Pensé que no habría problemas, pero un oficial me indica que le siga a una oficina donde, querarlo sin querer, me encuentro delante de la jefa de la policía del aeropuerto, encargada de decidir sobre las cosas prohibidas que no se pueden llevar en los aviones.

Mientras explico a la oficial (muy joven, por cierto) en inglés que el contenido del equipaje lo había comprado en el aeropuerto de Madrid, me pide el recibo. La oficial ve y revé mi recibo y me dice que no lo he comprado en *duty free* y que lo tengo que dejar allí ya que no estoy autorizado a llevarlo conmigo en el avión a Macau. Entonces paso a utilizar el mandarín porque presumía que la cosa se complicaba. No estaba dispuesto a dejar esas dos botellas en sus manos por nada del mundo. Me dice que no llevaba la bolsa de plástico donde está escrito *duty free* y que el recibo tampoco lo prueba. Me dice que no tengo ninguna prueba y que no puedo pasar las dos preciadas botellas. Y la verdad es que tenía razón porque en Madrid me habían dado un recibo, pero no ponía ni *duty free* ni nada semejante, ni en la bolsa de plástico tampoco.

Ya llevábamos discutiendo unos quince minutos cuando la oficial de la policía hace una llamada telefónica. Seguimos discutiendo. Yo, por mi parte, no puedo ceder, porque estoy diciendo la verdad. También veo su punto de vista y las razones que esgrime. ¿Dónde acabará la cosa? Vuelve a hacer otra llamada telefónica, y por fin me dice que puedo pasarlas. ¡Vaya alivio! Y así concluyo esta primera crónica de la vuelta a oriente, siendo «emperador» rojo Hu Jintao y en el Año Chino de la liebre.

Ya he palpado con evidencia incuestionable que para el que sale de su país, la lengua y la comida son dos elementos clave. Los chinos siempre dan una importancia notable a la comida. Yo digo que para llegar al

corazón hay que hacerlo a través del estómago. Pero creo que no son los únicos. Los *noodles* o fideos chinos juntos con el arroz fueron la parte esencial de las dos comidas que nos sirvieron en el avión. ¡Cuánto tiempo hacía que no los probaba!

Mientras estoy embelesado en poner por escrito, a bote pronto, estas líneas, veo en la pantalla que han cambiado la puerta de embarque. Se trata de la puerta nº 33 que dará acceso al vuelo nº CA 3601 que me llevará a Macau. El aeropuerto de Beijing es casi nuevo ya que se inauguró con motivo de las Olimpiadas, en el año 2008. Me recuerda a la T4 de Madrid-Barajas, al menos en su estructura. Veo que los precios de los artículos y chismes que venden en el aeropuerto han subido como la espuma. China sigue progresando y cada vez que se vuelve por aquí, hay tantos cambios... Espero que alguna vez también afecten esos cambios a la situación de la Iglesia en China y a las condiciones de control y persecución que le impone el gobierno.

Capítulo 2

UN ETCÉTERA DE PERSONAS

El domingo pasado sentí el primer terremoto en Taipéi. Bueno, lo de los terremotos es casi una rutina en Taipéi y la gente está acostumbrada a ellos. No fue fuerte, solo del grado 2 de la escala de Richter. Esta vez, no me moví de la silla donde estaba sentado. Las carambolas de la vida me dan sorpresas inesperadas incluso en el mundo chino.

El *Corpus Christi* se celebraba en la parroquia de San José Obrero, de los Combonianos, situada en el norte de Macau, cerca de la frontera con la China continental. Allí no se ven casinos ni turistas. Pero todo tiene sus ventajas. He notado en las dos semanas que estuve en Macau, que en esta zona norte solía haber muchedumbres de obreros emigrantes de diferentes partes de China. Hoy, me da la impresión que hay menos. Aunque esta zona estuviera considerada como la de más densidad de población por metro cuadrado del mundo. Las fábricas que había en la zona hace seis años han sido trasladadas a China, a la vecina zona de Zhuhai, aunque así hay menos contaminación.

Pues a lo que iba. El día del *Corpus*, justo antes de la eucaristía que tenía que presidir, me di cuenta que estaba preparando otras lecturas que no correspondían a la fiesta, en concreto las del domingo XIII del tiempo ordinario. Yo había preparado las lecturas de la fiesta del *Corpus*. Pero me llamó poderosamente la atención la primera lectura sobre el profeta Eliseo (1 Reyes 4, 8-16) porque coincidía con lo que venía reflexionando de un tiempo a esta parte, en las pocas semanas que llevo en el extremo oriente.

El profeta Eliseo haciendo su trabajo de portavoz de Dios en el mundo en que vivía, pasaba muy a menudo por una ciudad prospera y cuyos ciudadanos eran ricos. Un día una familia le hospeda en su casa y así comienza una amistad fuerte con la misma. La mujer de la familia le ayuda a Eliseo dándole hospedaje. Otro día vuelve a pasar por la ciudad y se queda como huésped en la casa de la familia, con la sorpresa de que la familia decide construirle una habitación para él en el piso superior de la casa. En ella colocan una

mesa, una cama, una silla y una lámpara. Cuando Eliseo vuelve a la ciudad se hospeda allí como si fuera su casa. La familia podría haberle dado dinero y que continuase su camino sin importarles más lo que hacía, pero no fue así.

Le acogieron en casa como a un miembro más de la familia. Esto era mucho más que la simple ayuda económica. Significaba la aprobación total, por parte de la familia, de la vida del profeta y el deseo de participar de alguna forma en su misión. El gesto de la mujer agradó a Dios que le concedió la alegría de ser madre. El pasaje bíblico me recordaba la abundancia de bendiciones que Dios reserva a aquellos que colaboran con quienes anuncian su Palabra.

Meditaba esta lectura en el momento único y siempre irrepetible de la vuelta a la misión. Eliseo representa a todos aquellos que abandonan su tierra, su familia y una vida más o menos tranquila para ponerse al servicio de la proclamación de la Palabra de Dios. Como Eliseo, el misionero no solo necesita la solidaridad económica, sino también que alguien le entienda, comparta y aprecie la obra que realiza y se sienta parte de su misión que es la que Dios ha puesto en sus manos.

He reflexionado al respecto y no puedo por menos de dar gracias a Dios porque a quienes se dirigen estas «Pinceladas chinas» me habéis dado vuestro espacio y vuestro tiempo, además de vuestra solidaridad económica en la misión que Dios ha puesto en mis manos de misionero, pero en la cual estáis incluidos todos vosotros. Al leer la lectura sobre Eliseo y aquella familia, surge de mi corazón un ¡GRACIAS!, sobre todo por haberme dado ese espacio inmenso y sin límites que es vuestro corazón, un corazón que sintoniza con la misión, a través del recuerdo, la oración y de los contactos a través de los hilos digitales de la electrónica.

He percibido en mis encuentros con vosotros, como en el caso de Eliseo con aquella familia, que la misión os importa. Manifiesta también que os sentís conmigo en la misma barca, sea en la proa o en la popa. Al final, lo que importa es ser conscientes de que viajamos en la misma barca, viajando por esos surcos, siempre imprevisibles, de la misión. Así percibo de corazón que también vosotros continuáis la misión de Jesús, desde ahí donde estáis y que pertenecéis con pleno derecho a la gran familia misionera de la Iglesia.

Vuestro interés y sensibilidad hacia la misión de China muestra el aprecio de la tarea que, con el Espíritu del Señor, llevamos adelante y de la cual

vosotros participáis de modos tan variados. A Dios le agradan esos gestos de cercanía, de recuerdo, de colaboración, de simpatizar y de vibrar con el misionero. Son gestos llenos de fe, de compromiso y de sintonía en algo que sentimos en común: la misión.

Aquí, en el mundo chino, también hay personas, como la familia que construye a Eliseo la habitación en lo alto de la casa. Me he encontrado con tantas a la vuelta a la misión en el lejano oriente. Por ejemplo, la señora Gwan, en Macau. A mi vuelta, la he encontrado en silla de ruedas, ya en su vejez, pero que siempre fue un ejemplo de cercanía a la misión a través de su oración y aprecio. O del P. Mok, todavía con buen temple, aunque los achaques de la vejez no los puede disimular, después de tantos viajes solidarios y misioneros en favor de los más marginados de la sociedad china. Y llegado a Taiwán, menciono los nombres de Zhang, Jia, Suen, Feng, Shao y un largo etcétera de personas que colabora en el proyecto comboniano de *Fen Xiang* (Compartir) y cuya finalidad es la colaboración con la Iglesia en China, tanto en la formación espiritual como en su versión social, trabajando con los grupos marginados de la sociedad china: huérfanos, niños afectados de Sida, niños pobres de las zonas rurales que no pueden asistir a la escuela por falta de medios económicos, etc.

A la vuelta a Taiwán, donde voy a estar tres meses para refrescar el chino-mandarín y preparar materiales para el futuro trabajo en China, he visto destellos de la familia que acoge a Eliseo. La Palabra, siempre viva y eficaz, se hace presente una vez más. ¡Dichosos los ojos que pueden verlo! Son reflejos plasmados en rostros que aúnan esfuerzos con la tarea del misionero, haciéndose así ellos mismos, misioneros.

Dicen que cuando se estudia el chino hacen falta tres cosas. La primera paciencia, la segunda paciencia y la tercera, para variar, paciencia. Contemplo todo esto y me digo a mí mismo que el tiempo, las energías, lo que tengo y lo que soy lo dedico a la misión. El estudio de la lengua no es una preparación para la evangelización, sino el modo más genuino de evangelización. Con resultados lentos y con la paciencia diaria, intento dar muestras suficientes de amor al pueblo al que Dios me envía a compartir la Palabra de Dios en su propia lengua que esta vez me interpela a través del profeta Eliseo.

Capítulo 3

EL «TODO» DEL CERDITO

Celebraré la fiesta del Domund 2012 y su preparación aquí en Macau, donde llegué el tres de octubre, después de dar por concluida mi estancia de tres meses en Taipéi. No sé si habréis echado una ojeada al mensaje de la Jornada Mundial de las Misiones que se celebra en este mes de octubre. Si lo haces, descubrirás que hay una palabra que se repite como unas 17 veces. ¿Qué habrá querido decirnos el Papa con esa palabra tan repetitiva? Y, ¿qué palabra es esa?

Cuando se repite una cosa es porque no se entiende y hay que repetirlo para captar mejor su mensaje, o porque se quiere subrayar la importancia del asunto que nos trae entre manos, y así darle énfasis captando la atención del público. Yo creo que la finalidad de tan repetitiva palabra sale al encuentro de ambas lagunas.

Mientras leía el mensaje, me vino a la mente la historia del cumpleaños del granjero que se celebraba anualmente en la granja y cuya preparación los animales de la misma esperaban con cierta ansiedad. Aquel año tocó el turno a la vaca, la gallina y el cerdito obsequiar al granjero con un regalo comúnmente aceptado por todos los animales de la granja. Se reunieron los mismos en sesión especial para escuchar las propuestas de los tres afortunados de aquel año. Comenzó la vaca saliendo al escenario donde todos los animales estaban reunidos y dijo que un buen regalo para el granjero era un vaso de leche para su desayuno. Hubo aplausos unánimes por parte de todos los animales allí congregados. Asimismo, la gallina subió al escenario y se dirigió a todos diciendo que regalaría unos huevos, buen complemento para el vaso de leche. De nuevo aplausos.

Le tocaba ahora el turno al cerdito que renqueante y cabizbajo subió al escenario. No le salían las palabras y los animales empezaban a ponerse nerviosos y a increparle su tardanza en revelar su regalo. A un cierto momento y un tanto nervioso mandó callar a todos los animales y les inculminó que para la vaca y la gallina sus regalos no suponían gran cosa, pero

que, para él regalar un par de filetes al granjero, como muchos de ellos parecían insinuar, suponía todo, es decir su propia vida, no un pequeñito esfuerzo como el de la gallina o la vaca.

Esa palabra repetitiva del Mensaje es «todo». Al hablar así, el Papa nos exhorta a dejarnos impregnar totalmente por el espíritu misionero que ha de acompañar la vida de todo cristiano. El mensaje nos recuerda que los destinatarios de la misión «son todos los pueblos», «que el trabajo misionero ha de realizarse con todas nuestras energías», «que es corresponsabilidad de todos, que implica a todos los bautizados», «que en ello están implicadas todas las actividades de la Iglesia y de un modo constante» y «que hay que llevar a todos a Cristo». Como veis, la palabra todo se muestra repetitiva sobre todo al poner las condiciones del seguimiento, subrayando así su importancia.

Decía Von Balthasar, un teólogo protestante que murió testimoniando su fe a manos de los nazis:

Antes de que te des perfecta cuenta, Dios te coge por entero y ya estás preso. Si te dejas coger, estás perdido, pues no hay fronteras hacia arriba. Sé previsor: el hombre ha sido creado para la medida y el límite, y sólo en lo limitado encuentra descanso y felicidad; pero Dios no conoce la medida. Es un seductor de corazones.

Así lo vemos en el Evangelio: «y dejándolo todo le siguieron».

En un mundo donde el «todo vale» marca pautas de acción y anestesia opciones de una mayor radicalidad evangélica, la tan cacareada pluralidad se hace comodín y cobertura facilona, con tintes casi idolátricos, de posturas descafeinadas a la hora de afrontar la ineludible responsabilidad misionera de todo discípulo. Viene como anillo al dedo que se nos recuerde que el espíritu misionero de la Iglesia no es cuestión de desempolvarlo durante el mes de octubre y luego aparcarlo en el baúl de los recuerdos hasta el octubre siguiente.

Es alentador ver que en el momento en que la pobre viuda del evangelio se acerca al cepillo del templo y deposita «todo» lo que tenía, todos los ojos se fijan en los ricos de turno. Sólo uno parece percibir el gesto preñado de ofrenda, sacrificio y donación total sin paliativos. Sólo Jesucristo alabó su radicalidad, porque la pobre viuda dio «todo» lo que tenía. Todavía, casi sin quererlo, seguimos aplaudiendo a tantos que reparten migajas y que aparecen en los medios de comunicación, y en cambio ninguneamos

o marginamos, con harta frecuencia, los que deciden dar ese todo, aunque sea poco, pero es todo.

Inherente al cristiano es su responsabilidad incuestionable de proclamar la Buena Nueva de Jesús en todo momento. No hace falta esperar al consabido mes de octubre para recordarnos que la responsabilidad misionera de la Iglesia es de todo cristiano y en todo momento. Unos tendrán la responsabilidad de la proclamación oral de la Buena Noticia de Jesús y comunicarlo a otros, responsabilidad ineludible de la Iglesia. Pero lo que colorea toda la actividad misionera es el Espíritu de Jesús, en definitiva, el amor cristiano. Siguiendo las huellas del Maestro, el amor es la tarea primera de todo cristiano. Es la mejor manera de irradiar el evangelio de Jesús.

Gandhi era un devoto del sermón de la montaña y admiraba a Jesucristo. Al ser preguntado qué era lo que quedaría para las generaciones posteriores si la proclamación de la palabra no era tan importante, él lo explicaba con la imagen de la rosa. La rosa, según Gandhi, no necesita escribir un libro para explicar lo que es la fragancia y el aroma. Basta con acercarse a la misma y disfrutar de su fragancia. Incluso un ciego, decía, puede experimentarlo con el solo hecho de acercarse a ella. Al hablar de la belleza, subrayaba lo mismo. Bastaba con ver o contemplar la rosa para admitir su belleza, sin que la rosa necesite de consignas y discursos para demostrarlo.

¿No tendremos que insistir más en el testimonio de una vida de amor y servicio a los demás que en sermones y discursos inacabables y moralizantes? Él reconocía que el Evangelio de Jesucristo era mucho más bonito y convincente que la rosa y por tanto que el solo verlo vivido y testimoniado en personas concretas era suficiente para que otros creyeran. El primero y más valioso anuncio del misionero es su propio testimonio y su misión primera es transparentar a Aquel que le envía.

Claro, a mí se me ocurre añadir que, aunque las palabras del sabio indio tengan ese halo incuestionable de verdad, para el cristiano, como diría San Pablo, la predicación, el «ay de mi si no evangelizara», es un mandato misionero que deriva de Jesús de Nazaret. Desde el comienzo de su vida pública, Jesucristo también utiliza la palabra como vehículo para proclamar el mensaje del Reino. Ciertamente, lo atractivo fue su coherencia de vida, donde el mensaje y el mensajero se identificaban, y ese es el primer reto del misionero.

Bueno, aunque con estas palabras no pretendo convencer a nadie, sí que debo decir que un testigo de Jesucristo desde el servicio y el amor, desde ese darse del todo, en todo lugar y en todo momento, en las pequeñas como en las grandes cosas es, como la rosa, es capaz de atraer por su belleza y su fragancia en cualquier contexto, cultura, tiempo y condición. Yo os lo aseguro desde aquí, desde el lejano oriente del contexto chino. ¡Feliz mes de octubre, el más misionero de todos!

Capítulo 4

TALANTE SALMONERO

El acento misionero de octubre se siente en el aire. La palabra Domund, me trae a la mente tantos recuerdos y ese sabor misionero que la Iglesia debe llevar impregnado en sus venas para responder a su misión universal. Desde el lejano oriente, este mes se me echa encima con una cierta ansiedad. El mensaje de la Iglesia universal nos llega con dosis de estímulo y puede servirnos para despertar y reavivar nuestro, a veces, anestesiado espíritu misionero.

Al leerlo, me vienen a la mente tres palabras clave que aquí tienen una resonancia particular. La primera es «urgencia»: «Ay de mí si no evangelizara», dice el apóstol Pablo. «Palabras –en boca del Papa– que resuenan con fuerza para cada cristiano y para cada comunidad cristiana en todos los continentes». Con motivo de la globalización y el tan cacareado pluralismo, donde parece no haber verdades inmutables y donde el punto de referencia y baremo de juicio es exclusivamente el propio, el siguiente paso es arrinconar a Dios al olvido e indiferencia de los humanos. Parece como si la urgencia de la misión se hubiera paralizado por el virus social del «yo» como referencia única en la vida.

Hablar de la urgencia misionera en un contexto de 1300 millones de personas, donde solo el 1/100 son católicos es algo más que evidente. Cuando viajo por China y veo las multitudes, tanto en el avión, el tren o el metro, me pregunto si habrá algún cristiano entre ellos. Por otra parte, tengo que admitir que las iglesias locales en estos contextos no es que anden sobradas de espíritu misionero. Claro que a veces es comprensible porque, como es el caso de China, donde las pequeñas comunidades cristianas bastante han tenido y tienen con sobrevivir y afrontar las embestidas del sistema ateo y materialista. Esto ha hecho que muchas energías eclesiales se hayan centrado en sobrevivir y afrontar la adversidad del entorno hostil. Pero la situación va cambiando y el espíritu de que la fe es un regalo que hay que compartir se va abriendo camino.

Nuestra tarea misionera aquí va en esta línea. El imperativo misionero, en palabras del Papa, «debe implicar todas las actividades de la iglesia local, todos sus sectores y, en resumidas cuentas, todo su ser y su trabajo». Un buen capote a la iglesia local, a veces enroscada en sus propios afanes y quehaceres. Una estocada acertada para despertar eso que es esencial a la comunidad de los que creen en Jesús de Nazaret, que es la dimensión misionera.

El misionero siente la urgencia del «id», que en la Biblia aparece más de 1500 veces, de ellas más de doscientas en el Nuevo Testamento. Una ojeada al Maestro, nos indica que Jesús jamás dudó de la urgencia de su misión. La tarea de unirse a su misión es de tal urgencia que no hay excusa por más válida que pueda parecer: «Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú vete a anunciar el Reino de Dios» (Lc 9, 60).

La segunda palabra es «transparencia». El lema del Domund 2012, nos urge a «hacer resplandecer la Palabra». Resplandecer implica coherencia y transparencia de vida, características del discípulo misionero al estilo de Jesús de Nazaret:» El que me ve a mí, ve al que me envió». Aquí en China los ojos observan y de qué manera. El hecho de tener que retener en la retina al menos unos 6.000 ideogramas chinos hace que la capacidad de observación esté muy desarrollada, y el testimonio y el ejemplo priman sobre el discurso, por muy adornado e inflado que esté.

Convencido estoy de que para evangelizar hay que ser hombre/mujer de Dios y que la esencia de la evangelización incluye la transparencia. En la Biblia, al hablar de la misión, se hace referencia sobre todo a la tarea única e irrepetible de hacer presente a la otra persona, es decir, a Jesucristo. Cuando lo pienso y medito me entra un cierto tembleque.

Y la tercera es «talante salmonero». Lo del salmón va por aquello de ir contra corriente. Los salmones para procrear tienen que ir desde el mar nadando y dando brincos río arriba, hasta el lugar donde nacieron. Obviamente, en el camino muchos de ellos mueren, bien por los saltos mortales contra los guijarros del río, o por los osos y otros animales que los esperan con la boca abierta en las orillas de los ríos. Al hablar de la necesidad de un renovado fervor apostólico en la tarea misionera de la Iglesia, contemplamos al Espíritu de las primeras comunidades cristianas que «pequeñas e indefensas, fueron capaces de difundir el Evangelio en todo el mundo... mediante su anuncio y testimonio».

¡Cuánto me llama la atención San Daniel Comboni y su entusiasmo por irradiar el espíritu misionero en las difíciles condiciones de África en el siglo XIX! O el intrépido e incombustible Pablo de Tarso que se las tuvo que ver con los judíos y con los cristianos recelosos de su conversión, pero al que nadie pudo frenar en su deseo por irradiar el mensaje evangélico en tantos lugares. ¡Auténtico talante salmónico!, también necesario en la China de hoy.

Las comunidades cristianas que reciben la fe como don –dice el mensaje– han de comunicarlo con entusiasmo ya que la fe en Dios es un talento recibido para que dé fruto, una luz que no debe quedar escondida, sino iluminar toda la casa.

Que disfrutes de ese don y que en este mes misionero puedas reavivar el don de la fe que un día se te dio. Y que con desparpajo y talante salmónico seas capaz de compartirlo con otros. Inténtalo. Desde aquí te acompaño con mi humilde oración.

Ímpetu, entusiasmo o talante misionero apuntan a la necesidad de dar más espacio, no al propio yo y a sus fuerzas, sino a la presencia del Espíritu, protagonista primero de la misión. Unámonos en oraciones para renovar el mundo que el Padre desea, empezando por ti y por mí.

Capítulo 5

LA SERPIENTE CHINA

El verano se nos ha echado encima. Por eso, os envío unas pinceladas un poco más relajantes, en sintonía con la estación estival. Sucedió a mediados de febrero en el vuelo desde Guangzhou a Hebei, en el corazón de China. Como casi siempre, era el único extranjero en el avión, en cuyo interior se podían ver los adornos y decoraciones relacionados con la serpiente. Aunque dé un poco de repelús, los chinos, al llegar el año de la serpiente, colocan carteles, imágenes, dibujos, etc., relacionados con la serpiente y en los que ésta aparece bastante favorecida, dando un aspecto incluso agradable y atractivo. En adornos del avión, las serpientes iban ataviadas con un sombrero de colores en la cabeza y una bufanda muy llamativa, con ojos acicalados y una sonrisa desbordante. Cualquier animal del zodiaco chino puede dar otra impresión con un buen maquillaje. En la sociedad donde prima lo externo, la corteza y la epidermis, el mundo de la propaganda tiene un campo de cultivo de dimensiones alarmantes.

En este 2013, Año de la Serpiente, seis meses se han ido sin enterarme. Comenzó el 10 de febrero, según el calendario chino y ya hemos recorrido la mitad del camino. El signo de la serpiente dentro de la astrología china tiene connotaciones positivas y es considerado un animal sagrado, de buena suerte y, de algún modo, relacionado con la sabiduría. En China, consideran a la serpiente como una entidad protectora. Además, en algunos países asiáticos, al igual que el Dragón, es utilizada como símbolo de algunas artes marciales, pues en ella se han inspirado diferentes métodos de defensa personal y artes marciales en la China milenaria.

En el mundo occidental, sin embargo, las connotaciones son más bien negativas y cuando una persona es perversa, por ejemplo, se le llama de forma metafórica «víbora». Hasta el día de hoy, en occidente, la serpiente nunca pudo sacudirse el sambenito de ser la causante del pecado original y de todos los males de la humanidad. Tan es así que según las creencias cristianas este animal representa, de una u otra forma, el origen del pecado

y, por ende, de los males de la humanidad. En cambio, en el lejano oriente, llamar a una persona «serpiente», especialmente a una mujer, es algo positivo y con ciertas connotaciones sexuales, de afecto, cariño y ternura. En el mundo oriental con la filosofía confucionista que cree que la persona humana es naturalmente buena y no considera la posibilidad de la existencia del pecado original, la serpiente ha encontrado un buen refugio.

El nombre chino de la serpiente es 蛇 *Shé*. El carácter chino para serpiente, 蛇 (*shé*), se compone de otros tres signos, que juntos representan vívidamente los atributos físicos de este reptil y su carácter. El componente del lado izquierdo, 虫 (*chóng*), es el ideograma chino común para los insectos, gusanos, reptiles y dragones. El componente en la parte superior derecha, 宀 (*mián*), significa techo, expresando el carácter solitario y clandestino de la serpiente, uno de los vertebrados más reservados y a menudo oculto, prefiriendo permanecer fuera de la vista de los humanos.

El componente en la parte inferior derecha, 匕 (*bi*), es el ideograma chino para el ajuar de la casa, tales como cuchara y cuchillo. De este componente, uno puede imaginar la lengua bífida y el cuerpo largo, delgado, sin patas y rizado de la criatura que se arrastra. El simbolismo del carácter 蛇 se usa en combinación con muchos otros signos y se identifica con muchas cualidades, tanto positivas como negativas, en la cultura china. En el lado positivo, la serpiente simboliza la inteligencia, el talento y la elegancia. En los siglos xvii a xii antes de Cristo, se rendían sacrificios a alguna serpiente. Las representaciones más comunes de Nuwa, creadora de la humanidad según algunas mitologías chinas, la describen con cuerpo de mujer y cola de serpiente. En Fujian se conserva hasta hoy un Templo de la Serpiente construido durante la dinastía Ming. En su interior se venera al Dios Serpiente y a Buda.

En cuanto a los proverbios referidos a la serpiente, hay variedad. Así 虎頭蛇尾 (*hǔ tóu shé wěi*), que significa «cabeza de tigre, cola de la serpiente» para describir un buen comienzo, pero un final deficiente. O 打草驚蛇 (*dǎ cǎo jīng shé*) que significa «golpear la hierba para asustar a la serpiente», para afirmar que es más aconsejable estar preparado y esperar el momento favorable antes que realizar alguna acción que ponga al enemigo en guardia.

Y si eres uno de los nacidos en el año de la serpiente, digamos de forma simbólica que según los expertos tendrías los siguientes rasgos: Sabio, creativo, elegante, astuto, materialista, desconfiado y organizado. ¡Casi nada! A todos los nacidos en este año se les considera personas así denominadas «encantadoras de serpientes», dotadas de la sabiduría y elegancia, excelentes mediadores y embajadores. Solitaria, encamina sus planes con discreción y en silencio; su astucia y capacidad de análisis la llevan a estar siempre en el lugar adecuado para no perder las oportunidades.

Dicen que a los nacidos en el año de la serpiente les gusta el buen vivir, el dinero, los libros, la música, la ropa de marca y una buena comida con un vino refinado; es decir que buscan lo mejor para alimentar su cuerpo y espíritu. Al menos es lo que por aquí se comenta. No son personas para recibir consejos, solo se guían de su propia intuición; la persona se mostrará sonriente pero luego seguirá su propia guía interior. Cuando se trata de la toma de decisiones, las serpientes son eficaces en conseguir las cosas que quieren ya que son excelentes seductoras. Las serpientes hacen un trabajo muy duro, pero tienen una tendencia a saltar de trabajo en trabajo, ya que se aburren con facilidad.

El símbolo de la serpiente es apreciado en China y se le relaciona con la felicidad y la prosperidad. La leyenda decía que si una serpiente entra en una casa ésta nunca tendrá problemas económicos. Al contrario que en occidente donde a la serpiente se le considera un animal con connotaciones negativas, para los chinos las serpientes son símbolos de buena suerte. Y estos, entre otros muchos, fueron los «afortunados» que nacieron en el año de la serpiente: Gandhi, Charles Darwin, J. F. Kennedy, Mao Tsetung, Grace Kelly, Jacqueline Kennedy. Eres del símbolo de la serpiente si naciste en: 1905, 1917, 1929, 1941, 1953, 1965, 1977, 1989, 2001, 2013. Se dice que los nacidos en el año de la serpiente son buenos científicos, alfareros, analistas, joyeros y líderes espirituales. Esto es lo que se dice, pero del dicho al hecho hay un trecho. En todo esto, las nuevas generaciones no están muy al tanto. Ellos van ya en otra onda, aunque todavía la tradición, las costumbres y creencias milenarias tienen su peso.

Capítulo 6

LA TORTUGA DEL EMPERADOR

Matteo Ricci fue un misionero jesuita que en el siglo xvi ejerció su apostolado en China dejando tras sí un buen ejemplo de cómo evangelizar en el mundo chino. Se le recordará, entre otras cosas, por su intento en adaptar el mensaje evangélico en categorías chinas y de forma asequible a la mentalidad china. Se distinguió por su capacidad memorística que puso al servicio del estudio del chino. Un día los chinos le preguntaron por qué, siendo tan joven, ya tenía canas. Ricci se quedó pensando un momento y se dijo a sí mismo: «Estos chinos no saben que las canas que tengo son por “culpa suya”, es decir, por causa del estudio del chino».

Me encuentro, lo que se dice literalmente, enfrascado en el estudio de la lengua china. Estoy haciendo un curso intensivo de tres meses y la verdad es que lo estoy aprovechando al máximo. De hecho, se trata de «refrescar» el chino, después de casi cuatro años ausente del mundo oriental. Me doy cuenta de que el tiempo, precioso regalo de Dios, está literalmente «secuestrado» por el estudio del chino. Tal actividad requiere concentración y perseverancia, no hay espacio para las pausas y se necesitan dosis continuas de paciencia, porque los resultados vienen a su modo y manera y de bien poco sirve hacer comparaciones con el estudio de otras lenguas que uno haya podido haber estudiado.

Aunque cuando uno empieza el estudio del chino hay una cierta dosis de aventura y de curiosidad porque todo es nuevo, sin embargo, todo esto va dando un poco al traste con el día a día, los interminables deberes del «cole», la monotonía de las horas de estudio, la pronunciación de los tonos correctos, etc. Hacen que uno afronte el reto y el cansancio. Como se dice por aquí, solo se necesitan los dos primeros años y después, ni más ni menos que... «toda la vida».

Me encuentro en Taipéi con misioneros que llevan más de cincuenta años en el mundo chino. Hoy hemos discutido y hablado sobre un signo chino que no habían visto en su vida y que incluso para los chinos les

resultaba nuevo. No sabían ni cómo se escribía, ni cómo se pronunciaba. Fue un alivio para mí, por eso del dicho de que «mal de muchos, consuelo de tontos». A veces, me sucede que al ver un carácter chino me digo a mí mismo sobre el signo chino: «sí te he visto, no me acuerdo». O también el «ni me acuerdo si te he visto» e incluso «ni te he visto ni me acuerdo» Y cuando intento escribir un carácter chino que debiera serme familiar, me doy cuenta de que los diferentes rasgos se difuminan en el limbo del olvido.

Pues, créetelo o no, pero todo ello comenzó con una tortuga. Ahora entiendo por qué lo del estudio del chino va tan lento. Según una antigua leyenda, los signos chinos fueron creados por Changjie, famoso historiador al servicio del emperador Amarillo, hace 4.000 años. Un día mientras caminaba por la montaña, Changjie vio una tortuga muy grande. Las diferentes líneas azuladas de la coraza de la tortuga le llamaron poderosamente la atención. Se detuvo, las estudió y se dijo a sí mismo que aquello tenía su sentido. Y así le vino la idea de que la gente también podría expresar sus ideas y hacer una lista de cosas a través de pequeños símbolos como los que vio en el caparazón de la tortuga. Más tarde, Changjie observó la distribución de las estrellas, el paisaje de la naturaleza, las formas de las creaturas, y de esa experiencia empezó a dibujar unos símbolos, a los que atribuyó diferentes significados. Luego intentó expresar esos pensamientos utilizando los símbolos que había encontrado y vio que la gente podría comunicarse a través de ellos. Changjie tradujo esos símbolos en «caracteres» y así nacieron los signos chinos, detrás de cada cual hay significados y experiencias humanas muy unidas a la cultura china.

Changjie encontró inspiración en la coraza de una tortuga que le sirvió para inventar la lengua compleja, interesante y fascinante que es el chino. Con esa lógica, mezcla de inspiración, intuición y capacidad de observación, consiguió lograr un objetivo que a buen seguro ni él mismo previó sus consecuencias. Por ejemplo, estos dos signos, 男 (Hombre) y 女 (Mujer), conllevan un trasfondo de cultura china, de tradiciones ancestrales, observación de la naturaleza y del entorno. Me explico: 男 (Hombre). Este carácter chino está formado por dos caracteres. El de la parte superior, 田 (campo); y la parte inferior, 力 (fuerza). En la antigua China, se decía: «El hombre se encarga de los asuntos de fuera de casa, tal como cultivar los campos, ir a la guerra, ser un oficial y hacer negocios».

女 (Mujer). Todos los caracteres con 女 tienen algo que ver con la mujer. Por ejemplo, 妻 (esposa), 妇 (madre de casa) o 媽 (madre). Por ejemplo, el signo chino 妻 (esposa), en su parte superior está formado por 帚 (escoba) y la parte inferior 女 (mujer). Las mujeres en China se encargaban de las cosas de la casa, como cocinar, limpiar, coser, etc.

De la inspiración de la coraza de una tortuga y la capacidad de observación de una persona surge una lengua antigua y rica. Hoy, seguimos inspirándonos en tantos iconos y personas, en tantas «tortugas», y en esa serie de iconos mediáticos con nombre propio y con miles de adictos y seguidores. Me vienen a la mente, por mencionar algunos, Snoopy, Mafalda, el gato Garfield, el ratón Mouse, y un larguísimo etcétera que cautivan a gentes de todas las culturas y que sirven como parámetros y puntos de referencia y pertenencia para mucha gente. Y no quiero entrar en el mundo del ajuar, tanto masculino como femenino. O el impacto que las marcas tienen en el corazón de la juventud y no tan juventud. ¡Con qué facilidad se apoderan del corazón de forma melosa y despiadada, y sin dejar capacidad de reacción!

La coraza de la tortuga me sigue impresionando. Su capacidad inspiradora sirvió al erudito historiador para crear un vehículo de comunicación en el país más poblado de la tierra. Ser causa de inspiración se me antoja de vital importancia en la tarea de la misión de China. Este es, en las circunstancias actuales de tensiones entre la Iglesia y China, un contexto donde la creatividad, el desparpajo y la mucha prudencia, son ingredientes de cada día para llevar a cabo esta misión.

Me pregunto, a bote pronto, sobre qué es lo que inspira mi vida de «cole» y qué es lo que me da ganas, ilusión, alegría y fuerza en el estudio del chino. Me pregunto quién me inspira en el caminar que tengo delante de mí y donde hay que abrir caminos nuevos de presencia en China, sin duda más humildes que el de Changjie, y que han de encontrar inspiración en Cristo. El inspira y es luz para mí en la encrucijada de la misión de China, una misión compleja, fascinante y donde, sin apenas otros asideros, intento confiar, no tanto en las propias fuerzas, sino en Él, en la oración y en el convencimiento de tantos de vosotros/as a quienes considero parte esencial de esta misión.

Capítulo 7

LA RUEDA DE REPUESTO

Llevo ya dos meses en Taipéi y nunca había tenido una experiencia parecida. Pues, resulta que estoy haciendo de «rueda de repuesto». Me explico: como estos dos meses eran tiempo de verano, algún convento y parroquia que no tenían su sacerdote o capellán para que les celebrara la eucaristía y enseñada empezaron a invitarme a celebrar la Eucaristía. Así, he celebrado la Cena del Señor todos los domingos en lenguas tan diferentes como el chino, el español o el inglés. La cosa tiene su gracia ya que un día me salió la frase de forma espontánea y así se lo dije a una religiosa de un convento donde solo había tres religiosas ancianas y no tenían quien les celebrara la misa. Al llegar al convento les dije: «No os preocupéis que llega la rueda de repuesto».

Ya alguien me había dicho durante el periodo de mi formación misionera que cuando se dirigen a uno como última opción o porque no encuentran a nadie, eso era signo evidente de la voluntad de Dios. Esa frase martilleó mi mente y corazón y todavía sigue ahí viva en mí. El noventa por ciento de los tomos de teología y filosofía que estudié a penas si los he utilizado para nada, pero esa frase sigue aún viva en mí. Ello me ha hecho pensar sobre el protagonista de la misión, que no es otro que el Espíritu, y los demás, al menos en la misión de China, somos humildes operarios en la viña del Señor.

Si la paciencia es importante para el misionero de China, no lo es menos la humildad. La cultura china aprecia a la persona humilde. El que alardea, se enorgullece o es arrogante, no es bien aceptado. ¿Es por esto que los chinos se decantan por la piedra preciosa nefrita o «jade» en lugar del diamante? Puede parecer una pregunta tonta, pero, aparte de connotaciones históricas e incluso de carácter religioso, el «jade» (la nefrita) no es una piedra preciosa que deslumbré, sino más bien tiene unos tonos verdes oscuros muy discretos y sin embargo es muy apreciada por los chinos.

La humildad se refleja también en la pintura china. En general, los cuadros chinos se componen de colores más bien poco llamativos, chillones o fuertes. En el cuadro chino, muchas veces el ser humano queda

reducido a pequeñas siluetas casi imperceptibles en la inmensidad del cuadro. El cuadro de pintura tradicional china, sobre todo el de las cuatro «eses» compuesto por elementos como la montaña *Shan*; piedras o rocas *shr*; el agua *shui* y los árboles *shu*, la persona humana es casi imperceptible, algo así como una motita dentro del gran todo del cuadro, donde sobresale la madre naturaleza.

La lengua china también corrobora tal afirmación. El signo chino para designar al arrogante es *Chou*, 臭, que significa apestar, mal olor. Este signo chino consta de tres partes: 自, *Zi*: la persona individual; 大, *Ta*: grande; y una motita (丶) entre el *Zi* y el *Ta*. Significa que cuando uno se halaga a sí mismo y se cree grande e importante, aunque solo sea un poquito –motita trazada entre la parte superior del signo y la inferior– esa persona huele que apesta y la gente se aleja de él. Lo de oler va en sentido figurado, es decir que su arrogancia produce rechazo en la gente de su alrededor. Proverbios relacionados con el tema abundan: «El árbol más fuerte y frondoso vive de lo que tiene debajo», «Incluso las torres más altas empiezan en el suelo», etc.

El ser «rueda de repuesto» me trae a la mente la raíz del árbol que no ve el fruto. A buen seguro que a ella también le agradecería ver el fruto de su oscuro y nunca reconocido trabajo. De hecho, su posición subterránea la deja en principio expuesta al anonimato. Peor aún, le toca trabajar para que otros –la rama, el tronco, la hoja o la flor y el fruto– salgan a la palestra ante la admiración de todos. ¡Misterioso y poco reconocido el trabajo de la raíz! ¡Cuántas personas realizan esos trabajos sin el reconocimiento de casi nadie!

San Daniel Comboni, con la sabiduría propia del santo, escribió con claridad meridiana que el misionero era como una piedra escondida en el gran edificio de la Iglesia. Manifestaba, así, la dificultad de ver los frutos en el trabajo misionero, ya que muchas veces el esfuerzo invertido no se corresponde con los resultados obtenidos. En otra palabra, que los que siembran, a menudo no ven los frutos ni la cosecha de sus esfuerzos. No siempre el esfuerzo del misionero –raíz y piedra escondida– sale a la palestra tanto en la selva amazónica, los desiertos de África o los contextos asiáticos extraños al cristianismo, y muy en concreto el chino.

Los Combonianos tenemos la costumbre de escribir una pequeña reseña de la vida de los misioneros fallecidos. Leía hace unos meses sobre la vida de un misionero comboniano, un nombre del cual nunca había oído hablar.

Se llamaba G. A., y no revelo su identidad para respetar su ser raíz y piedra escondida. Vivió la experiencia trágica de los campos nazis de concentración donde sobrevivió de milagro. Se dedicó posteriormente, como hermano comboniano a la construcción de seminarios, conventos, etc. Dicen que hacía un poco de todo y que era el hombre de la Palabra de Dios. La reseña que escribían de su vida lo titulaba: «Una vida al servicio del Señor».

Vivimos en una sociedad donde se valoran los resultados y se sacraliza la consecución de objetivos como necesidad imperiosa, aunque sea a costa de lo que sea. En el mundo de hoy, en general, lo que vale es el envoltorio, valorándose así la parte del árbol que se ve, es decir los resultados cantantes y sonantes, y lo que no es visible a los ojos cuenta poco. ¡Pobres raíces...! Pero el misionero que recoge los frutos sabe que hubo antes alguien que sembró y labró la tierra con sudor y dedicación. Que lo recoja otro no aminora la dedicación del que hizo de raíz, ya que por su sentido de pertenencia sabe que pertenece al gran árbol de la gran familia del Reino de Dios.

Ser piedra escondida o rueda de repuesto es un gran reto para el misionero de China. Algún día habrá que descubrir y reafirmar que lo esencial es invisible a los ojos. Desde aquí mi homenaje al misionero anónimo, aunque aireándolo haya atentado un poco contra su anonimato.

La tarea del misionero de China es un poco como la raíz o la «rueda de repuesto», donde no hay espacio para el protagonismo. Aquí, casi sin querer, uno va por la vida con el anuncio de «Cristo es el centro de la misión» y nada más. A veces, en la presentación de experiencias misioneras, la referencia a Cristo, centro de la vida del misionero, es más bien escasa. Hay un algo que a veces se nos exige a los misioneros por parte de la audiencia o del imperativo histórico, que hace que subrayemos más el desarrollo integral de la persona o la promoción de la justicia. Otras veces, subrayamos las «batallitas» misioneras, y arrinconamos a Cristo, dejándole en un discreto segundo plano. Me pregunto si a veces no usurpo el lugar que le corresponde a Él. ¿No será que las palabras de Juan Bautista, «conviene que Él crezca y que yo disminuya», tienen pocos seguidores?

No viene mal que las circunstancias le coloquen a uno como «rueda de repuesto», raíz invisible o piedra escondida, al menos para saber que el que lleva adelante la misión es Él, y que, sin Él, en lugar de caminar, pues eso, que se retrocede.

Capítulo 8

LA FLOR DE LOTO

Me encanta esta flor por su belleza y por su significado en la cultura oriental, en especial por sus connotaciones religiosas con el budismo. La flor de Loto es una planta acuática de grandes y redondas hojas, de color verde azulado, que se encuentra en zonas pantanosas. Existe una gran variedad y, sólo en China, se conocen unas trescientas variedades. En verano produce flores grandes y de infinidad de formas, con colores que van desde el rosa intenso al blanco puro, pasando por el rosa y el amarillo.

La palabra «Loto», en chino, se compone de dos caracteres: 蓮, *lian*, y 花, *hua*. Ha sido símbolo de algunas civilizaciones a lo largo de la historia de la Humanidad. En la civilización egipcia tenía un gran significado, ya que de ella –eso se creía– emergían multitud de dioses como Ra, dios del Sol, al estar ligada la flor a la aparición y al ocaso del Sol.

Las hojas de esta planta cuentan con una especie de autolimpieza. La superficie de sus hojas está formada por numerosos y pequeñísimos bultos que consiguen que las gotas de agua tengan la forma redondeada debido a la elevada tensión superficial de la hoja y con ello se desliza por completo en la totalidad de su superficie arrastrando con ella el polvo, que tampoco consigue adherirse y que supondría un verdadero problema para una planta con hojas tan grandes. Se dice que semillas de la flor de loto han conseguido germinar después de 300 años. En China, donde se han encontrado semillas con más de 7.000 años, el loto está asociado a la longevidad y con características medicinales. Durante las festividades chinas del Año Nuevo se degustan las semillas azucaradas del loto.

La flor del loto crece en el fango y se alza sobre la superficie para florecer con remarcable belleza. Por las noches se cierra y se sumerge bajo el agua, y al amanecer emerge nuevamente y vuelve a abrirse. Impoluto, el loto simboliza la pureza del corazón y la mente y representa una larga vida, la humildad, el honor y la paz. En el budismo, en cambio, es el símbolo del desarrollo espiritual, de lo sagrado y de lo puro. Los Budas en

meditación son representados sentados sobre la flor de loto y la madurez de la meditación se simboliza con una flor de loto abierta, cuyo centro y pétalos llevan grabados símbolos de figuras de diferentes Budas o de sus atributos, o bien figuras complementarias, según sus funciones.

El significado original del loto se extrae de la siguiente similitud: así como la flor de loto se abre paso desde el fondo de la oscuridad del estanque y sube a la superficie del agua y se abre después de haberse elevado por encima de su nivel, sin mantener contacto ni con la tierra ni con el agua, a pesar de haber surgido de ellas, así también el espíritu, nacido en este mundo, abre sus cualidades, después de haberse liberado del influjo de las pasiones y de haber transformado las fuerzas oscuras de las profundidades en la pureza nítida de la flor, es decir, la iluminación de la conciencia.

Del mismo modo el santo, por su altura espiritual, está por encima del universo. Sus raíces permanecen en las sombrías profundidades del mundo, pero su cabeza se eleva hacia la plenitud de la luz. Si el empuje hacia la luz no estuviera ya latente en el germen escondido en la profunda oscuridad de la tierra, el loto jamás tendería hacia la luz. Para los budistas el loto simboliza la pureza de cuerpo y mente que crece sobre el barro de la tentación y el deseo. En la cosmología budista, la flor de loto simboliza tanto la pureza como el agua elemental fuente de toda la vida. Debido a que esta hermosa flor nace en el fango y el agua turbia, se la suele asociar con las aspiraciones humanas más profundas. La idea de los dioses reposando sobre flores de loto también aparece en la historia de Egipto.

Al celebrar el mes de los Difuntos y el de Todos los Santos, dos fiestas tan importantes, conviene una breve reflexión, a renglón seguido y en línea con la parábola de la flor de Loto. Nacemos y venimos al mundo con el grito o lloro del niño/a impotente. En la vida, con su fango y sus aguas más o menos turbulentas desde el fango de la lucha por la tan ansiada felicidad, recorreremos caminos, unos acertados, otros menos, que nos lleven a encontrarnos con ese «TU» con mayúscula, al cual podamos referirnos y en el cual podamos encontrar una existencia de felicidad.

La búsqueda de la felicidad en la vida, inherente a la persona humana, sin embargo, su consecución no es tan fácil, y a menudo el autoengaño impera en la consecución de felicidades efímeras. A veces no la encontramos con facilidad porque hay muchos polos de atracción que se reparten

y rífan nuestra felicidad, pedazo a pedazo, para intentar colmar nuestra existencia insaciable. Sin embargo, como la flor de Loto que emerge en busca de la luz, así también nosotros deseamos acercarnos a la Luz, con mayúscula, que nos viene de aquel que dijo y sigue proclamando: «Yo soy la luz del mundo». La vida terrena nos da algunos destellos de esa Luz, por eso vivimos en la esperanza de encontrar su plenitud en el encuentro definitivo con El.

En la mentalidad china hay un miedo manifiesto a la muerte por el solo hecho de hablar de ella. Tan es así que hasta hay un cierto recelo a pronunciar el número cuatro o la cantidad cuatro, que se trata de evitar porque el sonido de «cuatro», 四, y «muerte», 死, es parecido. Solo cambia el tono de voz. Incluso hay hoteles donde no existe la planta o piso «cuarto». Y a buen seguro que de existir el piso 4º, del bloque 4º de la calle nº 144, sería más barato que los demás.

El discípulo afronta la muerte con la esperanza que nos infunde el Maestro, porque el Señor nos ha amado y nos ha llamado a ser sus hijos/as, y nada, ni la muerte, puede quitarnos esa relación definitiva con Él que nos ha llamado a una vocación santa para darle gloria y vivir eternamente con Él en el cielo. Y ante la muerte y los acontecimientos, a veces desconcertantes de nuestra vida, convendrá recordar aquellas palabras de Jesús que resuenan en nosotros si somos capaces de abrirnos con humildad al misterio último que nos envuelve a todos: «No se turbe vuestro corazón. Creed en Dios. Creed también en mí».

Que un día también nosotros podamos escuchar las palabras confortantes: «Entra para siempre en el gozo de tu Señor». Y mientras tanto hagamos lo posible para que ese pedacito de tierra donde vivimos se convierta, día a día, en un trocito de cielo.

Capítulo 9

2012: AÑO DEL DRAGÓN

¡Esta vez va de dragones! Aquí, en el mundo chino, son muy comunes y me los encuentro todos los días por la calle. No, no son de esos que se ven volando en las películas, ni son de carne y hueso, pero haberlos –como se diría en ciertas latitudes– hay los. Te los encuentras nada más salir de casa. Me explico. A pocos metros del bloque donde vivimos, en la acera de al lado, está el Banco Comercial de Macau y allí a la entrada te encuentras con dos grandes dragones, no de carne sino de piedra. Muy a menudo, a la entrada de los Bancos o de Centros comerciales, sedes de grandes compañías, fábricas, etc., se colocan dos dragones de piedra para que traigan buena suerte y protejan contra los malos espíritus para que éstos no se cuelen. Y cuando hablamos de dinero, a la puerta de un banco, son guardianes protectores absolutamente imprescindibles. Se ven también colocados o pegados en algunas puertas, en decoraciones y adornos chinos, en cerámica en los tejados de estilo chino y en los templos budistas, taoístas o de la religión tradicional china.

Pero bueno, lo del dragón viene a cuento de que en este mes de enero comienza el Año Nuevo Chino del Dragón. El dragón chino es una criatura mitológica y legendaria de China y de otras culturas orientales que dispone de partes de nueve animales. Tienen, eso dicen los que creen en su existencia, que se componen de ojos de langosta, cuernos de ciervo, morro de buey, nariz de perro, bigotes de bagre, melena de león, cola de serpiente, escamas de pez y garras de águila. O sea, que se trata de una macedonia de la fauna china a la que no estamos acostumbrados en occidente. Pero bueno, las culturas tienen sus animales respaldados por sus mitos y relatos, como se ve en los canecillos monstruosos de los tejados de las iglesias y ermitas románicas en contextos occidentales.

El término griego para designar al dragón es *drákon* que significaba serpiente. Aunque su origen es incierto, sin embargo, el dragón fue históricamente el símbolo del Emperador de China y figuró en la bandera nacional china hasta el final de la dinastía Qing. Hoy en día, parece que los

chinos se sienten más representados por el famoso, rollizo y aterciopelado blanquinegro oso panda que con el temeroso, por lo del fuego que sale de la boca, dragón. El panda gigante se utiliza muchísimo más que el dragón dentro de China como símbolo nacional.

El dragón considerado como masculino, y su homónimo femenino el ave fénix, forman el *yin* y el *yang*. Es decir, las fuerzas femeninas y masculinas de la naturaleza. Ambos inspiran mucho respeto en la cultura china. De hecho, hay muchos proverbios chinos que incluyen referencias al dragón. Por ejemplo, «esperar que el hijo de uno se convierta en un dragón». Es decir que tenga tanto éxito y poder como un dragón. En general, se reconoce a esta figura mítica como un gran símbolo de fuerza y grandeza y son muy respetados y admirados. Curioso que en la cultura occidental son más bien temidos, y prácticamente considerados como monstruos. Y si no, mira el dibujo de al lado y dime si no te entra un poco de tembleque.

El año 2012 coincide con el dragón de agua. Es un año chino que comienza el 23 de enero. En el zodiaco chino, cada doce años se celebra un animal. El más importante de todos es el dragón. Se cree que cada animal está relacionado con ciertos rasgos de la personalidad de la gente. Los años del dragón suelen ser los más populares para tener hijos. Tan es así, que durante el año pasado hubo muchas parejas que se casaron en Macau, esperando poder tener un hijo en el año del dragón. Se considera que tener un hijo en el año del dragón traerá fortuna y prosperidad al nacido, y acarreará, eso se cree, buenos augurios para la familia del nacido. Obviamente la mayoría de los chinos ven al dragón no como una criatura literalmente real, pero su influencia en su vida es incuestionable.

Aunque sea por su cariz negativo, el dragón aparece también en la Biblia más de lo que nos pensamos. Esta figura aparece más de 20 veces en el antiguo testamento, refiriéndose al faraón de Egipto como un dragón (Ezequiel 29:3). Otras, refiriéndose a animales como en «al cachorro de león y al Dragón hollaras» (salmo 91:13), y «Haré de Jerusalén un montón de ruinas, una guarida de Dragones» (Jeremías 9:11). En el Antiguo testamento, se habla de los dragones: Dos animales son descritos por Jacob, el primero es un gigantesco animal vegetariano y el segundo es sin duda un Dragón tal y como lo conocemos «así el gran Dragón del mar debió tener un mecanismo que le permitiera lanzar fuego: «Su aliento enciende los carbones y de su boca sale llama...» (Job 41:1 1-34).

Su significado más simbólico aparece en el Apocalipsis de Juan 12, 3, que habla de la aparición espectacular de un gran dragón en el escenario mundial. Las imágenes descriptivas usadas por varias traducciones al español de la Biblia griega para referirse a esta «bestia», no deja duda alguna con relación a sus características externas: algunas traducciones hablan de un «dragón grande de color de fuego»; otras hablan de «un gran dragón escarlata». Dice así:

Apareció en el cielo una gran señal: una mujer envuelta en el sol como en un vestido, con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas en la cabeza. La mujer estaba encinta y gritaba por los dolores del parto, por el sufrimiento de dar a luz. Luego apareció en el cielo otra señal: un gran dragón rojo que tenía siete cabezas, diez cuernos y una corona en cada cabeza. Con la cola arrastró la tercera parte de las estrellas del cielo y las lanzó sobre la tierra. El dragón se detuvo delante de la mujer que iba a dar a luz, para devorar a su hijo en cuanto naciera.

En el Apocalipsis, el demonio o dragón, no habiendo podido devorar al Hijo (Jesucristo), enfurecido va contra la mujer que alumbró al hijo, forzándola a huir al desierto.

Una vez más constato las divergencias entre la cultura oriental y la occidental. Un animal, aunque sea mítico o ficticio o incluso para algunos reales, tiene unas connotaciones en una cultura y su opuesto en la otra. No cabe duda que la figura del dragón, muy apreciada en el contexto chino, choca con la mentalidad occidental y, al parecer, la bíblica.

El dragón en la cultura china simboliza la vida y el crecimiento. Se dice que los dragones son símbolos de buenas noticias y que traen cinco bendiciones: la armonía, la riqueza, la satisfacción, la longevidad y la virtud. ¡Casi nada! Los nacidos en el año del dragón dicen que son creativos, innovadores y emprendedores. No cabe duda que dejando a un lado que pueda ser cierto o más bien efluvios del azar y de la imaginación, las tres características antes mencionadas no le vienen mal al misionero de China, al menos a mí. Hablar de creatividad significa que aquí los caminos no están trillados y se requieren osadía y desparpajo, adobado todo esto con una buena dosis de discreción y mucho de bajo perfil. Se requiere también innovación, es decir, no tener miedo a comenzar algo nuevo, aunque no haya resultados rápidos.

Dicen también que son luchadores y no cesan hasta que consiguen lo que se proponen. Espero se me pegue un poco ese espíritu de dragón, aunque yo sea del año del caballo, pero quién no necesita espíritu de lucha y de creatividad –ya tenemos a la fuerza del Espíritu Santo– para llevar adelante la misión de China. Y si quieres saber si eres del año del dragón, estos son los nacidos en 1916, 1928, 1940, 1952, 1964, 1976, 1988, 2000 o en 2012. ¡FELIZ AÑO NUEVO CHINO DEL DRAGÓN!

Capítulo 10

EL KANG CHINO

La estufa china, llamada *kang*, 炕, consta de una plataforma tradicional construida de ladrillos y barro y más recientemente de cemento. Sirve de cama y para combatir las frías temperaturas del invierno norteño chino. En su interior, el *kang* está hueco y da acceso a una chimenea por donde sale el humo. La parte inferior, desde donde se calienta el *kang*, sirve también para cocinar, aprovechando el fuego del que se alimenta, bien sea leña o carbón. Tiene como un metro de altura, especie de trébede, y es, sobre todo en invierno, el centro de la casa campesina del norte de China, donde la familia se reúne y sobre cuya superficie también comen, alrededor de una mesa bajita y sentados sobre el *kang* con las piernas cruzadas. Por la noche se utiliza para dormir y durante el día para combatir las gélidas temperaturas del norte de China.

Bien construido, el calor permanece durante largo tiempo en el *kang*. En la historia de China y en excavaciones que se han hecho, el *kang* data desde hace alrededor de 7000 años. La palabra *kang* significa «secar» y parece que se descubrió en Ninghai, en la provincia más fría de China, Heilongjiang.

Acabo de volver de un viaje apostólico al norte de la provincia de Shanxi y de Hebei. Han sido tres semanas de intenso trabajo. Las dos primeras semanas he dado, junto a otro compañero, un curso bíblico. Comenzábamos a las nueve de la mañana, con temperaturas bajo cero, hasta las seis de la tarde, ya anochecido el día. Las temperaturas llegaron hasta los 24° bajo cero. Y nunca subieron de los 4° bajo cero, aunque los días aparecían soleados. Pero el frío reinante en el exterior contrastaba con el calor que teníamos en la iglesia, construida en forma de casa tradicional campesina china. Allí reinaba el calor no solo de las estufas de carbón que los campesinos habían preparado para nuestra estancia y donde impartíamos las charlas, sino que podemos decir que el fuego también llegaba al corazón. Era alentador ver cómo la viejecita Sra. Wang, a sus ochenta años, no perdía ni un día de venir a la cita bíblica. Acompañada

por su nieta, que estudia en la universidad, no se perdieron ni un solo día. Está tan ágil que incluso al invitarnos a comer a su casa mis ojos no podían creer que ella se subiera al *kang* y comiera con las piernas cruzadas, como si de una niña de diez años se tratara.

El frío reinante en el exterior contrastaba con el entusiasmo y la participación de las 130 personas, en su mayoría cristianos, que cada día se daban cita para saborear, contemplar y aprender de la Palabra de Dios. Me di cuenta que los primeros días a algunos se les hacía difícil encontrar las citas bíblicas, pero a medida que pasaban los días iban cogiendo agilidad y familiaridad con la Biblia. Tan es así, que un día por la tarde, yo ya un poco cansado les di la cita de San Lucas 26, e inmediatamente una señora me dice: «Pero padre, si el Evangelio de San Lucas solo tiene 24 capítulos».

El sacerdote chino que nos había invitado a dar el curso de Biblia estaba entusiasmado con la participación de la gente que venía de los poblados limítrofes. Por la mañana se acercaba al poblado y con la furgoneta que tenía traía a los cristianos muy entusiasmados porque era la primera vez que se hacía un curso así. Por la tarde, junto con otros cristianos, los llevaba de vuelta a casa. Y mientras los adultos estudiaban y rezaban la Palabra de Dios, los niños pequeños jugando en el exterior y batallando contra el frío reinante. Fue interesante ver cómo se iban familiarizando con los nombres bíblicos, que, si para un español suenan raros, en chino «suenan -nunca mejor dicho- a chino». Practicamos con los cristianos diferentes modos de rezar con la Biblia y el último día los participantes se distribuyeron por grupos y se comprometieron a seguir rezando la Biblia, organizándose ellos mismos para seguir poniendo en práctica lo que habían aprendido en el curso. Así se comprometieron a organizar grupos de estudio de la Biblia, grupos de lectores de la Palabra de Dios y grupos del rezo de la Biblia. Una cierta ansiedad nunca está exenta en este tipo de actividades porque uno nunca sabe si llegará a oídos de la policía local nuestra presencia en el poblado. Siempre que hago este tipo de actividades me dirijo a muchos de vosotros para que compartáis nuestra misión a través de la oración, y la verdad es que se nota. No es fácil realizar la tarea de proclamar la Palabra de Dios en territorio chino, por varias y obvias razones.

El frío de la noche desaparecía con el calor del *kang* que el señor y la señora Zhang atizaban temprano de mañana para que por la tarde no

pasáramos frío. He disfrutado de estos días de la presencia de las gentes de la zona rural y, aunque el *kang* era un poco duro y me costó un poco acostumbrarme, al final hasta me acostumbré a colocar mi cabeza sobre la almohada rellena de arena. Las comidas eran más bien pesadas para hacer la digestión, ya que utilizan bastante las grasas y la sal, pero con el devenir de los días, nos acostumbramos a todo. El curso tuvo lugar en este tiempo porque al hacer tanto frío los campesinos no pueden realizar ninguna tarea agrícola y por tanto tienen más tiempo libre para asistir al encuentro que el P. Niu (Vaca), así se llama el párroco, había organizado.

Desde allí me dirigí, ya solo, a la provincia de Hebei. Era todavía el año nuevo chino con sus festividades y por doquier se veía cantidad de gente viajando de un lugar a otro. Allí puede palpar la vitalidad de algunas comunidades cristianas y su espíritu misionero. En un encuentro de fin de semana, participé con otras sesenta personas en un encuentro cuya finalidad era buscar caminos misioneros para acercar el evangelio a los no cristianos. Allí me encontré con cuatro señoras, todavía en sus cuarenta, que a menudo van a otras diócesis a compartir su experiencia misionera con otros cristianos. Al principio, me decían, que los maridos y la familia no lo veían con buenos ojos pero que después fueron cambiando.

El viaje fue muy provechoso ya que se hacen contactos con muchas personas. Me encontré con la señora Zhang, encargada de la asociación cristiana del Sagrado Corazón de Jesús. Ella me invitó a dar tres días de retiro a obispos, sacerdotes y laicos sobre el Corazón de Jesús y sus implicaciones en los cristianos de la China de hoy. Un tema al que no pude negar mi participación. El P. Li me invitó a celebrar la semana santa en su parroquia y a dar tres días de retiro a una asociación laica llamada «Yana Hui». También me encontré con el P. Liu, el cual me invitó a predicar los ejercicios espirituales a los sacerdotes y religiosas de la provincia.

El *kang*, antídoto contra el frío, se correspondía con el fuego que quemaba el corazón a los dos de Emaús, última charla del curso bíblico, y que muchos de los participantes experimentaron al contacto con la Palabra de Dios, constatando, una vez más, que el Dios sorprendente también se manifiesta a los campesinos cristianos del norte de China.

Capítulo 11

LA CARNICERÍA DE LA ESQUINA

La ordenación de un obispo es, en la Iglesia católica, un acontecimiento gozoso y esperanzador para la comunidad de creyentes. Pero no es así en todos los lugares y depende mucho del contexto donde tiene lugar. De hecho, en algunos países como en China, con alrededor de 110 diócesis, casi cuarenta están sin obispo. Las razones son varias. Se debe no solo a la dificultad de encontrar gente idónea o al deseo de aquilatar lo más posible hasta que se consigue el candidato más idóneo o quizás por las circunstancias adversas que hacen casi imposible tal ordenación. En este sentido, la Asociación Católica Patriótica China, organismo del gobierno para controlar los movimientos de la Iglesia católica, tiene su peso e influencia, ya que toda ordenación episcopal ha de tener su beneplácito.

Sea como fuere, el hecho es que, de unas 120 diócesis en China, un tercio están vacantes y sin pastor. Las consecuencias de tal situación son visibles y, desgraciadamente, nada halagüeñas. Hay diócesis que llevan más de quince años sin obispo. Son regidas de modos muy diversos. En algunos casos, se forma una comisión de sacerdotes diocesanos aceptados por la mayoría de los sacerdotes de la diócesis. Otras veces, es un vicario pastoral el que rige la diócesis de la mejor manera que puede. Y en otras diócesis, no hay cabeza visible, y por tanto sin coordinación, ni persona de referencia, con la consiguiente confusión para el clero y para los cristianos.

Tal es la situación de China, donde la octava bienaventuranza, aquella de «bienaventurados los perseguidos por mí nombre», se hace realidad de forma hartamente evidente. En especial en el proceso de elección y ordenación de un obispo. Hay casos en que desde el comienzo del proceso de la elección hasta la misma ordenación se tarda más de dos años. En otros casos incluso parece que nunca se llegará a una solución viable.

Por poner un caso, la ordenación episcopal del obispo de Heungshui, Monseñor Feng Xinmao, ordenado en la provincia de Hebei, el 6 de enero de 2004. En 2002, su predecesor tuvo un derrame cerebral y el entonces

P. Feng tomó cargo de la diócesis. Las interferencias del gobierno continuaron hasta el mismo día 6 de enero de 2004, ya que las autoridades de diferentes ámbitos, entre la Asociación Patriótica Católica China y el Departamento de Asuntos Religiosos, hicieron que aun después de tener el mandato papal y el visto bueno de las autoridades chinas, el mismo día de la ordenación todavía hubo problemas e incluso el peligro de tener que posponer la ordenación episcopal. Al final, se llegó a un acuerdo, una especie de solución salomónica muy compleja en estos casos pero que se ha de saltar sobre ciertas normas y tradiciones canónicas, normales en otros contextos, pero que en China requieren cierta peculiaridad.

Las interferencias de las autoridades chinas y la falta de libertad religiosa en China, hizo que desde la mañana del día 6, representantes del gobierno y de la diócesis se sentaran a discutir sobre cómo llevar a cabo la ordenación episcopal. El punto en conflicto era dónde se leía el mandato papal que nombraba al entonces P. Feng obispo de la diócesis de Hengshui. Al final y visto que no se llegaba a un acuerdo, y que los católicos estaban esperando dentro y fuera de la catedral, con temperaturas bajo cero, se llegó a una solución. El mandato papal se leyó en la catedral de Hengshui, en la provincia de Hebei, sede de la diócesis, antes de comenzar la procesión al lugar donde se celebró la ordenación. Y el documento de la Conferencia Episcopal ilegítima china en el pabellón donde tuvo lugar la ordenación, una especie de palacio de deportes, ya que la catedral era demasiado pequeña para albergar a la masiva participación de los cristianos de la diócesis.

Uno se pregunta hasta dónde llega la persecución religiosa en China, la presión gubernamental y el chantajeo del gobierno a la Iglesia, ofreciendo terrenos y propiedades expropiadas a cambio de interferencias a un alto precio. Bienaventurados todos los que se encuentran en situaciones semejantes a la del obispo en litigio, a las víctimas de agentes oficiales que implementan leyes injustas, a los reclusos en los campos de concentración, a los lesionados por los lavados de cerebro con todo tipo de argucias, a los perjudicados por registros de casas y personas en regímenes dictatoriales y a los que sufren el control de actividades religiosas en nombre de Cristo. Y la lista continúa.

Las estadísticas hablan de doscientos millones de perseguidos en países del norte de África, en las ex repúblicas soviéticas y en países como Irán, India, Pakistán, Argelia, China y Corea del Norte o Nigeria. Uno se

pregunta si los estados que aprueban los derechos de la libertad religiosa proclamado por la comunidad internacional se preocupan en dar soluciones al problema.

La Iglesia católica celebra el 24 de marzo la Jornada de oración y ayuno en memoria de los misioneros mártires que son asesinados cada año por causa de su fe en Jesucristo. Esta jornada fue instituida en 1993 por el Movimiento Juvenil de las Obras Misionales Pontificias de Italia, en memoria de Mons. Oscar Romero, asesinado por su testimonio a favor de la justicia y los pobres. La escena, con diferentes matices, vuelve a repetirse cada año, y de forma harto repetitiva.

Con motivo de las ilegítimas ordenaciones episcopales que tuvieron lugar en 2011 en China, en las provincias de Sichuan y Cantón, el Vaticano emitió un fuerte comunicado en el que los dos obispos ilegítimos fueron excomulgados. Pero todo sigue igual y las autoridades continúan con la retórica, también en el caso de las ordenaciones episcopales, de la no injerencia en asuntos privados de China. A este respecto, el arzobispo de Taipéi, Pedro Hung Shan, manifestó en tono irónico, pero no exento de realismo, que la carnicería de la esquina tenía más autonomía en China que la propia Iglesia católica. Y prosiguió diciendo que las multinacionales que abren oficinas en China tienen el derecho a asignar a su propio personal sin interferencia alguna. En cambio, en lo que se refería a la Iglesia católica, las autoridades se atribuían derechos incompatibles con la fe cristiana. ¿Por qué Pekín –se preguntaba el prelado– continúa persiguiendo a la Iglesia católica?

En otros contextos, en cambio, no se trata de tener o no miedo sino de no avergonzarse, desertar o acobardarse de los que son perseguidos y de Aquel por quien los perseguidos arriesgan su vida. La tendencia a olvidar al Cristo crucificado nos llevará irremediamente a olvidar a los crucificados de hoy. Y la octava seguirá proclamándose dondequiera que haya una persona que es perseguida por Su causa, mientras el carnicero de la esquina siga disfrutando de su libertad y derechos más que la Iglesia católica.

Cuaresma es tiempo oportuno para rezar por los que encarnan en su vida la octava bienaventuranza, y tiempo de conversión para que los que viven en otros contextos no se acobarden de su fe ni nos avergoncemos del Maestro. Os deseo una provechosa preparación de cara a la Pascua.

Capítulo 12

LA PASCUA CHINA

Tengo un cúmulo de sensaciones a mis espaldas, a mi vuelta de China. Allí he vivido la Semana Santa y la Pascua. Ha tenido lugar en un poblado católico, en la provincia de Shanxi. El lugar no tiene desperdicio ya que es un poblado donde «todos» son católicos. Sí, es una excepción y vale la pena subrayarlo. El poblado tiene una historia de unos 100 años. Sus primeros pobladores emigraron de las provincias de Henan, Shandong y Hebei hasta este lugar. Solo los de Hebei eran cristianos. Poco a poco todos se hicieron seguidores del Maestro. Habían emigrado por la carestía de la comida y otros problemas, según me refirió el sacerdote P. Liu. El obispo anterior de la diócesis, Mons. Zhang, era de este poblado. Después de la Revolución Cultural, cuando fue paseado entre las multitudes con un cartel a su espalda donde estaba escrito: «perro imperialista». Fue, a su vez, juzgado por las guardias rojas a varios años de trabajos forzados y campos de concentración, cosa habitual en aquellos tiempos a los que no se doblegaban a las directrices del Partido Maoísta chino. Pero de ahí surgió la fuerza de la comunidad local.

Desde su pasado, la Iglesia de China ha ido creciendo con nuevos adeptos a través de las familias católicas, cuyos descendientes automáticamente pasaban a engrosar la lista de nuevos bautizados, y así se fueron creando poblados donde todo el mundo era católico. Las cosas están cambiando y la mayoría de los adultos bautizados en las diferentes diócesis y parroquias visitadas atestiguan que hay también adultos de familias no católicas, lo cual es una novedad en sí. Significa que la Iglesia empieza a salir de una cierta mentalidad de autoprotección que la hacía replegarse en sí misma en los tiempos crueles de la Revolución Cultural. Hoy la Iglesia mira más hacia fuera, hacia la sociedad, mostrando así un cierto talante misionero.

Sea como fuera, uno constata el auge en el número de adultos bautizados en la Pascua 2002, un signo de esperanza y vitalidad de la Iglesia en China. En general, diría que las comunidades cristianas y la mayoría de los obispos

tratan de mantener un equilibrio muy difícil y complejo en un ambiente hostil y que su testimonio de entrega y fidelidad está fuera de toda duda.

Ya en 2002, me impresionó la entrada a la parroquia del Buen Pastor de Renqiu en la Diócesis de Xianxian. El P. Tsuen, un sacerdote joven, como la mayoría de los ochenta que hay en la diócesis, me comentaba al entrar en la iglesia la fiesta de la alegría pascual. Al ver los bancos con un letrero en cada uno de ellos con tres signos chinos *Xin Jiaoyou*, que significaba que habían estado reservados para los nuevos bautizados. Prácticamente todos los bancos de la iglesia y por tanto los católicos tuvieron que asistir a la fiesta desde fuera del recinto eclesial. Al preguntarle cuántos se bautizaron dijo sonriente que unos 240 y que la fiesta pascual había tenido lugar por la tarde ya que también se bautizaron de los pueblos limítrofes. La parroquia está asistida por cinco sacerdotes y hay pequeñas comunidades cristianas, pero con mucha vitalidad. También compartió que durante el año hay otras fiestas en que se celebra el bautismo como son, cosa común en la mayoría de las diócesis en China, Pentecostés, Navidad y la Asunción de María, el 15 de agosto. Las religiosas locales enseñan a los catecúmenos junto con los sacerdotes y también hay católicos laicos que ayudan en las tareas de preparación al bautismo.

Hace un par de años, el domingo de Pascua por la mañana, la señora Lee vino a charlar un rato. Ella es una cristiana muy efusiva y llena del Espíritu Santo, como ella me decía. Me hizo ver los dos libros que ha escrito: uno sobre historias de la Biblia y otro sobre Jesucristo. Me llamó profundamente la atención que una anciana vaya por los poblados y que su tarea sea la de evangelizar, con el libro y sin él. Rebosaba de la presencia del Cristo resucitado. Me recordaba a las mujeres protagonistas de los primeros episodios de la resurrección de los Hechos de los Apóstoles.

En la vigilia pascual hubo siete bautismos en la comunidad parroquial. El total de cristianos es de 1.400. Las horas en el confesionario pusieron a prueba mi paciencia y capacidad de escucha, una palabra de aliento y la gracia y el misterioso hecho de sentirse uno instrumento de la misericordia de Dios para la humanidad. Fue una experiencia bonita compartir con el sacerdote local, P. Liu, una semana de alegrías y gozos de una comunidad que se siente cristiana y que tiene a María como centro de su fe, no en vano la imagen de la Virgen María sobresale en el centro del presbiterio.

La iglesia parroquial tenía unas características peculiares y un cierto estilo chino. La tarde del sábado santo, un grupo de cristianos decoraron el recinto eclesial y la iglesia por dentro, para la gran celebración de la Pascua. Había banderas, al estilo chino, que no son rectangulares, sino de alguna forma triangulares un poco alargadas. En las columnas de acceso a la iglesia había frases en rojo, el color festivo en China, con el 耶穌復活了 que significa «Jesús ha resucitado», en caracteres chinos simbolizando la alegría y el gozo del Resucitado, aquí en China. Para algunos, este tipo de construcción arquitectónica es un esfuerzo de la Iglesia por inculturar el Evangelio en el contexto chino. No cabe duda que la mejor inculturación realizada en la iglesia en China es la presencia en su historia de los mártires y de personas que en la actualidad siguen en la cárcel por su fe en Jesucristo. Y siguen afrontando los retos que tienen, tanto dentro como fuera de la Iglesia, con fe en el Señor.

El acceso a la iglesia conlleva sus esfuerzos, al estar situada en una colina. Los ancianos del lugar suben dos veces al día: a las seis de la mañana, a sus rezos matinales, y por la tarde a las seis y media, al rezo de las vísperas y la eucaristía. La vida del poblado está, de alguna manera, regida por el altavoz, a la entrada del recinto eclesial, desde donde se oyen unas campanas que llaman para la oración o los servicios litúrgicos y religiosos.

En otro tiempo, los altavoces, eran el instrumento de la propaganda oficial e instrumento valiosísimo del Partido para lanzar los mensajes y slogans comunistas. Los tiempos van cambiando. Claro que las nuevas generaciones de católicos irán cambiando al ritmo de los tiempos. Para empezar, los niños de edad escolar apenas si se les he visto en toda la semana santa. La razón es que no estudian en el poblado, sino en otro poblado. A la entrada del poblado he visto la antigua escuela medio abandonada, porque en la actualidad había decrecido el número de niños.

Hoy en día, debido al éxodo masivo del mundo rural a las ciudades, muchas familias han emigrado. Por otra parte, la política de un solo hijo también tiene sus implicaciones. Ahora los niños van a otro poblado que tiene más niños y allí están, en plan de internado y cada dos semanas vuelven a casa un fin de semana. De ahí que ciertas fiestas cristianas pasarán totalmente inadvertidas para ellos. Incluso el domingo de Pascua, un niño me dijo que tenían clase de seis a ocho de la noche. Niños que

carecen de la experiencia de la Semana Santa. ¿Cómo saldrá la Iglesia al encuentro y retos de una sociedad en grandes cambios? Y ¿cómo afrontarán los nuevos retos los cristianos, antes masivamente, localizados en las zonas rurales? ¿Qué implicaciones tendrán para ellos la ciudad?

La Iglesia quiere salir al encuentro de este reto, pero no es fácil afrontarlo. Los sacerdotes están en ello, pero a veces se encuentran sin respuestas ya que sus energías se concentran en afrontar retos que vienen de muchos frentes, de dentro y de fuera de la misma Iglesia. En sus manos, y en la presencia del Jesús resucitado que sigue guiando el caminar de la Iglesia en China, con los testimonios cristianos, nos sirve para alentarnos en la marcha. Desearos 復活節快樂, *Fuhuo Jie Kuailè*, ¡Feliz Pascua!

Capítulo 13

¡COMO PEZ EN LA PECERA!

Mao Tsetung solía decir, en referencia al Partido Comunista maoísta chino, que el Partido tenía que ser como el pez en la pecera. Es decir, que tenía que conocer todos los recovecos de la misma y estar al tanto de todo. En otras palabras, controlándolo todo. No en vano, el Partido Comunista chino intenta, por todos los medios, controlar la mente de la gente, por las buenas o por las malas. Pero se evidencia cada vez más, que le cuesta nadar y que a menudo queda atrapado en «la Red» (nunca mejor dicho) del mundo digital y de la falta de impacto en la población local.

La libertad del pez para moverse en la pecera era el ejemplo icónico del sistema político chino para controlarlo todo. Hoy, la ideología maoísta china ha perdido toda credibilidad dentro y fuera de China. El ansia por el «dios» dinero ha obcecado los ojos del Partido y sus miembros dejando de lado la ideología, están más interesados en hacer sus pingues negocios y asegurarse la poltrona y la corrupción política que el nuevo presidente Xi quiere erradicar, que en dar vueltas por la pecera para ver qué hace o piensa el vecino o la vecina.

Pero el control sigue ahí, y ¿de qué manera? El sistema sofisticado de control de acceso a Internet, nueva pecera del Partido, por ejemplo, parece seguir los dictámenes del que pretende contener el agua en un cesto. El sistema de control de derechos y libertades de la gente, desde la cuna hasta la tumba y preconizado por las antiguas comunas obsoletas, irracionales y hervidero de parásitos, fue cediendo, al final de los setenta, a una cierta apertura económica, pero a la vez a una sofisticada y camuflada censura.

Como en China no hay más verdad que una y esa es la del Partido y lo que este dicta, la competencia en ese campo propagada por la religión católica con su verdad y sus respuestas a los grandes interrogantes del ser humano, de la vida y la muerte, se mantiene como un reto al Partido, y por tanto inaceptable para todo «buen» materialista ateo. Aunque los sistemas de control están ahí, el pez se da coscorriones e interesa por aguas más prometedoras que lo que la religión pueda impactar a la sociedad china.

La gente sabe que el sistema lo controla todo. Ya desde la Revolución Cultural, en los años sesenta y setenta hasta hoy, se siente todavía el miedo de la tortuga, que, como dicen en China, cuando saca su cabeza corre el peligro de que se la corten. En otras palabras, no expongas tu punto de vista porque te puedes complicar la vida. Es decir, que te pueden delatar incluso tus propios hijos, como sucedió en la Revolución Cultural. Así lo exponía una religiosa de Hong Kong que fue invitada a dar un curso de espiritualidad en el Seminario regional de Shanghái, en los años noventa. Observó que durante la dirección espiritual una buena parte de los seminaristas daban respuestas prefabricadas, respondiendo a menudo con respuestas «políticamente correctas». Apenas manifestaban lo que realmente pensaban y menos aun lo que sentían o lo que les ilusionaba concerniente a su vocación o a la vida del seminario o de la gente en la sociedad china. No dejaban asomar la cabeza por el riesgo de que se la cortaran. Así estaban las cosas en el mismísimo seminario.

Un día le preguntó a un seminarista cómo se llevaba con los otros y si de verdad tenía amigos. El seminarista *-rara avis-* le dijo que, de verdad, de verdad, no tenía ningún amigo, porque allí tenía miedo de abrir su corazón a nadie. Temía *-decía-* que su punto de vista pudiera llegar a otras instancias y acarrear inesperadas consecuencias. Y para concluir la conversación, le soltó el dicho de que la tortuga cuando levanta la cabeza corre el peligro de que se la corten.

La verdad es que, moviéndose por China, hay tantos momentos en que uno se mueve en arenas movedizas y con una cierta tensión por lo que pueda pasar. Como misionero, el extranjero no puede desarrollar ninguna tarea religiosa ya que está prohibido por la ley. El ir de turista puede ser una coartada, pero la verdad es que no resulta porque a penas indaguen en los lugares donde uno ha estado evidenciaría su peligrosidad para otros. De hecho, en el formulario que hay que rellenar en la frontera china, hay un apartado donde hay que escribir el nombre del hotel donde uno se alojará durante su estancia en China. Ese formulario hay que firmarlo. Los extranjeros, al menos así quieren darlo por hecho, no pueden quedarse en las casas de los chinos. Para más inri, hay que informar de la llegada a la policía local, cosa que nunca he oído a nadie llevar a cabo. O sea, que por donde quiera que sea uno está atrapado si llega el momento y le pillan a uno «quebrantando» la ley.

El cruce de la frontera china, tanto al ir como al volver, es uno de los momentos más peculiares de los viajes apostólicos y misioneros. Lo digo porque desde hace unos meses, hay como unas 23 personas, en su mayoría sacerdotes y religiosos chinos y extranjeros que viven en Hong Kong y que no se les permite entrar en China. Muchos de ellos se les ha comunicado que no pueden cruzar la frontera cuando ya habían comprado el billete de avión y hecho sus planes. Al llegar a la frontera se les dijo que no podían cruzarla sin darles ningún tipo de explicaciones. En China, una vez cruzada la frontera, cualquier cosa puede pasar. Pero, me viene a la mente a aquello de «¿vamos a escuchar a los hombres antes que a Dios?».

El gobierno chino está intentando que el pez también controle la Red digital y esté en todos los sitios, incluida la Red. El gobierno chino tiene un sistema de control de la Red muy sofisticado, pero los internautas tienen sus códigos y es difícil retener el agua en la cesta. Los contenidos no gratos al régimen pasan por filtros, a través de la censura llamada la Gran Muralla o el Gran Cortafuegos. Allí se bloquea la información de organizaciones humanitarias, periódicos extranjeros y asociaciones de derechos humanos y religiosos. Los internautas chinos desconfían de toda la información del régimen e intentan su acceso a la Red, esperando que el pez tenga un mal día. Los accesos a la información o búsqueda de palabras clave también está controlado, como sucedió durante las recientes revueltas árabes del norte de África, que el régimen consideró peligroso por el hecho de que la «movida» de la insatisfacción y descontento del pueblo pudiera trasladarse a China.

Información y formación o educación son las dos palabras clave en las que el régimen no da el brazo a torcer en su tarea por controlar a la población. Pero aun así el pez de vez en cuando duerme y si no que se lo pregunten al abogado ciego Chen Guangcheng, uno de los disidentes más famosos de China, que se escapó de sus guardias, aun estando bajo arresto domiciliario, y después de recorrer cientos de kilómetros, llegó a la embajada de Estados Unidos, en Beijing. ¿Cómo es posible que un ciego, bajo arresto domiciliario, llegue a donde llegó si no hay una ayuda especial detrás? ¿Acaso otro pez compitiendo con el de la pecera? Mientras tanto, yo intento pasar lo más desapercibido posible, esperando que el pez se olvide de mí durante mis «escapadas apostólicas».

Capítulo 14

EL ORFANATO DE BETANIA

En las afueras del poblado de Xiliulin, en la provincia norteña china de Shanxi, se ha ido levantando con el sudor, los contratiempos y la paciencia y cariño que requieren los niños huérfanos, el orfanato de Betania. Hace unos tres años le dieron ese nombre, no en vano Jesús solía ir allí a visitar a sus amigos y a descansar, porque sabía que seguramente allí era siempre bien acogido. Hoy, la señora Yang que comenzó el orfanato, me invitó a dar unas charlas durante cuatro días a ella y al equipo que lleva el funcionamiento de Betania. Me lo había pedido varias veces y me había regañado justamente porque según ella solo daba charlas a curas y monjas y no a ellas. Aquello me llegó al alma, y esta vez como no tenía excusa tuve que aceptar.

Actualmente hay 35 niños y niñas, todos ellos abandonados por sus padres. Algunos fueron abandonados a la entrada de la iglesia parroquial, otros a la puerta del mismo orfanato, apenas recién nacidos y por diversos motivos, en su mayoría con discapacidades físicas o psíquicas. A pesar de todo, los niños del orfanato han encontrado un lugar de acogida y sobre todo mucho cariño por parte de Yang, Zhu, Lee, Ren, Wu y Gao. De los 35 niños, hay unos diez que tienen la enfermedad de labio leporino, un defecto físico del que normalmente son operados desde pequeños y curan muy bien, pudiendo hablar con soltura y apenas notándoseles la cicatriz. Todavía hay cuatro, menores de seis meses con labio leporino, que dentro de unos meses serán operados en Taiyuan.

Otros seis o siete tienen uno de los brazos más corto que el otro, con cuatro dedos o a veces con seis, en una de las manos. Por lo demás, son como cualquier otro niño o niña. Hay también un grupo de ocho o diez con enfermedades más graves y algunos con deficiencias psíquicas, otros apenas pueden caminar, y más de uno con cardiopatías o malformaciones congénitas debido a medicinas que la madre tomó durante el embarazo.

Lo que en principio podría parecer un valle de lágrimas, es sin embargo un hogar, aunque especial, donde los niños deambulan de aquí para

allá, juegan como otros niños ríen y lloran. Allí también estudian, algunos van a la escuela del poblado donde los demás niños los miran un poco, así como de «rejo». Otros, los más mayorcitos, van a la escuela de otro pueblo, aunque esto les cuesta bastante caro ya que tienen que pagar las cuotas académicas, y al no tener el permiso de residencia *hukou* en el poblado por no saber dónde han nacido, las tasas del gobierno son altas. El gobierno no les reconoce el orfanato de Betania como su lugar de nacimiento. ¿Y quién sabe dónde han nacido?

La historia comenzó hace unos quince años. Un buen día, la señora Yang, encargada y alma del orfanato, dejó el convento de las religiosas en Shanghái donde se estaba preparando para ser religiosa y se vino a Xiliulin, su pueblo natal, a cuidar de su madre enferma. Un día, de mañana temprano, al acercarse a la iglesia del pueblo, vio a la entrada algo así como un envoltorio de ropa que contenía algo en su interior. Al abrirlo, sus ojos no podían creer que se tratase de un niño que había sido abandonado. Es habitual que padres que no quieren a sus hijos al abandonarlos los dejen a la puerta de una iglesia, ya que saben que los católicos cuidarán de ellos. Ni corta ni perezosa se lo llevó a su casa. Pocos días después, otro, y así hasta siete. Los cuidó y acogió en su casa por un tiempo. Evidentemente había que encontrar otra alternativa a la situación. Mientras tanto, Yang iba madurando lo que luego sería el orfanato que encontramos hoy en Xiliulin.

El camino hasta lo que hoy es el orfanato, sin embargo, estuvo no exento de dificultades, tanto de tipo económico como para recibir el permiso del gobierno para llevar adelante tal actividad, que incluso ciertos sectores de la Iglesia no allanaron el camino de ida a Betania. Hoy, las cosas han cambiado. «Fen Xiang», organización de los Combonianos para colaborar con la Iglesia en China, tanto a nivel de evangelización como en el campo caritativo y social, ha venido colaborando desde hace 12 años con el orfanato. Cada año «Fen Xiang» colabora con ayuda económica para cubrir las tasas académicas de algunos de los niños que estudian en el pueblo vecino. El año pasado la suma ascendió a unos 1.500 Euros. Ello se debe a las tasas gubernativas por no tener permiso de residencia en la zona y además porque deben pagar el transporte, la comida en la escuela y otros gastos de actividades escolares. Aparentemente, la escuela es gratuita en China, pero en realidad hay que pagar tasas académicas por los varios servicios que allí se

desarrollan. A mi llegada al orfanato, Yang enseguida me dijo que andaban muy justitos para llegar a fin de mes y me pidió que colaborásemos con los gastos escolares de otros niños del orfanato que ahora tienen que ir a otro colegio, a unos cinco kilómetros del orfanato.

Pero lo más urgente, me dijo, es conseguir ayuda económica para pagar el curso de un mes, en Beijing, de tres de las jóvenes, alma del orfanato, donde llevan más de diez años trabajando día y noche, prácticamente sin recibir nada a cambio, y que poco a poco se van haciendo expertas en cómo tratar a los niños. Sin embargo, en este contexto de tanta variedad de niños y situaciones, es necesario tener unas bases fundamentales sobre cómo tratar a los niños. Para ello se necesitan cursos básicos de formación social, psicología, medicina, etc. La finalidad es siempre la misma: que los niños puedan experimentar el cariño, acogida y amor que se merecen, y que experimenten en su vida que hay un Dios Padre que los ama. Para ello se necesitan personas concretas, y en este sentido, los ángeles de Betania, esas seis personas que cuidan de ellos día y noche, son la encarnación viva de Dios y su amor de un modo concreto para los niños y niñas del orfanato.

Algunos de los seis ángeles del orfanato de Betania han participado ya en algún curso breve, de algunos meses, para adquirir las técnicas y conocimientos que puedan mejorar su ayuda a los niños. Cada año asisten a un curso de un mes en Beijing para personas que trabaja en orfanatos y con ninyos con discapacidad física o mental y sobre todo con huérfanos. Me dijo que, entre transporte, alimentación, estancia y el curso, costaría alrededor de unos 1.000 Euros para cubrir los gastos de las tres. Le dije que haría lo que podría y que informaría a algunas personas para arrimar el hombro. La formación del personal del orfanato es de vital importancia.

Quiero ser portavoz de los que no tienen voz, en este caso de los niños huérfanos, es decir, los más vulnerables de la sociedad. Los que podáis echar una mano, bienvenida sea. Sin duda que los niños lo agradecerán porque también ellos merecen un futuro mejor. Precisamente por eso os invito a unir fuerzas y hacer que el orfanato de Betania siga siendo eso: un lugar de acogida a niños que nadie quiere, un hogar como lo fue para Jesús la casa de Lázaro, en Betania.

Marta Yang, responsable y alma del orfanato, siempre insiste en la frase del capítulo 25 de San Mateo: «Lo que hicisteis a uno de estos más pequeños, a mí me lo hicisteis». La sociedad china se está desarrollando a un ritmo frenético, pero siempre hay personas que quedan marginadas a la orilla del camino. Y no se trata de un puñado de personas porque hay que hablar de millones, esparcidas por el mundo. Allí, el samaritano se acerca y echa una mano. En la entrada del orfanato hay un cartel con una breve explicación de los principios que guían las actividades de Betania. En el centro del cartel hay diseñado un gran corazón, o lo que las que allí trabajan denominan 愛, *Ai*, es decir «Gran Amor», en chino *Da Ai*.

Todos los niños llevan el nombre de Yang, que es quien los acoge y el otro nombre es Tian, que significa Dios. Marta y las otras cinco jóvenes trabajan día y noche dedicando su vida a los niños. Tan es así que quieren hacerse una asociación laical con sus promesas de vida célibe y de dedicación solo y exclusivamente a los niños huérfanos. La fuerza para llevar adelante esta tarea la encuentran en el segundo piso del orfanato, allí al final del pasillo donde hay una puerta que da acceso a una pequeña habitación que hace de capilla del orfanato. Allí, de cuatro a cinco de la tarde, las seis tienen la adoración al Santísimo y allí comienzan el día con el rezo de laudes, a las seis de la mañana. Pendiendo del tabernáculo, donde está expuesto el Santísimo, hay un gran signo chino que resume lo que se vive de forma concreta y harto evidente: *Ai* (Amor). Me llamó la atención ver que cuando ellas rezan, algún niño se acerca a la capilla porque saben que a esa hora los «seis ángeles» que los cuidan están allí rezando. Es allí, donde, según me decían, encuentran la fuerza en el batallar de cada día, para poder expresar y ser instrumentos de Dios ante una humanidad débil que mendiga, como en todas las altitudes, atención y cariño a cada minuto.

Capítulo 15

EL CIRCO PEKINÉS

La llegada del circo ambulante al pueblo era, sin duda alguna, el acontecimiento del año. Recuerdo el reducido número que componían el circo ambulante y su retahíla de animales como sequito privilegiado. Se trataba solo de un puñado de comediantes y malabaristas. La parte más atractiva de la comitiva, al menos para nosotros los chavales, la componían el burro o mulo de turno, el mono, alguna cabra medio loca, el perro que hacía sus diabluras y quizás el conejo que surgía mágicamente de dentro del sombrero y poco más. Del resto se encargaban los acompañantes, cansados de repetir siempre el mismo programa para arrancar las risas del respetable, para lo cual no necesitaban esforzarse demasiado. Bastaba con cualquier numerito para atraer nuestra atención ya que en aquellos tiempos andábamos escasos de actuaciones y las televisiones escaseaban.

El día del circo era el día del año, y no es que vinieran todos los años, solo cuando «lo exigía el guion». Es decir, cuando no les quedaba más remedio que pasar por el pueblo, de camino obligado, a buen seguro, a mejor destino. Es decir, de camino hacia otras ciudades más grandes para conseguir más ayuda económica con que paliar su maltrecha economía. Pero bien valía la pena ganar unos dinerillos. No había entrada de pago y como en los viejos tiempos, se pasaba la boina o la gorra y cada cual aportase lo que pudiera o, como solía decirse, que diera «la buena voluntad».

La imagen del circo me vino a la mente cuando vi a mi amigo Liu venir a recogerme a una estación de metro de Pekín y llevarme por las calles hasta mi destino, ante la mirada curiosa de la gente que por allí deambulaba. Claro que la cosa no era para menos. Yo solo me eché a reír cuando me vi en la foto. Me pareció, de la noche a la mañana, haber sustituido la cabra o el mono por el 2012 circo pequinés, en clave misionera. Y si no, echen una mirada a la foto y no me digan que no es una imagen de circo en la era de la electrónica.

La imagen de la moto-carretilla (así la llamo yo) me trae a la mente los vericuetos por los que uno tiene que pasar cuando va a China. La misión de China, reflejada en la imagen, me sugiere y con qué fuerza, que es una misión itinerante. Hoy aquí, mañana allá, y sin grandes planes porque la situación no da para sí. Claro que mirándolo bien es un motivo formidable y una oportunidad de lujo para dejarle espacio a Él. Hoy que todo pretendemos programarlo con agendas en plena ebullición y programas y planes a larguísimo plazo, aquí en la misión de China me conformo con el día a día y poco más, porque nunca se sabe por dónde van a ir los tiros el día de mañana. Aquí, las únicas aldabas a las que uno puede agarrarse son las manos de Dios o el manto de Jesús de Nazaret, que la pagana cananea logró tocar y así conseguir su propósito. Algo así como la moto-carretilla, donde hay que agarrarse porque la carretilla salta ante cualquier pequeño bache y si te descuidas acabas con los huesos en el asfalto.

Ese carácter itinerante del misionero de China, algo que me está rondando la cabeza desde hace ya unos meses, va en línea opuesta a ese otro estilo del discípulo del «siéntate y espera». Jesús requiere de los discípulos solo que lleven bastón y sandalias, imagen del caminante y del misionero itinerante. Siempre «de paso», como ave migratoria. No conviene estar demasiado tiempo en un mismo lugar. Aquí, gracias a Dios, no podemos echar raíces ni apoltronarnos. Aquí, se está en camino y siempre con la tienda a cuestas. Me recuerda al Jesús, rabino itinerante, que no espera a que la gente vaya a Él, sino que es él quien va a su encuentro, entrando en la ciudad o en el poblado y haciéndose el encontradizo. No va con la carretilla, pero sí con el grupo de los Doce y por lo que dice el Evangelio, acercándose a escuchar y participar en sus conversaciones y hacerse partícipes de ellas. Pero tampoco le faltó el burro, ya al final de sus días, al parecer en el momento de apogeo. Al fin y al cabo, otra pieza que siempre ha encajado en los circos de antaño.

La condición de itinerancia hace que la realidad me sorprenda y que tenga que afrontar, muy a menudo, situaciones siempre nuevas e imprevisibles, como me sucedió en el último viaje. La imagen, aunque sea de circo, tiene su miga. Con la misma moto-carretilla, Liu me llevó a ver una comunidad cristiana donde viví momentos de intensa espiritualidad. Rezamos y proclamamos la Palabra. ¡Qué compartir tan rico que viví en

aquellas tres horas! O la sorpresa donde me hospedé los tres días que estuve con el «circo pekinés», especialmente donde los dueños de la casa, el Sr. y la Sra. Liu, fueron todo atenciones para mí.

Hoy seré osado y diré que la itinerancia, como estilo de vida misionera, me interroga. No sé por cuanto tiempo diré esto porque a medida que los años se echan encima veo que tiendo a situarme, a disfrutar con mis manías y a apoltronarme en los «imprescindibles hábitos» que uno se fabrica. Pero es que la itinerancia es tan bíblica y tan misionera que se está haciendo parte de lo que soy. Y ahí, el Dios sorprendente se hace presente en el encuentro con los hermanos/as. En el camino me encontré con una persona que si no estaba endemoniada poco le faltaba; otra con un corazón tan grande que tiene sus 35 huérfanos a los que cuida junto con otras personas.

También me sorprendió la joven, casada de dos años, y que todavía no tiene hijos, y con la angustia a cuestras cada vez que tiene que ir al poblado y la familia del marido le atormenta con la consabida pregunta del cuándo vas a tener un hijo. Estaba tan aterrada que se echaba a llorar al pensar en la trágica posibilidad de no poder tener un hijo. O la de la mujer que rezando el texto de Bartimeo y a la pregunta de Jesús: ¿Qué quieres que haga por ti? Respondió que no quería nada, que solo quería tenerle a Él. O la joven madre que ya tiene una niña pero que los suegros insisten en que quieren un nieto varón que pueda perpetuar la especie y el apellido. Y mientras llega el día del parto me piden misas para que se cumplan sus deseos. Tal es la presión de las madres en China para tener un hijo varón.

A lo largo del camino, el misionero se entremezcla con las personas y bucea en sus problemas, ansias, gozos y esperanzas. El estilo itinerante del Maestro en la barca o de camino al lado del pozo con la samaritana, echando una mirada al árbol de Zaqueo o a la mesa de los impuestos de Mateo. Pero la itinerancia también invita a retirarse: es el Jesús misionero itinerante y sin lugar donde reclinar la cabeza, que va a la montaña y al desierto para encontrarse con el Padre. La itinerancia se hace vida en Abraham que tuvo que dejar su casa a los setenta y cinco, a Moisés guiando al pueblo de Israel por el desierto o en Pablo de Tarso, de Antioquía a Roma.

Pero, aunque esta itinerancia tengas sus retos, sin embargo, hay otra cuyo recorrido es más difícil y complejo. Se trata del salir del propio yo e ir al tú, a los otros y al TÚ con mayúscula, Dios. Este es el recorrido más

largo, el de la itinerancia hacia la conversión empezando por uno mismo. El estilo de misión itinerante es un modo como Dios se nos manifiesta a través de la historia de la salvación. Y mientras, con la maleta a cuestas en la moto-carretilla y siempre en ese camino del yo a los otros y al TÚ. Una tarea que exige guardar el equilibrio del trapecista en el circo, a caballo entre Dios y la muchedumbre, los dos pilares del misionero itinerante.

Capítulo 16

LA RESACA DEL VIAJE

Es curioso que, en agosto, mes del descanso y de las vacaciones, me sienta cansado. De ello quiero precisamente hablar. Por eso lo titulo: «La resaca del viaje o el cansancio del misionero». La verdad es que la aureola que a veces se ha tildado al misionero de medio «héroe» o «infatigable 24 horas todo terreno eclesial», todavía está en la mente de algunos. Pues no, debo decir que el misionero también se cansa, o al menos yo. Ya los discípulos le espetaron a Jesús: «Hemos trabajado durante toda la noche y no hemos sacado nada». Jesús parece contar con el cansancio de la gente como algo normal. De sus labios surgieron el: «Vengan a mí, los que andan cansados y agobiados, y Yo les aliviaré».

Os revelo que el cansancio no es extraño en la vida del misionero. Hay, debido al paso de la vida, el exceso de trabajo, la inmensa tarea, etc., misioneros cansados, pero, a su vez, felices. Esto resume la experiencia que he tenido en mi último viaje a China. Han sido 28 días al trote: viajes, cambio de cama, cambio de comidas, climas diferentes, último responsable en la realización de las actividades, siempre con un ojo en todo y atento a lo que pueda ocurrir, etc. A ello se añadía la tensión de vivir entre cuatro paredes, sin apenas hacerse visible más que cuando hay que ir a la estación de tren o de autobús para viajar, pensando que pueda pasar algo a los niños y jóvenes que participaron en el campamento de verano en el norte o el coordinar esta actividad, por primera vez, con siete catequistas.

Todo ello, me hizo experimentar la fuerza y la debilidad, viviendo la tensión del trabajo y el deseo de volver a casa y poder descansar. Todo ello ha pasado factura e hizo que mis «huesos» se resintieran y que el cansancio se hiciera compañero de camino, quizás como nunca lo había vivido antes. Razón que me da pie para plasmar estas cuatro líneas por escrito. Me gusta hablar desde la experiencia que es donde Dios trabaja, y ésta me mostró esa otra faceta del misionero, quizás un tanto camuflada en el pasado, que es el cansancio. Quizás, en el subconsciente, no se podía manchar el «sambenito» de héroe que inconscientemente se nos dio en el pasado.

Me imagino que no es solo experiencia mía. El cansancio es la experiencia de cada uno: el mío y el ajeno. El hecho de tener que dar charlas durante 28 días también afectó mi garganta. Primero fue en Hebei, durante cuatro días, a 200 mujeres católicas de la Asociación Laical de Santa Ana, que trabajan muy bien en la parroquia. Después, las charlas bíblico-misioneras a 90 líderes católicos de siete parroquias de la misma zona, durante tres días; posteriormente los diez días con los 80 niños y jóvenes, en el campamento de verano y los tres días con 50 seminaristas, dejaron su huella en mis cuerdas bucales. Pero como los chinos tienen remedio para todo, el buen sacerdote local me dijo que había un médico tradicional chino, católico, que solo utiliza hierbas para sus prescripciones médicas. Me dijo que era infalible y, como por otra parte no me quedaba más remedio, me puse en sus manos. Y de hecho así fue, infalible. Me trajo dos frutos secos, los puse en un vaso de agua hirviendo y los frutos se abrieron dando un color un tanto negruzco, como una especie de pócima. Me dijo que bebiera el contenido del vaso, sin sabor alguno, pero al día siguiente me sentía mucho mejor, aunque por otra parte empecé a sentir un concierto de tripas de armas tomar. La medicina china me solucionó un problema, pero me causó una diarrea impresionante. Fue peor el remedio que la enfermedad. Dos días de diarrea. Lo imprevisible también cuenta en la vida del misionero y eso no estaba programado en la agenda.

Pero bueno, habrá que admitir que el sólo hecho de estar cansado no es malo. Cuántos de vosotros tienen que desplazarse al trabajo cada día, atender a los niños, llevarlos al cole y tantas otras actividades que hacéis. O el obrero que trabaja ocho horas al día y se gasta medio día para ir de casa al lugar de trabajo; o la madre de familia que debe cuidar de su hogar y de sus hijos. Es normal que haya cansancio. Pero yo creo que lo que más cansa no es el cansancio físico sino la incompreensión, la soledad o la falta de comunión interior con los hermanos que caminan a tu lado y las discrepancias con aquellos con quienes debiera tener «un mismo sentir...».

Echo una ojeada al Maestro y veo que no se hizo problemas a la hora de sentarse junto al pozo para pedir un vaso de agua, ni para invitar a los discípulos a descansar y orar después de terminada la primera Gran Misión. También se da un tiempo para visitar a unos amigos en Betania y dejarse servir por la suegra de Pedro. El cansancio también fue causa de

la inmensa tarea y la misión desproporcionada que tuvo el profeta Elías, Jonás o San Daniel Comboni en su infatigable tarea misionera en el Sudan de mediados del siglo XIX.

Aunque uno se encuentre cansado, es reconfortante constatar que, en el fondo, es un cansancio fruto de la entrega a los demás. Incluso, en plan jocoso y debido a mi dolor de garganta, tuve que ver cómo los demás se comían el helado, regalo del P. Vaca, (así se llama el sacerdote local donde tuvimos el campamento) y que no pude ni siquiera saborear. No te asustes, porque otros se llaman Mono, Cerdito o Caballo. La gente está acostumbrada a esos apellidos que nadie se inmuta al pronunciarlos o escucharlos. Y los jóvenes en plan de «cachondeo» querían sacarse una foto conmigo, con su heladito en mano, claro.

Lo curioso es que en medio del cansancio pude posar el corazón y la mente en quien llena y da sentido a mi vida. Como el tiempo, el cansancio es, seguramente, un regalo de Dios y pedazo que se va tejiendo en el día a día, de la historia de la salvación. Me atrevo a decir que Dios me miraba con más amor cuando me sentía cansado, experimentando mi limitación, fragilidad y límites. Allí le ofrecí las manos cansadas, la garganta que no pudo comerse el helado, los oídos para escuchar y ese corazón para rezar para que se hiciera su voluntad y no la mía.

El pescador no se cansa de remar y el labrador de sembrar. Su cansancio es la ofrenda dura de su participación en la cruz de Jesús y es mi comunión con el sufrimiento de la humanidad y sus cansancios. En la llamada misionera, el Señor me invitó a bregar y remar mar adentro, e ir a la otra orilla, lugar de los gentiles. Sería más cómodo permanecer en la orilla de la playa donde las aguas vienen mansas. Me reconforta pensar que, en plena mar, Él siempre navega conmigo, aunque a veces parezca que duermo.

Al hacer memoria de mis cansancios y de las actividades realizadas en China, todo salió bien, lo cual en China no se puede dar por hecho. Le doy gracias a Dios y dentro de unos días lo haré con el grupo de siete catequistas con quienes organizamos una de esas actividades de verano. Aunque parezca chocante, le daré gracias por la fatiga y le alabaré por el cansancio y sobre todo por la oportunidad que nos ha dado de darlo todo y de darme un poco más. Al fin y al cabo –tú y yo– somos de Dios y son para Él mi cansancio y tu cansancio, aunque sea en agosto, tiempo de descanso y de vacaciones.

Capítulo 17

LA MARABUNTA ORIENTAL

El mes de septiembre me trae a la memoria, entre otras cosas, la vuelta al cole. Y con ello los grupos de estudiantes que deambulan por las calles hacia el cole o la universidad. En este ceremonial cotidiano, desde que salen de casa y cogen el ascensor hasta salir a la calle y hacer cola en la parada del autobús repleto de gente, hasta que llegan a su destino repleto de colegas y amas de casa. Están llamados a ejercitar de forma violenta o disimulada los «codazos» -versión oriental- con una cierta dosis de paciencia china y un tanto de pachorra británica. Aquí, en Macau, esto se nota de forma hartamente evidente, sobre todo a partir del 1 de septiembre, fecha del comienzo del año escolar. Atrás quedó el mes de agosto, el único mes con un poco de respiro para subir a un autobús y hacerse un hueco con cierta soltura.

Macau es un pequeño territorio de 30 km². Cuando llegué la primera vez en 1991, la extensión de Macau era de 16 km². Como veis, ha crecido un montón, sobre todo con terreno ganado al mar. Aquí hay mucha gente y en los últimos seis años ha crecido de forma más que evidente. Hoy, en día, la población de Macau asciende a 607.000 habitantes. Las calles, a su vez, se ven más y más colapsadas por el tráfico. Yo, gracias a Dios, no tengo coche porque, a decir verdad, en Macau no se necesita. Hay buen transporte público, barato y uno no tiene que preocuparse dónde aparcar cuando llega a su destino, algo bastante irritante.

El Macau de septiembre se parece un poco a la recordada película «Cuando ruge la marabunta». ¿Te acuerdas de aquel rico propietario de una plantación de cacao en algún país sudamericano que se casa con una mujer norteamericana? Su llegada a la hacienda hace que deba realizar un gran esfuerzo para acostumbrarse a convivir con ella. Entretanto surge el aviso de que se acerca la marabunta, una enorme colonia de hormigas que arrasan todo a su paso y que, durante su existencia, se mueve casi sin cesar. La plantación está en peligro de perder toda la cosecha.

Macau, en septiembre, tiene un cierto aire de «marabunta». Los autobuses repletos de pequeñas o grandes hormigas, entre las que me encuentro yo y que

a diario deambulamos de un sitio para otro. La expresión «marabunta», tan significativa, define a un conjunto de gente alborotada y tumultuosa. Bueno, no es que estemos alborotados, pero si un poco ruidosos y tumultuosos.

China, y Macau es parte de China, se distingue entre otras cosas por ser el país más poblado de la tierra, unos 1.300 millones de personas. Es suficiente acercarse a una estación de tren o esperar a que salga el tren para palpar las muchedumbres. Para comprar el billete de tren siempre te encuentras con colas interminables. Ello conlleva una espera paciente, aunque da la impresión de que la gente en China está bastante acostumbrada.

En Macau, en concreto, es interesante acercarse a la frontera con China, a las siete de la mañana de un día cualquiera, como podéis ver en la foto. Macau todavía tiene un status especial, y para cruzar la frontera, los extranjeros necesitamos el pasaporte y un visado, como si de otro país se tratara. Los ciudadanos chinos de Macau, en cambio, tienen más facilidades y con una especie de pase o carnet se les facilita, con bastante rapidez, la entrada en China. A las siete de la mañana abren las puertas de acceso al paso fronterizo con China. En el lado de Macau se va acercando las gentes. En pocos minutos ya podemos hablar de muchedumbre en espera de que se alcen las «compuertas». Allí no hay cola que valga. Cada uno busca su sitio, donde le dejan o donde puede, y quien más quien menos se coloca en la parrilla de salida. Una cierta ansiedad va creciendo en el ambiente.

A las siete en punto de la mañana, las puertas se abren. Antes de que se abran a modo de cortina de abajo arriba, ya hay quienes con inclinada reverencia están en el otro lado. El tiempo apremia, me digo yo. Al abrirse, aquello parece una competición de atletismo para ver quién llega el primero a la otra parte. Te encuentras con gente corriendo, de aquí para allá, pero lo que más se usa no son las piernas para correr sino los codos para hacerse paso. Si vas con la maleta, mejor que esperes cinco minutos a que pase el primer avance de la «marabunta», porque puedes perderla por el camino.

Siempre hay un buen montón de señoras ancianas ya acostumbradas a estas liturgias cotidianas y vespertinas. Ellas son las más avispadas, ya que, para subsistir, tienen que cruzar la frontera cada día. Llevan productos de Macau a China, donde los venden a un precio más alto y a su vez, una vez en China acarrear productos de China más baratos que después venden en Macau. Todo les va bien a no ser que la policía, de vez en cuando, les

pare y requise su mercancía. Pero lo intentarán de nuevo ya que es su forma de vida. Ellas son, en la frontera, las especialistas de la «marabunta», la punta de lanza, aunque muchas de ellas pasen ya de los setenta.

En el piso donde vivo, el 13 de un bloque de 24, que más bien parece un enjambre, también se nota el ajetreo de septiembre y los ascensores bajan repletos de niños con sus madres que van al colegio, con su consecuente espera como sucede en los autobuses, que vienen con la «marabunta» dentro y no hay forma de hacerse un pequeño espacio. El espacio es precioso en Macau, un lugar tan pequeño y tan poblado, tan es así que donde los Combonianos tenemos la parroquia de San José Obrero, se la considera la zona por metro cuadrado de mayor densidad de población del mundo.

Me viene a la mente y, sin hacer grandes reflexiones, la imagen de Jesús con las muchedumbres, mucho más reducidas que las de estas latitudes, y su actitud ante ellas. Por una parte, su pasión por sintonizar con ellas y su compasión al verlas como «ovejas sin pastor». Pero a mí me da la impresión de que las gentes que deambulan por aquí viven a tope cada momento, con una actividad frenética y da la impresión, digo solo impresión, de que viven felices y disfrutando cada minuto de su vida. Digo da la impresión porque es difícil entrar en el corazón de la gente y ver realmente lo que viven y sienten. Para Jesús, esos son los dos polos de su misión: el Padre y la muchedumbre.

Sí que noto en Jesús esa pasión por la humanidad y sobre todo por esa humanidad herida, aparcada en la orilla del camino, y por todos aquellos que en su tiempo eran considerados gente marginada. Y es este grupo social el que debiera ser la niña de los ojos del misionero. A este grupo intentamos acercarnos desde el anonimato y la discreción en la misión de China. Un trabajo misionero que abarca ese mundo de niños que crecen en un orfanato intentando descubrir por qué viven allí e intentando descifrar la trágica pregunta de quiénes fueron sus padres y por qué los abandonaron. Unido a este grupo vulnerable, otro no menos, el de los hijos de padres que sufrían de sida y que ya fallecieron. Y finalmente, los niños estudiantes pobres de las zonas montañosas de China. Y sin olvidarme de la Iglesia católica, tanto la comunidad clandestina como la pública.

Nos acercamos a la muchedumbre herida para llevarla a Dios, y a Dios para poder comprender a esa humanidad y encontrar fuerzas en el caminar nuestro de cada día.

Capítulo 18

CONTRA EL ESTRÉS... BAMBÚ

Después de plantar la semilla de bambú, el agricultor no verá ningún signo de crecimiento durante cinco años, excepto un lento desarrollo de un diminuto brote a partir del bulbo. A pesar de que la semilla haya sido buena, y el abono y riego abundante y apropiado, sin embargo, durante esos largos cinco años no se verá, aparentemente, signo alguno de crecimiento. Pero la madre naturaleza y la tierra son pacientes y realizan su trabajo. En ese largo tiempo, todo el crecimiento es subterráneo y aparentemente invisible. A primera vista podría parecer desesperante e inútil el esfuerzo, pero el cultivador sabe que una maciza y fibrosa estructura de raíz se va extendiendo y construyendo vertical y horizontalmente bajo tierra. Y, al final del quinto año, el bambú chino crece hasta alcanzar una altura de ocho o diez metros en cuestión de seis semanas. ¿En solo seis semanas? No, el bambú estuvo creciendo cinco años (tiempo que varía según los lugares). Así es el crecimiento y desarrollo de la caña de bambú.

Durante esos cinco largos años no se percibió nada aparentemente y cualquiera hubiera pensado que la semilla se pudrió y no sirvió para nada. Pero al final y con mucha perseverancia, todo cambia y con qué rapidez. La semilla de bambú se tomó todos estos años para fortalecer sus raíces que se extienden vertical y horizontalmente por debajo de la tierra formando un entramado sólido y perfecto y comunicándose unas con otras para fortalecerse entre sí. Y todo esto ocurrió en la oscuridad y en el silencio. Es decir, en el anonimato.

En la cultura tradicional china, la caña de bambú es el símbolo de la integridad, de la moral, de la perseverancia, la modestia y la lealtad. También se la considera prototipo de la soledad y la elegancia. Las características se reflejan en su estructura y así su profunda raíz denota resolución; la rectitud de la caña representa honorabilidad; su interior, modestia y su exterior, pureza. La imagen del bambú siempre ha jugado un papel importante y positivo a la hora de animar a las personas en tiempos de adversidad y dificultades.

¿Qué nos muestra la historia del bambú? Necesitamos como el bambú, mucha fibra y tiempo para consolidarnos, arraigarnos y crecer. Muchas cosas en la vida personal y profesional se parecen al bambú chino. Trabajas, inviertes tiempo, esfuerzo, haces todo lo que puedes para nutrir tu conocimiento y algunas veces no se ve nada durante semanas, meses o años. Queremos soluciones rápidas, pero todo éxito y crecimiento sólido requiere tiempo, perseverancia y paciencia. Incluso, muy a menudo, pensamos que es inútil y que estamos perdiendo el tiempo. ¡Echa una ojeada a la caña de bambú!

Pero si tienes paciencia para continuar trabajando, tu quinto año llegará, y con él vendrá un crecimiento y cambios que quizás te costaba esperar. El bambú chino nos enseña que no debemos fácilmente desistir de nuestros proyectos y de nuestros sueños... En nuestro trabajo o misión, que a menudo requieren y envuelven cambios de comportamiento, de pensamiento, de cultura y de sensibilización, podemos acordarnos del bambú chino para no desistir fácilmente delante de las dificultades que surjan. Una ojeada limpia a la caña de bambú nos invita a cultivar dos buenos hábitos en la vida: la perseverancia y la paciencia. Uno merece alcanzar sus sueños, pero el problema es la ansiedad que nos embarga de querer ponerlos fecha a toda costa. Por eso la falta de resultados acarrearán ansiedad y estrés. Como solución, violentamos el ritmo que la planta requiere. Por eso contra el estrés y la ansiedad... el espíritu del bambú.

La pedagogía del bambú nos recuerda que el éxito es el resultado del crecimiento interno y que éste requiere tiempo. Para cultivar el bambú ha de tenerse fe y mucha perseverancia porque es quizá la única especie arbórea que tarda cinco años en crecer. Ella crece primero hacia abajo, fortalece sus raíces y forma un entramado que asegurará que podrá sostenerse en pie una vez aparezcan los primeros brotes y le llegue el período de crecimiento; previamente el sembrador ha escogido la semilla y la siembra. La semilla, a buen seguro, no es consciente de su potencial, ella no tiene idea de su potencial ni en lo que se convertirá, simplemente está segura, escondida dentro de una dura coraza. Al contacto con la tierra y la humedad empieza a reblandecerse hasta dejar el cascarón y empezar su desarrollo que en principio aparece como un sutil rebrote.

Una vez el bambú ha crecido, su uso es muy variado. Sirve para construcción de puentes, para andamios en la construcción de viviendas,

decoración, en la arquitectura y en el arte. China cultiva más de 400 especies de bambú, especialmente en el Sur, y es el productor número uno del mundo. La historia del pueblo chino señala que cultivaban bambú hace más de 7.000 años. Se utilizaba para comida, vestido, construcción de casas, para el transporte, hacer instrumentos musicales e incluso armas. Muchos de los primeros documentos históricos escritos en chino fueron, a su vez, grabados en tablillas de bambú.

El bambú, en la cultura china, es presentado como ejemplo de la armonía entre la naturaleza y los humanos. Forma parte de uno de los «cuatro grandes señores de China», junto con la orquídea, el crisantemo y el ciruelo. Está, a su vez, considerado como uno de los «tres amigos del invierno», junto con el pino y el ciruelo. En un sentido más amplio, el bambú lleva impreso en su raíz la marca ineludible de los cuatro elementos que nos asisten: el agua que circula por su savia, la tierra que se integra en su cuerpo a través de las raíces, el aire que las refresca y nutre sus hojas y el fuego que brota de su frotamiento...

¡Me recuerda las imágenes que Jesús tomaba de la naturaleza para indicarnos que el Reino es como una pequeña semilla de mostaza, la más pequeña pero que crece y los pájaros anidan en ella!

Hoy nos movemos más por la ostentación, la grandeza y la apariencia. A ello, unimos la impaciencia, y eso del anonimato, el silencio y trabajo de cada día sin que nadie lo perciba, nos descoloca. Tenemos el mundo en la palma de la mano y el móvil nos informa al instante de las noticias del mundo. Un simple, como ahora dicen «clic», y se hace la luz, nos ponemos en contacto con cualquiera en cualquier parte del mundo, y nos sirven a la carta, la comida que deseemos. Quizás por eso mismo, ¡qué difícil es esperar a que llegue el autobús, las vacaciones o la cosecha!

Estando en China, ¡cuántas veces me he acordado del bambú! Él, ve la vida con otra perspectiva, no la de las prisas sino la de contemplar que el esfuerzo de cada día tiene su premio que vale la pena disfrutarlo. Me invita al silencio y a la soledad, y a seguir profundizando en mis raíces, es decir, mi identidad. Para mí, es una invitación fuerte a seguir sembrando sabiendo que en las cosas de Dios la semilla crecerá. Pero consciente de que no es mi tarea ponerla fecha. Un poco de paciencia, paciencia china, ante las impacencias de la vida da un toque nuevo a la vida que sigue su ritmo imparabile de crecimiento.

Capítulo 19

POR NO HABER SITIO

Esta vez tuve la tentación de enviar a familiares y amigos una postal navideña estilo chino, con una escena un tanto acaramelada, propia de este tiempo de ensueño, de paz y de gozo. Pero me dije que no, y siguiendo el guion bíblico escogí la frase «por no haber sitio» para mostrar otra forma de ver la Navidad, esta vez con características chinas. Me vino a la mente esa frase, picante y llena de envidia y profecía, que el obispo chino auxiliar de Shanghái, Mons. Tadeo Ma Daqin, soltó a bocajarro ante una nutrida asamblea y con la presencia cualificada de representantes del gobierno, el mes de julio de 2012.

Nada aparentemente especial, pero siempre que hay una ordenación episcopal en China hay ruido, tejemanejes, contrapartidas jugosas o reuniones de personal eclesial y gubernamental que se hacen calvarios eternos. Por una parte, el gobierno chino quiere controlar a la Iglesia colocando un obispo afín a sus intereses y fácil de domesticar con dinero o promesas terrenas. Así le pareció el candidato Ma, pero les salió el tiro por la culata y nunca mejor dicho. Hoy, después de dos años de arresto domiciliario, Ma sigue sin libertad. No se sabe su paradero, aunque todo apunta a un arresto domiciliario en el seminario de Sheshan, cerca de Shanghái. ¿Cómo llegó a esa situación? Todo ocurrió el día de su ordenación episcopal, el 7 de julio de 2012. Todo había ido más o menos sobre ruedas, ya que siempre hay tensiones hasta el mismo día de la ordenación del obispo. Pero fue la frase final del discurso de agradecimiento del nuevo prelado, antes de concluir la ceremonia, lo que causó furor en las autoridades chinas.

Cebolla en mano, con una gran dosis de ilusión e inspirado por el acontecimiento de la ordenación que apenas había concluido y con la responsabilidad propia del pastor que se le venía encima, Monseñor Ma agradeció a los presentes su participación en la ordenación y en especial sus oraciones. Hasta ahí todo bien. Y al final, como para bordar la actuación, hizo un añadido que fue recibido con júbilo y prolongados aplausos por las más de mil personas que asistían a la ceremonia en la catedral de San

Ignacio, mientras los representantes de la Oficina de Asuntos Religiosos Chinos y la Asociación Católica Patriótica China permanecían boquiabiertos por el impacto de tal frase. Estos dos departamentos gubernativos tienen la finalidad de «atar en corto» a la Iglesia, asfixiarla si es posible y doblegarla para que asuma las consignas del Partido sin rechistar. Pues bien, ante tamaña audiencia, a Ma no le tembló el pulso al decir:

A la luz de lo que nos ha enseñado nuestra Santa Madre la Iglesia, a la que sirvo ya como obispo... Es por tanto inapropiado para mí seguir asumiendo ciertas responsabilidades. Por ello, a partir de este momento de mi ordenación, no es conveniente para mí ser miembro de la Asociación Patriótica.

Esta última frase atrajo las iras de los representantes gubernativos allí presentes. En la comida de recepción al nuevo obispo, organizada por la diócesis, había tres mesas vacías. Habían sido reservadas para los representantes del gobierno por cortesía y porque no queda más remedio, pero el mensaje estaba en el aire y era prueba de que algo se estaba fraguando. Al día siguiente cuando se esperaba al nuevo obispo para su primera misa, este no apareció porque a esas horas ya era prisionero del gobierno, al parecer en el seminario mayor de Sheshan, unos cuarenta kilómetros de Shanghái.

Seguidamente, el gobierno informó a la diócesis que el seminario no abriría sus puertas para el comienzo del año escolar, con sus nefastas consecuencias para los seminaristas, tanto en el seminario mayor como el menor. La superiora general de la congregación diocesana Hermanas de la Presentación de María, a su vez, fue obligada a dimitir de su cargo porque había sido una de las responsables de la organización de la ordenación episcopal en la que no pudieron tener acceso directo algunos obispos ilegítimos, presentes en la misma. En definitiva, la diócesis cayó en manos de la Asociación Patriótica China. La venganza estaba servida pero no quedaba ahí la cosa. Algunos meses más tarde, a primeros de octubre de 2012, unos 80 sacerdotes y otras tantas religiosas de la diócesis sufrían lavados de cerebro con sesiones de propaganda gubernativa de doce horas al día sobre temas variopintos como: los deberes del ciudadano chino, los principios básicos de una iglesia independiente y el papel de la religión según el partido comunista chino. Como se puede ver, teología de «altos vuelos» para doblegar al personal eclesial de la diócesis a los dictámenes del Partido Comunista chino.

Las voces de prudencia y diplomacia no se hicieron esperar y en la mente de algunos sonaba ese si «no habría sido más prudente»... o el si «no se debiera tener más diplomacia» a la hora de decir las cosas. La Verdad no puede buscar tapaderas que la desvirtúen ni debe prostituirse con componendas que anestesian el carácter profético de los que siguen los pasos del que clavaron en la cruz por dar testimonio y decir la Verdad.

La frase del evangelio de Lucas sigue repitiéndose en el hoy de la historia: «Por no haber sitio para ellos en la posada». María y José habían buscado alojamiento en un albergue de caravanas. Era éste un lugar, por lo regular al descubierto, rodeado de una pared con una sola entrada. Cuando María sintió que se acercaba su hora, no había allí lugar para ella. Después, el mismo Jesús nos recordará que «El Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza» (9,58), o aquel «Vino a los suyos, y los suyos no le recibieron» (Jn 1,11).

Tampoco hay sitio para el obispo Ma, ni siquiera en su propia diócesis. El Partido comunista le ha arrojado a la denigrante situación de arresto domiciliario. Y lo ha hecho donde más le iba a doler: en el seminario, vacío de momento, por orden gubernativa. La coherencia, la fidelidad y el desparpajo de Ma por ser testimonio de la Verdad y ser fiel a su reciente compromiso de obispo con la Iglesia universal son un anuncio de esperanza y de valentía, admiración si queremos, y su voz grita ese Gloria a Dios en las alturas, en lugares donde la Verdad está secuestrada por el poder del dinero, el control de las dictaduras o la corrupción del sistema.

Ma ha expuesto la injusticia y revelado con nitidez, ante el Herodes de turno, que la conciencia humana no puede claudicar a los dictámenes del poder dictatorial de turno. Ha hablado abierta y claramente siguiendo su credo religioso y ha voceado que la libertad y la verdad no son patrimonio del Partido comunista chino. Su voz sonó diáfana no para agradar al status quo, como no lo fue la del nacido en el establo, sino para dar testimonio de la Verdad. No se ha evadido lavándose las manos, al estilo pilatero, ni se ha replegado por miedo a la presión, la pérdida de la libertad, el prestigio de la mitra o el dedo justiciero de quienes se creen propietarios de la Verdad. La estela de los profetas, la suya y de tantos otros, no ha sido engullida por las tinieblas del mal, y por eso podemos celebrar la Navidad que se acerca.

Capítulo 20

¡EL TRECE DE LA SUERTE!

A finales del mes de agosto de 2012, el gobierno municipal de Beijing publicó una ordenanza en la cual requería a las compañías constructoras utilizar incluso los números de «la mala suerte» en las direcciones de las calles, las puertas y los pisos. Es la primera vez en la historia moderna de China que el gobierno lanza una guerra contra las supersticiones. Ahora resulta que el gobierno chino, ateo, materialista y antirreligioso por más señas, le va a echar un capote a la religión, ni más ni menos que erradicando, por edicto del Partido, parte de las supersticiones chinas. Tarea ésta harto imposible para el que conoce un poco el impacto de ciertas supersticiones o creencias en el contexto chino.

A los pocos meses de llegar a Macao, allá por el año 1993, el P. Lei me invitó a cenar en un restaurante, en el centro de la ciudad de Macao. En aquel tiempo, el restaurante tenía una peculiaridad, lo cual le hacía famoso, y es que era giratorio. Mientras cenábamos, el restaurante giraba muy despacio, sin apenas uno percibirse de ello, y así se podía disfrutar de una vista panorámica del Macao nocturno. Pero lo que más me impactó aquella noche no fue la cena, ni que el restaurante girase o no, sino el ascensor del mismo. Al coger el ascensor –el restaurante estaba situado en el piso 26– me tocó dar el botón y al mirar en los números de los distintos pisos me di cuenta que no había el número cuatro. En otras palabras, que en aquel edificio no existía el 4º piso. Del tercer piso se llegaba, como por arte de magia, al menos eso me parecía a mí, al quinto 5º. Que ¿cómo? Pregunté cómo era posible y no hubo respuesta, solo alguna sonrisa un tanto camuflada y socarrona.

Lo de los números, por tocar un campo donde ciertas creencias populares adquieren dilatados perfiles, es donde la superstición despliega sus alas. Así, por ejemplo, hay números de la suerte y otros que hay que evitar a toda costa. La gente escoge los números de la suerte o así considerados afortunados a la hora de comprar un piso, una casa, el número de

teléfono, fijar la fecha de boda, fiestas y festivales o celebraciones especiales. No hay ninguna justificación científica para que un número sea de la suerte o no, pero su influencia es tal en la cultura y vida de la gente que ya se han acuñado ciertas costumbres casi imposibles de erradicar. ¡Cómo estará la cosa para que el mismo gobierno de la capital haya tenido que zanjar el asunto de raíz!

Hablando de supersticiones, de forma especial en lo que a los números se refiere, veamos algunos detalles. Así, por ejemplo, el ocho es considerado un número de la suerte porque se cree que acarrea prosperidad, riqueza, éxito y status social. Y todo porque en chino, el sonido *ba* (ocho) es muy parecido al sonido para la palabra prosperidad. En chino cantonés, el número *fa* (ocho) suena como la palabra riqueza. Es tan importante este número que el número de teléfono 8888-8888 se vendió en la ciudad de Chengdu, provincia de Sichuan, por la cantidad de USD \$270,723. Pero ahora resulta que el mismo gobierno chino que quiere erradicar tales supersticiones o creencias fue atrapado, y de qué manera, entre los entresijos de las mismas.

Me refiero al acontecimiento de las Olimpiadas de Beijing, y sobre todo a su fecha de inauguración. Unos años atrás se concedieron las Olimpiadas de 2008 a la ciudad de Beijing. Ya lo ven, una vez más el número ocho saliendo a relucir. Pero no queda ahí la cosa. El gobierno comunista chino se rinde al todopoderoso número 8 durante el año olímpico de 2008. ¿Se acuerdan? La ceremonia de apertura de los juegos olímpicos de Beijing tuvo lugar el 8 de agosto de 2008 (Ya ven cómo juegan las fechas y además queda muy bonito 08/08/2008). Y para más inri, la inauguración de los mismos comenzó con exactitud a las 8:08 de la tarde. ¿Hay quien dé más? Y todo esto organizado meticulosamente por el que ahora, por decreto imperial, quiere erradicar todo tipo de creencias o supersticiones en lo que a los números se refiere.

Algunos hechos respecto al número ocho: un chino ofreció vender la matrícula de su coche A88888 por USD \$164,000. El ocho es número de la suerte y es siempre bienvenido a la hora de hacer negocios o en otros campos. El número 2, por su parte, representa armonía y el 6, éxito. Al número 2 se le considera de la suerte porque «todas las cosas buenas vienen a pares», dice el refrán. El sonido seis, *liu*, es muy parecido a la palabra que en

mandarín significa fluido, suave. Por eso, el 6 es número de la suerte, sobre todo cuando va repetido y seguido con el mismo número. Tan apreciado es que en la ciudad de Shenzhen, colindante con Hong Kong, un hombre pagó por una moto con la matrícula AW6666, la suma de USD \$34,000.

En el otro lado de la balanza tenemos el número cuatro, desafortunado por naturaleza. Tan es así, que la historia con la que comienzo este artículo da buena prueba de ello. Su influencia en la vida real es más que evidente. Es número de la mala suerte porque su pronunciación suena como el sonido de la palabra muerte, *szu*. Por ejemplo, los números de teléfono de Nokia en China no tiene ninguna serie que comience por cuatro, y lo mismo sucede con las cámaras digitales que no tienen series que comienzan por cuatro. El cuatro y el catorce son los números más nefastos en el mundo de la superstición china.

Y hablando de los colores, el rojo es considerado afortunado y de buen agüero. Se utiliza durante los festivales y principales fiestas tradicionales chinas. Se utilizan linternas rojas, se colocan papeles rojos en las puertas y a la entrada de las casas. El rojo representa la felicidad, el éxito, la belleza y la buena fortuna. La gente se viste de rojo para las bodas y los sobres rojos, *hongbao*, con dinero se entregan durante el año nuevo chino. El color amarillo también simboliza la realeza y el poder imperial. El primer emperador de China se le conocía como el Emperador amarillo.

Claro que uno, por necesidad, vive con números a cuestas como lo es el propio día del nacimiento. Ello no quiere decir que tenga científicamente explicación alguna, sino quizás más bien afectiva. Y hablando de números, en la mentalidad bíblica podríamos escribir todo un tratado al respecto. El número doce se refiere a: las doce tribus de Israel, los doce apóstoles. El siete tiene en su mayoría un significado simbólico. De hecho, la Biblia nos explica lo que significa cada número. El 1 significa que Dios es único. El 2 significa el hombre, puesto que en él hay siempre dualidad y división interior por culpa del pecado. El número 4 simboliza el cosmos, el mundo, ya que son 4 los puntos cardinales. Cuando se dice que en el Paraíso había 4 ríos (Gn 4,10) significa que todo el cosmos era un Paraíso antes del pecado de Adán y Eva.

El número 7 tiene el simbolismo más conocido de todos y representa la perfección. Por eso Jesús dirá a Pedro que debe perdonar a su hermano

hasta 70 veces 7. El Apocalipsis es el que más lo emplea: 54 veces para describir simbólicamente las realidades divinas: las 7 Iglesias del Asia, los 7 espíritus del trono de Dios, las 7 trompetas, los 7 candeleros, los 7 cuernos, etc. El número 12 es también simbólico. Significa «elección»: las 12 tribus de Israel, los 12 apóstoles de Jesús, las 12 legiones de ángeles a su disposición (Mt 26,53), etc. El número 40 tiene también valor simbólico. Representa el «cambio», de un período a otro o de vida, por eso el diluvio dura 40 días y 40 noches, y los israelitas están 40 años en el desierto. Moisés permanece 40 días en el monte Sinaí, y Elías peregrina otros 40 días hasta allí, como Jesús ayunará 40 días.

O sea que los números son importantes y, a veces, decisivos. Ah, se me olvidaba, ¿qué número escogiste para la lotería? ¿Por qué escogiste ese y no otro? Y ¿qué piensas del año 2013 por eso del acabar en trece? ¿Es de buen o mal augurio? Hi, hii. ¡Esperanzadora cuesta de enero para todos!

Capítulo 21

DESDE MI CELDA

El trabajo misionero en China se caracteriza por lo que podríamos llamar la itinerancia. Parejo a ella y como compañeras de camino están la sorpresa, lo imprevisible y el a destiempo, que visto por algunos puede resultar molesto y descorazonador pero que al misionero le recuerda que en esta misión quien comanda es Dios. Mi primera experiencia navideña en la gran China no pudo estar mejor enmarcada en el contexto del misterio que vivíamos, y con sus sorpresas.

Ya en Xian, capital de la provincia de Shaanxi, empecé a tener problemas con el móvil. Se me apagaba cuando hablaba con algún sacerdote. No sé por qué cuando comentaba algunos hechos que me estaban sucediendo se cortaba la comunicación. ¿Era problema del móvil o había algo más detrás? Y así una y otra vez. ¿Quién era capaz de tamaño control? El sentimiento de estar controlado me invadía, pero había que apechar y seguir adelante. Después de casi dos semanas con temperaturas bajo cero (en Beijing tuvimos 14 bajo cero) llegó el cursillo sobre el Año de la Fe que debía dar a tres congregaciones de religiosas. No os asustéis, entre todas eran doce: una congregación con cuatro, otra con seis y otra con dos.

Al llegar a la estación de tren, en el norte de la provincia de Henan, el P. Liu me esperaba y nada más verme me urgió a que entrara en el coche. Sus primeras palabras fueron de saludo pero que no había que hacer mucho ruido. El correo electrónico y su móvil estaban controlados y había quien tenía acceso a toda la información que él recibía, entre ellas la mía. Fue llamado a declarar durante dos semanas, pero capeó el temporal como pudo. Todos los días antes de mi llegada sucedía lo mismo. Y la tajante orden de alguno con poder suficiente como para decirle que yo ni apareciera por allí. El resultado es que tuvimos que cambiar el lugar del cursillo a otro lugar donde previamente habíamos acordado.

Era el atardecer de finales de diciembre. Nos dirigimos a un lugar con nombre imperial y del cual no puedo dar más detalles. Después de una

hora llegamos a nuestro destino. Ya en el camino, el P. Ren llamó por teléfono para asegurarse de que nadie me vería a mi llegada. Nunca se sabe quién está en los alrededores o cómo va a reaccionar la gente al ver un extranjero. La situación estaba tensa debido al 21 de diciembre (fin del mundo según el calendario Maya), y que la secta de la Iglesia de Dios Todopoderoso, en China, se movió con mucha fuerza durante aquellos días. La tal secta ofrecía a sus miles de adeptos la salvación de última hora del Apocalipsis, con el requisito de que los adeptos tenían que entregar todas sus pertenencias a la secta. Según la prensa local, el gobierno apresó a unos 800 seguidores de la misma.

Al subir al piso de arriba de la vieja casa de la parroquia, el sacerdote me indicó el lugar del cursillo. Hacia un frío que pelaba, las ventanas tenían los cristales rotos y la habitación era desproporcionada. Al día siguiente me di cuenta del frío que hacía al ver que el agua que había en la palangana de la habitación se había convertido en hielo.

Pero las religiosas habían preparado mi habitación lo mejor que pudieron. Solo puedo decir que, aunque había una pequeña estufilla, no dejé el abrigo en todo el día, sólo por la noche cuando iba a dormir. Enseguida me dijeron que no saliera fuera de la habitación, y que para ir al servicio que me tapara bien con la gorra. El convento de las monjas tiene un pequeño dispensario y la puerta está siempre abierta. Para las comidas, comía sólo, ya que el primer día que comí con las religiosas, de repente llegaron dos personas para cobrar unos recibos. Gracias a Dios que el comedor, donde almacenaban el carbón, las verduras y algunos trastos, estaba muy oscuro y casi no se distinguía a la gente por la noche. Así que un día tras otro viví una especie de arresto domiciliario autoimpuesto por las circunstancias. ¡Sorpresas!

Pero aún queda lo mejor: la Nochebuena. Por la tarde del 24, celebré la misa de Nochebuena, a las tres de la tarde, con toda una asamblea reducida a una sola religiosa que me acompañó. Los cristianos locales celebrarían la Nochebuena en un lugar al que yo no pude asistir. La cena de Nochebuena fue en línea con el ambiente austero que se vivía. Las hermanas que con sumo cariño preparaban las comidas (a base de berza, zanahoria y sopa de fideo), me trajeron para la Nochebuena un menú como el susodicho. La vida de las religiosas en aquella provincia es muy dura.

Comen berza blanca y zanahoria acompañado por un caldo y el bollo de pan hervido, que si está frío no es fácil de digerir. No vi la carne ni el pescado en una semana. Solo el día de despedida que prepararon los *jiaoze* (especie de rollitos o croquetas de carne triturada de cerdo o de verduras). Así pude conocer un poco más el estilo de vida de las religiosas en las zonas rurales.

En la Nochebuena me fui a descansar a las nueve, mientras los cristianos se preparaban para la celebración nocturna de la Navidad. No podía estar con luz en mi habitación ya que hubiera llamado la atención al estar tan cerca de la iglesia. Me invadió una cierta soledad. Al día siguiente, día de Navidad, el párroco vino y me dijo que en la misa de gallo había llegado la policía de seguridad a ver «cómo estaban las cosas» y que había visto a dos personas que nunca aparecían por la iglesia.

Ha sido una Navidad especial. En diciembre os escribía diciendo que «no había lugar para ellos en la posada», y hacía referencia a la situación del obispo de Shanghái, Ma Daqin, bajo arresto domiciliario. Pues bien, ese fue el pensamiento que rondó mi cabeza toda la Navidad. Resulta que sin cocerlo ni comerlo me encontraba en semejante situación. Había que ser prudente y lo aconsejable era no participar en ceremonias masivas en las que nunca se sabe quién puede encontrarse entre la audiencia. La falta de libertad de religión sigue presente, ya que se entiende solo desde el punto de vista de la conveniencia de lo que las autoridades consideran como legítimo o no. Concluí que el misionero tiene que hacer causa común con la gente con quien vive y que tenía que compartir la vida de los cristianos. Había que pagar de persona, aunque lo mío es cuestión de un par de semanas. Lo de los cristianos de China es cosa de todos los días.

Pero en medio de la adversidad, pude descubrir la generosidad de las religiosas. En mi habitación había una estufilla con la cual mataba un poco el frío. Era, a buen seguro, la estufa de las religiosas que durante toda una semana tuvieron que aguantar las bajas temperaturas sin rechistar y sin estufa. El día de Navidad, las Hermanas compartieron conmigo dos manzanas envueltas en papel. Ese fue el regalo que hicieron, unas manzanas que, a su vez, les habían regalado a ellas. Un reflejo de la situación de la Iglesia en algunos lugares del mundo rural chino.

De vuelta a casa, no puedo por menos de sorprenderme una vez más y de agradecer a Dios que me haya dado esta nueva oportunidad para apreciar el sacrificio del otro y su vivencia de la fe. Palpo, a veces con inusitada fuerza, la oración que me llega desde tantas esquinas y que hace que, incluso en la China donde se controla el móvil, el Internet y la vida de la Iglesia, nada hay imposible para Dios. La Navidad, exenta de decoraciones, y austera como lo fue la primera, sigue con ese toque de misterio y con esas estelas de presencia divina en medio de la penumbra de mi pequeña fe.

Capítulo 22

EVANGELIZAR DESDE EL 13º PISO

El centro y el lado turístico de Macau subyugan a propios y extraños. La marabunta de casinos, la afluencia inusitada de turistas y esa mezcla de oriente y occidente que se palpa en el ambiente, hacen de Macau un enclave difícil de catalogar. Hoy, debido al incremento del número de casinos, tal encanto se va esfumando y las masas de gente, en el centro del Macau, no distinguen entre lunes o fines de semana.

Lejos del centro atractivo y fascinante, lleno de gentes que deambulan por sus calles, hay otra cara de Macau, que es la de la zona Norte. Aunque no tenga el letrero de zona «prohibida para turistas», el hecho de ser el lado feo de la ciudad y colindando con la zona económica especial de Zhuhai en la frontera china, allí en el distrito de Yao Hon vivimos la comunidad de Combonianos. Somos tres y vivimos en el piso 13, en un bloque de 24 plantas. En nuestra planta hay ocho viviendas, un poco «enjaulados», pero se puede vivir. El patrono de nuestra comunidad es San Agustín Zao Rong, mártir chino (+ 1815), y distinguido por su celo misionero.

En el piso 13, los vecinos nos vemos en el ascensor, algún saludo y poco más. La verdad es que hay algún vecino que solo los veo tres o cuatro veces al año. No es que no estén en Macau, pero los horarios que llevan, sobre todo los que trabajan en los casinos (24 horas abiertos) hace que sea difícil encontrarnos con ellos. Aunque no hay mucho contacto, pero el hecho es que estoy seguro que ya saben todos los pormenores de estos extranjeros, los únicos en este bloque. En total 192 viviendas. Es por la mañana o al atardecer cuando la gente va o vuelve del trabajo y cuando los ascensores sudan la gota gorda para distribuir a los inquilinos que van y vienen de una a otra parte. Hay unos vecinos, en frente de nuestra ventana en el otro bloque, que son del piso 12, y que cada mañana cuando me levanto a las cinco y media veo a un señor delante de su altar budista haciendo sus reverencias y oraciones. Quizás él diga lo mismo de nosotros, ya que nuestra capilla está enfrente de su piso.

Los porteros del bloque donde vivimos nos tienen bien estudiados y nos llevamos muy bien con ellos. Ya conocen todos nuestros movimientos porque es cada día más o menos lo mismo. Solo que cuando vamos a China y nos ausentamos por tres o cuatro semanas, al volver indagan, con curiosidad china, con preguntas cuidadosamente escogidas para sacar lo que quieren, sin mostrarse a la vez rudos o curiosos.

Nuestro estilo de vida está más organizado que los que trabajan en los casinos. Comenzamos con la eucaristía a las 6:30 de la mañana. A veces vamos a celebrar la eucaristía fuera, normalmente de viernes a domingo. El resto, a no ser que haya alguna necesidad en la parroquia nuestra, que llevan otros Combonianos, en general la celebramos en casa. La celebración es siempre en chino, cantones o mandarín. Después del desayuno vamos a la oficina de Fen Xiang. Ya os hablaré un día de Fen Xiang, oficina de los Combonianos para el trabajo en China. Allí hasta las doce del mediodía, que volvemos a casa para comer.

El transporte en Macau está muy bien organizado y es barato. Nosotros no tenemos coche y viajamos como viaja la gente que no tiene coche propio, es decir con los medios públicos. A los cristianos de Macau les extraña ver en el autobús a un sacerdote, pero es una buena oportunidad para ver la vida real de la gente. Después de comer, me gusta echar una cabezada. Ya sabéis, los españoles inventores de la fiesta y de la siesta. Hacia las dos y media de nuevo en la oficina, rentada a la diócesis y por la que pagamos una cuota mensual. Allí realizamos y preparamos todo el trabajo de cara a China, los proyectos formativos, a favor de los niños pobres cuyas familias no pueden pagar la escuela, la formación de las religiosas y seminaristas de diócesis pobres, y lo que es más importante la preparación de materiales formativos para retiros, charlas misioneras, ejercicios espirituales, cursos de veranos, boletín de Fen Xiang Noticias, otro boletín *Yen Kuang* en chino, etc. Claro que casi todo este trabajo se hace en chino, lo cual lleva muchísimo tiempo y siempre haya que estar bien preparados.

Por la tarde volvemos a casa a las seis, rezamos y seguidamente la cena. A las siete y cuarto ya hemos cenado y solemos escuchar las noticias en chino, para enterarnos un poco más de la vida de Macao y del mundo. Después, suelo caminar o hacer algo de ejercicio en la orilla del mar. Tenemos el mar a cinco minutos a pie. La brisa marina, viendo a China a

la otra parte y relajándose de la actividad del día haciendo ejercicios físicos o caminando deprisa, ayuda a estar en forma. Después siempre hay tiempo para que cada uno se organice. A mí lo de rezar me va mejor por la mañana, antes de la eucaristía.

Tenemos también la adoración al Santísimo y oración (una hora) por las vocaciones los jueves por la noche. El lunes es el día comunitario: retiros, formación permanente, el consejo de comunidad mensual y un día de salida comunitaria para conocer un poco más Macau o de esparcimiento pasando una mañana juntos algo parecido a los «turistas».

Desde el 13º piso se ve casi la frontera con China, a cinco minutos de nuestro piso. En frente de nuestro piso hay bloques de pisos por todas partes. Se vive en un sitio y se trabaja con la mente a dos o tres mil kilómetros de donde se vive. A veces, en plan de broma decimos que trabajamos en la gran parroquia de China, destino de nuestro trabajo misionero.

Capítulo 23

DE PELDAÑOS Y MÁS PELDAÑOS

Hay exactamente 68 peldaños para subir la escalinata que da acceso a la iglesia. Situada en una colina, los cristianos, a finales de los noventa, desearon construir su iglesia para que se viera bien. Todos de acuerdo: en el lugar más alto del poblado. En aquel tiempo, a buen seguro no pensaban en que quince años más tarde tendrían que hacer un inmenso esfuerzo para ir a la iglesia dos veces al día.

Había dejado ya la ciudad de Taiyuan y me dirigía hacia el sur, viajando en tren, de cinco horas de recorrido y con la maleta a cuestas. La condición itinerante del misionero con la «tienda» a cuestas, me recuerda la condición de nuestros antepasados bíblicos resumida en la frase «mi padre era un arameo errante» y que caracterizó a Abraham, Moisés, Jesús de Nazaret, los discípulos y las primeras comunidades cristianas con su espíritu misionero atizado por el fuego del Espíritu.

Son las 5:45 de la mañana y un grupo de diez personas sube la escalinata. Algunas de ellas, a duras penas pueden caminar, se agarran a una especie de barandilla y poco a poco hasta arriba. A las seis de la mañana hacen una hora de adoración al Santísimo, junto con el sacerdote. Este lleva poco más de seis meses y todavía no está muy al tanto de todas las costumbres de este poblado católico, a buen seguro, único en China.

En el poblado todos son católicos. Hace cien años emigraron de las provincias de Shandong, Hebei y Henan en busca de tierras. Se asentaron en la zona porque había una colina en cuyas laderas construyeron sus casas, en aquel entonces cuevas excavadas en la roca. Todavía se puede ver alguna de esas cuevas al lado de la antigua iglesia. La verdad es que son una gozada ya que en invierno mantienen un poco el calor de la tierra y en verano son más frescas que en el exterior. El obispo anterior construyó su «palacio» en una de las cuevas. Puede visitarlo hace diez años, en mi primera visita al poblado. En la hora de adoración, a la que participé los días de la semana santa, los cristianos comienzan cantando y luego van

recitando sus oraciones, con cantos incluidos. Y así durante casi la hora entera. Al final el sacerdote imparte la bendición.

Los cristianos de las zonas rurales de China mantienen sus tradiciones y sus rezos, aquellos que seguramente les enseñaron los misioneros. Y así siguen hasta hoy. Pero algo va cambiando; el martes y miércoles santo di un retiro a unas cincuenta personas del poblado y me di cuenta que todos utilizaban la Biblia, unos más familiarizados con ella que otros, pero incluso los más ancianos hicieron ese esfuerzo. Solo los que no sabían los caracteres chinos no la utilizaban.

La escalinata de 68 peldaños la suben por la mañana y por la tarde. La eucaristía es por la tarde. Al final de la misma, me acerqué a ver cómo los más ancianos suben y bajan las escaleras de piedra. Debo confesar que me daba un poco de angustia ver su esfuerzo diario, compensado con las ganas de encontrarse con el Señor mañana y tarde. El sábado santo me encontré de nuevo con la señora Liu Lingai. Menudo «terremoto» de mujer, no para de hablar. Es una catequista de aúpa. A penas si pude abrir la boca durante la conversación. Ya nos habíamos visto el año pasado, pero esta vez la vi incluso con más energía. Humor y ganas de irradiar el evangelio no la faltan. Me presentó el libro sobre historias bíblicas que ha preparado para los no cristianos y que está intentando publicar. Marea a todo el mundo y los sacerdotes la temen cuando se acerca por las parroquias. Es muy celosa de su trabajo y sus inquietudes misioneras están a la vista. Y para más señas, siempre con el rosario en la muñeca, sin miedos ni complejos.

El viernes santo al atardecer, algo así como hiciera Nicodemo, se acercó a la iglesia el señor Zhang. Me acordaba de él del año anterior ya que participó en las charlas bíblicas que di. Al verme, inmediatamente me dijo que este año se había alejado de Dios y que se estaba acercando peligrosamente al dios dinero. Vino al atardecer y encontró su modo de ir a la iglesia y rezar un rato. Fui a cenar y después de la cena todavía le vi allí rezando. Es un agricultor recio y trabajador de una localidad vecina. El año pasado todos los que se bautizaron fueron preparados por él. Me dijo que este año estaba preparando a dos catecúmenos pero que todavía no estaban bien preparados.

En el poblado cuando le oyen hablar de Jesucristo le dicen si no se estará volviendo loco. El trabajo misionero lo tiene claro e invita a otros a

convertirse. Nacido en una familia no cristiana nunca pensó en hacerse católico. Una enfermedad, un tanto extraña porque todo lo que comía y bebía lo vomitaba, le estaba debilitando gravemente. El médico del poblado, el Sr. Xie, buen cristiano, le dio su diagnóstico, pero no encontraba ninguna medicación que le curara. Un buen día le dijo tajantemente que lo único que podía hacer por él era rezar. Rezaron con él y dice que en aquel momento se sintió aliviado y como nuevo. A partir de entonces desaparecieron las sensaciones de vomito. Habló con el médico sobre lo que habían hecho o dicho durante el rezo y dijo que quería conocer a Jesús. Me decía que, como San Pablo, sintió ese deseo de dar a conocer a Cristo. Su familia no podía creerlo, pero hace dos años su hijo e hija también se hicieron cristianos. La más reacia es la madre, pero me decía que todo llegará a su tiempo.

Acabada la Pascua me dirigí a la provincia de Henan, a ocho horas de autobús, en la zona sudeste donde me esperaban unas religiosas locales. Llegué a su poblado, perdido en la inmensidad de la provincia de Henan, una de las más pobladas de China, no lejos del gran Río Amarillo, que pude ver al domingo siguiente por la tarde. Durante una semana les di un curso bíblico-misionero sobre el Año de la Fe, en el que las religiosas participaron muy activamente y mostraron su interés en la Palabra de Dios.

A estos signos positivos, también hay que añadir la presencia del Diablo (el que divide). Este sí que es un peldaño difícil de afrontar y que siembra la división y tensiones en las pequeñas comunidades cristianas chinas. Una cruz que sigue presente y recuerda la presencia del mal en medio de los signos de resurrección. Volví a casa satisfecho.

Capítulo 24

LA BOLSA DE MANO

Llevaba ya seis años con ella y casi sin querer se había establecido entre ambos una química difícil de expresar, quizás por eso de que uno se pega a las cosas que le sirven en el día a día. Era tan práctica y tan útil que cada día la llevaba conmigo al trabajo. Nunca la perdí o dejé extraviada. Como para decir que formaba parte de mi entorno e incluso iba a decir que un poco de mí mismo. Iba a China y me acompañaba sin rechistar.

Dentro de ella había varios compartimentos donde colocaba las cosas de cada día: las llaves aquí, el móvil allá, la agenda, el paraguas en el otro, etc. Pero claro, todo llega a su fin. Desde hace ya casi un año, la pobre comenzó a tener los achaques propios de la edad, o más bien del uso. Ha viajado aquí y allá en los tres continentes y si pudiera hablar nos contaría historias y percances de lo más cachondos. Formaba parte de mi peregrinar misionero y de mi condición itinerante. Se sabía, a ojos ciegos, lo que había en cada bolsillo o compartimento de la misma.

Últimamente cuando iba a China me di cuenta de que la cremallera de uno de los bolsos ya no cerraba bien. De hecho, me lo decían continuamente en mis viajes a China: ¡Padre, que le van a robar, que lleva el bolso medio abierto! Yo siempre les decía que acababa de romperse y que enseguida compraría otra, hasta que la última vez que fui a China una religiosa me lo recordó de nuevo y la repetí el mismo estribillo, pensando que no se lo había dicho nunca. Y cuando le dije que «acababa de romperse» me dijo que no, que hacía tres meses en otro viaje a China ya le había dicho lo mismo y yo le había respondido con la misma cantinela. La verdad es que no quería deshacerme de ella, y casi sin quererlo me ha recordado dos cosas importantes en mi tarea misionera: el vivir con lo imprescindible y una cierta reacción al cambio y a lo nuevo.

Ligero de equipaje: El testimonio del discípulo se vive en lo concreto, no en las nubes de la parafernalia palabreara. Cuando viajo a China sigo preocupándome de lo que tengo que llevar. Demasiadas cosas. Hasta el

«café tres en uno», ya se me ha hecho poco menos que imprescindible, por mencionar una cosa tan nimia. Pero creo que lo que más apunta al ligero de equipaje es el dejar la comodidad de Macau, el día a día al que me acostumbro, el caminar en terreno sólido y seguro donde puedo programar y avanzar sin grandes peligros y a la convicción de que soy yo quien comanda la barca.

Gracias a Dios, la misión de China me está rompiendo estos esquemas y por ello a veces me resisto y rebelo, más aún cuando no estoy exento de mensajes halagadores que me invitan a remar en aguas más mansas. Siempre fue la orilla de la playa el lugar del apoltronamiento y no el bregar en alta mar que es lo nuestro. Aquí veo y experimento la dificultad no solo de viajar a China con lo que ello conlleva, sino el que cada vez que voy es, casi siempre, a un lugar nuevo. China es siempre imprevisible, y el trabajo misionero con la iglesia local es aún más desconcertante.

La capacidad de dejarme sorprender por Dios y el abrirme a lo nuevo de forma casi constante y en un contexto en el que de por sí inseguro, es todo un reto para mí que me gusta organizarlo todo y tenerlo todo atado y bien atado. La imagen de la barca y los discípulos en altamar impotentes en medio de la tempestad, aun siendo expertos en las tareas de la mar, me lanza ese mensaje de que Él está ahí. Cambiar la bolsa de mano, una cosa tan nimia y sin aparente importancia, sin embargo, ha dado un aldabonazo en mi conciencia y me ha hecho ponderar la resistencia al cambio y la comodidad de querer transitar por caminos trillados y no por veredas desconocidas.

El reto ante lo nuevo: Y aquí debo decir que, aunque siempre me he adaptado a nuevos ambientes con relativa facilidad, sin embargo, últimamente me desconcierta tener que afrontar situaciones inesperadas. Hace un par de meses en un viaje a China me adentré en el mundo de las comunidades cristianas clandestinas.

Ni me lo busqué ni me lo guisé. Vino y creo que fue invitación de «arriba» a echar las redes mar adentro («más adentro») más de lo habitual. Debo confesar que me entraba un cierto tembleque, aunque no puedo no manifestar que este fue el sueño que a menudo me venía en mente cuando en 1991 estudiaba el chino cantonés en Hong Kong, el sueño de poder un día colaborar y caminar con la comunidad católica. Me intrigaba el ver cómo arriesgaban su fe, su testimonio en medio de la persecución,

y sentía una sana envidia y el deseo de un día poder entrar en su mundo. Pues así fue. Dos cursos de formación, de seis días en cada lugar, en una provincia del norte de China me dieron la oportunidad para adentrarme en ese mundo fascinante, nada fácil de comprender y desconcertante, de las comunidades cristianas chinas de las catacumbas.

Y me pregunto si habrá otros retos. Debo decir que le había cogido cariño a la bolsa de mano, tan es así que al final decidí tirarla a la basura, ya que no veía el modo de deshacerme de ella. Enseguida encontré otra, seguramente era el maletín de un ordenador portátil o algo parecido, con el cual me estoy familiarizando.

La vieja bolsa me recordaba al misionero que después de las «batallas» de rigor vuelve a la patria querida, se apoltrona en ella sin darse cuenta y después no hay quien le mueva de allí. Volver a la misión se le obnubila y encuentra pretextos y excusas inexplicables para estancarse en su propio acomodamiento, traicionando así su condición de enviado.

Capítulo 25

EL CORAZÓN DE LA MISIÓN

Cuando colocas tu cabeza sobre el pecho de otro, tu oído está precisamente junto al corazón de esa persona y hasta puedes oír su latido. El relato de la Última Cena, en el evangelio de Juan, nos proporciona una maravillosa imagen. El evangelista describe al «discípulo amado» reclinándose sobre el pecho de Jesús y su oído junto al corazón de Jesús, escuchando su latido y, a su vez, mirando hacia afuera, es decir, hacia el mundo. Ésta es la imagen del discípulo que sigue el palpitar del latido del corazón de Cristo, y, a su vez, desde allí ve el mundo con ese palpitar en su oído. La fiesta del Sagrado Corazón de Jesús es el momento oportuno para encontrarnos con el cardiólogo y dar un chequeo a la mediocridad, adormecimiento y falta de pasión de nuestro corazón y para enfrentar a los fantasmas de la apatía, del ir tirando y de la falta de creatividad y consistencia en los compromisos adquiridos.

Narro lo que titulé una vez «Monjas con el sida a cuestas». En el norte de China, la Hna. Jia acababa de hacer los votos perpetuos en Shenyang, en una catedral llena a rebosar de fieles. Atrás quedan los años en que emigrante de la provincia de Sichuan, llegó a la ciudad en busca de trabajo. Aunque de familia no cristiana, Jia conoció a las religiosas y decidió entregar su vida a Dios y a los demás. Lo que no sabía en aquel entonces es que seis años más tarde estaría al cargo de la oficina diocesana para la prevención del Sida.

De carácter abierto y llena de vitalidad, deambula, sin complejo alguno, con su hábito de color gris, por las calles de la ciudad de Shenyang. Cuando la gente con ciertos aires de curiosidad se le quedaba mirando, ella no perdía ocasión para crear un espacio de evangelización al lanzarles el saludo «Dios les bendiga». A buen seguro más de uno se quedaría perplejo. Con un descaro sorprendente y buena dosis de creatividad, las religiosas se van abriendo caminos para tener una presencia visible en la sociedad.

Actualmente en China, curioso que parezca, hay tres centros de atención a los enfermos de sida regidos por la Iglesia y con los que colabora

«Fen Xiang», en las provincias de Shaanxi, Hebei y Liaoning. Al frente de ellos hay religiosas de diferentes congregaciones, que de forma diversa hacen visible la compasión del Maestro. Se han encontrado con los de alguna forma llamamos los «apaleados» a la orilla del camino, y como buenas samaritanas los han acogido en su corazón. Me decía la hermana Jía que nunca preguntaban al enfermo de sida de qué religión era, ni su condición social, ni su carnet de identidad.

Encorsetadas en sus conventos por el entorno y sin espacio para manifestaciones visibles que puedan ponerlas en contacto con la sociedad, las religiosas han intuido que «los pobres y marginados son el billete de entrada en la sociedad china». Han dejado sus conventos para mojarse en el barro de la sociedad, saliendo al ruedo sin complejos ni miedo al qué dirán. Todo ello porque en una sociedad en gran parte materialista y atea, se pueden contar con los dedos de las manos los que, de forma altruista y a cambio de nada, dediquen sus energías a los marginados de la sociedad, léase huérfanos, enfermos de sida, leprosos, etc. Muchas gentes en los contextos en que viven las religiosas siguen poniendo más atención a las palabras del exlíder chino, Deng Xiaoping: «Ser rico es glorioso».

¿Qué les empuja a lanzarse en favor de una causa que les crea enemigos por todas las partes? A veces, me decía, que era el mismo clero que no veía con buenos ojos que las religiosas se mezclen con temas como el Sida, con fuertes connotaciones sexuales. Por otra parte, son los líderes políticos locales que no quieren que un tema tabú ensucie su parcela de poder, aunque en Pekín se insista en afrontar el tema.

En el Centro de Sida de la ciudad de Xi'an, llevado adelante por las hermanas Liu y Fang, por fin descubrí por qué estas religiosas dedican lo mejor de su vida a la causa de los enfermos de Sida. A la pregunta del por qué, me respondieron acercándome a ver la capillita que tienen en el Centro, con Jesucristo tan cercano a los enfermos de sida. Pero aún más cercano está el Cristo encarnado en las Hermanas inmersas en el mundo de la marginación. Así, estas religiosas se mojan en el barro de la marginación, hacen causa común con los pobres y son Iglesia samaritana y misericordia encarnada. Todo ello en un país, en principio, reacio a todo lo que suena a religioso. ¡Qué no se podrá hacer en otros contextos!

Dar y recibir, sístole y diástole, son los movimientos del corazón. La salud del corazón reside en la armonía entre ambos movimientos. Por eso dar y recibir son las dos dimensiones que constituyen la base del crecimiento y equilibrio humanos. Sístole es ese movimiento de vaciamiento que abre al don de la sangre renovada fluyendo sin cesar. En la vida misionera se fundamenta en el recibir del Padre y en el dar a la muchedumbre. Diástole: la contracción del corazón para expulsar la sangre hacia los tejidos. En otras palabras, el corazón espiritual desencarnado no existe. Estamos llamados a amar a Dios y al prójimo con todas nuestras fuerzas. No sé si todos tenemos esa fuerza de las Hermanas. De ahí la necesidad de llevar nuestro corazón al «Cardiólogo», que a buen seguro sacará a relucir algunas tentaciones comunes de nuestro corazón, a saber:

1. El corazón dividido. No se puede dar un beso a dos a la vez. Una mirada a nuestro corazón, nos muestra la tentación de estar disgregados y fragmentados, traídos y llevados por otros amores supuestamente duraderos.
2. El corazón del escarabajo. Es decir, del activismo frenético, de aquel que no para y que delante del Señor en la oración se siente incluso incómodo. Es la vida de aquel que juzga su vida en clave de éxito. La taquicardia es uno de sus riesgos y puede sufrir un infarto en cualquier momento. Se puede estrellar contra el suelo ya que no se ha afirmado primero en humildad. Van tan deprisa que se ha olvidado de sentir ese latido del ahora y del paso de Dios, al cual apenas da espacio ni cancha en su vida. No da espacio a la reflexión y le aterra el pararse a reflexionar.
3. El corazón intimista. Lo opuesto al anterior. Este se refugia en su interior, donde se encuentra amparado, frente a los peligros de fuera. Incluso considera el mundo como una amenaza. Es un corazón que muere de asfixia por falta de aire, incapaz de mirar más allá del propio ombligo, con miedo al riesgo y a remar en alta mar. Le gusta más la playa, donde las olas llegan mansas.

En los Evangelios se habla con frecuencia de que a Jesús se le «conmovieron las entrañas». Sucedió con Jesús en el encuentro con el leproso, la muchedumbre «cansada y decaída, como ovejas sin pastor», las gentes

hambrientas, la viuda de Naín y el ciego de Jericó. La compasión del buen samaritano y el padre del hijo pródigo hacen referencia a la misericordia de Jesús y de Dios Padre que radica en el corazón.

Y el buen corazón, que hay por todas partes, es la encarnación del Corazón de Cristo y de la misión. La entrega amante y amable del Corazón de Cristo lleva al misionero a darse cuenta de que el Dios del amor continúa siendo rechazado en el hermano. Este amor ha de ser actualizado y encarnado en nuestra misión en el mundo. Al recostar la cabeza en el corazón de Cristo y dejar que su palpitar llegue al oído, no puedo por menos de pensar que la devoción al Corazón de Jesús ha de pasar de devoción a pasión y de pasión a la acción, poniendo una especial atención a esa humanidad marginada a la orilla del camino, algo que en contextos no precisamente privilegiados llevan a cabo, entre otras muchas esparcidas por la geografía china, las Hermanas de Shenyang.

Capítulo 26

LA VECINA DEL 12

Ya hace algún tiempo que me llama la atención la vecina del doce. Es curioso, pero todos los días cuando asomo por la ventana de la pequeña capilla que tenemos en el piso, casi siempre está allí, realizando sus tareas de cada día, y una en especial. Aparentemente nadie la ve o al menos da la impresión de que no le importa que la vean, aunque solo sean los cuatro vecinos de enfrente. Yo vivo en el trece y justo su piso está en frente de nosotros, un piso más bajo.

Que, ¿qué hay de particular con esta vecina? Pues ni más ni menos que se está convirtiendo poco más o menos que en piedra de toque y aldabonazo a mi conciencia, e incluso a veces me saca los colores, al menos para el misionero que tiene que realizar tareas cotidianas ineludibles. Me pregunto si será casualidad o pura coincidencia, pero antes no me había fijado tanto. Alguna vez había mirado por la ventana y visto la escena que últimamente viene siendo repetitiva. De un tiempo a esta parte, me martillea en la cabeza. Me pregunto qué mensaje me envía el Señor a través de esa imagen, que a buen seguro nadie de nuestro bloque se habrá percatado. No he visto nunca su cara ya que desde el balcón y en la sala de estar no se divisa bien ni se perciben los rasgos del rostro. No sé siquiera si es china o de otra nacionalidad.

Al parecer, es una persona normal y tanto ella como su marido, más bien ella, han colocado en la sala de estar, y voy al grano, un altar con sus imágenes budistas y de la religión tradicional china. Desde los aproximadamente veinte metros que hay de distancia con nuestro piso, se divisan flores colocadas en el altar, alguna imagen del panteón religioso chino, especie de velas de incienso y lo más llamativo: la imagen diaria de una mujer de espaldas a nuestro piso que por la mañana y por la noche se pone en actitud de oración, y cuando digo de oración es oración... larga y tendida. Cuando me levanto a las cinco y media de la mañana, al poco rato ya está allí haciendo sus rezos con una puntualidad increíble. Y por la noche sucede lo mismito.

Otras veces es su marido, pero normalmente es ella. Alguna vez se la ve con un niño en brazos, delante del altar, colocando las flores o el incienso, quizás para que el infante vaya adquiriendo la costumbre que parece que a ella ha marcado su vida: su relación diaria con la divinidad. A veces hemos comentado en la comunidad quién será y qué la moverá para mantener su fidelidad oracional imperturbable. Pues bien, la vecina del doce, como dice el título de estas pinceladas, nos «saca los colores» en lo que a fidelidad, intensidad y generosidad en el tiempo que uno da la oración. Parece ser una familia normal. ¿Cómo es que encuentra ese tiempo fundamental que a buen seguro necesitaría para otros menesteres y que sin embargo dedica y ofrece a su «dios»? Nos hemos hecho tantas preguntas al respecto: ¿será una monja budista? No, porque al parecer tiene hijos. Es una madre de familia. Nos parece extraño que una persona laica tenga ese estilo de vida y esas prioridades tan claras, ¿por qué? Me vienen al pelo algunas reflexiones que se me ocurren oportunas.

1. En primer lugar, su capacidad para poner las prioridades de su vida en su justo sitio. ¿Cómo una madre de familia con tantos menesteres y trabajos, todavía encuentra esos tiempos largos de oración en el anonimato y en el encuentro con su dios? ¿Por qué me resulta a mí tan difícil poner en orden prioridades que, como en el caso de la oración, siempre urjo a otros a llevar a cabo? Y, en mi caso, siempre me cuesta Dios y ayuda encontrar tiempo para ese encuentro con el Señor. La primera prioridad del discípulo es su encuentro diario con el Maestro, para así colorear el resto del día y sus actividades en la forma en que el Dios encontrado en la oración nos insinúe e indique.
2. Me está haciendo pensar sobre la categoría del tiempo. Me doy cuenta a menudo de que me faltan horas al final del día y ella allí haciendo sus continuas inclinaciones, otras veces de rodillas, pero siempre como si el tiempo no contara para ella. Me da la impresión de que las prisas no tienen sentido para ella. La idolatría del activismo, el vértigo de tantos acontecimientos y trabajos con fecha límite y el peligro de la distracción, el ansia y los ídolos del conseguir cosas, así como el completar la agenda y darnos por satisfechos, impera con fuerza, cuando quizás nos olvidamos de lo mejor: estar con Él, a sus pies, sentados en actitud de discípulos como hiciera María en la escena

de Betania, mientras Marta se rompía la cabeza preparando los «garbanzos»: «venid a mí los que estáis agobiados que yo os aliviare».

3. Fidelidad en lo esencial. «La del doce» evidencia mis lagunas porque el jueves por la noche tenemos una hora de adoración en la comunidad y a veces me resulta, al final del día, pesado. No aguanto ni diez minutos de rodillas cuando veo a la del 12 pasarse la hora entera delante de lo que es la prioridad en su vida: su dios. ¡Y siempre de rodillas! En la regla de vida de los Misioneros Combonianos se urge a que cada misionero saque al día al menos una hora de encuentro personal en la oración con el Señor, además de la oración que se tiene en comunidad. ¿Cuántos misioneros se sientan delante del Señor 60 minutos al día? Y aquí, la vecina del doce lo hace cada día y parece como si fuera lo más normal de su vida. Me viene a la mente las palabras de un anciano al cual, al acabar el funeral de Martin Luther King, uno de los periodistas le preguntó ¿qué significaba este hombre para él. El anciano, sin poder contener las lágrimas, respondió sencillamente: «Era un gran hombre, porque fue fiel. Permaneció con nosotros, aun cuando nosotros no éramos dignos de ello».
4. Debe estar hecha de bambú. Lo digo por la perseverancia de la caña de bambú que ya os comenté otra vez, que necesita entre cinco o siete años para despuntar. Esa perseverancia de cada día, del paso de las horas, del encontrar sentido en ese momento ante el Señor. Me ha venido a la mente la viuda del evangelio pidiendo al juez que escuche su causa, un día y otro sin interrupción. Lo mismo ocurre en la oración. Todos los grandes escritores espirituales dan solamente una regla fundamental para la oración. Esa regla no tiene nada que ver con método, estilo o contenido. Sencillamente se trata de esto: ¡Acudir a la cita! ¡No te rindas nunca ni te des por vencido! ¡No dejes de ir a orar! Mientras perseveres acudiendo a la oración, finalmente Dios se abrirá paso. ¡No dejes de intentar! Y eso es válido para todas las relaciones.

Dejarse interpelar por la realidad del devenir de cada día, sin grandes acontecimientos, en lo pequeño y en lo cotidiano. Ahí encontramos semillas e indicios de que también los «tiempos muertos» de cada día podemos transformarlos en encuentros con Dios. Tiempo de verano, de vacaciones o de descanso. En definitiva, más tiempo para nosotros, ¿lo será también para Dios?

Capítulo 27

¡Ufff!

Comienzo con este «ufff», sonido que expresa una especie de relajación después de una situación tensa o de suspense. La palabra suspense tiene connotaciones alegres, excitantes, novedosas, y otras no tanto. Todo depende de los ingredientes que acompañan la acción que en sí conlleva esa dosis de ver qué es lo que va a pasar «al final». Nunca había pensado en la misión en clave de suspense, pero cada vez parece que me voy familiarizando más con ello. No quiere decir que la misión de China tenga colgado el cartel de «misión con suspense», pero algo de ello hay, aunque no hay que exagerar. Lo que sí voy experimentando es que, en ciertas situaciones, al menos últimamente, el suspense ha sido ingrediente que ha coloreado hartamente varias de las actividades llevadas a cabo.

No me había dado cuenta, pero reconozco que cuando viajo a China, una cierta dosis de suspense impregna mis pensamientos y sentimientos. En otras palabras, a veces noto una cierta tensión atizada desde tantos ángulos. En primer lugar, por poner un ejemplo, al procesar el visado para viajar a China. Son dos o tres días en el limbo de si habrá luz verde o no. Nunca sabes cuál va a ser la respuesta y hasta que no tienes el visado estampado en una de las páginas del pasaporte todo pende de un hilo.

La aduana o paso fronterizo, es otro punto del todo interesante, sobre todo por la variedad de posibilidades que aglutina al cruzarla. Es el lugar de suspense por excelencia, sobre todo, cuando se regresa. La vuelta es siempre más intrigante porque después de varias semanas, al cansancio se le añade el que uno haya podido ser vigilado y lo que ello conlleva. Siempre hay en la mente ese pequeño espacio, sin control por mi parte, abierto a todas las probabilidades.

Las zonas rurales, donde a menudo viajo, es otro terreno apropiado para el suspense. Allí no se ve un extranjero ni en pintura. La presencia de agentes de seguridad que deambulan por doquier pueden acercarse en cualquier momento y espetar la pregunta propia de concursos

inesperados: ¿qué hace usted aquí en este lugar y a esta hora? Aunque uno se prepare el discurso con antelación, uno no sabe a ciencia cierta cómo proceder, lo cual le da un plus de incertidumbre.

Ciertas celebraciones religiosas en público y la posibilidad de que llegue en cualquier momento alguien que nadie desea es otro escenario posible, y más de un susto me he llevado. Me acuerdo cuando falleció Juan Pablo II. Estaba en una parroquia de la provincia norteña de Hebei. A las 5:00 de la mañana celebramos la misa-funeral. El cura, un buen amigo, me insistió tanto en que yo tenía que presidir la misa que no pude decir no. Lo peor fue que justo al acabar, uno de los cristianos vino corriendo y dijo: «que vienen...». Yo ni me di cuenta y uno de los encargados de la parroquia me acompañó a una habitación y me dijo que no me preocupara ya que habían venido todos los días desde que el Papa había fallecido. Eran los representantes de la Oficina de Asuntos Religiosos que pensaban que podría haber una especie de «revuelta católica». Me llevaron a una habitación con las cortinas echadas. Había unas cuantas mantas y colchones, suficientes para esconderse en caso de que la cosa se pusiera mal. Al cabo de una media hora veo entre las cortinas de la habitación donde me había escondido a un parroquiano se acercaba al lugar donde yo estaba con un par de cervezas, una en cada mano. Al ver el panorama me dije que la cosa pintaba bien. Abrió la puerta y me dijo que ya era hora de desayunar. En las zonas rurales desayunan fuerte por la mañana, así que echan mano de la cerveza para digerir las comidas pesadas.

Otro espacio para la intriga son los gritos inesperados o golpes a la hora más inesperada en la puerta del recinto donde uno vive. En la provincia de Henan sucedió, hace pocos meses, que a las dos de la madrugada escucho que están llamando a la puerta del recinto donde coordinaba una semana de formación. Los golpes repetitivos en la puerta me causaron cierto miedo. Vinieron a informar que la abuela de una religiosa estaba en las últimas y que fuera a verla. Llamaban desde la calle a grito vivo y a golpes en la puerta. Yo permanecí en la cama, pero seguía todo con un cierto suspense y tembleque. Al final alguien abrió y la cosa se calmó. Escuché que hablaban, pero nada más. Al cabo de un rato todo quedó en un susto. Por la mañana, la Hermana superiora me dijo si había oído los ruidos. Le dije que, desde el primero hasta el último, respondiendo a su pregunta con una sonrisa gozoso-penosa difícil de descifrar.

La tensión también se refleja al presentar el mensaje bíblico y misionero que, en todas las charlas formativas, retiros, etc. siempre subrayo. Ello requiere concentración, reflexión y estar a lo que uno tiene que estar, con todas las energías centradas en el mensaje que se proclama y la forma como se lleva a cabo. Ello requiere también atención cuando hacen preguntas sobre el tema, para así ver qué es lo que dicen o qué es lo que hay detrás de las palabras, a veces mezcla de lengua local y el acento de cada persona.

Otra vez sucedió en el autobús con las religiosas de una zona del norte de China. ¡Esto sí que fue suspense! Ni una película podría haber reflejado mejor lo que el suspense significa. He vuelto a leer las notas que escribí al respecto hace exactamente siete años y he disfrutado. El entorno y los reflejos de las jóvenes monjas me venían a la mente. Fui llevado de mañana en un coche desde el convento hasta la estación de autobuses de la ciudad. Yo iba como vulgarmente se dice como un saco de patatas. No tenía ni idea de lo que tramaban. Me dijeron que tenían un plan ya que por allí no había extranjeros y tenían miedo que se me viera por los alrededores, sobre todo en las estaciones de autobuses, que siempre están llenas de gente de todo tipo. Llegados a la estación yo me quedé dentro del coche con otras dos religiosas. Una fue a ver el panorama y comprar el billete. A un cierto momento una llamada telefónica dijo que el plan seguía adelante. De pronto, el coche donde yo estaba se pone en marcha. Les pregunto a dónde vamos y me dicen que en unos momentos lo sabré. Nos dirigimos a las afueras de la ciudad. Continuamos en coche durante quince minutos. De pronto nos paramos y me dicen que me baje del coche, que allí espere al autobús. Llega el autobús, para y veo que la religiosa se baja, me da el billete y me indica que suba y busque mi asiento. El conductor ni pestañeó. Se ve que lo habían organizado perfectamente. Me despedí desde el autobús y me dirigí a la capital de una provincia norteña.

Y así podría contar otras anécdotas más delicadas aún. La misión de China conlleva una cierta dosis de suspense. Es una misión que está en Sus manos, y por ello requiere confianza ilimitada en Él. ¡Ufff! Mi confianza no es «ilimitada» ciertamente, pero reconozco que en la misión de China hay que dejar espacio al Señor, porque uno no sabe por dónde va a ir el guion y hasta dónde va a llegar el suspense. Y si no que se lo digan al pez de la pecera al ver al gato al acecho.

Capítulo 28

LA PARTIDA DE PARCHÍS

La foto de estas Pinceladas estuvo tomada el año pasado. La ocasión fue la visita a un Centro de ninyos con discapacidad física y mental, en la China noroesteña. Eran las once de la mañana. No es que fuera una buena hora para echar una partida de parchís, pero a todo se adapta uno y no me quedó más remedio que zambullirme en el ambiente y apechar con lo que viniera. Allí, en medio de un grupo de niños con discapacidad física y psíquica uno no tiene tiempo para recomponerse y la naturalidad surge con marcada intensidad. Allí éramos todos iguales, al menos para los niños y niñas. Y con ellos, las religiosas que los atienden y los dos extranjeros que allí llegamos. La verdad es que no sé si se dieron cuenta de nuestra «extranjería». Creo que quizás ni percibieron algo tan determinante para los chinos como es la raza. Lo importante era la partida de parchís, ¡parchís chino!, con el cual yo no estaba muy familiarizado.

Unas quince religiosas católicas, inmersas y con una capacidad de adaptación envidiable se relacionaban con los allí presentes de forma magistral y con una paciencia china exquisita. En total unos cincuenta niños, de 7 a 14 años. Ya había tenido ganas de visitarlo en otras ocasiones, porque en nuestra sociedad de la dictadura de la eterna juventud y del terrorismo de la belleza junto con el éxito a toda costa, resulta relajante reconocer que no todo es así y que los de «abajo» también merecen un espacio en el parchís, a veces complejo, del mundo en que vivimos.

Las primeras noticias del Centro me llegaron a través de un sacerdote que coordina las actividades sociales y caritativas de la diócesis. El Centro, hacía algún tiempo, había pedido a Fen Xiang, que costeáramos las cuotas académicas de cinco religiosas que iban a participar en un curso para asistentes sociales, en Beijing. Logramos conseguir algunos dinerillos de aquí y allá y pudimos satisfacer la necesidad imperante de la formación de las religiosas. Fue un curso breve de tres semanas que el gobierno organizó e impartió con clases teórico-prácticas para que así el personal del Centro pueda mejorar su servicio y ayuda a los niños.

La visita fue para mí una oportunidad para bajarme del burro y descender y estar con los que la sociedad tilda «de abajo». Sí, digo bajarme del burro de las etiquetas, de la imagen y de todos esos «mejunjes» que nos colocamos. Amén de las caretas que coleccionamos y que utilizamos con singular maestría. Allí nos sentíamos todos iguales. Nada mejor que una partida al parchís con alguien que tienes delante de ti y con quien no sabes, a ciencia cierta, cómo va a reaccionar en cada movimiento que realiza. Esa es también la humanidad a la que Dios ama a través de nosotros, opacas criaturas para transmitir la magnitud de su amor, misericordia y ternura en favor de los marginados.

Digo con los de «abajo» de forma repetitiva porque la sociedad nos propone y bombardea, hasta anestesiarnos, con lo que podemos llamar «trepar» y lo que ello implica: ser influyentes, relevantes y espectaculares. Nuestra sociedad tecnológica se caracteriza por un deseo de ascenso social a toda costa, y, por otra parte, trata de encubrir lo más posible condiciones humanas semejantes a la del Centro. De hecho, estamos en plena zona rural, donde nadie se dará por enterado de que algo se mueve allí. No había indicación alguna ni letrero que indicara la dirección del Centro. Íbamos en coche particular y tuvimos que pararnos un par de veces para preguntar por el lugar. Ni el mismo sacerdote que nos acompañaba se acordaba de la dirección. Un lugar ubicado en plena zona rural y envuelto en el anonimato. ¡Vamos, como si no existiera!

Los padres, maestros y amigos nos hacen comprender, ya desde pequeños, que para ser un verdadero hombre-mujer hay que mostrar que somos capaces de sobrevivir a la lucha competitiva por el éxito y la victoria. Los individuos y las instituciones nos dicen que lo que cuenta es el éxito. Así, la vida se presenta como una serie de batallas que podemos ganar o perder. Los que pierden no tienen espacio en la sociedad y tratamos de ocultarlos. El caso del Centro de niños con discapacidad física y mental del norte de China es prueba de ello. Y de la misma forma los ancianos, los presos, los huérfanos, discapacitados físicos y psíquicos, etc.

Hoy, casi sin quererlo, he pensado en la foto y en ese «abajarse», encarnado en la historia de forma singular por el Maestro. Jesucristo nos propone el «abajamiento» como alternativa, justo lo opuesto a la propuesta de la sociedad. Yo reconozco que ese deseo de menguar para que otros

crezcan es antinatural y casi inhumano. La estrategia humana va por otros derroteros, pero ese plan de Dios de sacarnos del atolladero del egoísmo innato que nos arrastra y esa historia de salvación está en línea opuesta al «arte de trepar».

Nos hemos sentado a jugar la partida. Yo tenía una vaga idea de cómo se jugaba. Los niños hacían de las suyas, tampoco tenían muchas ideas, pero hemos sintonizado, jugado y sobre todo nos hemos acercado los unos a los otros y allí nos hemos olvidado de todo lo demás. La verdad es que pocas veces me encuentro en situaciones de abajamiento, que son por otra parte puro evangelio. Sentado en un pequeño taburete de madera, donde tenía que mantener el equilibrio para no caerme, intentaba ver cómo hacer la siguiente movida. Un fallo mío hizo que una carcajada sonora inundara el lugar.

Pues sí, Dios ha elegido revelarse por el camino del abajamiento: un pueblo insignificante, una chica humilde de una ciudad desconocida y una muerte humillante. Más aún, se manifiesta como un niño pequeño, indefenso, un refugiado en Egipto, un discípulo del Bautista, como predicador de Galilea, un hombre que come con los pecadores, etc. y para colmo, le quieren hacer rey y les indica el camino a la baja: «el Hijo del hombre tiene que sufrir».

En la China central caminé durante esos días de verano por senderos y suburbios. Luego fui a la ciudad de Shenyang. Allí visité una escuelita cuyo tejado se caía a pedazos y en cuyo barrio viven hacinados cientos de emigrantes chinos. Quiero en este mes del Domund recordar a los de «abajo». Como dice Francisco, nuestro hermano papa, hay que proclamar la palabra y ser acción en los suburbios y por los senderos del mundo. Su mensaje este año lleva como título: «Proponer con respeto, el encuentro con Cristo... que es anuncio de esperanza».

La opción misionera de estar con los de «abajo» y con los que no cuentan, nos pone en la ruta del abajamiento. En sus vidas, se ve reflejado el Dios que se humilla para que la humanidad, a través de la lógica del servicio, se embarque en una vida nueva. Algo que podemos poner en práctica en este mes de octubre, con sabor misionero.

Capítulo 29

LA SALUD COMIENZA POR LOS PIES

¡Os cuento un secreto! Muchas noches, después de cenar (aquí cenamos pronto, hacia las 18:45 pm) me acerco a la «cámara de tortura china» y sobre ella camino, como si de un acto masoquista se tratara. La verdad es que algo se le parece o al menos eso deben pensar los que lo intentan por primera vez. Bueno, lo de tortura es una forma de hablar, aunque a decir verdad al principio se le parece mucho. Y ¿en qué consiste? Pues, definámosla como la actividad de caminar descalzo sobre una superficie pavimentada formada por guijarros o cantos de río separados entre sí, más o menos puntiagudos, y simétricamente paralelos. A primera vista, nada especial, pero intenta caminar sobre ellos y al principio verás las estrellas, de todos los tamaños y colores.

Se trata de un ejercicio, aunque parezca paradoja, de relajación que ayuda a la circulación de la sangre y otros beneficios de los que luego os hablo. El primer día, al dar mi primer paso sobre los cantos, me agarré a la barandilla que hay a lo largo del tramo y así intenté, a duras penas, mantenerme en pie. El dolor en los pies era tal que estuve a punto de desistir en el intento. A veces era tan intenso que uno incluso podría marearse. Yo me dije que no podía arrojar la toalla, y después de varias intentonas me fui haciendo a ello. Después del primer mes, ya me sentía casi a gusto y transitaba con cierta soltura, para sorpresa de propios y extraños, sobre todo de los chinos que al verme se decían «¿cómo no le van a doler los pies a este extranjero?». Yo no abría la boca, ya que mi caminar de forma relajada era suficientemente elocuente.

Dicen que uno de los mejores sistemas para mantener a punto el equilibrio y armonía del cuerpo y la mente es la reflexología podal. No en vano el dicho popular de que la salud comienza por los pies. Los chinos lo practican mucho, normalmente en casas de masaje, pero uno lo puede hacer como hago yo, al aire libre y sin pagar un real. Aquí, en casi todos los jardines hay una superficie reservada para ello.

Es una escena bastante común ver a gente practicar la «tortura china» pero nunca me había seducido tal ejercicio físico, hasta que un día me dije por qué no intentarlo. Poco a poco me he ido informando sobre sus beneficios. Dicen que a los pies llegan todas las terminaciones nerviosas reflejas en los órganos de nuestro cuerpo. Sabido es que los reflejos del cuerpo actúan en doble sentido, de ida y vuelta, es decir, que si una parte del pie que duele, es señal de que hay un problema en alguna parte específica del cuerpo. La reflexología podal cada vez es usada más por sanitarios especializados como los fisioterapeutas, aunque aún queda mucho por investigar sobre el tema.

No es mi empeño, con estas pinceladas, daros una lección de cómo sobrevivir la «tortura china», ni os voy a instruir sobre la reflexología podal. Yo la vengo practicando de un tiempo a esta parte. Después del dolor inicial, éste desaparece si se ejercita de forma diaria. Si alguna parte del pie duele significa que alguna parte del organismo no «carbura», por lo que puede considerarse al pie como indicador de cómo está el resto del cuerpo.

El pie no es la única zona donde tenemos reflejos de los órganos internos, también tenemos estos reflejos, por ejemplo, en la columna vertebral, las manos y las orejas. Aunque la zona más tratada son los pies, entre otras cosas por su tamaño fácil de trabajar y por su mayor sensibilidad que nos ayuda a saber cuál es la parte del cuerpo que «no carbura».

Describo algunos beneficios de la reflexología podal: tiene un efecto relajante, reduce el estrés y mejora la circulación de la sangre. Ayuda y permite, por otra parte, a la eliminación de toxinas y equilibra el sistema nervioso. Actúa como fuente de energía y ayuda a prevenir malestares del organismo. Pero también tiene sus contraindicaciones: no conviene realizarlo si se tienen enfermedades agudas y crónicas, ni durante el embarazo ni en casos de fiebre, dolores agudos e infecciones en general. Pacientes con cáncer y personas que acaban de ser intervenidas quirúrgicamente deben evitarlo. Ha de tenerse especial cuidado en pacientes con diabetes.

Para el misionero extranjero, la inmersión en el mundo chino es algo similar al caminar sobre la referida superficie minada de cantos. Uno comienza avanzando a duras penas y con el raro sentimiento de no saber a ciencia cierta dónde se encuentra y a dónde va a ir a parar todo el asunto. La lengua, la cultura y la filosofía de vida del mundo chino, le recuerdan

a uno el duro caminar sobre cantos ovalados y, a veces, incluso guijarros. Las molestias serían benévolas si durasen uno o dos meses como la práctica de la reflexología podal, pero no. Muy a menudo es necesario agarrarse a la barandilla y esto puede ser un ejercicio de años y casi siempre expuesto a las miradas de los otros. Pero la paciencia y perseverancia chinas se van pegando poco a poco y ello ayuda.

Los inicios del largo peregrinar en este «planeta» comienza con esa dosis de curiosidad, como lo es el estudio de la lengua china y su escritura. Pero pasada esa etapa inicial, desafiadora y aventurera a la vez, viene el día a día, la perseverancia en medio de la escasez de frutos y del cansancio en el bregar de cada día y en esa falta de frutos y resultados que en otras latitudes se manifiestan más visibles. Pero como dice el refrán chino «un viaje de mil millas comienza con un primer paso», de la misma forma se necesita la determinación y la confianza en la empresa comenzada. Claro, nosotros los misioneros, tenemos un plus que nos ayuda y es el saberse enviado por Dios a tal misión. Aun así, la adversidad es compañera bastante asidua en este caminar. Y cuando el andar se hace pesado y los pies están agotados y doloridos o cuando uno se aventura por nuevos derroteros en el entramado de la misión de China recurrimos a Él, a la comunidad y a vosotros, que con vuestro apoyo sois esa pomada divina que alivia nuestro diario peregrinar. ¡Siempre itinerantes!

En la «sede» de la reflexología podal que también llamo «plaza vecinal» o la fuente del pueblo de antes, me encuentro cada día con la gente que lo practica. Algunos se descalzan, caminan unos metros y desisten, otros se agarran como lapas a la barandilla y, a duras penas, se arrastran a lo largo del corto recorrido y otros ponen caras de pocos amigos por el dolor que conlleva. Pero también hay de los expertos que caminan bien erguidos. Yo ya he empezado a caminar con un pie, estado al que el misionero en el contexto chino también llega. Me lo paso bomba y escucho los comentarios del vecindario, que a veces son muy graciosos. Un buen termómetro para conocer lo que la gente dice, piensa y siente.

Bueno, y al final me diréis: ¿te sirve de algo o no? A mí me ayuda porque creo que relaja y armoniza el cuerpo, es decir la energía vital, el Qi del que hablan los chinos. No sé si en España hay algún jardín con este espacio para que hagas... tus pinitos. ¡Buena suerte!

Capítulo 30

PIRÓMANO Y JEFE DE BOMBEROS

Comienzo el año de forma un tanto jocosa, y para ello véase el título, pero es que la cosa se las trae. Desde que oí la noticia hasta hoy todavía no puedo crérmelo. Todo lo que atañe a China lo sigo con interés y esta vez creo que era una «pasada», pero viniendo de ese organismo parásito, manipulado por dinosaurios y burocrático por antonomasia que se llama ONU, tengo que decir que no me extraña. No me queda más remedio que contarle porque creo que más de medio mundo ni se habrá enterado. La noticia salió a la palestra el doce de noviembre. Era tan escueta la noticia que debí prestar toda la atención posible para decirme a mí mismo que aquello pudiera ser verdad.

Decía más o menos así:

China, Rusia, Arabia Saudita, Vietnam, Cuba y Algeria habían sido elegidas, en la sede de la ONU, como integrantes del Consejo de Derechos Humanos de la ONU para los próximos tres años, a partir del 1 de enero de 2014. Y lo que es peor aún, con amplio consenso y unanimidad casi total.

A decir verdad, en el mes de octubre pasado, el Consejo de Derechos Humanos de la ONU sometió a China a un segundo Examen Periódico Universal desde el establecimiento de ese mecanismo. El enviado especial chino Wu Hailong, reafirmó en Ginebra el compromiso de su gobierno en la promoción y protección de los derechos humanos y sostuvo que China participa en la evaluación cuatrienal de la ONU con mucha seriedad. Entre los avances que la delegación china presentó se encuentran los esfuerzos del gobierno –eso decía– por reducir la pobreza en áreas rurales... la eliminación de la pena de muerte para trece delitos y la defensa de los derechos políticos de sus ciudadanos. ¡Oír para creer!

La mayoría de los delegados reconocieron los esfuerzos del país asiático y le hicieron recomendaciones sobre cómo proteger la libertad de expresión, de asociación y de religión y cómo trabajar para erradicar la pena capital y otros asuntos.

Desafortunadamente, la realidad es otra. El 19 de noviembre de 2013, salta a las páginas de algunos medios de comunicación, justo una semana después de que China accediera al Consejo de Derechos Humanos de la ONU, la noticia de dos sacerdotes, uno de ellos el P. Tian Dalong, de la Iglesia de las catacumbas, encarcelados a primeros de octubre por impartir lecciones de catecismo a adultos en el poblado de Qinyuan, cerca de Baoding (norte de China). Hoy en día hay más de 10 sacerdotes en condiciones similares, algunos de ellos condenados al *laojiao* (trabajos forzados) por años.

El Consejo de Derechos Humanos de la ONU se reúne habitualmente en Ginebra para analizar los derechos humanos en el mundo. Pero uno se pregunta: ¿cómo es posible que países que son expertos en pisotear los derechos humanos de sus ciudadanos puedan llevar adelante la tarea de proteger tales derechos en otras latitudes? El bombero de la foto me trae a colación la paradoja, contradicción y mofa a la que me aboca la ONU, para cuyo organismo no hay problema en que el zorro cuide de las gallinas, el lobo pastoree las ovejas o el pirómano se convierta de la noche a la mañana en jefe de bomberos. Pues así fue. China, pirómano experto en violar los derechos humanos, se ha convertido en jefe de bomberos, para así vigilar y supervisar los derechos humanos, junto con otros países de su misma cuña, en todo el globo.

Obviamente las ONG y diferentes organizaciones postuladoras de derechos humanos manifestaron su descontento y reafirmaron que, si poco le quedaba a la ONU de credibilidad, ese poco se había esfumado. No es de extrañar que organizaciones cívicas con un poco de sentido común, mucho más que la ONU, la definieron tras semejante movida, como «el hazmerreír de una organización al servicio de los gordos y de los que manipulan las conciencias» de los miembros de la ONU con todo tipo de artimañas. Los mismos que nunca hicieron caso de las directrices de la ONU ahora son los que van a liderarla en tal delicada tarea como es defender los derechos humanos en el mundo.

Unos días después de que China fuera elegida miembro de tal organismo, en la provincia de Henan (Centro de China) la policía arrestaba al pastor protestante Zhang Shaojie, responsable de la iglesia en el Condado de Nanle, junto con otros 20 cristianos. Las autoridades no dieron explicación

alguna del porqué de la detención, aunque todo parece indicar que la causa era la defensa de los cristianos contra los abusos de los oficiales comunistas. Un grupo de abogados que fueron a defenderlos se encontraron con una muchedumbre violenta que lanzó ladrillos contra ellos porque defendían al pastor protestante.

Las votaciones que trajeron a tal Consejo de la ONU a tan «distinguidos países» se hicieron en secreto, pero lo que rondó por los pasillos, previas las votaciones, no es difícil de imaginar. «China, Cuba, Rusia, Arabia Saudí y Vietnam, sistemáticamente violan los derechos humanos de sus propios ciudadanos, y conscientemente votan en contra las iniciativas de las Naciones Unidas sobre la defensa de los derechos humanos de otros», dijo Hillel Neuer, director ejecutivo de UN Watch. La cosa se complica más al ver que ni Estados Unidos ni la Unión Europea hayan dicho ni «mu» acerca de la hipocresía de esta movida que acabará con la ya extinguida credibilidad de la ONU. Reggie Littlejohn, presidente de los Derechos de la Mujer Sin Fronteras manifestó que el gobierno chino no protege los derechos humanos ni de sus mismos ciudadanos y que es un régimen brutal y totalitario y «uno de los mayores violadores de derechos humanos en el mundo».

China hará la vista gorda de los abusos graves contra los derechos humanos en otros países para desalentar a otras naciones a impugnar temas relacionados con los mismos. Y hablando de derechos humanos, la última noticia habla de un agricultor con cinco hijos en la provincia de Henan, quien haciendo caso omiso de la política de un solo hijo tiene cinco hijos (cuatro hijas y un hijo). Los oficiales del gobierno le requirieron la cosecha anual por violar tal política y para pagar las sanciones contra la política de un solo hijo. Fue a denunciarlo y delante de los oficiales del gobierno chino tomo una dosis fatídica de pesticidas que le causó la muerte. Así clamaba contra la injusticia de un gobierno con sus arbitrarias e injustas medidas. Y en el Tíbet, las últimas noticias hablan de educación forzosa en varios monasterios tibetanos para reeducar a los monjes y hacerles un lavado de cerebro que cambie sus ideas respecto a la posición de China en el Tíbet.

Que el humor no falte en el 2014 porque para preocuparse ya tenemos suficiente, y parece que para récords de incongruencia, fariseísmo y pisoteo de los derechos humanos la ONU ya ha entrado en el Guinness de la historia.

Capítulo 31

EL ORFANATO DE RÍO ABAJO

No, no se trata de una película del Oeste sino de un lugar al sur, y por eso abajo, del río Yangtzé. Estamos en la China central donde se sitúa la provincia de Henan, la más poblada de China con unos noventa y tres millones de habitantes. Allí llegué el pasado mes de enero en un viaje de diez días a la China profunda. Mi primera etapa fue dar una semana de ejercicios espirituales a unas religiosas chinas. Aunque hacía frío, enseguida me di cuenta que esa no sería la mayor dificultad. De hecho, estas nimias quejas fueron enseguida paliadas por las atenciones de las religiosas chinas que no escatimaron esfuerzos en que tuviera una pequeña estufa para no congelarme.

A ser sincero, me remordía la conciencia ya que me habían traído el edredón fornido del sacerdote local y la estufita pequeña que Dios sabe de dónde la habían sacado. Aunque yo nos les pedí nada se debieron imaginar que todo extranjero que allí llega no puede aguantar las bajas temperaturas. Es normal en el mes de enero encontrarse con 8 o 10 grados bajo cero. Lo que allí sucedió merece otra «Pincelada».

Mi segunda etapa fue el norte de la provincia de Henan, donde di dos días de retiro a una comunidad de religiosas. Y de allí, en autobús, hasta Nanyang. Su localización geográfica la delata y da nombre a la ciudad: «Al sur del río Yangtzé». Desde la estación, en taxi, me acerqué a una casa de religiosas. Nada más llegar quise hacerles un regalo, pero lo rechazaron, diciendo que ellas nunca habían comido ese tipo de comida, considerada un privilegio gastronómico. Era de noche y después de cenar, a base de sopa de fideos, muy común en la zona, me fui a descansar.

Amaneció el día siguiente con la oración matutina exactamente a las seis. Después del desayuno me acercaron a un orfanato. La historia de este orfanato se las trae. No podía imaginarme, al acercarme a visitarlo, que fuera recién construido. De hecho, todavía no estaba acabado, pero el diseño muy bien realizado. Debo decir que está muy bien organizado y tiene un aspecto alegre y acogedor.

Pues la historia comienza en la casa donde viven hoy las hermanas. Allí hay varias, unas en formación, otras con treinta o cuarenta años de edad trabajando exclusivamente en el orfanato donde atienden a 23 huérfanos, en su mayoría niños y niñas. La casa donde viven las religiosas no es suya sino de un cristiano del pequeño poblado. Desde hace varios años se instalaron allí gracias a la generosidad del Sr. Xi, católico que acogió a las religiosas en su casa. Desde hace varios años siguen allí y ahora el Sr. Xi ha construido una nueva casa para las hermanas y el orfanato. Después de la visita al orfanato me inquietaba saber quién era el Sr. Xi. De forma muy respetuosa hice una especie de pregunta que pudiera llevarme ante el mencionado altruista. Las religiosas me dijeron que vivía al lado de su casa.

Sentado en la habitación de su casa, estaba escuchando las noticias de la tele. Charlamos durante un buen rato con el Sr. Xi, cuya historia familiar cristiana comienza con su abuela, convertida al cristianismo. Cuando le digo que ha sido muy generoso para construir el orfanato, me dice que es lo menos que podía hacer. Todavía se acuerda de los misioneros italianos que fueron expulsados de China por el gobierno de Mao. Entonces, el Sr. Xi tenía unos diez años, pero las imágenes y lo que pasó todavía está fresco en su mente. El orfanato es la expresión caritativa y compasiva hecha realidad de la comunidad de religiosas en la zona y del surtidor de solidaridad del Sr. Xi.

De los 23 huérfanos, hay dos que ya tienen más de veinte años. A mi llegada, apenas había sido recogido el último. Le habían dejado a la entrada del orfanato por la noche. Tiene seis meses. El monaguillo que tienen es también huérfano y muy devoto. Se queda mirando a todo y me dice la religiosa encargada del orfanato que tiene problemas mentales. Los demás son niños con discapacidad física o psíquica. Desde hace unos meses ya viven en el nuevo orfanato. Allí las religiosas cocinan, limpian, atienden y sobre todo reparten cariño y suministran ternura a los que allí viven, que un poco asustados clavan sus ojos en el extranjero que acaba de llegar.

Las Hermanas de la Caridad de Jesucristo viven una vida muy sencilla y yo diría que de gran ascesis. Su trabajo pastoral es atender a los que ni sus propios padres quieren y hacerlo en un pequeño poblado del que pocos conocen su existencia. Me recuerdan a tantas personas que viven su fe y entrega generosa en el anonimato, pero con una carga de amor

difícilmente comprensible en ciertos tipos de sociedad donde el «yo, mí, me, conmigo y para mí» es la norma que dicta las mentes en muchos lugares de la aldea global. Su trabajo y sus energías, su tiempo y su capacidad de amar están encauzados y dirigidos a los últimos. Dos de ellas están estudiando en una Escuela de Magisterio para poder sacar el título de maestras de jardín de infancia y poder atender mejor a las necesidades de los niños y niñas en el orfanato. Les resulta difícil ya que tienen muchas horas de clase todos los días, pero todavía más difícil el poder pagar la matrícula y gastos de estudios. A través de «Fen Xiang» esperamos poder costear las tasas académicas del nuevo curso escolar 2014-2015.

En el orfanato, todos llevan el nombre de *Zhu* (主) que significa Dios-Señor. Los apellidos varían según las circunstancias en las que llegan al orfanato o algo relacionado con sus vidas. Allí, las hermanas viven su vida de fe en el encuentro diario con *Zhu* cuyo rostro ven día a día en las alegrías, los lloros, las enfermedades y las sonrisas de los que allí viven y cuya vida, en varios de ellos, es muy frágil. En ellos ven aquello del «cuando lo hicisteis con uno de estos más pequeños...». A mi llegada al orfanato me comunicaron que hacía tan solo unos días un niño había fallecido debido a su precaria salud. Las hermanas han improvisado también una «capillita» que también es la sala de actividades del orfanato. En ella hay una foto de la Virgen y otra de Jesucristo. A nuestra llegada hemos encontrado a varios niños y niñas rezando con las hermanas.

Se me olvidaba, lo que había regalado a las religiosas a mi llegada al convento era una bolsa de plástico con carne de burro que me habían regalado en otro lugar. Ellas me dijeron que no lo comen porque es una carne muy cara y apreciada. De hecho, el dicho chino dice que: «En el cielo, la carne de dragón, y en la tierra, la de burro» (para indicar lo deliciosa que es). Bueno, yo la probé y tampoco es para tanto.

Capítulo 32

EL YAODONG DEL SEÑOR ZHANG

Apenas llegué a la casa de las religiosas chinas, no pude por menos de sentir una especie de escalofrío al ver que mis peores augurios se iban haciendo realidad. Era el comienzo del Año Nuevo Chino del caballo. Yo, que soy caballo y me gusta trotar, esta vez notaba que la brida frenaba un poco mi entusiasmo. A la llegada al convento era de noche. Cené con otros tres cristianos cuyo acento me resultaba casi imposible de reconocer. Habían ido a visitar a las Hermanas y llevar algunos regalos, cosa muy propia en el Año Nuevo Chino. Enseguida sentí el frío que hacía mientras cenábamos. Y aún quedaba la peor parte: ¿dónde me alojaré?

Enseguida la Hna. Liu cogió mi maleta y con otras dos religiosas me dijo: «síguenos, Padre». Damos la vuelta a un recinto eclesial y lo impensable e inesperado va tomando cuerpo. Por un sendero estrecho y polvoriento llegamos al lugar que ya había visitado en julio y que sin duda tenía un cierto «aire romántico». Se trataba del *yaodong* del señor Shao. Y, efectivamente, allí fui a parar. ¿Acaso estaba soñando? Esa iba a ser mi estancia durante diez días. Apenas abren la puerta de madera y aunque agujereada por todas partes, noté un repentino alivio. Me dije a mi mismo: «hay calefacción dentro». Nada de nada. El calor del *yaodong* contrastaba con el frío de fuera. Una diferencia de unos veinticinco grados, a pesar de no haber calefacción en su interior.

Bueno, voy a lo del *yaodong* (en chino 窑洞). También llamado «casa cueva» o «cueva del agricultor», el *yaodong* es una forma particular de refugio de tierra excavado en la ladera de las colinas, común en el norte de China. Tiene la propiedad de tener un aislante eficaz para mantener el interior con calor en invierno y fresco en verano. La temperatura de la habitación se mantiene entre 10 y 22 grados. La historia del *yaodong* data del segundo milenio antes de Cristo. Se estima que 40 millones de personas en el norte de China aún viven en los *yaodong*. Hay dos tipos. Yo he vivido en el subterráneo, es decir, excavado en los acantilados de las colinas. De

hecho, a pocos metros había un acantilado de unos doscientos metros, muy peligroso, por cierto. Enseguida me di cuenta que las Hermanas habían pintado su interior con cal para que hubiera más claridad dentro y hacerla más atractiva.

Fue en la dinastía Ming (1368-1644) y Qing (1644-1912), que el ritmo de la construcción alcanzó su cenit en los alrededores del río Amarillo, principalmente en las provincias de Gansu, Shanxi, Henan y Ningxia. Un *yaodong* tiene unos 5 metros de largo, 3 de ancho y unos 3 de altura. Las características arquitectónicas naturales protegen a los habitantes de los cambios de clima y su creación no daña el medio ambiente ni usurpa tierras de cultivo.

El *yaodong* del señor Shao, que lo ha cedido a las monjas porque él se construyó otra casa, está situado en un recinto de cuatro *yaodong*. Allí sus antepasados vivieron durante los últimos ciento cincuenta años, según me explicó él. Los otros tres están vacíos con algunos armarios y trastos. Todavía se puede ver en uno de ellos un cuadro con la foto de su familia y sus antepasados. Dijo que esta construcción era muy laboriosa de hacer pero que como eran pobres no había otro remedio. No puedo ni imaginarme el trabajo para excavar las tres habitaciones de que consta el *yaodong*. He disfrutado dentro. Un silencio sepulcral y temperatura agradable. Fuera teníamos 21 grados bajo cero.

De allí a la iglesia había unos ciento cincuenta metros. Todos los días de mañana me dirigía hacia ella y allí encontraba a las Hermanas orando desde las 5:30 de la mañana. Nevó tres veces y el sendero que me llevaba a la iglesia estaba cubierto de nieve. Fueron unos días de charlas espirituales. Fue una experiencia bonita y enriquecedora. Lo peor de todo fue ver que las hermanas no tienen calefacción. Se abrigan con abrigos que pesan lo suyo. Me vieron a mí que debía estar congelado y me dieron uno que me cubría de la cabeza a los pies y que pesaba que no te digo. De hecho, al escribir estas líneas ya han pasado más de diez días y aun me duelen los hombros.

Me impresionó la vida ascética que llevan y su ritmo diario de oración-contemplación. Están pensando en construir su pequeño convento y poner calefacción, pero ¿cómo? Ahora mismo viven como pueden en estancias prestadas de distinta índole, pero se defienden. Viven una vida cuasi-monástica. Ya se han «apoderado» de cuatro *yaodong* del poblado.

Uno de ellos, es el que me ha acogido a mí y que podéis ver en las fotos. Llegaron aquí hace dos años y medio, y desde entonces viven aquí, bueno, mejor dicho, malviven, sobre todo en el invierno.

La vida religiosa femenina en China es otro cantar y hay de todos los colores. Para comenzar, hay que distinguir las congregaciones registradas y públicas y las de las catacumbas. Las hay que tienen sus pequeñas clínicas y *kindergarten* para niños que les ayuda a mantener su sustento de cada día. Otras tienen menos oportunidades y lo que caracteriza a todas ellas es la necesidad de formación religiosa. Espíritu y ganas de evangelizar no les falta y su dedicación y vida de oración, en este caso, son admirables. Esta congregación solo tiene dos comidas al día: desayuno y cena. A mí me trataron muy bien. La cocinera siempre me decía: «coma, padre, que hace mucho frío». Y yo pensaba en mi interior que a buen seguro que ella estaría sin comer desde el día anterior. Las Hermanas trabajan sus huertas y hacen trabajos manuales para su manutención.

Durante esos días, mi tiempo estuvo dedicado a ellas, a dar charlas y otras actividades religiosas. La última noche, me dijeron que querían que yo oyera sus ecos de aquellos días. Diez de ellas compartieron su experiencia. Apenas acabó de compartir la primera, veo que la superiora y otras tres se acercan con una gran palangana de agua. Yo me quedé extrañado. En la palangana había agua caliente para lavarme los pies, cosa muy común aquí antes de ir a dormir. Me dijeron que como yo les había dicho, al comentar el pasaje del lavatorio de los pies de Jesús a sus discípulos, que había que lavarse los pies los unos a los otros, ellas lo tomaron al pie de la letra. Hubo carcajadas para rato. El compartir fue muy enriquecedor y me alegró poder ver que los Ejercicios Espirituales las habían ayudado. También la cocinera puso su tono de humor al decirme que había pronunciado tres signos chinos de forma errónea.

Atrás queda la montaña y el invierno severo. La imagen de las Hermanas saltando en el patio para matar el frío sigue presente en mi memoria. Fue una experiencia en la China profunda. Las Hermanas en sintonía con el contexto, con una vida pobre y sencilla. Allí compartimos el Evangelio. De allí me fui al sur de Hebei, seis horas de autobús y continué otros dos días de formación y encuentros con sacerdotes.



PARTE 2

Pinceladas II. Desde China con amor

Capítulo 1

EL TOQUE MÁGICO

A los pocos días de mi llegada a Macau, en enero de 1993, fui asignado a la parroquia de Nuestra Señora de la Esperanza, coloquialmente llamada «Iglesia de San Lázaro». Enseguida quise satisfacer mi curiosidad al ver que muchos cristianos, al entrar en la iglesia, nunca iban derechos a tomar asiento en los bancos de la iglesia, sino que antes iban a izquierda o derecha, según los deseos de cada uno. Mi curiosidad fue satisfecha cuando me detuve para ver qué había en ambas direcciones. Pues se trataba, ni más ni menos, de constatar cómo, aquí en oriente, las imágenes religiosas tienen una importancia relevante. Así pude comprobarlo en la iglesia de San Lázaro, donde trabajé durante unos cinco años, mis primeros años de inmersión en el mundo chino.

A la entrada, en la parte izquierda de la iglesia, estaba la imagen de San Judas, patrono de las causas imposibles o perdidas, y a la derecha la de San Antonio, patrono y valedor de los que no encuentran su «media naranja», al menos eso dicen por aquí. Estos eran los santos con mayor afluencia de público entre los devotos de la parroquia, tan es así que a veces se hacía cola, porque además de dirigirse a ellos con una letanía de pedidos, había que tocarlos con la mano y, a veces, durante un buen rato. Antes de sus rezos ante las estatuas, los cristianos depositaban unas monedas o algún billete y después, solo después, se dirigirán a sus bancos dentro de la iglesia o se ponían a rezar al Santísimo.

Posteriormente, pude descubrir que los dos santos mencionados eran una buena inversión para la parroquia. Un buen día, el párroco chino, muy buena persona, me dijo que necesitaba que le echara una mano. Nos dirigimos los dos a la iglesia, cada uno con un caldero vacío. Al llegar, nos dirigimos al cepillo de San Judas. El párroco lo abrió y me pidió que le ayudara a colocar el dinero en el caldero. Dentro había una buena cantidad de monedas y billetes. Después nos dirigimos al otro lado y, en el cepillo de San Antonio, la cantidad tampoco se quedaba atrás.

Con el cubo casi lleno de billetes y calderilla, que casi no podía con él, llegamos al presbiterio donde había sendos cepillos, uno dedicado al Corazón de Jesús, y el otro a la Virgen María. ¡Cuál fue mi sorpresa cuando al abrir ambos me di cuenta de que apenas si había alguna moneda! La lección era clara: los que comandaban en aquel recinto eclesial eran San Judas y San Antonio.

Tocar las imágenes o las estatuas religiosas es rutina común en muchos lugares. Pongamos un ejemplo de lo que sucede en España, durante la Semana Santa. Durante ese tiempo litúrgico, las imágenes se pasean por las calles, acompañadas por sus miles de devotos, turistas y curiosos. Es bastante común ver la cantidad de gente que se acerca a ellas, por devoción o costumbre, unos para tocarlas, otros para curiosear y otros por devoción. Sucede en las procesiones en España; con el Cristo negro de Quiapo, en Manila; o con la cruz el día de Viernes Santo, en la China rural. En la capilla de los Misioneros Combonianos, en Manila, me di cuenta de que después de recibir la Comunión, muchos cristianos antes de volver a su banco, pasan por el cuadro grande de la Virgen de Guadalupe, en la parte de atrás de la iglesia, se inclinan y tocan el cristal con una mano durante un buen rato.

He visto también, al sur de las Filipinas, en la isla de Mindanao, en la ciudad de Dipolog, que a la entrada de la catedral hay una estancia llena de imágenes. He contado hasta 47 estatuas de la Virgen, de Jesucristo y de varios Santos. En fin, aquello más bien parecía una especie de «selva santa». Allí los fieles encienden su vela, se acercan a su imagen preferida, favorita o predilecta, se paran un momento, y mientras tocan con su mano la imagen, elevan una oración, una petición a Dios o quién sabe qué. Es paso obligado de muchos cristianos pasar por tal estancia antes de entrar en la catedral e ir directamente a Dios.

Me da la impresión de que los cristianos de oriente, antes de dirigirse «al jefe», es decir, a Dios, pasan a través de sus intercesores. Claro que eso de subir al árbol por las ramas es muy típico de la mentalidad oriental. Es decir, cuando hay que visitar o encontrarse con alguien más o menos importante, si uno no le conoce o no está muy familiarizado con él o ella, siempre intentará buscar alguien de su confianza que le ayude a contactar tal persona. Es decir, que se necesita una especie de intermediario. Es el

mundo de las relaciones, que, en el mundo chino, son de vital importancia. Esas relaciones, *guanxi* en chino, son una forma de subir al árbol por las ramas. Nos puede parecer extraño, pero sucede muy a menudo en el mundo espiritual. Es decir, llegar a Dios a través de aquellos que podemos tocar o que han sido personas como nosotros, es decir los santos o aquellos más cercanos a nosotros.

Desde tiempos muy antiguos, las imágenes paganas eran consideradas como residencia de dioses o diosas. O sea, que las imágenes que los mismos paganos fabricaban de sus dioses, hacían que ellos habitaran en ellas. Los orientales creen por ejemplo que, en las imágenes de Buda, de alguna manera habita el espíritu de su maestro. De igual manera, las imágenes de los gatos en Egipto, era una maldición si se profanaban. Todos creían que sus dioses habitaban en ellas. ¿Qué transmite la imagen religiosa? ¿Qué hay dentro de la mente y corazón del devoto que toca la imagen? ¿Devoción, superstición o algo de ambos? A la gente le gusta tocarlas, ¿por qué? ¿Es para conseguir de alguna forma la fuerza o benevolencia del santo al que uno se dirige?

Pero no solo sucede en el mundo espiritual. En el Reino Unido, hace algunos años atrás, los parlamentarios fueron avisados de no tocar los dedos o pies de las figuras de famosos políticos que hay a la entrada del parlamento británico. Estaban preocupados de que tanto tocar las estatuas de Margaret Thatcher, Winston Churchill y otros, se deteriorasen. Más interesante es constatar que lo hacían, ni más ni menos, que para tener suerte. Así, que pensaron en poner el cartel de «prohibido tocar» e incluso consideraron la posibilidad de colocar una valla metálica que protegiese tales figuras de los «manazas» de turno.

La costumbre de «tocar las imágenes religiosas» es común en muchas culturas y en casi todas las grandes religiones. Entre los cristianos, las imágenes son recuerdos de que Dios nos ama, y que puede estar representado por una cruz, un recuerdo de María, y de las personas que a través de los años han amado a Dios y a los cuales rendimos veneración, no adoración. Las únicas veces que la Iglesia pone una imagen para besarla es el día de la Natividad al Niño Jesús, y la Cruz, el día de Viernes Santo. En las catacumbas también se pueden encontrar imágenes e íconos, entre ellas las del Buen Pastor, del siglo I, que representaba a Jesús.

Después de la reforma protestante, hubo un movimiento que impulsaba la destrucción de las imágenes de los santos, de la Virgen, e incluso de Jesucristo. No importaba que fueran pinturas, esculturas o íconos. Algunos hermanos separados siguen acusando a los católicos de adorar ídolos. La iconografía sale a la calle a menudo. El deseo de tocar la imagen, la escultura o el cuadro, nos trae a la mente el sentido del tacto, que según dicen, es el más importante de todos. Jesús tocaba a la gente: leprosos, enfermos, incluso a los muertos. No se molestaba si le tocaban, incluso cuando la mujer pecadora le seca los pies con sus cabellos. Cuando se ama a una persona, el primer deseo es tocarla. Cuando Dios nos toca y nosotros nos dejamos tocar, eso es la Encarnación. ¿No será que la práctica de tocar la imagen sea una muestra del amor y deseo de cercanía con lo que ella representa?

Capítulo 2

LLAMATIVAS Y OSTENTOSAS

¿Carambola o planificación diabólica? El gobierno chino decretó la abrogación de los brutales e inhumanos campos de concentración, en la reunión del Congreso del Partido Comunista, en el mes noviembre de 2013. Pero al gato solo le han cambiado el cascabel. Y si no que se lo digan a los cristianos de la provincia de Zhejiang, en el noroeste de China, cerca de Shanghái. Del supuesto cierre de los campos de trabajos forzados, solo se trata de un cambio de nombre, de puro maquillaje de cara al exterior, porque la situación de los derechos humanos sigue igual o peor que antes. Desde el mes de enero de 2014 hasta hoy, han sido destruidas más de sesenta iglesias católicas y protestantes, y más de 1.700 cruces arrasadas y decapitadas de las torres de las iglesias de la zona, aunque habían sido previamente aprobadas por los oficiales locales.

Todo comienza cuando un «iluminado», en este caso el secretario del Partido Comunista chino de la provincia de Zhejiang, Xia Baolong, hace un recorrido de inspección, a primeros de 2014, por la provincia. Enseguida, señalando una cruz sobre una iglesia, en un pequeño pueblo de Baiquan, espetó la frase amenazadora, aseverando que era «demasiado llamativa y ostentosa». Inmediatamente ordenó a su comitiva que la cruz fuera «rectificada». Y así fue, la cruz fue arrancada de la torre de la iglesia y una más pequeña y menos «ostentosa» fue colocada en la pared del recinto eclesial. Pero no quedó ahí la cosa. Siguiendo el recorrido de inspección, comentó que había demasiadas iglesias y cruces hirientes a los ojos del ateo maoísta. Tres «demasiados» que son muchos demasiados. El resultado no se hizo esperar. Inmediatamente se puso en marcha una campaña de demolición de iglesias en toda la provincia. Las razones aducidas es que había que planificar el desarrollo económico y renovar la imagen urbana de la ciudad. Resulta que ahora, una iglesia ensucia la imagen de la ciudad. Más bien, el asunto no es otro que el Partido, viendo cómo las masas se alejan de sus líderes, no digieren que haya un crecimiento cristiano tan llamativo, en la llamada Jerusalén de Oriente.

La destrucción de una iglesia en Wenzhou por considerarla «demasiado grande» por parte de las autoridades, fue la gota que ha colmado el dolor de los cristianos. Y mientras, ni una pronunciación o declaración contra tan desaguisada desmedida por parte de los que defienden los derechos humanos o de la Comunidad Europea, y ni siquiera por parte del Vaticano. Ni una defensa a favor de los cristianos perseguidos de China.

Otras iglesias se han salvado de milagro. Mientras tanto, en el resto del país muchas han recibido la orden de ser menos «llamativas», impidiéndoles la iluminación nocturna y otros ornamentos que «distrayan» la atención del pueblo. Pero ¿qué es lo que hay detrás de esta macabra movida? La provincia de Zhejiang es considerada la «Jerusalén de China» y en ella habitan más de un millón de cristianos. Ya varios funcionarios se habrían sentido molestos con el crecimiento del número de cristianos en la zona. Esto es lo que desquicia a las autoridades: que el número de cristianos continúa creciendo. En la Pascua de 2014, fueron bautizados en China más de 20.000 adultos. En la provincia de Zhejiang, 1.053 (según las estadísticas de Faith Press) sin contar los de la comunidad clandestina, numerosísima en la provincia.

Así, por ejemplo, las autoridades habían aprobado la construcción de la iglesia Sanjiang, en la ciudad de Wenzhou y posteriormente, sin explicación fue demolida el 28 de abril de 2014. La iglesia fue rodeada de varias excavadoras y grúas amarillas. Miles de fieles se reunieron en el lugar para intentar parar la demolición, pero fueron dispersados por la policía. Allí se podían ver fotos colgadas en Internet, donde se veían cantidad de grúas, protegidas por cercos policiales, echando sus «zarpas» sobre los tejados de las iglesias, sus columnas y degollando las cruces de las cúpulas de las iglesias. Un testigo dijo:

Vi tres o cuatro excavadoras enfrente, demoliendo la iglesia, y tres o cuatro en la parte de atrás, destruyendo la construcción anexa. También vi una pequeña excavadora dentro de la iglesia para hacer el trabajo de demolición interior.

No hace mucho, el gobierno ya había admitido que la religión podría comprometer la estabilidad de China. De hecho, después de los actos violentos por parte, según el gobierno dice, de los Uigures musulmanes del noroeste del país, de los tibetanos y de los seguidores del movimiento Falun Gong, la política opresiva contra los credos religiosos y sus creyentes se ha intensificado, razón que esgrimen para llevar adelante semejantes atropellos.

La cruz siempre molestó. Ya lo dijo San Pablo que la cruz era escándalo para los paganos. Y para el gobierno romano era el mejor modo de dar una lección a los bandidos y opositores al imperio crucificándoles fuera de la ciudad de Jerusalén. Cuando llegaban a la gran ciudad, a las fiestas judías, la imagen de la cruz que veían los transeúntes en las afueras de la ciudad con los bandidos u opositores a Roma, crucificados en sus respectivas cruces, les quitaba de la cabeza cualquier intento de enfrentarse al imperio. Allí estaba la cruz.

Las razones irracionales de esta ola de demoliciones apuntan, eso dicen, a una disposición gubernativa de una campaña de renovación urbana y restructuración de la zona de la ciudad, cercana a las autopistas y lugares demasiado visibles. De lo que realmente se trata es de volver a recobrar los métodos de la Revolución Cultural, donde todo vestigio religioso fue destruido, quemado, o en el caso del personal eclesial, recluido en las cárceles y campos de concentración de Mao. Si la Iglesia no sirve al Socialismo con características chinas, entonces ha de ser eliminada. Se acusa de estructuras ilegales, cosa harto común en China en la mayoría de construcciones de cualquier índole. Pero el hecho es que, en su tiempo, las construcciones fueron permitidas por los gobiernos locales. Ahora se las considera desproporcionadas e ilegales.

Pero todavía hay más. Para echar más leña al fuego, todavía había que oír de labios del secretario del Partido Xia Baolong, que se quejaba de la infiltración de «fuerzas occidentales hostiles» (en clara referencia a las iglesias cristianas) tratando de impulsar una división entre los cuadros del Partido, según la Agencia oficial china Xinhua del 17 de febrero de 2014. Desde entonces, derribar las cruces, destruir estatuas y demoler las iglesias se ha convertido en el compromiso más visible del Partido. Por ahora, asfixiar las religiones, reducir o controlarlas y demoler sus edificios es parte de una campaña nacional.

Con la excusa de dar un impulso de modernización, el Partido Comunista Chino ve la oportunidad para reducir los edificios religiosos a escombros, y así cortar el bosque de cruces del horizonte de Wenzhou y frustrar la difusión del cristianismo. De hecho, al inicio de 2014 Feng Chili –jefe de la Comisión de asuntos étnicos y religiosos de Zhejiang– definió «un peligro» la difusión del cristianismo en la zona.

Un pastor protestante que presenciaba la destrucción de las iglesias afirmó: «Pueden destruir un edificio *jiao tang*, pero no a la comunidad *jiao hui* cristiana». Palabras sabias que vale la pena recordar en estos momentos. Lo importante es la construcción de la comunidad cristiana. Cada vez más, de hecho, los cristianos se convierten en los activistas de derechos humanos, como sucedió hace unos meses en la provincia de Henan, donde un abogado cristiano defendió a un pastor protestante injustamente recluido en la cárcel por denunciar la corrupción de los oficiales locales. Muchos otros participan en la sociedad civil contra la corrupción, la opresión, la violencia, la contaminación, todas las plagas que el Partido Comunista de China de Xi Jinping dijo que combatiría, sin haber cambiado una coma hasta ahora.

No es algo nuevo. Durante la Revolución Cultural se arrasó con todo vestigio religioso en China. Así en la diócesis de Baoding, en el poblado católico de Dong Lu, destruyeron el santuario mariano, consagrado en 1932 por el Papa Pio XI. En los últimos años, el gobierno envía militares con vehículos armados al santuario, en los meses de mayo y octubre, meses marianos por excelencia, para ahuyentar a los peregrinos.

Capítulo 3

CUANDO LA NOCHE ES LUZ

A nadie le asusta saber que, en la Biblia, la noche y la oscuridad están, muy a menudo, relacionadas con el poder del Maligno. Tan es así que a la noche se la define como el tiempo privilegiado de Satán. Es decir, un tiempo en el que el Maligno se desenvuelve con notable familiaridad, puesto que es el ambiente apropiado para él. El paso de la esclavitud de Egipto a la liberación de la tierra prometida, para el pueblo de Israel, adquiere referencias bautismales a través del paso de las tinieblas a la luz y de la muerte a la vida. La oscuridad, aunque nos deja perplejos y conlleva situaciones sin salida en la vida, sin embargo, también puede ser lugar de acercamiento a Dios. Allí, la persona experimenta su debilidad, y en la oscuridad que obnubila la mente y el corazón, sentimos la necesidad de ir a la Luz: Dios.

Pero siempre hay excepciones, como sucede en la Iglesia, en China. «El pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz», y sus connotaciones posteriores en la resurrección de Jesús, van anexas a la experiencia de la luz. No sé por qué regla de tres, la oscuridad nos asusta, y que la luz, deslumbrante que pueda ser, nos sirve en bandeja el control de lo que tenemos delante o entre manos. Los discípulos, después de bregar en el lago toda la noche, no cogieron nada, pero después a plena luz sucede algo imposible en el mundo de la pesca, y es que la captura es abundante.

Pues sí, las excepciones están al orden del día en la China atea y materialista, según su constitución. Para empezar, hay que decir que las comunidades cristianas clandestinas o no registradas –ya que no aceptan la intervención del gobierno chino en los asuntos de la comunidad eclesial– se mantienen al margen del mismo, aunque para ello tengan que pagar un alto precio, que es la persecución continua y asfixiante. Para ello, nada mejor que hacer de la noche el día. En China, se puede encontrar a Dios también en la tiniebla y en la oscuridad. Ahí, la Iglesia, lejos de huir de la noche y la oscuridad, al contrario, se zambulle en ella. En ella se despliegan capítulos importantes, en su mayoría relacionados con la comunidad clandestina, que por obvias razones escoge la noche y no el

día, para desplegar sus alas y dar aire a la fuerza del Espíritu. Valga como parámetro, icono y estampa ilustrada de tanta fotografía de las comunidades clandestinas que obviamente dan la espalda al fotógrafo para eludir su identidad, nos muestran que muchas cosas en China son invisibles e irreconocibles a plena luz. Sin embargo, encuentran en la oscuridad su identidad, y un cierto espacio para poder respirar con más temple.

Valgan algunos ejemplos de tan desaguisada y aparente contradicción. El Obispo Jia, en la diócesis de Zhengding, en el Sur de Hebei, está bajo arresto domiciliario. Tiene a tres policías a la puerta del recinto eclesial, y todos sus movimientos están controlados. Claro, que a todo se acostumbra uno, según me comentaban los de su círculo cercano. Eso deben pensar los tres policías que, desde la casa de enfrente, a tres metros de la puerta de entrada al recinto eclesial donde el obispo vive, intentan controlar al pastor de la diócesis. Los policías, al principio eran muy severos y le controlaban cada movimiento. Más tarde, hartos de controlar la sombra de un anciano de ochenta y tres años, se han hecho más indulgentes. El hecho es que los sacerdotes y agentes pastorales no pueden acercarse a visitarle de día. Es aquí cuando la noche se hace luz, oportunidad para lo que en cualquier lugar normal donde hay libertad religiosa, sucede a la luz del sol, pero no aquí. En China, las cosas tienen otros derroteros. Y si utilizaríamos el lenguaje bíblico, habría que decir que aquí la noche, hábitat del Maligno, es sin embargo lugar apropiado e inmejorable para el encuentro de los sacerdotes con el obispo, para organizar reuniones y planear la diócesis y otros menesteres pastorales.

Bajo el silencio de la noche y las tinieblas de las llanuras de Hebei, en plena noche, emerge la luz que hace que lo imposible se haga realidad. Allí, las visitas y los encuentros, los momentos de cercanía y los asuntos eclesiales salen a la luz, ya que los móviles probablemente estén también, de alguna forma, controlados. Toda gira en torno a la oscuridad, tiempo de encuentros, ya que la noche se hace cómplice para transformar las personas en siluetas imperceptibles y ambulantes sin identidad ni visibilidad propias.

Hace un par de semanas me tocaba a mí, viví esta experiencia. Estaba dando un curso de formación a unas veinticinco religiosas. Todo iba bien, hasta que una tarde se perciben ciertos movimientos en los alrededores del convento, como si algo especial se estuviera tramando. Por la noche, en la

hora de la adoración al santísimo sacramento, veo que hasta las sillas de la capilla han desaparecido y que las hermanas no han preparado el altar para el día siguiente, como tenían costumbre. Le pregunto a la superiora si no habrá misa al día siguiente. Con un tono de sorpresa camuflada, me dijo: ¡Ah, es verdad, no te habíamos dicho nada! El hecho es que todo estaba perfectamente organizado. Me dice que después de la adoración hemos de cambiar de lugar, ya que donde estábamos se habían visto algunos movimientos de coches y personas que daban para sospechar y que no era conveniente continuar allí. Pensé que sería por cuestión de una tubería de agua que tenían que reparar y que habían venido a ver por la mañana los de la construcción, para así hacer algunas reparaciones. Me callé y no quise sembrar más zozobra. Me dejé llevar. El último día, antes de salir para el aeropuerto, le pregunté el motivo de la movida: «Seguridad», me dijo. Habían percibido algunos movimientos que aconsejaban el cambio de lugar, algo a lo que ellas están muy, pero que muy acostumbradas.

Y nunca mejor dicho. Preparé mi maleta y monté en una especie de carriola o pequeña furgoneta típica en las zonas rurales, que me esperaba a la puerta. Tuve que pegar un buen salto para acceder a ella por la puerta trasera. Delante iban dos monjas y detrás otra religiosa y yo, con mi maleta y poco más. La hermana conducía a velocidad de vértigo porque el tiempo apremiaba, la luz escaseaba por el camino y los faros de la furgoneta rural proyectaban unos rayos de luz tan tenues que apenas se apreciaban las gentes que encontrábamos en nuestro trayecto. La hermana pisó aún más el acelerador, e intentando evitar los baches del camino de tierra, llegamos a nuestro destino, aunque en más de un momento me vi con los huesos rotos en la cuneta, sobre todo cuando cogía las curvas. Notaba que la otra religiosa que iba conmigo echaba una sonrisita guasona al verme ir de un lado al otro de la furgoneta. Ella ni se movía, prueba de que no era el primer día que participaba en este «rally perseguidor». En cuestión de pocos minutos llegamos al nuevo lugar. Son las nueve de la noche. Algunas personas deambulan por la calle, pero pasan desapercibidas con la connivencia de la noche que para nosotros ha sido luz, para poder cambiar de un lugar a otro y estar más seguros.

Salir del convento, ya bien entrada la noche, es algo así como hizo el pueblo de Israel en su huida de Egipto, para no dar qué pensar. Y como

dijera la religiosa de la parte trasera del remolque: «estamos acostumbradas a estos menesteres». Curioso que ese día, el tema formativo girase en torno a la figura de Abraham, con ese toque de caminar itinerante, con su dejarlo todo y poner su futuro en las manos de Dios. Las monjas se reían y me decían que se habían identificado más con Abraham, en ese corto recorrido, que, con las ponencias y reflexiones del día, en torno al mismo tema.

La cosa había sido aún más rocambolesca apenas cuatro días antes. Se celebraba la fiesta parroquial del Sagrado Corazón de María, en una comunidad cristiana clandestina. Yo, pensando que estas fiestas se celebrarían de noche, no pude salir de mi asombro al ver que la fiesta tenía lugar a plena luz del día. Y para más colmo, todo comenzó con la procesión donde las tracas, los cohetes y la banda de música de la parroquia caminaban, con pie firme y decidido, por la calle principal del poblado. Unas ochocientas personas se daban cita a plena luz del sol, en una especie de descampado, en cuyos alrededores se veían docenas de coches, señal evidente de una gran aglomeración de gente, lo cual me dejó aún más perplejo. Pues, al final resulta que tanto la luz como la oscuridad son momentos en los que el aleteo del Espíritu despliega sus alas. Las contradicciones en China están a la orden del día.

Capítulo 4

EL JADE CHINO

Había cogido el autobús número 19 para ir a retirar de la biblioteca municipal de Macau un libro interesante sobre un gran crítico y analista de la sociedad china del siglo pasado, llamado Li Xun, cuando en la primera parada del autobús veo, en la gran calle central de Macao, llamada «San Malou», la tríada por la que la gente «se vuelve loca» en Macao, y probablemente en el resto del mundo, y especialmente los turistas. Un anuncio espectacular colocado encima de la tienda, presenta una triada incuestionable e irrenunciable para el común de los mortales, o al menos, de estas latitudes. En el centro del anuncio un collar de jade, de un color verde oscuro, armonioso y atractivo. A su derecha, un par de anillos, con diamantes visibles. Y a su izquierda, unos brazaletes de oro macizo. Jade, diamantes y oro. Una triada como para volver loco a cualquiera.

Me dicen que este año es el Año Internacional de la Cristalografía. No tenía ni idea. Y ¿qué es eso de «cristalografía»? Pues sí, cristalografía es la ciencia que estudia el crecimiento, la forma y geometría de los minerales cristalinos. No entiendo nada de esto, pero dicen que la mayoría de los minerales adoptan formas cristalinas cuando se forman en condiciones favorables. Cuando así sucede, cada elemento o compuesto químico, tiende a cristalizarse en una forma definida y característica. Hoy traigo a colación el jade, tan apreciado en oriente que le tildan como el «diamante» de oriente. Los diamantes, según me dicen, encuentran más adeptos en occidente.

La palabra «jade», hace referencia a dos minerales diferentes, la jadeíta y la nefrita. Aunque en occidente apenas se conoce, el jade ocupa un lugar importante en la cultura china y es frecuentemente asociado con cualidades morales y espirituales. La palabra jade en chino 玉, *yù*, significa belleza de cuerpo y de espíritu. Se le considera la piedra de los dioses y tiene un origen –eso dicen– casi celestial. Dícese de él que, desde tiempos antiguos, fue muy apreciado principalmente por su pureza y resistencia. Sin embargo, posteriormente pasó a considerarse una piedra con propiedades medicinales, protectoras y con ciertos fines religiosos. En la historia

del arte y la cultura de China, el jade ha tenido siempre una importancia muy especial, comparable con la del oro y diamantes en Occidente.

Pero al hablar del jade, también tenemos que hablar de su impacto en las culturas prehispánicas de América. El nombre de jade se remonta, al parecer, a la época de la conquista española de América. Para las culturas prehispánicas de América, como los mayas, quichés y aztecas, el jade significaba vida, fertilidad y poder. Fue incluso más valorado que el oro. De hecho, la palabra «jade» es de origen español. Quizás puede explicarse por la sencilla razón de que, en sus inicios, se la conocía como «piedra de ijada».

El jade ha estado presente en muchas culturas antiguas, y se la consideraba poseedora de cualidades mágicas por diferentes pueblos. Los egipcios sentían predilección por la turquesa, que convirtieron en joya de ceremonias, para la invocación de la lluvia y que servía también como amuleto. Los griegos y romanos preferían el mármol blanco. Hoy, en día, se extrae en Myanmar, Canadá, China, Guatemala, Japón, Kazajstán, Nueva Zelanda y Rusia.

Hay tres clases de jade, muy apreciadas en China: en primer lugar, el jade blanco que es el más puro y raro de todos. Este tipo de jade, en un principio, se le comparó con la luna y con el poder de los muertos para beneficiarnos o perjudicarnos. En segundo lugar, el jade verde con tonos claros, color aceituno, que es el ideal para crear objetos ornamentales, considerado como una piedra inmortal y de buenos augurios. En tercer lugar, el jade rojo, muy adecuado para crear esculturas artísticas por la forma de sus vetas.

El jade se utiliza en China como material para fabricar utensilios y adornos desde hace más de 5.000 años. A lo largo del tiempo, se desarrolló un verdadero culto del mismo, teniendo sus objetos fama de amuletos que podían traer suerte.

Para el emperador amarillo, el oro representaba al sol, el *yang*, y el jade, por su parte, era la representación de la luna, el *yin*. Ambos, unidos, son la representación de la perfecta armonía. Tanto en el mundo chino como en las culturas prehispánicas, coinciden en que el jade es una especie de talismán protector de los malos espíritus. Los maestros taoístas utilizaban discos de jade para conjurar espíritus protectores que utilizaban en sus exorcismos en las casas y en los templos.

La resistencia del jade es notable. Fue utilizado por muchas civilizaciones para hacer utensilios como hachas, cuchillos y armas. Fue sólo, más tarde, que el jade llegó a ser considerada piedra preciosa y, a la vez, simbólica, utilizada en adornos y también en objetos religiosos. Hoy en día, el jade es muy valorado por su belleza. Sus colores son muy apreciados, pero es el color verde esmeralda de jadeíta, el más apreciado por coleccionistas en sus diferentes modalidades ya sean colgantes, collares, pulseras o anillos.

Sus propiedades curativas siguen siendo un tema controvertido, pero se menciona su uso durante siglos por curanderos. Se trata de usar la piedra preciosa en contacto con la piel, en la parte enferma o problemática del cuerpo, y con resultados curativos. Incluso se dice que ayuda a curar las enfermedades renales, o como en el caso del jade rojo, que es una piedra que trae energía a quien la posee. En cambio, el jade verde, dicen que calma el sistema nervioso central, tiene un efecto tranquilizador y, al parecer, era recomendable para las mujeres que deseaban tener un hijo. También parece ser un estimulante de las actividades intelectuales.

Otros piensan que el jade tiene incluso propiedades metafísicas. Se dice que es la piedra que da equilibrio y sanación. Otros van incluso más lejos, asegurando que estimula la capacidad de discernir, y como amuleto que impulsa la longevidad y la prosperidad. El jade se ha utilizado no sólo para los mejores objetos y figuras de culto, sino también en mobiliarios, para altos miembros de la familia imperial. Estos usos dieron lugar, después del período de los Tres Reinos, a las prácticas budistas y taoístas, como por ejemplo la alquimia. Sin embargo, el jade siguió formando parte de la medicina tradicional china y sigue siendo una importante piedra preciosa ornamental. Confucio decía que «para los hombres sabios el jade es el símbolo de todas las virtudes, tiene un sedoso resplandor y brilla como la bondad».

En la actualidad, hay una zona famosa de contrabando de jade que es Myanmar. Las extracciones se hacen en su mayoría en la zona de Kachin, en la frontera con China, donde están concentradas la gran parte de las minas. Se habla del jade de Myanmar, pero no del contrabando y la explotación de los mineros que extraen el mismo. El destino del jade que allí se extrae es normalmente China y Hong Kong. Su comercio, en el último trimestre de 2013, elevó las ganancias de las exportaciones a unos 920 millones de dólares.

Finalmente, digamos que el jade también aparece en la Biblia (Ez 28, 12-13; Ex 28: 15-20). En el libro del Apocalipsis, se mencionan las doce piedras preciosas que adornan a la Nueva Jerusalén, entre las cuales me imagino estaría el jade. Tampoco habrá que exagerar, pero lo que es cierto es que los precios del mismo llegan a cifras desorbitantes. ¡Por algo será!

Capítulo 5

UN PLATO DE 1.100 INGREDIENTES

Para un misionero en el contexto chino, la preparación de la homilía dominical es como la elaboración de un plato exquisito en el que hay que cuidar los más mínimos detalles. A saber, el sabor, la presentación, el contenido y qué se yo qué más. Cuando se trata de una homilía en chino y, cuya duración no suele exceder los 12 minutos, la tarea se antoja, cuanto menos, compleja. En esto de cocinar el plato dominical ya he pasado por todos los niveles en el arte de «cocinar». Es decir, he hecho desde lavaplatos hasta lo que hoy podría denominar con el «yo me lo guiso, yo me lo como», que me da una cierta satisfacción. Porque, claro, habría que preguntar a los comensales, que son los que tienen la última palabra. He escalado la escalera de la gastronomía pasando por ayudante de cocina, pero al grado de «chef» todavía no he llegado, porque como dice el evangelio, «Chef» solo hay uno, el Señor.

Al principio escribía la homilía en cantonés, pero no con los signos chinos, sino con el abecedario latino, es decir, lo que se llama «romanización». Los chinos acostumbrados al uso de los signos se me reían cuando sus ojos veían la transliteración del signo escrito en abecedario latino. Cuando los chinos lo veían escrito, me decían que no entendían nada. La romanización es algo así como una especie de idioma para descifrar, con el abecedario latino, el sonido de los signos chinos. Se trata, en definitiva, de un modo de poner por escrito con el abecedario latino, los sonidos de los signos chinos. De esta manera, el estudiante de chino no tiene tanta dificultad y es una manera de inserción en el estudio de la lengua china. Es a través de la romanización como uno comienza a bucear en el mundo de los sonidos y de los tonos de cada signo chino. Posteriormente, uno se va acostumbrado a utilizar los signos chinos. Cuando estudié el chino mandarín, después de saber el cantonés, comencé a escribir la homilía con los signos chinos. ¡Un verdadero quebradero de cabeza! La escribía a mano y el plato cocinado salía hecho un desastre. Menos mal que nadie lo veía, todo quedaba en

la trastienda. Pero para mí era muy útil. La imagen, que aquí se cuida muchísimo, revertía contra mí, que insistía solo en el contenido y no en la apariencia.

Pasaron algunos años y se inventó el ordenador. ¡Qué ayuda tan grande a la hora de estudiar chino! Y, ni corto ni perezoso, me lancé a otra aventura, no menos excitante: escribir la homilía con él. Se trataba de, por así decirlo, poner el plato prefabricado en el microondas, para recalentar la comida. La cosa empezaba a resultar más fácil. Ahora, ya más familiarizado con el chino, preparo la homilía con el ordenador, pero siempre necesito algún «chefecillo» que me ponga el plato en su punto. A todo eso, hay que añadir que mi homilía dominical en chino consta de alrededor de 1.100 caracteres, y que su lento proceso me lleva una buena parte de la semana. En el pasado duraba toda la semana y, a veces, faltaba tiempo. Ahora me resulta más fácil, pero siempre hay que cuidar las especias, los condimentos, la presentación, un poco de sal por aquí, otro poco de azúcar por allá... Es una obra donde uno debe poner los cinco sentidos. Y lo más excitante es cuando se presenta el plato al público.

Uno lo tiene todo claro en la mente, pero cuando hay que ofrecérselo a los «comensales», la cosa no es tan fácil. Hay un condimento chino que hace que el plato esté delicioso o que no haya por donde entrarle, y ese condimento son los tonos. Cada ideograma, con el suyo. En el chino cantónés son nueve; en el chino mandarín, cinco. Pero bueno, también contamos con la gracia de Dios, que toca los corazones de sus fieles a pesar, o precisamente, contando con mis debilidades, insuficiencias y carencias.

Siempre que hablo de la preparación de la homilía en chino, me viene a la mente la escena bíblica de los Hechos de los Apóstoles 8, 26-40, donde el etíope que volvía de Jerusalén leyendo en su carro el pasaje del profeta Isaías, se encuentra con Felipe. Me veo reflejado allí como espejo que expone mis carencias, mis anhelos pastorales y mis deseos de evangelizar y, además, después ni sabes el resultado.

Y para la preparación de la homilía, primero leo el comentario del evangelio dominical en chino e intento descifrar el mensaje que contienen los signos. Luego hay que ver qué mensaje se adapta a la situación de los cristianos a quienes se va a dirigir el mensaje. Y, primero de todo, qué mensaje tiene para mí esa Palabra de Dios. A menudo, me siento como el etíope, camino de casa después de su peregrinación a Jerusalén. Allí pasaba leyendo

en su carro un pasaje del profeta Isaías que no entendía. Se le acercó Felipe y le preguntó si entendía lo que leía. Y la respuesta espontánea no se dejó esperar: ¿cómo puedo entender si nadie me lo explica?

¡Cuántas veces he necesitado un «Felipe» desde que llegué al mundo chino! A la pregunta de quién sería mi «Felipe», la respuesta no se hizo esperar. Mi primer «Felipe» se llamó Choi Jingdak, la primera maestra que me enseñó a descifrar los signos de la liturgia dominical, especialmente la homilía. Después fue la Hermana Liu, luego Fan y, más tarde, Zhang. Hoy no es en un carro donde voy sentado precisamente, sino delante del ordenador, ¡gran ayuda para poder escribir chino con más facilidad! Se necesitan muchas horas en la carroza, desentrañando las claves del mundo chino, su lengua y el misterio y significado, que envuelve el vocabulario religioso de cada signo.

Los ingredientes de este plato semanal, homilía y liturgia del domingo, son variados: lectura de los signos, explicación de algunos de ellos, y así hasta que el ciclo litúrgico de los tres años se completa. A ello se unen los proverbios, las expresiones típicas de cada día, etc. La preparación es laboriosa. ¡Qué pocas veces en mi vida me había encontrado tan indefenso y con tanta necesidad de ayuda! Como discípulo misionero, me encuentro siempre en proceso de aprendizaje, y con la necesidad del otro. Al principio, en la parroquia de San Lázaro, me entraba el tembleque ya que tenía que leer la homilía, y si ya es pesado prestarle atención a uno durante diez minutos, no digamos cuando la homilía era leída, como sucedía al principio. He experimentado que una vez más, los católicos chinos con su paciencia a prueba de bomba, se iban haciendo a mis «platos semanales»; eso sí, siempre preparados con esfuerzo ilimitado.

Sentado en mi carro, voy atisbando que el éxito a corto plazo, no es la panacea que cura todos los males. Estoy descubriendo la importancia de dejarse ayudar y de no querer hacerlo todo yo mismo. Intuyo que hay que dejar de lado la polilla del protagonismo que a menudo corroe los cimientos del ego humano, en el actuar diario de la misión. Es muy saludable actuar más de acuerdo con el talante de Jesús. Es decir, compartir sin imponer. Descubro que hay que taladrar la realidad e ir más allá, y que el reconocer las propias limitaciones es humano y divino, y aceptarlas y descifrar su sentido es de una importancia extraordinaria para crecer como persona y como

misionero. Si hay algo que admiraba de mi primera profesora, la Sra. Choi, era su paciencia y su capacidad para interpretar lo que yo quería expresar. Quizás esa paciencia suya se me haya contagiado algo a lo largo de los años.

En todo este proceso de cocinar «el plato semanal», mi profesora hacía de maître y yo de lavaplatos. Hoy he progresado algo, aunque en los proyectos de Dios, Jesucristo hubiera continuado haciendo de lavaplatos y no de «chef». No olvidemos que ya lavó los pies de sus discípulos.

Capítulo 6

¡PROHIBIDO VER AL HIJO ORDENARSE SACERDOTE!

Apenas podía salir de mi asombro. Son las seis y media de la tarde, en la China noroeste. Los días han comenzado a acortar, y la noche comienza a cubrir las llanuras del entorno con un tupido velo de oscuridad. Estamos a finales de agosto. Las altas temperaturas en las llanuras de la provincia de Hebei, van dando paso a las mañanas frescas y las noches agradables. Atrás queda el calor sofocante del verano, solo visible al mediodía, donde aún se sigue palpando el calor, a veces húmedo y pegajoso. La puesta del sol se transforma es momento privilegiado para ciertos eventos. La noche y la oscuridad se convierten en oportunidad, momento de respiro y lugar idóneo para ciertos acontecimientos eclesiales. Son las paradojas de la vida y de la realidad religiosa católica china donde todo es posible. Es, en la oscuridad, donde ciertos hechos pasan desapercibidos, con la ayuda cómplice de la privacidad, la osadía del reto y la candente y tensa experiencia de la clandestinidad. Todos ellos son condimentos necesarios para dar un ápice de sosiego a lo que se avecina.

Hemos salido en coche. Me dicen los que me acompañan que vamos a la ceremonia de una ordenación sacerdotal y otra diaconal, pero un tanto especiales. Bueno, más que un tanto, yo diría que muy especiales. Me explico. Se trata de una ordenación donde no se ha invitado a nadie, y tan es así que ni los propios padres de los ordenandos van a estar presentes. No va haber celebración alguna previa o posterior a la ceremonia. Todo va a estar marcado por la privacidad, la brevedad y la sobriedad. No habrá ni una palabra demás del obispo, solo quizás algunos cantos «subidos de tono», con el riesgo de atraer indeseadas presencias. Bueno, y todo ¿por qué? Simplemente porque se trata, no de una ordenación cualquiera, sino de una ordenación sacerdotal clandestina, en la China donde la libertad religiosa aún no existe, si no es bajo el control gubernamental.

Durante el retiro anual que había dado a los participantes, me habían insinuado la posibilidad de tal ordenación, pero al ser clandestina, había que aquilatar mucho las cosas y hasta el último momento no se sabía, a

ciencia cierta, si iba a tener lugar o no. Hemos llegado con la tensión, los nervios y las preocupaciones de no saber a ciencia cierta qué nos íbamos a encontrar en el lugar de tan peculiar celebración. Es sábado y hay misa en una iglesia contigua. Acabada la misa, nos hemos dirigido a una capilla, con capacidad para unas treinta personas. Allí no se ve signo externo alguno de que algo parecido a una ordenación sacerdotal, va a tener lugar. Ni flores, ni adornos, ni cosas llamativas. Por no haber, no había ni gente. Solo una especie de toallas grandes de color rojo, colocadas como alfombras, y en las que el diácono y el nuevo sacerdote se postrarían durante la ceremonia.

Bien entrada la noche, para disipar dudas y evitar que ojos no invitados intuyan que algo se está cocinando, se acerca el obispo, acompañado por unos sacerdotes. Hay unos cinco sacerdotes concelebrando, algunas religiosas, unos cinco seminaristas y yo. Todo muy sobrio. En China todavía algunas cosas funcionan así. ¿Por cuánto tiempo? Es difícil saberlo. El control de la mente de los ciudadanos chinos por parte del sistema comunista dictatorial sigue y creo que hay para rato. Tengo que sacar fotos para marcar este acontecimiento, único e irrepetible, al menos para mí. Son testimonios históricos que hoy hablan por sí solos, pero que espero pronto sean una reliquia del pasado.

Las comunidades cristianas clandestinas están acostumbradas a todo esto. Los cristianos lo han vivido de niños y continúan así hasta su muerte. Pero para mí, cada paso y cada movida eran algo nuevo y desconcertante. No perdía detalle y a la vez me consumía en un cierto desasosiego y nerviosismo. La ordenación iba a tener lugar y durante ella, las religiosas allí presentes, cantarían a boca partida los cantos que se oyen desde no sé dónde, y que podrían fácilmente llamar la atención de vecinos peligrosos e indeseados. En ciertas cosas, los cristianos extreman al máximo la cautela y la discreción, pero en otros aspectos me da la impresión de que hay una dosis de cierta imprudencia. Pero, ¿quién soy yo para soltar tal aseveración, siendo la primera vez que presencio semejante acontecimiento? La osadía no tiene límites, y la mía, a veces, se desboca.

La ordenación sacerdotal es siempre un acontecimiento gozoso y multitudinario, pero aquí no hubo ni lo uno ni lo otro. Todo quedó reducido a la más mínima expresión. Pero lo que más me rompió el corazón no fue la ceremonia en sí, ni la poca gente o el hacerlo todo un poco deprisa. De

hecho, la ceremonia duró una hora y diez minutos. Lo que más me dolió fue que después de la ordenación montáramos en coche y, a los pocos metros de donde había tenido lugar, se volvió a parar el coche. Me dije a mí mismo que algo pasaba y, en efecto, fuimos a parar a la casa del recién ordenado sacerdote. Entramos y me encuentro con su madre.

Me presentan y le digo que estará contenta de tener un hijo sacerdote. Esboza una sonrisa sin respuesta, lo que me indica el estado de ánimo a la que desgraciadamente están acostumbrados. Me dijeron que solo un sacerdote, hasta aquel día, había sido ordenado en la gran iglesia parroquial, a la vista de todos. El resto, todos de la misma forma, de forma un tanto abrupta, secreta, sin gente y sin otro tipo de celebraciones. La madre no pudo atender la ceremonia de su hijo por motivos de seguridad, de cautela y de no llamar la atención. A buen seguro, la madre pudo oír, desde su casa, los cantos de las religiosas durante la celebración. ¡Qué pasaría por su mente! Me la imagino rezando por lo que estaba sucediendo en la persona de su hijo, resignada e impotente de no haber podido participar en ese momento único en la vida de una madre cristiana como es la ordenación sacerdotal de su hijo. En la comunidad clandestina, los padres saben que no participarán en la ordenación sacerdotal de sus hijos, por miedo a «hacer ruido» o a que la policía lo detecte.

La madre nunca había visto un misionero extranjero. Se acercó y dijo a alguien si podría sacarse una foto conmigo. No sé si la consoló algo, pero así lo hicimos. Inmediatamente nos sirvió unas frutas y pocos minutos después nos marchamos, dejando a la madre con el hijo, cuya ordenación sacerdotal no pudo presenciar en aquella noche imborrable y, a la vez, dolorosa.

En el viaje de vuelta a mi destino, que duró como una hora, una cascada de imágenes se sucedía a borbotones, pasó por mi mente: la celebración, la clandestinidad de la Iglesia, pero sobre todo una madre impotente por no poder asistir a la ordenación sacerdotal de su hijo, estando a cuatro pasos de la iglesia, y todo por motivos de prudencia y seguridad.

Vivir en la clandestinidad implica situaciones como la que me he referido. Es el precio que la Iglesia clandestina en China paga por ser fiel a la fe que ha recibido de sus antepasados. Estas comunidades rechazan registrarse en los términos del gobierno dictatorial chino hasta que éste no reconozca la libertad religiosa como tal.

Capítulo 7

LA MURALLA SOBRE LA RUTA

Nunca había pensado tanto en las distancias, hasta que tuve que viajar dentro de China. Entonces, me di cuenta de algo que, poco a poco, se fue haciendo parte de mí vivir cotidiano: las distancias y, también, la itinerancia. Pues sí, la distancia, esa extraña compañera de camino, me ha jugado una mala pasada esta mañana. Muy temprano y a bote pronto, me han pedido que la definiera y me resultó tan difícil y embarazoso, que me puse a pensar más en por qué me resultaba tan difícil definirla, que en su significado como tal. Me dio la impresión de que, al tratar de definirla, la quitaba todo el encanto y misterio que encierra en sí. Una pregunta aparentemente tonta, pero la verdad es que, a la hora de definirla, no encontraba palabras.

De pronto, me vino a la mente esa otra distancia que, aunque no se ve, está ahí. No me refiero a la distancia física, sino aquella que nos hace insensibles al grito del hermano y que, de hecho, nos aleja de él. Ese fue, al menos, el sentido de la pregunta que me lanzaron, y así, sin quererlo, me encontré con la distancia. Y la musa, que rondó mi cabeza con un destello fulgurante, aterrizó en el viejo refrán castellano: «Ojos que no ven, corazón que no siente».

Pero hoy tal dicho ya no «pega», porque la escena ha cambiado su telón de fondo, y los medios de comunicación nos sirven la realidad mundial a la carta y en cuestión de segundos. La vemos, sí, pero desaparece de nuestra retina, porque la cascada de noticias nos invade y nuestros ojos no dan abasto. El mundo se ha convertido en un pañuelo. Y ahí está el problema: nos hemos acostumbrado a contemplar todo con tan inusitada frecuencia que su repetición y rapidez nos han hecho insensibles a las «llagas» de la humanidad. Casi todo el mundo las conoce, pero por desgracia, la novedad se convierte en rutina en cuestión de segundos. Ya no hay distancias, pero el corazón sigue invadido por la indiferencia, que es distancia, no en kilómetros, pero sí en sentimientos.

Si las grandes obras arquitectónicas que los pueblos construyeron a lo largo de la historia nos dicen algo de su psicología y de sus formas de ser y actuar, habrá que decir que el pueblo chino ya lo había intuido en el

pasado. «¿Qué hacer con la distancia?», se preguntaron. Y dieron con la solución: poner ladrillos de por medio. Y así nació la imponente muralla china, que servía tanto de protección como de separación. La finalidad de tal construcción fue protegerse de las invasiones de los nómadas del norte y, sobre todo, impedir el acceso a las caballerías que traían consigo. Sus torres y puestos de vigilancia les servían como sistema de alerta, con señales de fuego de noche o de humo de día.

La Gran Muralla China fue construida, o al menos gran parte de ella, en la Dinastía Qin, 200 años antes de Cristo, en el tiempo del emperador Qin Shi Huangdi, quien unió otros muchos trechos de muralla, construidos previamente. En su fase de apogeo, en los siglos XVI y XVII, llegó a tener alrededor de seis mil kilómetros, la mayoría de ellos construidos con ladrillos y piedras talladas, pero también con tierra comprimida.

Los historiadores ven en ella el deseo de un pueblo de separarse y protegerse de los enemigos. En el fondo, parece que había miedo. La muralla servía para no dejar entrar, pero también para no dejar salir. Es decir, para controlar a los de casa y a los de fuera que nos quieran invadir. ¡Maravilloso invento! Pues así, de buenas a primeras la distancia toma un nombre: la muralla. Pero la gran muralla china se ha quedado pequeña al lado de las otras murallas modernas. No son de piedra ni de ladrillo, pero todo el mundo las siente, las conoce y las percibe. ¿Dónde están? La manía de los muros no es cosa nueva y la fiebre del cemento, que se extiende por todos los continentes, está a la vista en forma de púas, alambradas y hormigón a raudales. Nos empeñamos en dividirnos y separarnos, y todo para manifestarnos diferentes, superiores, o bien porque tenemos miedo de que nos controlen, invadan o roben nuestro bienestar.

Pero no solo fue China. Se siguen construyendo otras murallas, y ¡de qué manera! Hay políticos que de la noche a la mañana les viene la vocación de albañiles, y paleta en mano se remangan y enfangan en una masa de cemento sin par. Así, tenemos, en oriente medio, el muro construido por Israel en 2002, de ocho metros de altura (el de Berlín tenía tres) y de unos cientos de kilómetros que separa Cisjordania de Israel. Se justificaban alegando que así se protegerían de los ataques suicidas de los palestinos. En el norte del continente africano, está la valla de Melilla. Los graves incidentes protagonizados en septiembre del 2005, por las oleadas de

inmigrantes que asaltaban la valla que separa Marruecos de la ciudad de Melilla, sacaron los colores a España, y con ella a toda la comunidad europea. La respuesta española no se hizo esperar: levantar una tercera valla de seis metros de alta en las fronteras de Ceuta y Melilla con Marruecos.

Y saltando el charco, tenemos el «muro de la vergüenza», de 1.120 km en la frontera con Méjico, construido por los Estados Unidos con la finalidad de cortar de raíz la inmigración. Se demolió el muro de Berlín, pero otros pululan y se erigen sin que la comunidad internacional tenga voz alguna a la hora de parar estas construcciones de gobiernos prepotentes, con la excusa de razones de seguridad, las más de las veces económicas y como única vía, eso dicen, para parar la «ilegalidad» en el tema de la inmigración.

Pero hay otras verjas más cercanas, y que construimos todos los días. Sal a la calle y echa una ojeada. Pongámosle nombre: racismo, discriminación, marginación. Crúzate con un negro, gitano, judío, chino, extranjero o emigrante. Quizás es el vecino o el que habla otra lengua, el de otra religión, el de otro partido político e incluso el de otro equipo de futbol o qué sé yo quien. Da la impresión de que anhelamos, a veces inconscientemente y casi de forma fatídica, tener una paleta en mano para poner muros por medio.

La muralla huele a marginación. El muro divisorio ya separó a la humanidad de Dios. Tan es así que en el bautismo de Cristo se nos dice que «se abrió el cielo». Sí, desde entonces cayeron los muros (no todos, desafortunadamente), y el hombre tiene acceso a Dios. Pero hay otros muros también camuflados. Una vuelta por cualquier ciudad o urbanización, nos revela que las alambradas, los perros, los guardaespaldas, las verjas, los condominios y otros inventos, siguen multiplicándose y con qué finura. También hay otras verjas, discriminatorias y racistas, de afiliación política o de cualquier otra índole, que de una u otra forma sientan los cimientos que dan pie y excusa a gobernantes para cometer el disparate de querer resolver los conflictos con paladas de cemento o kilómetros de alambrada. ¡La distancia! Esa misteriosa forma de alejarnos del otro, de poner tierra por medio y, sobre todo, de esas actitudes atrincheradas, miedosas y prebélicas.

Al final, nos convertimos en distancia por el motivo más nimio y tonto. Somos puro barro y ladrillos de carne y sentimientos, que como por arte de magia, y a veces inconscientemente, nos erigimos en arquitectos

especializados a la hora de crear divisiones. ¡Y con qué rapidez ponemos distancia por medio! Una mirada, una primera impresión, quizás una discusión, una división de pareceres, un silencio que calla, pero otorga, una opinión diferente a la mía... E inmediatamente, en nuestro sistema mental, nuestros sentimientos ponen manos a la obra con una velocidad increíble, y nuestro corazón se parapeta en la costra del egoísmo y sus prejuicios. Y casi por arte de magia, surge esa invisible realidad: la distancia.

Construyamos puentes y destruyamos barreras y murallas. ¡Creo que hay tarea para todos, comenzando por el que suscribe! Pero el pueblo chino también construyó otra gran estructura, la ruta de la seda, pero de ello hablaré en otro momento.

Capítulo 8

ENTRE UN «HOLA» Y UN «ADIÓS»

El estilo de vida itinerante que conlleva la misión de China, me hace deducir que, a menudo, soy un «agente» o vendedor de «holas» y «adioses». Pero, no solo me pasa a mí. La vida es una constante cascada de despedidas y saludos en constante movimiento. Engendrado en el seno materno, el niño le dice «adiós», después de estar nueve meses en él, y saluda al mundo con un «hola», y con un grito revelador. Después, poco a poco, se despide del seno familiar y saluda el «cole» y la «pandilla», la universidad y el mundo del trabajo. Dice «adiós» a la infancia y con un «hola» curioso y sorprendente, se sumerge en la adolescencia y la juventud. Y así hasta el final de su vida, cuando exhala el último «adiós» a una forma de vida, y susurra un «hola», del que nadie se escapa, a lo que Dios ha preparado para él. Vivimos de «holas» y «adioses», de saludos y despedidas.

Como misionero, no solo no me escapo de ellos, sino que incluso se acentúan de forma visible en mi vida. Cada vez que vuelvo al mundo chino, después de un breve período en España, el «adiós» y el «hola», nunca monótonos y siempre desconcertantes, vuelven a la carga. «Partir» es una realidad que corrobora y visibiliza de forma concreta la vocación misionera, y que adquiere expresión concreta en un beso, un apretón de manos o un abrazo. «Salir», es una condición necesaria, un decir «adiós» a un contexto concreto, para decir «hola» a otro.

Y por repetitivos que puedan parecer los «adioses» y los «holas», la verdad es que nunca me acostumbro a ellos. Ante un enfermo agonizante en un hospital en España, y al oír de mis labios que volvía a China, me soltó una respuesta tan sincera como cortante: «He oído que allí se han cargado a más de uno». Ante semejante comentario, los que estaban a su alrededor comenzaron a echar agua al fuego y tratar de calmar la situación con otras frases de tonos balsámicos. Mucha gente se ha quedado con cara extraña cuando he tenido la oportunidad de compartir mi experiencia misionera en China. «Partir», es una exigencia innata del ser misionero y una necesidad que invita a «pasar a la otra orilla», que ya comenzó Jesús de Nazaret.

Y así, para «pasar a la otra orilla», ¿qué mejor que el avión que me llevaba de Madrid a Zúrich, de un par de horas de duración, y que ya me iba desgranando los condimentos del «hola» y el «adiós», precisamente allí en el aire, a caballo entre la despedida y el saludo? Curiosamente, esta vez tuve compañero de viaje a un niño de unos once años, que me dijo que venía de Cuba. El hecho es que en la corta conversación que tuvimos, ya que se pasó casi todo el viaje durmiendo, me preguntó si iba de vacaciones a Suiza y le dije que no, que mi destino era China. Al oír China, lanzó un suspiro como diciendo que tenía avión para rato. Respondí también a su curiosidad al decir que viajaría en la compañía aérea de Suiza, a lo que él añadió que hacía no mucho, un avión de esa compañía se había desplomado en el mar, pero que durante mi viaje no pasaría nada. Los Alpes presentaban una panorámica majestuosa y una belleza entrañable, con algunas cimas ya nevadas, mientras que por mi mente pasaba todo un rosario de memorias de mi tiempo en España, entremezcladas con lo que me iba a deparar el nuevo «hola» en el mundo chino.

La llegada a Suiza no da señales de que uno vaya rumbo al oriente, hasta que me acerqué a la sala de espera de la terminal internacional del aeropuerto. Allí se respiraba, de forma inequívoca, un aire oriental, con la presencia de un buen número de chinos. El chino cantonés y mandarín se sentían en el aire. Era el primer atisbo en que se hacía visible y real la vuelta a la misión de China. El partir y el volver, la salida y la llegada, el «adiós» y el «hola», siempre me han parecido un poco irreales, hasta que la inercia de los días me hace ajustarme, inexorablemente, al nuevo contexto. En definitiva, me parecía como que no estaba en control de la situación.

En las despedidas, siempre he encontrado un halo especial en ese decir «adiós» a los padres. Tiene ese momento, un algo de inexplicable, entremezclado con ese algo que te une a las raíces a las cuales perteneces, las memorias que se amontonan de forma atropellada y también por ese sentir profundo que Jesús espeta en el evangelio: «Quien no deje casa, padres...». Ciertas frases evangélicas solo se saborean cuando uno las vive en primera persona. Una sensación única, quizás parecida a la que sienten muchos cuando oyen hablar de la situación de la Iglesia en China, la lengua, la cultura, la comida, la gente, etc., del llamado no solo lejano, sino extremo oriente.

Aterrizamos en Hong Kong después de 12 horas de vuelo. Ya comencé a hablar el chino cantonés a la llegada al barco que me llevaría a Macau. Pero si había alguna duda de que había dicho «adiós» al mundo occidental y estaba comenzando a decir «hola» al mundo oriental, todas desaparecieron cuando a la hora de cenar, en mi comunidad de los misioneros Combonianos, se hizo visible una vez más, delante de mis ojos, la escena típica de los palillos y el arroz.

El estilo misionero itinerante, que conlleva poner un pie en China, todavía me hace más evidente los «holas» y «adioses». En el misionar en China, se visita un lugar y quizás ya no se vuelva nunca más al mismo. Este condimento de itinerancia, me pone entre los pies y la boca, los constantes «holas» y «adioses». Es especialmente difícil en un mundo como el chino, donde las relaciones personales son tan importantes y donde el corazón se pega al que se conoce, y se distancia, y de qué manera, con el extranjero.

Bueno, la Biblia está impregnada de «holas» y «adioses». Incluso las dos palabras se han colado en el vocabulario divino, y Jesús no escatimó tiempo y palabras para despedirse de sus discípulos, sobre todo en el evangelio de San Juan, en el famoso discurso de despedida. Jesús va pasando por la vida de las personas. Su «hola» lleva connotaciones de Buena Nueva y conversión. Es breve, pero su estancia con la gente deja una impronta. Es un momento al que la gente responde de formas diferentes. Muchos ni se enteraron de que se encontraban con el Dios presente en la tierra, de pies y manos, como los mortales. Ni siquiera, a veces, sus propios discípulos. Como en el hoy de la historia, Dios se hace presente y ausente en cuestión de minutos. No todo es cosa de un día. Sus «holas» se perciben de tantas maneras: desde el encuentro con una persona, la Palabra de Dios del día a día, las maravillas de la naturaleza, los acontecimientos aparentemente nimios de lo cotidiano o lo imprevisible que la aldea global nos sirve a la carta, a diario.

Pero las despedidas también abundan en el devenir de cada día. La lista de personas que van a mejor vida, deja en nosotros una huella de nuestra condición de ave migratoria que es interminable. Así los seres queridos que se van y pasan a la otra orilla, o la partida a otro lugar, otro país, a otro destino. Esta es nuestra condición de «adioses», que damos al que incluso nos encontramos cada día a la puerta de la calle o camino del trabajo. Tanto se ha familiarizado con nosotros que nuestros «holas» y

«adioses» se confunden con inusitada normalidad. Decir a uno «hola» en medio de la calle o decirle «adiós» significa, pásmate, lo mismo y lo hacemos con tanta frecuencia. De hecho, el «hola» de Dios a la humanidad en Cristo –cueva de Belén– fue tan breve que se convirtió en una «adiós» –en el madero de la cruz– doloroso pero necesario.

El «adiós» y el «hola» adquieren connotaciones diversas según las culturas. Las despedidas y llegadas siempre acarrear sorpresas y momentos no programados. Todo ello me hace sentir a un Dios sorprendente, cuyo mensaje en ese ir y venir de «holas» y «adioses», ratifica que Él es el protagonista de la misión, y mi condición, pues eso, la de un enviado, entre los «holas» y «adioses» que se repiten cada día de forma harto repetitiva.

Capítulo 9

¡LEA LA BIBLIA, SEÑOR PRESIDENTE!

Informaba «Radio Asia Libre», a finales de diciembre de 2014, que Zhou Jinxia, una cristiana de la ciudad de Dalian, en el nordeste de China, había retado al Goliat marxista chino, al colocar una pancarta en plena Plaza de Tiananmen, en la que se leía: «Sr. presidente, si quiere combatir la corrupción, lea la Biblia». Con desparpajo propio de personas tocadas por el Espíritu, Zhou osó invitar a conocer el Evangelio al presidente Xi Jinping y a su esposa. Jinxia ya había intentado convertir a funcionarios del gobierno de su provincia. La policía la apresó inmediatamente, ya que la plaza de Tiananmen está minada de policías secretos. Cuando iba en el coche patrulla camino de la comisaría, Zhou dijo de no estar particularmente preocupada, y que aceptaría «lo que fuese». Zhou se convirtió en miembro de una comunidad protestante «clandestina» de Dalian, hacía dos años, para difundir el Evangelio en China, y para cambiar los valores de la gente y «los pensamientos corruptos» de las personas.

Hablando del Evangelio y la Biblia en China, volvemos a enfrentarnos con una paradoja más. China es, en la actualidad, el mayor productor de Biblias del mundo, produciendo, según manifiesta la United Bible Society, unos 3,5 millones al año. Ver para creer, ¿verdad? En un informe dado en el IX Congreso Protestante Chino, se informó que desde el 2009 al 2014 se habrían impreso unos 17,5 millones de Biblias, y en los últimos 30 años, unos 62,17 millones.

El 8 de noviembre de 2010, la editorial protestante Amity Press, celebró la impresión de los 80 millones de Biblias, lo cual significaba que, a esas alturas, China se había convertido en una de las mayores publicadoras de Biblias en el mundo. Desde que abrió en 1986, Amity Press ha editado 50 millones de unidades en 90 idiomas. Y, más curioso aún es, que la China Comunista, con obispos y sacerdotes católicos en las mazmorras, se haya convertido en la fábrica de Biblias, proveedora y abastecedora de mercados en otras latitudes y en cualquier lengua. El 80% están escritas en mandarín y se venden por unos 10 yuanes (algo más de un euro). También

edita ejemplares en ocho lenguas de minorías étnicas. El resto se exporta: el grueso va a parar a África, Asia y Europa. Hoy en día, Amity Pree es la fábrica del mundo más grande de impresión de Biblias, empleando a más de 600 trabajadores, y que produce anualmente 12 millones de Biblias y las vende a 70 países y regiones en todo el mundo.

Ya lo decía Deng Xiaoping, antiguo presidente de China, que si «el gato era blanco o negro no importaba, lo que valía es que cazara ratones». Es decir, que haya negocio y que revierta en dinero, aunque sea a base de las propias contradicciones del gobierno chino. Pues sí, China se ha convertido en la mayor productora mundial de la Palabra de Dios. La demanda ha obligado a ampliar el negocio y el gato está que no da más de sí, atrayendo ratones a diestro y siniestro. El gran ratón está en Nanjing, en una nueva planta construida y que tiene capacidad para imprimir un millón de Biblias al mes, y se espera que produzca una de cada cuatro en el futuro. Será la mayor fábrica de Biblias del mundo. Eso ocurre en China, un país ateo y materialista, corroborando una vez más la inexistencia de la ideología comunista que pone al dinero como su único motor inspirador, sea a costa de lo que sea.

La Biblia estuvo prohibida en la era de Mao, hasta que llegó Deng Xiaoping, el señor del gato, que subió al poder en 1978, y decretó una «cierta» libertad de culto. Mao vio las religiones como supersticiones feudales que entorpecían la modernización del país, por lo que los textos sagrados terminaron quemados en piras durante la Revolución cultural (1966-1976). Solo valía el *Libro Rojo*, es decir, el suyo. La mera posesión de una Biblia acarrearía a una persona, en aquel entonces, serios problemas. El *Libro Rojo* de Mao había sido publicado en cantidades suficientes para entregarle uno a cada ciudadano chino en una población, en aquel tiempo, de más de 740 millones. Entre 1966 y 1971 se publicaron más de mil millones de ejemplares, habiendo sido traducido a unos 30 idiomas. Según Daniel Leese, experto en el *Pequeño Libro Rojo* de Mao, esta obra «está en segundo lugar solo después de la Biblia», en términos de circulación impresa.

Pero hoy, la Biblia le ha tomado la delantera. Aunque no existen restricciones en los individuos para comprar Biblias en China, no es fácil encontrarlas en las librerías públicas, fuera del ámbito de las iglesias oficiales. En China, es ilegal imprimir la Biblia en privado y los casos de empresarios

penalizados por tal motivo, aparecen en los medios de comunicación de vez en cuando. Varios cristianos chinos han sido arrestados por introducir ilegalmente Biblias en el país. Al inicio del nuevo milenio, la policía pateó la casa del propietario de una librería en Beijing, confiscando sus Biblias y posterior detención. Y en el mismo periodo, Zhou Heng, un empresario y líder de una Iglesia clandestina, en la región de Xinjiang, fue detenido por recibir tres toneladas de Biblias de Corea del Sur.

Las primeras traducciones de textos de la Biblia en chino datan del siglo VII, con la llegada de los monjes Nestorianos a la ciudad de Xian, durante el periodo del emperador Taizong. Alopen fue el primer misionero en visitar China. El emperador le permitió traducir la Biblia y construir una iglesia. Del siglo XIII al XVIII, hubo varios intentos para traducir la Biblia. Morrison, conocido protestante, por fin, la tradujo enteramente al chino.

Posteriormente ha habido otras traducciones de la Biblia en chino. Traducir la Biblia en chino no es una tarea fácil. Se trata de hacerlo en una lengua difícil y distante de los parámetros de la mentalidad bíblica, en un país con una larga historia y en una sociedad más bien, en aquellos tiempos, cerrada al exterior. Aun siendo extremadamente difícil, sin embargo, siempre fue una tarea a realizar. De ahí la cantidad de versiones, nunca satisfactorias para todos, de la traducción de la Biblia en chino. El franciscano, P. Gabriele Allegra, beatificado el año 2012, dedicó toda su vida a la traducción de la Biblia en chino. Hoy, la Biblia puede encontrarse en la casa de cada cristiano porque su uso en los últimos años ha sido excepcional.

Hace unos años, en la ciudad de Hong Kong, tuvo lugar una exposición bíblica que más que nada, se trataba del deseo de la hoz y el martillo, de hacer un guiño a la Biblia. El lema era: «lámpara para mis pies, luz en mi camino», y el tema de la misma: «El ministerio de la Biblia en la Iglesia de China». Nada de extraño, si no fuera porque la exposición y organización de la misma había sido ideada y organizada por los protestantes y el Movimiento del Comité Patriótico de las Tres Autonomías, con el respaldo del gobierno comunista chino. La finalidad, según manifestaron los organizadores, era acercar a los cristianos de Hong Kong y de China para hacer ver, aunque esto no se dijera en público, que en China se respeta la Biblia y hay libertad religiosa.

Entre las Biblias allí expuestas, valía la pena reseñar un diccionario bíblico para lectores chinos de hacía 102 años, decorado con figuras egipcias y una biblia publicada en China, en 1890. Aunque las autoridades gubernativas chinas quisieron subrayar la importancia de la Biblia para los cristianos chinos, detrás yacía lo que era obvio a la vista de todos. Es decir, era un gesto del Partido comunista para asegurar que sus más de medio millón de cristianos en Hong Kong se quitaran de una vez por todas, las suspicacias y el rechazo frontal hacia el gobierno chino, y acusarle de la persecución continua a los cristianos.

A principios de la década de los 80, aún se aconsejaba a los extranjeros que no entraran en China con más de una Biblia. La web olímpica oficial, en 2008, recomendaba a los turistas llegados a Beijing, llevar una sola Biblia.

Hoy, en día, las cosas han cambiado algo, aunque en los últimos años se está pretendiendo, con la campaña de «sinicización» de obligar a los cristianos a leer e interpretar la Biblia en clave marxista. La *You Versión* china, ayuda a los misioneros a distribuir Biblias, a través de los móviles, a las nuevas generaciones. El año 2014, en *smartphone* se podía bajar la Biblia, algo que va creciendo en popularidad ente los jóvenes. Aunque uno siga pensando que cuando los cristianos son perseguidos por sus creencias basadas en la misma Biblia, ¿qué significa adquirir una Biblia en cuyo anverso se lee *made in China*?

Capítulo 10

DRAGONES EN LA PROPIA CASA

Nadie, en su sano juicio, afirmará que los dragones, al menos como yo me los imagino, existen; a no ser que sea en la multitud de películas, que en los últimos años han salido a la palestra. El dragón tiene connotaciones míticas, negativas en ciertos contextos religiosos, y súper misteriosas en otros. Seguramente lo más que se sabe del dragón es que es un animal mítico, típico del lejano oriente, en concreto China, y de algún país del norte de Europa. Otros pensarán que el dragón no tiene nada que ver con la cultura o tradiciones españolas. Bueno, yo no estoy tan seguro de ello. Entremos en debate.

Para empezar, estando de vacaciones en España en el año 2013, llegué a mis manos un periódico con una noticia que me sorprendió. Se trataba de la restauración de la iglesia de Robledo de Chavela, en la diócesis de Madrid. Hasta ahí, todo normal. Pero resulta que, durante la restauración de la misma, se descubrieron unas pinturas del siglo xv, cuyos motivos principales eran, precisamente, toda una colección de dragones. ¡Ver para creer! El conjunto pictórico, que había permanecido oculto durante años por una capa de cal, había sido calificado por los especialistas como único por su originalidad y calidad. Los expertos que lo vieron, se quedaron boquiabiertos y no tenían ni idea de su origen, ni menos de su autor y las razones por las cuales estaban pintados en el techo de la iglesia.

Se trataba, eso decían, de una colección de unos 80 dragones, repartidos a lo largo y ancho de las bóvedas del templo. Hablaban de la posiblemente más valiosa colección decorativa de dragones en España. Parece ser que habían sufrido un letargo invernal centenario, y escondidos, con la complicidad de la cal, pudieron sobrevivir hasta el día de hoy. Pero habría que preguntarse en primer lugar por qué los pintaron, y, por otra parte, por qué, posteriormente, los ocultaron con el tupido velo de la blanquecina y protectora cal. Es, sin duda, misterioso el saber por qué se les quitó de la visibilidad pública. Me llamó la atención la noticia porque evidenciaba algo que jamás hubiera imaginado, y es que en España hubiera

colecciones pictóricas con el denominado común del dragón, emblema hasta aquel momento, al menos para mí, más propio de otras latitudes.

Me puse a bucear un poco en temas relacionados con el «monstruito» y me encontré con sorpresas casi inverosímiles. De hecho, en la noticia referente a la iglesia de Robledo, se hablaba de que conjuntos similares de dragones, un tanto impresionantes y poco habituales para los españoles, se encontraban en Valencia, Murcia, Córdoba, Ciudad Real, Sigüenza o Palencia.

Me fui, a su vez, a la Biblia y pude ver que la palabra «dragón» se utiliza dieciocho veces. La mayoría de ellas aparece en el libro del Apocalipsis y en algunos libros de los Profetas. Allí, se refiere a un cierto «monstruo de tierra o de mar». También se habla del Leviatán. Por otra parte, en el interior de la Basílica de San Pedro, en el Vaticano, hay un personaje que ocupa un lugar prominente en las fuentes de la Plaza de San Pedro, y hasta en las decoraciones de algún altar, y no es otro que un dragón o posiblemente la Bestia de la que habla el Apocalipsis y que simboliza, en occidente, el Maligno.

Pero hay más. La figura del dragón, ha alimentado muchas leyendas populares españolas, lo cual era para mí, un tanto extraño o al menos, hasta ahora, desconocido. Por ejemplo, hablemos de la famosa leyenda de San Jorge y el dragón. ¿Se acuerdan? En ella, se narra cómo una población vivía aterrorizada por un gran dragón que asustaba a todos y causaba muchos daños. Para tranquilizarlo, los habitantes del pueblo acordaron sacrificar una persona para que el dragón se alimentara y saciara su apetito, con tan mala suerte, que le tocó a la hija del rey. Al ver el sufrimiento del rey, muchos ciudadanos se ofrecieron a sustituir a la princesa, pero el rey se negó. La princesa abandonó la ciudad, caminando en dirección hacia el gran dragón. De pronto, apareció un joven caballero, llamado Jorge, montado sobre un caballo blanco. Se enfrentó al dragón, le incrustó la gran lanza en el pecho y lo mató.

Pero, San Jorge no es el único santo que luchó contra los dragones. En muchos altares de iglesias en España, encontramos la figura de San Miguel luchando contra el dragón. Lo mismo sucede con Santiago. Hagan el Camino de Santiago, y en más de una iglesia a él dedicada, se encontrarán con el monstruo que traemos a colación. De la misma manera, su figura está esculpida en piedra, en algunas portadas de iglesias románicas, como en la

famosa iglesia de Sto. Domingo, en Soria. En la arquería baja, a la izquierda de la portada, se pueden ver varios dragones esculpidos e inmortalizados. La simbología muestra que, en el arte románico, el dragón haría alusión al Apocalipsis de San Juan, que al hablar de los peligros que acechaban a las primeras iglesias cristianas, se habla del culto hacia el emperador, llamado el gran dragón que trataba de ahogar al cristianismo naciente.

Pero no queda ahí la cosa. Si nos acercamos a la Casa de los Dragones, en Valencia, diseñada en 1901, encontramos una curiosa edificación de viviendas con decoraciones de dragones en sus fachadas, como motivo predominante. Cuál fue su finalidad o porqué se utilizó al dragón como elemento decorativo en la fachada, es algo a lo que no me he detenido a investigar. Asimismo, si echamos una ojeada a escudos heráldicos españoles, salta a la vista el dragón de Aragón, entre otros. Entre las teorías sobre el origen de la palabra «Aragón», hay quienes piensan que derive de la palabra «dragón». Algo de parecido podría tener, pero lo dejo para los expertos en Historia. Al parecer, los reyes aragoneses utilizaban su figura en la vestimenta. Incluso algunos monarcas españoles, entre ellos Pedro IV «El Ceremonioso», llevaban la imagen del dragón sobre el casco, en sus apariciones públicas.

De esta forma, la figura del dragón fue símbolo de la dignidad real, como ha sucedido en China por generaciones. Y podría continuar con muchos otros casos, para concluir que la figura del dragón está más inmersa en la cultura española de lo que muchos puedan pensar y que no siempre tiene esas connotaciones negativas que la Biblia u otras fuentes puedan atribuirle.

Pero claro, al hablar del dragón hay que hablar obviamente de China. El dragón, en China, forma parte de la mitología y de la cultura tradicional, simbolizando fuerza, valor y honor. Se caracteriza por estar formado por partes de hasta nueve animales distintos: los ojos de la langosta, los cuernos de ciervo, el morro de buey y la nariz de perro. Luce una melena propia de un león feroz, y su cola es alargada, como la de una serpiente; y, además, posee poderosas garras de águila, pies de tigre y las escamas de una carpa. Toda una macedonia mítica y cuanto menos sugestiva, donde la imaginación encuentra amplio espacio para dar rienda suelta a sus caprichos.

El signo chino para la palabra dragón es *lóng*, 龍. Los investigadores afirman que el primer emperador de China 黃帝, literalmente «Emperador Amarillo», usaba una serpiente en su escudo de armas. De ahí que el dragón fuera considerado como símbolo de la autoridad imperial y, en la dinastía Qing, fue grabado en la bandera nacional. En cambio, en occidente, los dragones parece que no quedaron siempre bien parados en ciertos círculos sociales, con la excepción de la Europa nórdica. Razón por la cual quizás los inquilinos de Robledo de Chavela tuvieron que refugiarse en el techo de las bóvedas de la iglesia parroquial y, con la complicidad de unos brochazos de cal, permanecer eternamente aletargados, hasta nuestros días.

Pero, hay que admitir que, en este tema, hay muchos estereotipos sociales y culturales. Por no ir más allá, si Cristo hubiera nacido en China le habrían colocado, muy probablemente, un dragón y un panda como compañeros de «belén». Lo que es bastante probable es que el buey y la mula no habrían tenido demasiado espacio. Y en el año chino de la cabra o de la oveja, que caía en el año 2015, si viniera al caso, habrían tildado a Jesús no como el «Cordero de Dios» sino seguramente con algo más bien relacionado con el dragón, probablemente como «el Gran Dragón». Los nombres «León de Judá» o «Cordero de Dios», no van descaminados en su contexto judío, como tampoco lo hubiera sido la palabra dragón asociada a Jesús, en un contexto chino. La cultura impone sus parámetros, y, a decir verdad, los dragones, a partir de hoy, no nos resultarán tan extraños. Es más, como se ha comprobado, los tenemos casi en el techo de la casa.

Capítulo 11

SIN TACONES, PERO DE PUNTILLAS

La expresión «sin tacón, pero de puntillas», se me quedó tan grabada, cuando hace años la oí por primera vez, que hasta el día de hoy sale a colación para resumir el mensaje del Domund del Papa Francisco. En su mensaje para la Jornada del Domund del año 2015, Francisco comparte con los creyentes sus anhelos, preocupaciones y esperanzas en el campo de la misión. Lo resumo en esta frase: se trataría de que el misionero vaya por la vida «sin tacones, pero de puntillas». El Papa lo ha expresado con palabras más teológicas, con más carga religiosa, con lenguaje de púlpito, aunque con lo original y castizo que es, no creo que le hubiera disgustado la frase.

Me explico. Para empezar, hablemos de una misión «sin tacones». El tema central del mensaje, al celebrarse en el año de La Vida Consagrada, ha girado en torno a la vida religiosa. En tal contexto, Francisco centra su mensaje en el trabajo misionero realizado por los Religiosos/as, a los que invita a renovar la doble vertiente de la misión: «pasión por Jesús, pero, al mismo tiempo, es una pasión por su pueblo». Y aquí viene lo de los tacones. No entiendo por qué las mujeres calzan, a menudo, tacones. Sin duda que tendrán sus razones, quizás más en línea con la belleza u otros menesteres, no lo sé. Espero que alguna amiga de «Pinceladas chinas» me aclare la situación.

Pero aquí viene mi explicación. Entiendo el tacón como el soporte sobre el que recae gran parte del peso del cuerpo y el impulso de los movimientos del mismo, cuando uno camina. Estamos hablando de soporte y punto de apoyo. Que el misionero vaya sin tacones, significa que su soporte, su punto de apoyo y su seguridad radican, no en sí mismo, sino, como dice Francisco, «en la pasión por Jesús». Y aún va más allá, al señalar que ese centro de apoyo es el Cristo crucificado: «Cuando nos detenemos ante Jesús crucificado –subraya– reconocemos todo su amor que nos dignifica y nos sostiene». Si Él es nuestro soporte y apoyo, no hacen falta «otros tacones». Pues eso, que al misionero no le hacen falta otros «tacones».

Ese es el eje central, y en torno al cual gira el apoyo del misionero, tanto en el desasosiego de la incertidumbre como en las alegrías de los logros: «El ideal de la misión en su centro: Jesucristo, y en su exigencia: la donación total de sí mismo a la proclamación del Evangelio». Pero hay tacones y tacones. Y tampoco habrá que ruborizarse si decimos que, a veces, el misionero también anhela «otros tacones». Es decir, otros soportes y apoyos, que, camuflados bajo apariencia de mayor efectividad, nos echan un capote y lanzan voces de sirenas más seductoras que el camino de la Cruz. Al amparo de tales tacones, nos sentimos, al menos aparentemente, más seguros, más arropados y como más aceptados por los demás. Incluso, hay como un cierto porte de atracción o persuasión. El misionero no está exento de verse atrapado en medio de la maraña del afán desbordado por el éxito a toda costa.

La búsqueda de compensaciones y gratificaciones «a la carta» a la que nos aboca la avalancha de la sociedad en que vivimos, hace que nuestro punto de apoyo titubee, y en lugar de encontrar nuestro tacón o fundamento y apoyo en Cristo, lo encontramos en cantidad de cosas que se rifan nuestro corazón en la lotería del día a día. Punto de apoyo, solo uno, Cristo; y el aliento y la oración del caminar con los otros. De ahí que nuestra tarea sea la de caminar por la vida sin tacones ya que nuestro apoyo es El. Otros «tacones» son, ciertamente, innecesarios.

Del mismo modo que el espíritu misionero es esencial para la identidad de la Iglesia, los religiosos están llamados a seguir a Jesús en radicalidad:

Es urgente –dice– volver a proponer el ideal de la misión en su centro: Jesucristo, y en su exigencia: la donación total de sí mismo a la proclamación del Evangelio. No puede haber ninguna concesión sobre esto: quien, por la gracia de Dios, recibe la misión, está llamado a vivir la misión».

La radicalidad y urgencia de la misión, testimoniando a Jesús, si es tarea de todo cristiano, «es particularmente válido para la persona consagrada, porque entre la vida consagrada y la misión subsiste un fuerte vínculo». Ese vínculo pasa por ir por la vida «sin tacones». Los accesorios, aunque puedan echar una mano, no pueden desviarnos de lo esencial; y a veces constatamos que lo accesorio mira a lo esencial, desafortunadamente, por el espejo retrovisor.

Pero «de puntillas». Francisco subraya, en su mensaje, el vínculo inseparable entre la fe y los pobres. Es su tema preferido: las periferias, como el lugar apropiado que pertenece a los religiosos en su seguimiento radical de Jesucristo. La misión no puede concebirse desligada de su dimensión solidaria, caritativa y transformadora de la fibra de la sociedad donde se encarna.

Con el voto de pobreza –nos recuerda– se escoge seguir a Cristo en esta preferencia suya, no ideológicamente, sino como él, identificándose con los pobres, viviendo como ellos en la precariedad de la vida cotidiana y en la renuncia de todo poder para convertirse en hermanos y hermanas de los últimos, llevándoles el testimonio de la alegría del Evangelio y la expresión de la caridad de Dios.

El misionero tiene su destinatario privilegiado en los pobres, los pequeños, los enfermos, aquellos que a menudo son despreciados y olvidados, y aquellos que no tienen cómo pagarte o recompensarte. Existe un vínculo inseparable entre nuestra fe y los pobres, que no es ni más ni menos, que la niña de los ojos del misionero: acercarse al lejano, romper las barreras que marginan y denunciar los sistemas camuflados de discriminación.

Ir «de puntillas» por la vida, habría que empezar, por decir, que es incómodo, como lo es la imagen de los pobres, que nos incomodan, porque revelan las injusticias de nuestro mundo. Las noticias de exclusión, marginación, descarte y miseria, en que se encuentran los pobres en la aldea global, nos molestan, y enseguida queremos pasar página o cambiar de canal. Pero además de molestar, el ir «de puntillas», de hecho nadie lo hace, a no ser que sea en el ballet, y durante unos instantes en el escenario, implica ir erguido. Nada que ver con un cierto olor a soberbia. Más bien al contrario, «ir de puntillas» implica que es necesario otear el horizonte y ver más allá del propio ombligo. Ir «de puntillas», apunta a ese esfuerzo e interés que me inquieta y lanza a «ver» y asumir que las necesidades de los pobres me tocan el corazón y las entrañas, la fibra de la compasión y la solidaridad. Ir «de puntillas», implica salir del propio yo narcisista y zambullirse en la vida y situación de los últimos.

Y esto vale para todos, evidentemente también para los laicos. Echad una ojeada al mensaje, en la segunda parte, donde refleja la relación entre la Misión y los laicos:

Para vivir el testimonio cristiano y los signos del amor del Padre entre los pequeños y los pobres, las personas consagradas –dice Francisco– están llamadas a promover, en el servicio de la misión, la presencia de los fieles laicos.

Los retos apostólicos y sociales del mundo de hoy son complejos y por ello piden respuestas que requieren una mutua colaboración.

Pues lo dicho, «sin tacones» y «de puntillas», sobre todo en el mes de octubre, mes misionero por excelencia. Sería interesante plasmar de alguna forma visible ese ir «sin tacones», y por qué no, también de forma llamativa. Aunque, a decir verdad, si gritamos, asumimos y testimoniamos que nuestro apoyo es el Señor, ya no es poco. Pero añadamos que «de puntillas» sin que nadie se dé cuenta. Es decir, sensibles para ver, otear e implicarse en las necesidades de los más marginados. Disfrutemos del don de la fe compartiéndola con el testimonio, la proclamación, la oración y la solidaridad económica. El mes de octubre es una nueva oportunidad.

Capítulo 12

LA RUTA DE LA SEDA

Pero los chinos no se quedaron ahí. Además de construir la Gran Muralla, cuya finalidad era poner distancia con los bárbaros del norte, en su territorio se construyó, casi de forma natural y sin grandes esfuerzos, a diferencia de la Gran Muralla, la Ruta de la Seda. Gran Muralla y Ruta de la Seda son dos contrastes de lo que siempre ha caracterizado al Imperio del Centro a lo largo de la historia. Es decir, esa mezcla, entre contradicción y paradoja –ese agrídulce tácito–, que han marcado muchas de las etapas y acontecimientos de la historia de China. A la par de ese halo con un toque negativo, surgía, como por arte de magia o destino inesperado, su lado positivo. La «Ruta de la Seda» es el anverso de la moneda, en cuyo reverso se lee: «Muralla china».

Muralla y Ruta. Compañeras de camino del inevitable destino del pueblo chino y sus contrastes. A través de los siglos, llegó, por fin, el momento de cercanía de oriente a occidente y viceversa. Y eso tuvo lugar en las relaciones entre China y Occidente, a través de algo tan simple, inédito y hasta cierto punto natural, como fue la mencionada Ruta. Con ella, las distancias entre las dos culturas, civilizaciones y mentalidades, se acortaron. Y de la noche a la mañana... desapareció la distancia. Y me pregunto: ¿qué es la distancia? Y respondo: la muralla. Y si me preguntan lo contrario, les digo que la Ruta de la Seda. Con ella, las distancias se acortaron, las culturas se hermanaron y los hombres se relacionaron entre sí, aunque fuera, principalmente, por intereses comerciales. El comercio y el dinero fueron los detonantes, nada de extrañar, en ese tejer relaciones entre contextos condenados a entenderse o no tanto, a lo largo de la historia.

A través de la Ruta de la Seda, llegaron las grandes religiones a China, como el budismo, recogido épicamente en la novela «Viaje al Oeste», del monje budista Xuan Zang. Y más tarde, el islam y el cristianismo, a través de los Nestorianos. Posteriormente Marco Polo y otros exploradores acercaron los conocimientos entre Occidente y China. Los pueblos se relacionaron y se enriquecieron mutuamente, se crearon lazos y relaciones

nuevas, y se rompieron tabúes, tópicos y prejuicios. Y así, hasta la nueva Ruta de la Seda, que no es otra que el tráfico marítimo o la creación de nuevos contextos a los que hoy vuelve a denominarse con tal nombre, aunque esta vez dejando de lado espacios que no conviene tratar y adhiriéndose a contextos más estratégicos, evidenciando así que estas nuevas rutas no tienen nada que ver con la Ruta de la Seda.

Al hablar de la Ruta de la Seda, estamos oteando algo mucho más que un caminacho pedregoso que serpentea los senderos inéditos de Asia, o un cordón umbilical que une dos mundos, desde el corazón de China hasta Europa. Es Ruta de la Seda, ya en clave metafórica, la voluntad de acercarse de los pueblos y el deseo de encontrar soluciones amigables a conflictos comunes. Hacer la Ruta de la Seda es tarea noble, como lo es la seda misma, y algo que está al alcance de todos. Sólo hay que ponerse en camino y dejar de esconderse en la muralla. Hace ruta quien se acerca al que la distancia le ha apartado del camino de la historia y a aquel cercado de murallas.

¿Qué hay detrás de la Ruta de la Seda? En el horizonte se vislumbra el deseo de apertura, de oxigenarse con la brisa suave, nueva y, a veces, desconcertante, que viene de otros contextos, de la novedad y del encuentro. ¡Es tan fácil asfixiarse y ahogarse en lo propio! ¡Es tan fácil parapetarse en la muralla y desde distancias abismales enjuiciar al que ya se ha tildado con prejuicios insoportables! ¡Qué curioso! La Ruta de la Seda es todo un símbolo de acercamiento entre pueblos, lugar de encuentro y relación. La muralla y la ruta son dos actitudes contrapuestas y dos paradojas de la historia que están enraizadas en cada persona. Y uno se pregunta: ¿No anidamos dentro de nosotros estas dos actitudes? Aparecen y desaparecen y, a decir verdad, todos tenemos un poco de muralla y de ruta.

Nuestro tiempo, es tiempo de muralla y de ruta. Pero siento que hay demasiada muralla y poca ruta. Una ojeada a mí alrededor o dentro de mí mismo, nos lo corrobora. ¿Me equivoco? ¡Ojalá! Necesitamos tiempos de ruta y de construir, además de la propia ruta, rutas comunes. Que sea de ruta de seda, tejido precioso, aparentemente débil, pero duradero y hermoso, me invita a pensar y a lanzar al vuelo la imaginación y afirmar que es el camino donde hay que tejer nuevas relaciones entre las personas, relaciones duraderas y hermosas como la seda. Relaciones que nos sacan del capullo en que nos encontramos enroscados, ensimismados

y mirándonos al ombligo de nuestros insignificantes problemas, y cobijados en la muralla de nuestros problemas para caminar y extender una mano al que está aparcado y marginado fuera de la muralla. Es decir, de la ruta de la vida.

Nos gusta mirarnos al ombligo. ¿Por qué no decirlo? Somos el centro y protagonistas de nuestro futuro, y además nos lo creemos. Echa una mirada al mapa que estudiaste en el cole y dime dónde está colocado tu país, y te diré que, en el centro del mapa, para que te creas que tu país y que tú mismo sois el ombligo del mundo. Así sucede en el mapa impreso en China: el Imperio del Centro aparece, precisamente, en el centro; el resto fuera, a la derecha o a la izquierda. Queremos que todo gire en torno a nuestros «incontables» problemas y dificultades, pero la enfermedad de la miopía, nos hace ajenos a los problemas de los otros. Nos ahogamos en un vaso de agua, que por doquier se llenó de incontables gotas de quejas injustificables. La muralla ha creado en nosotros una cierta parálisis, esa de mirar siempre en la misma dirección para ver si el enemigo asoma por el horizonte.

Parálisis es la otra enfermedad. Se nos han paralizado las manos para dar una palmada al que la vida se le hace una pesada carga. Los pies, se nos atrofian, cuando debieran bailar, sobre todo si es para ir al encuentro del hermano. Y el corazón no funciona con ese ritmo armónico de sístole y diástole, del dar y el recibir, ya que, con las prisas, la taquicardia ronda a la vuelta de la esquina. Como resultado, estamos descompensados y empeñados solo en recibir; por eso nuestro corazón deja de latir ante la injusticia.

Es tiempo de caminar y construir la ruta de nuevas relaciones en el complejo entramado de todo lo que eso conlleva. Ser hombres y mujeres ruta es un reto actual; hombres en camino, que vayan al encuentro, siempre abierto a nuevas realidades, respetuosos con la variedad de los que se nos acercan por el atajo, en barquichuela, por el aire o la autopista; de los que vienen de lejos con la mochila a la espalda, con el sudor de la caminata, o quizás con los pies sucios y doloridos por la fatiga de la jornada. Ruta de la Seda es el acercamiento de Dios a la humanidad en Belén.

Eterna paradoja del pueblo chino a lo largo de la historia, y nuestra también. Eterno retorno de la historia, donde los pueblos se entrecruzan con sus deseos de construir murallas en cada ruta. La ruta nos abre al mundo y nos da alas para volar, para buscar nuevos caminos y para

arriesgar, proyectando hilos de luz en el oscuro horizonte de los que no tienen ruta. La ruta de la misericordia que comienza este mes de diciembre de 2015, propulsada por la Iglesia Universal, es una oportunidad para disfrutar de lo más precioso del Evangelio: el Dios compasivo encarnado en Jesús de Nazaret. Viajemos por esta ruta, pero no para hacer peregrinaciones de dudoso cuño, sino para peregrinar al espacio sagrado por excelencia que es el hermano marginado y necesitado.

Tejamos una nueva ruta con la seda que surge de lo mejor de nuestro corazón, una seda duradera y fuerte, que sea el hilo conductor de una nueva humanidad. Dejemos que la única distancia sea aquella, que por otra parte es incuestionable, entre lo que añoramos y soñamos y lo que realmente vivimos, pero que la Ruta de la Seda ya se empiece a tejer, si comenzamos tú y yo.

Capítulo 13

LOS KILÓMETROS DE CADA DÍA

Apenas he vuelto de China. Al comienzo de este Nuevo Año 2016, pongo papel y tinta, y plasmo las experiencias y vivencias durante la Navidad y el comienzo del Año de la Misericordia. Y empiezo por subrayar la palabra peregrinación, y con ella los kilómetros del día a día, que en este Año de la Misericordia adquieren tonos de conversión y reflexión interior. Y hablando de peregrinación, quiero expresar la que he vivido en estos días en China, con esos kilómetros a varios destinos, a los que estoy abocado en el viaje itinerante y misionero a la China profunda.

Esta vez comencé por el orfanato de Xiliulin. Sucedió a mediados de 2015. Había cogido el tren en la ciudad de Xian, y ya de noche, llegué a la estación de tren de Taiyuan, en Shanxi. El móvil me dio el primer susto del viaje. No tenía cobertura, y la verdad es que necesitaba ponerme en contacto con Marta Yang, encargada del orfanato del Hogar de Betania, y no había forma ni de llamar ni de recibir llamadas. Le pegué dos toques al móvil, intenté sacar la pila, pero ni por esas. De nuevo hice unos movimientos bruscos para ver si despertaba del letargo. De hecho, las temperaturas fuera de la estación de tren eran de ocho grados bajo cero. Y, milagro, la cobertura volvió como por arte de magia. La Yang está de camino en la pequeña furgoneta del orfanato –eso me dice Yang Tian Bo desde su móvil–. Tian Bao tiene un problema grave, incluso más considerable que el físico, y es que el gobierno local no le concede el *hukou*, es decir el equivalente al permiso de residencia o carnet de identidad. O sea, que en realidad no existe. En el orfanato batallan para conseguirlo, pero hay que pasar trámites sin límite y las corruptelas aparecen por doquier. Apenas si le oigo, pero le digo que estoy fuera de la estación del tren, esperando su llegada.

Al cabo de diez minutos llegan a recogerme. Defraudando a los taxistas que estaban en la estación rondando a mí alrededor como bueyes de Bashan –que dice el salmo– desesperados por poder conseguir un cliente y hacer unos dinerillos.

Ya en la furgoneta, y de camino al orfanato, Marta Yang me dice que este año hay algunos niños del orfanato que no han recibido becas para los estudios. El motivo de mi viaje era dar cinco días de ejercicios espirituales al personal del orfanato, siete personas, dos religiosas, Marta y otras cuatro jóvenes. Se lo había prometido hacía dos años y hasta este año no pudo ser. Claro, aquí el retiro es muy especial, ya que los niños van y vienen de la escuela y, cuando los niños y niñas vuelven del cole, Yang y el equipo del orfanato están muy atareados, pero hemos conseguido dos horas por la mañana, dos por la tarde y una hora de oración por la noche, además de la eucaristía. Y como tema de fondo, pues el Dios misericordioso, ya que ellas son expertas en irradiar misericordia en el ambiente del Hogar de Betania.

Durante aquellos días, percibí que lo mejor de todo fue la Nochebuena. En la cena que tuvimos a las seis de la tarde, aquí se cena muy pronto, no había champagne, ni marisco, ni cordero asado. Todo fue muy sencillo, y el «menú» fue a base de una especie de sopa de cereales locales, en un tazón grande, y unas verduras, del huerto de al lado, de donde se nutre el orfanato, no en vano cada día preparan comida para unas cincuenta personas, incluidos los niños y niñas. No se brindó, y cualquier parecido con la Nochebuena de otras latitudes, fue pura coincidencia. Pero lo bueno vino más tarde, cuando hacia las ocho de la noche celebramos la misa de Nochebuena. En la pequeña capilla de entrada al orfanato, los niños con sus gorros rojos de «Santa Claus», se preparaban para la procesión. Detrás de ellos, las encargadas del orfanato, unos diez laicos y los dos sacerdotes que estábamos allí. Desde el jardín subimos al tercer piso, en procesión y cantando villancicos. Era de noche y la temperatura señalaba tres bajo cero. Los niños, que se valen por sí mismo, llevaban las figuras del buey y la mula, y otros cuatro, la figurita de una oveja cada uno, y detrás, dos con sus respectivas velas, y al final el sacerdote con el Niño.

La procesión fue muy solemne. Y la entrada al orfanato, para enmarcar. Primero, a la entrada cantamos villancicos, subimos por la escalera al primer piso y luego al segundo. Allí colocamos el Belén con el Niño. Después vinieron los cantos y la homilía. En ella, cogí el buey y la mula, los puse encima del altar y les expliqué a los niños que el buey representaba el pueblo de Israel y la mula los paganos. No se les olvidará en la vida. Lo

más llamativo, una vez más, fue que dos de los niños, Yang Tian Yi y Yang Tian Man, pidieron en la oración de los fieles poder conseguir el *hukou*. Después de la misa solemne, tuvimos una pequeña velada. Los niños cantaron y escenificaron algunos «numeritos», antes de que la encargada les diera un regalo a cada uno. Yo, les había traído unos bombones de Macau que les supieron a gloria. La alegría quedó marcada para siempre.

De allí, peregriné a la provincia de Henan, a la diócesis de Xinxiang. Cogí el autobús en la ciudad de Taiyuan y después de cinco horas, llegué a mi destino. Allí me esperaba el P. Liu y la Hna. Yang. Otra hora de camino y hacia las diez de la noche, llegué a mi destino. Hacía un frío que pelaba. Los tres días siguientes fueron de formación religiosa para las ocho hermanas de la congregación del Sagrado Corazón de Jesús. La congregación fue establecida hace no más de diez años, no tienen obispo y todas ellas son jóvenes, y llevan sus tareas apostólicas en tres parroquias de la diócesis. Pero los problemas también están presentes. Mi llegada allí fue muy discreta, y todo planeado para llegar de noche, por obvias razones.

Tres días intensos de formación, de oración y de compartir sobre el Año de la Misericordia y su vida de religiosas, desde la espiritualidad bíblica. Me comentaban las religiosas las dificultades que habían tenido el verano pasado para realizar las actividades juveniles con los niños y jóvenes de la parroquia. La primera actividad de una semana –me decían– la policía llegó cuando solo faltaba un día para acabar, y tuvieron que suprimir el último día y los niños marcharse a sus casas. Así crecen los niños católicos en estos contestos. A la semana siguiente, organizaron otra actividad con jóvenes. Las religiosas muy expertas, llevaron a cabo todo el campamento en su convento, justo detrás de la parroquia, en lugar de hacerlo en las estancias parroquiales. La policía se acercó un par de veces a controlar, pero no se atrevieron a entrar en el convento de las hermanas. Allí, los jóvenes tuvieron que hablar en tono bajo y no dar voces, ya que todo podría llevar a una nueva cancelación. Gracias a Dios no pasó nada y la semana de formación se llevó a cabo.

Estos viajes de itinerancia misionera, compartiendo y caminando con la iglesia local, esta vez a laicos y religiosas, me ayudan a renovar la vocación misionera, que no es otra que acompañar y hacer que la iglesia local crezca. En estos días, ya hemos concretado para el 2016 otras cuatro

actividades, retiros y semanas de formación en otras diócesis, en concreto en la de Taiyuan, capital de la provincia de Shanxi. Allí me encontré al P. Liu y las religiosas de Nuestra Señora de los Siete Dolores. Ya fijamos fecha para dos tandas de ejercicios espirituales, y dos actividades formativas para el Año de la Misericordia.

Y después de esto, la última «peregrinación» de viaje de vuelta a Macau, la más cansina de todas. Comienza con el último día de mi estancia en China. Me levanto a las cuatro de la mañana, hacía frío, y el P. Liu me ha llevado al autobús, a una hora de camino de donde había pasado la noche. He cogido el autobús que me llevaba al aeropuerto de Zhengzhou, donde he llegado después de dos horas. Allí he esperado otras dos horas y luego en avión a Guangzhou. El vuelo tarda unas dos horas largas. La cosa no acaba, ya que desde Guangzhou hay que coger otro autobús que me llevará a Macau, donde llego después de tres horas de viaje. Como veis, en China las distancias cuentan. Esas distancias son caldo de cultivo de una peregrinación interior y de reconocer que los huesos también pagan factura.

En esos recorridos, mi peregrinación más que ir a lugares famosos y considerados sagrados, intento llegar a lugares más sagrados que no son otros que el hermano y la hermana necesitados. En esos kilómetros de aquí para allá, hay tiempo para meditar, pensar, rezar y escribir. En mis peregrinaciones a lo largo del mapa de China, se me hacen familiares esos «tiempos muertos», expresión acuñada y que tantas veces he oído de boca de mi buen amigo, el profesor emérito de Derecho de la Universidad Complutense de Madrid, Don Francisco Rico Pérez. Son tiempos ricos, llenos de imprevistos y con cancha amplia para admirarse de cómo van las cosas de Dios en un contexto complejo donde el Espíritu del Señor, a pesar de todo y con todo, lleva adelante sus planes, que para eso es Dios.

Capítulo 14

DE VISITA MÉDICA CON LA CARRETILLA

Hoy es sábado. Los sábados, normalmente no voy a la oficina de Fen Xiang, donde llevamos adelante proyectos de evangelización y promoción humana en China. Pero hoy, en lugar de aprovechar el tiempo para poner al día tantas cosas, me he despertado con un dolor de garganta de armas tomar. Pensé que se pasaría, pero fue a peor. Y como consecuencia he decidido ir al médico. ¡Experiencia interesante, la de visitar al médico en China!

Cuando uno tiene que ir al médico aquí en China, tiene varias opciones. La primera es ir a un dispensario que hay a unos diez minutos de casa. Es del gobierno y todo el que tenga carnet de identidad de Macau, tiene acceso a él y además es gratis. Fantástico, ¿verdad? Pues, no lo es tanto. No se paga en dinero, pero sí en paciencia y en tiempo de espera. Cuando llegas allí, te encuentras con una marabunta de gente, a cualquier hora del día. Es decir, siempre hay una cola impresionante, esperando, y como no vayas muy pronto no tienes acceso, ya que solo aceptan un cupo determinado de personas, que suelen ser unas veinte. Si te toca el número veintiuno, te hartas de paciencia y vuelves a casa de vacío y toca esperar al día siguiente. Hay, también otra alternativa que es la que apliqué hace unos meses. Me tocó el número veintidós, y me dije a mí mismo que no me iba a casa de vacío. Me quedé un rato en la clínica, le eché morro al asunto y tuve suerte. Pregunté aquí y allá, me hice el «longuis», pero al final, después de cuatro horas de espera, pude ver al médico.

Pero no siempre es así. Y, de hecho, hoy sábado no me quedó más remedio que tomar la segunda opción. El sólo hecho de pensar que tendría que esperar cuatro horas me aterraba. Así que, ni corto ni perezoso, me fui a un médico de pago que ya conozco de una visita anterior, y que está precisamente detrás del edificio donde vivimos. Y en esta pequeña clínica, de hecho, consta de una habitación con tres compartimentos reducidísimos, me encontré con el médico, la Sra. Wu. Ella es protestante y ya sabe que yo soy misionero. Aquí cuando llegas a un lugar por primera vez, te

«escanean» de arriba abajo y te sacan la mayor información posible. Si la paciencia china es casi infinita, no lo es menos su curiosidad.

La doctora Wu ya me conoce de la otra vez. Llegué de mañana temprano, hacia las nueve, que es cuando abre la clínica. Y conmigo, llevaba la «carretilla». Lo de la carretilla os lo explico después, porque aquí en China, cuando vas al médico, hay que llevar la carretilla. Esta vez llegué el primero, así que no hubo que guardar cola. La sala de espera es pequeña, tan es así que sólo pueden sentarse unas cuatro personas. En Macau, el espacio es oro y de una habitación te hacen un dispensario con tres compartimentos, cada uno con su finalidad. O sea, que casi de una habitación sale un pequeño hospital. Nada más entrar, una enfermera me tomó la temperatura. Esta señora, por lo que pude ver, es la que barre el dispensario, prepara las medicinas y toma la temperatura. Seguramente sea alguna conocida del médico.

Después de unos diez minutos, llega la doctora Wu. El saludo, con la sonrisa en el rostro, siempre está asegurado. Después de unos minutos, me llama la supuesta enfermera y me hace pasar al siguiente departamento, una habitación de unos dos metros cuadrados. Allí, muy justitos cabemos el médico, la supuesta enfermera, la mesa con el ordenador de la doctora y el paciente, que en este caso soy yo, que sentado en la silla tengo medio cuerpo en el cuchitril y otro medio en el pasillo. Para entrar y sentarme, tuve que maniobrar. Del «qué te pasa» del médico, se va directamente y, casi inmediatamente, al diagnóstico inapelable y en cuestión de segundos. Enseguida me explica las razones del dolor de garganta y toda una retahíla de los motivos que causan tal irritación. Ella siempre me da toda una serie de consejos para evitar tal malestar.

Después de un chequeo rápido, me da la prescripción que, por lo que veo, es exactamente la de la última vez. Para empezar, me dice que me va a poner una inyección. Yo que tengo pánico a las inyecciones, le digo si no podría darme alguna pastilla a cambio. Me dice que ni hablar. Para poner las inyecciones me hace pasar al otro compartimento colindante al primero, en el que solo caben unas tres personas, y donde hay una mesa, una silla y un armario. Pero lo más curioso de todo es ver cómo pone las inyecciones. Me dice que me siente y así sentado me pone la inyección en la cadera. No me hizo nada de dolor. ¡Milagro!

Puesta la inyección, vuelvo al otro compartimento de antes, donde tiene el ordenador y donde hay que hacer maniobra para sentarse. Y aquí viene lo de la carretilla, que he aparcado a la entrada de la clínica. Bueno, lo de la carretilla es un decir. Como la inyección no es suficiente, mientras ella me ponía la inyección, la consabida enfermera ya había preparado un saco de medicinas de distinta índole, aunque solo se tratara de un simple dolor de garganta. La doctora Wu me entrega las medicinas, explicando los pormenores sobre cómo tomarlas, y las coloco en una bolsa. Comienza con la primera bolsita de medicinas, diciendo que son para quitar la fiebre; las otras, por si tengo infección; la otra bolsa, para que no tenga dolor de estómago al tomar las medicinas antes mencionadas; las otras son vitaminas y otras más que son una especie de caramelos para suavizar la garganta. Ah, no podría faltar una especie de jarabe que «sabe a demonios». En total que tengo que tomar dieciocho pastillas al día. Y por eso decía lo de la carretilla, para poder llevármelas todas a casa. Lo de la carretilla era un poco exagerado, pero se entiende.

Pero lo más gracioso, llega al final de la consulta. Algo que parece ser un estribillo y que todo paciente tiene que escuchar. Es decir, los últimos consejos. Con un tono de dramatismo y a la vez de solemnidad estudiada, la visita médica concluye con las siguientes observaciones: no coma pollo, ni pescado, ni marisco, ni carne de vaca, porque afectará a tu garganta de forma negativa. Solo puede tomar carne de cerdo y verduras. ¡Menos mal que al menos algo se puede comer! Me dice que hay que proteger el *Qi* (especie de energía vital) del cuerpo humano. Me dijo que había que mantener el equilibrio del cuerpo entre el *yin* y el *yang*. Ya sabe, esos son dos conceptos del taoísmo, que exponen la dualidad de todo lo existente en el universo, y que se compenetran maravillosamente. No se trata de las dos fuerzas fundamentales opuestas, sino que se encuentran en todas las cosas y también en la persona humana. El *yin* es el principio femenino, el *yang* es el principio masculino. No son opuestos, sino complementarios. O sea que la visita médica, no está exenta de sorpresas. Para finalizar, tengo que decir que el lugar de la consulta es pequeño, pero ella hace su negocio y tiene sus clientes a los que trata con amabilidad y estudiada paciencia.

La verdad es que no puedo rechistar ni quejarme, máxime cuando echando una ojeada a las paredes de la clínica, veo unos diplomas y

certificados médicos que cuelgan en la pared. Y con ellos, unas fotos de gente en trajes de karate, y donde se podía ver a la Dra. Wu. La pregunté y efectivamente me dijo que era karateka, y además de cinturón negro. A una señora que había llegado más tarde que yo la atendió primero. Yo me callé, para no tentarla de poner en práctica algunas de sus artes marciales sobre mis pobres huesos. Me entregó las medicinas en diferentes bolsitas de plástico, pero sin poner el nombre de las mismas. Esto es fe ciega. Ah, para más inri, deciros que ese día fue el día de mi cumpleaños. Pues no se podía empezar de mejor manera, ¿verdad? El mundo de la misión te da cancha abierta para dejar que el Dios que actúa, a su modo y manera, nos sorprenda continuamente.

Capítulo 15

POR EXIGENCIAS DEL GUIÓN

Apenas había dejado tras de mí los ruidos de los petardos de la primera noche del Año Nuevo Chino, con sus tracas sonoras e interminables, cuando bien de madrugada, hacia las 5:50 de la mañana, me dirigía a la frontera Macau-China, para coger el autobús que me llevaría al aeropuerto Baiyun, en la provincia de Guangzhou, al sur de China. Aquí no hubo exigencias particulares del guion. Más bien, se trataba de algo casi rutinario. Lo único que puede alterar las cosas es el paso fronterizo, y por razones obvias. Pero todo fue bien, y el viaje mantuvo su ritmo, casi me atrevo a decir, un tanto monótono. Pero la itinerancia misionera en China siempre tiene sus flecos, sorpresas y sobresaltos. Y, esta vez, no podía ser diferente. De hecho, hicieron su presencia pocas horas después de llegar a mi destino, en plena zona rural china, al nordeste del país.

Llegado a mi destino, deshaz la maleta y organízate en un nuevo alojamiento. Al día siguiente muy temprano, comenzaron los ejercicios espirituales impartidos a un grupo de seminaristas y religiosas de una comunidad clandestina. En total, éramos 25 personas. El primer día, ya de mañana, hacia las 5:15 y con un frío que congelaba el aliento, tuve que activar lo que podríamos tildar de «Paso de las Termópilas». El joven P. Wang me esperaba a la entrada de la cocina. Desde allí teníamos que cruzar la calle, para ir a la casa donde se alojaban las religiosas. Me indicó que tenía que esperar a que él echase una ojeada a izquierda y derecha de la calle, para ver si había algún viandante. Se acercó a la puerta, me colocó el gorro del abrigo en la cabeza y me indicó que siguiera adelante. Pensé que habría sido por el frío que hacía. No, el guion tenía otras exigencias. Al final de la calle hay una cámara situada en un poste de la luz. Fue colocada por prescripciones gubernativas para controlar al obispo Wei, cuando viene a visitar el seminario clandestino.

Este es el ambiente del mundo en que se mueven las comunidades cristianas de las catacumbas o también llamadas sin registrar o clandestinas. Y así cruzamos a la otra parte de la calle. En total unos doce o catorce

metros de distancia, pero suficientes para ponerte el corazón en vilo. Y aunque es cuestión de segundos, sabiendo lo que hay de por medio, intento caminar más rápido. Pocos metros, pero que, por ser la primera vez, se me hacen interminables.

La otra casa donde viven las religiosas, es de una familia que la ha prestado para la celebración de los ocho días de ejercicios. Y, allí comenzamos la primera meditación del día. La verdad es que lo del gorro no estaba planeado, pero por exigencias del guion he tenido que utilizarlo durante ocho días. Lo cual significa que me he puesto y quitado el gorro exactamente doce veces al día. Lo más engorroso, hablando de gorros, es que, durante el día, me tenía que cubrir también la nariz, los ojos etc., por razones obvias y exigencias del guion. La condición de extranjero te delata fácilmente, y no queda otro remedio que buscar soluciones *in situ*.

Pero la cosa no quedó ahí. Llegó la hora del desayuno, a las 7:00 de la mañana. Se acercó el P. Wang a mi habitación y me dice que tengo que comer solo en mi habitación. No entendí bien el por qué, pero, una vez más, sabría más tarde que era por exigencias del guion. Pues, resulta que el comedor del seminario, donde normalmente comen los seminaristas, se ha quedado sin sillas. Las llevaron a la casa de las monjas porque allí tenían lugar las meditaciones, la eucaristía y demás actividades de los ejercicios, y no hay suficientes sillas. Y para no llevarlas y traerlas de un lugar para otro y no dar que pensar a los que pululan por los alrededores y a la cámara, el comedor se quedó sin sillas.

Llegó el desayuno, y yo tenía curiosidad por ver dónde comerían los seminaristas. Pues, ni más ni menos que en el patio, a cielo abierto. Es decir, al aire libre, con unos seis grados bajo cero, a esa hora del desayuno. La comida era colocada en el pequeño remolque, adosado a la motocicleta del seminario, ver para creer. Allí alrededor del remolque, comiendo y saltando para no helarse, los seminaristas tragaban la comida con una velocidad endiablada para acabar enseguida el desayuno con temperaturas bajo cero. ¡Cuánto agradecí al P. Wang que me dijera que comiera solo en mi habitación! Lo de cartujo nunca fue mi vocación, pero lo prefería a tener que aguantar las gélidas temperaturas de las llanuras de la provincia de Hebei. Y, como siempre, por exigencias del guion.

Pero la cosa no acaba aquí, aunque, a decir verdad, por la mañana ni me había dado cuenta de todo eso. A las 8:00 de la mañana teníamos la segunda meditación bíblica. Han preparado, por lo que percibo, una mesa pequeña para colocar la Biblia y los apuntes de la catequesis que llevo. En un cierto momento, muevo la pierna y aquello parece que va a volar por los aires. Entonces me doy cuenta de que, en lugar de una mesa con su mantel, se trata de una máquina de coser de las antiguas, que, al no haber otra cosa mejor, tenía que hacer de mesa. He pisado el pedal de la máquina de coser sin percatarme, ya que estaba cubierta por un mantel, y pensaba que la supuesta mesa se desintegraba. Menos mal que ya por la tarde consiguieron una mesa más apropiada, desde donde pude impartir las meditaciones y celebrar la eucaristía con menos incertidumbre. Aquí hay que apañárselas como se puede y no como se quiere. Al otro lado de la habitación, quedaba un poco arrinconado, el frigorífico de la casa. Aunque los cristianos disponen de una pequeña capilla camuflada en el poblado, y que desde fuera aparece como una simple casa de zona rural, pero por razones obvias del guion, todo ha tenido lugar a pocos metros de donde yo me alojé durante mi estancia. El tabernáculo estaba colocado en una especie de armario pequeño. Para cubrir el espejo del mismo colocaron una toalla.

Estos son tres de los momentos sorprendentes de la primera jornada, pero aún hay más. A mi vuelta, después de los ejercicios espirituales, antes de coger el tren de alta velocidad que me llevara a la ciudad de Tianjin, el P. Cai, sacerdote de la iglesia de las catacumbas, conduce el coche en el que viajamos la superiora de la comunidad religiosa que ha participado en los ejercicios y una joven estudiante, Zhen, muy fervorosa, que quiso unirse a los ejercicios. Y, como por arte de magia, ya de noche y después de una hora de viaje, aterrizamos en una guardería propiedad de una familia católica. Y allí pasé la noche. Enseguida improvisaron una cama, en una de las clases de los niños. Habían colocado varios pupitres, los juntaron y encima colocaron unas mantas que sirvieron de cama donde pasé la noche. Amanecí con el cuello un poco achuchado, pero lo importante es que no pasé frío. La cama, un poco dura, pero como podéis ver, era un lugar seguro, algo que es muy importante. Y, como veis, otra vez, por exigencias del guion.

Y la última exigencia del guion llega durante el recorrido desde la guardería hasta la estación del tren, desde donde fui al aeropuerto. La joven estudiante Zhen nos acompañaba a la estación, y nos va contando que estudia en la ciudad de Changzhou. Le pregunto si hay otros cristianos en su instituto, y dice que quizás sea la única, aunque algunas de sus amigas saben que es cristiana. Nos contaba las virguerías que tuvo que hacer para participar en la misa de la pasada Nochebuena. Pidió permiso en el instituto donde está interna y la directora le echó un rapapolvo impresionante. De hecho, desde el año 2014 el gobierno chino envió directrices a todas las universidades y escuelas secundarias para que aboliesen todo signo religioso católico festivo durante la Navidad y en su escuela se lo tomaron pero que muy en serio. Ella, que no quería perderse la eucaristía de Nochebuena, llamó a su madre y organizaron una trama. La madre telefoneó a la directora diciéndole que un familiar estaba muy enfermo y que Zhen tenía que ir a casa y así fue, Zhen se ausentó de clase, otra vez por exigencias del guion.

Demasiadas «exigencias del guion», para coartar la libertad: unas veces por falta de sillas, o por la cámara colocada en un poste de madera al final de la calle, otras porque en lugar de mesa se trata de una máquina de coser, o porque no hay cama y se colocan unos pupitres del parvulario o por la susodicha enfermedad como excusa para celebrar la Navidad. Son exigencias que tampoco conllevan demasiado, pero que suenan, cuando menos, un poco extrañas. La capacidad de ingenio e improvisación hacen que el guion inapelable deje una ventana abierta para solucionar los imprevistos, los contratiempos y los imposibles que se mezclan con la rutina de los acontecimientos de cada día. Aquí, a las exigencias del guion, se responde con creatividad y, además, en un abrir y cerrar de ojos. Y esto sucede, muy especialmente en estas latitudes, en el contexto de las comunidades cristianas de las catacumbas, tabú ante el cual el gobierno maoísta manifiesta una descarada alergia, opresión y, a menudo, persecución manifiesta. En estos entornos hay que improvisar sobre el guion, nunca definitivamente escrito, y siempre al antojo de cualquier espanto. En la itinerancia misionera en China, no hay tiempo para el aburrimiento, muchas veces bien alimentado por pequeños o grandes sobresaltos.

Capítulo 16

PEREGRINACIÓN A XIN YUE

A mitad del camino del Año de la Misericordia, hice mi primera peregrinación a un lugar aparentemente insignificante, tratando de emular las directrices de la Iglesia Universal de visitar algún lugar sagrado. No era un lugar famoso, ni histórico, ni turístico, no y mi peregrinación poco tenía que ver con lo que tiene renombre y quilates históricos. No se trataba de una peregrinación de monumentos, ni de sombrero y bolso de la compra, con la cámara de fotos en la mano. Se trataba, más bien, de una peregrinación a un lugar recóndito. No lo encontrarás en ninguna enciclopedia católica, ni siquiera en el «sabelotodo» Google. Mi destino fue el Centro de Discapacitados físicos y mentales Xin Yue, en la provincia de Shaanxi, en la China norteña. Y allí también, a mí, que ya lo había visitado un par de veces, me esperaban sorpresas.

En Xin Yue, todo rezuma discreción y silencio, un poco roto por los zumbidos de los chavales. Allí no va nadie a curiosear, trabajar y menos en plan de peregrinación. Lo que te encuentras allí, es una humanidad herida, a la que ha salido al encuentro, cual iglesia samaritana, la Congregación de Religiosas del Sagrado Corazón de Jesús, de la diócesis de Xian. Allí deambulan chavales de 6 a 18 años, y cuatro niñas de unos seis años, en total unos cuarenta. Hace dos años, eran más de cincuenta.

Un lugar muy perdido, donde la Misericordia comenzó mucho antes del tan cacareado Año de la misma. Allí llevan años impartiendo misericordia, no de esa misericordia estrella fugaz diluida en propaganda y sofocada por discursos, mensajes y grandes titulares, sino de la Misericordia del día a día, minuto a minuto, de esa, cuya rutina y monotonía la engrandecen sin el parabién, ni lo necesita, de los tentáculos del mundo mediático. Es esa misericordia genuina, porque con mayúsculas o minúsculas, al fin ¿qué le cambia eso? Allí las religiosas y laicas, apechugan con cariño y paciencia infinitas para tratar de encauzar una humanidad quebrada y sin aparente futuro, para repartir alegría y esperanza a los allí presentes. Hay niños católicos y no católicos. El único requerimiento de admisión

es la persona necesitada. Aquí se atiende a todos, y con la sonrisa a flor de labios, la directora, la Hna. Ge, a la que en esta visita he conocido por primera vez, sabe cómo repartir misericordia y disciplina, entrañas de misericordia y unas reglas básicas de convivencia. Lista como una ardilla, la Hna. Ge tiene la sonrisa a flor de labios y una habilidad laboriosa para tratar con este tipo de chavales, especialmente los mayores, que ya se hacen un poco remolones y pesados.

En un edificio, que se salvó por los pelos durante la nefasta Revolución Cultural china, hace ahora exactamente 50 años, pueden verse las reparaciones hechas en el antiguo edificio parroquial. Restaurado recientemente, es el Centro de Reeducación para estos chavales y niños. Allí me encontré con Feifei y otro compañero suyo que vienen del orfanato de Betania, en la provincia limítrofe de Shanxi. Están adquiriendo lo básico para andar por la vida. Feifei, a sus diez años, aún no sabe hablar, pero ya balbucea los números. Los dos fueron recogidos a la puerta de la iglesia parroquial de Xiliulin por la señora Yang, y en el orfanato de Betania, como Jesús, encontraron reposo, comida y cariño.

El día anterior, la Hna. Ge me había dado indicaciones de cómo llegar al poblado donde se encuentra Xin Yue. Así que, al día siguiente por la mañana, me acerqué a la estación de autobuses de Xian, y por la autopista y después de hora y media, llegué a la estación de autobuses de Yang Li. Bajé del autobús y mi primera sorpresa. En los lugares públicos en China, hay que caminar con pies de plomo y andarse con cuidado. Eché una ojeada antes de bajar del autobús y me cercioré de que no hubiera miradas indiscretas. Pensé encontrar a alguien que me estuviera esperando, pero no. Bajé del autobús, di unos pasos y enseguida noté el coche de la policía de seguridad china *gong an*. Retrocedí lo que pude y cuando hacía tal maniobra escucho a mi espalda la frase «¿es usted el P. Xie?» Di media vuelta y casi automáticamente respondí que sí. Seguí sus pasos, que me condujeron a donde me esperaba la Hna. Ge, dentro de una pequeña furgoneta. Intenté cerciorarme de que el coche de la policía no me viera. Saludé a la Hna. Ge y tomé asiento en el coche donde me encontré con un «famoso» pintor. De él, hablaremos más tarde. Saludé a la Hna. Ge, y nos dirigimos al Centro de Xin Yue, a unos quince kilómetros.

La llegada a Xin Yue me resultaba familiar, incluso al cruzar el pequeño arroyuelo que da acceso al poblado, me resultaba, de alguna manera, conocido. La carretera de acceso ha empeorado ostensiblemente debido a los camiones y tractores que pasan por allí, pero la Hna. Ge me dijo que también había signos inequívocos de mejoramiento: la iglesia parroquial estaba restaurada y pintada, con notable mejoría. Al llegar a Xin Yue, todo parecía lo mismo, pero siempre hay oportunidad para dejarse sorprender en esta mi primera peregrinación. Ahí presencié la importancia que las trece Hermanas del Sdo. Corazón de Jesús, dan a este tipo de apostolado con los últimos. En el convento, las Hermanas se levantan a las cinco de la mañana para poder encontrar un rato juntas, como comunidad ante el Señor, ya que el resto del día, hasta el atardecer, no tendrán otra oportunidad, ocupadas con «la niña de sus ojos», los niños con discapacidad física y psíquica.

La Hna. Ge, me llevó a su oficina y me invitó a comer unas fresas riquísimas. En una de las paredes de su oficina, cuelga un certificado o permiso del gobierno que habilita tal lugar como Centro Especial para Disminuidos Físicos y Psíquicos. La Hna. Ge rebosa esperanza y los proyectos no le faltan. Es una cabeza en estado de ebullición. Al rato, me presenta dos proyectos para beneficio de los chavales. Fen Xiang, oficina de los Misioneros Combonianos en China, ya había colaborado económicamente para que dos religiosas participaran en un curso «Para un mejor conocimiento de personas con deficiencias físicas y psíquicas», impartido en la ciudad de Shenzhen, al sur de China, algunos meses antes.

Hacemos un recorrido por el Centro y llegamos al aula de los mayores. Están en clase de dibujo. Las Hermanas me comentan que a estos chavales-jóvenes, los libros se les caen de las manos, y que prefieren cosas más prácticas. Y ahora vengo a lo del «famoso» pintor que había ido a recibirme a la estación de autobuses con la Hna. Ge. Como estaban en clase de pintura, al acercarme allí, le pidieron a Zhang, de unos once años, que me hiciera una especie de autorretrato. Fue cosa de tres minutos, aunque debo decir que las Hermanas también colaboraron. Cuando el chaval pensaba que ya estaba acabado el cuadro, la Hna. Ge le indica que solo había pintado parte de la nariz y que faltaban los brazos. Bueno, al final se concluyó el cuadro, con más narices de las normales. Me traje la obra «maestra» a Macau y ya la he enmarcado a la vista de todos, para orgullo de las hermanas.

Y ya, en plan más serio, la Hna. Ge, ni corta ni perezosa, me propone que les ayude a sufragar los gastos de lo que ella llama «curso de preparación para la vida». Se trata de ayudar a los niños y jóvenes, para que a través de ciertas actividades y experiencias *in situ*, aprendan a defenderse por sí mismos en la vida. Así, por ejemplo, les hacen practicas: van a una tienda donde hay todo tipo de verduras y les enseñan a comprar y diferenciar unas de otras; les llevan a una granja para que conozcan los diferentes animales domésticos; otras veces van al mercado y aprenden a comprar utilizando dinero contante y sonante; o a unos grandes almacenes para que aprendan a comprar lo que necesiten, y que si cogen algo que sepan que hay que pagarlo al salir; otro día van a la estación del tren a comprar un billete para viajar. Es decir, aprender para la vida y para que puedan valerse por sí mismos. Ello conlleva algunos gastos. Le dije que Fen Xiang colaboraría en tal actividad.

Las Religiosas no lo tienen fácil. Todas sus energías y tiempo están al servicio de los niños y jóvenes. Cuando los jóvenes llegan a la edad de 18 años, los chavales dejan el centro y no es fácil encontrar salidas en la vida, y menos para ellos. Pero allí, en una zona rural, perdida en el mapa de China, Xin Yue se presenta como una forma de irradiar misericordia a fondo perdido, sin contar los costes ni el peaje de cada día. Cuando me disponía a marchar, al día siguiente, Feifei estaba aprendiendo a andar en bicicleta por el patio; otros siete u ocho de los mayores participaban en un juego para aprender a convivir y colaborar con los demás. La vida continuaba con toda sencillez y el ambiente impregnado de misericordia, dejaba un poso de serenidad y gratitud en mi interior, al ver corazones desprendidos y centrados en el hermano necesitado. Su mensaje aún sigue presente. Salí de allí, rumbo a otro lugar, y allí en el patio, vi que las risas no faltaban, incluso cuando alguna cosa no salía del todo bien.

Capítulo 17

ELOGIO DE LA INCERTIDUMBRE

La Iglesia, inmersa en el mundo, se encuentra con que directrices del pasado, en muchos casos, caen en saco roto. Preceptos de antaño, que con facilidad abrumadora guiaban al rebaño obediente y sin rechistar, hoy no sólo son cuestionados y puestos en tela de juicio, sino que, para una gran mayoría, ignorados ante la supina indiferencia del relativismo que tiene como norma suprema y referencial el «YO» mayúsculo. La marabunta de mensajes, directrices, escritos, es decir, la era de la *Papellorum progressio*, parece saturar las mentes que hacen caso omiso y dejan a muchos a la intemperie, sumidos en la incertidumbre del no saber por dónde tirar. Responder a las exigencias del contexto en que el misionero vive, dejando de lado relaciones con el poder, simpatía por el prestigio y cierto maridaje con la riqueza, exponen y abocan al misionero a la incertidumbre.

Si esto lo situamos en el contexto de la misión en China, la inseguridad se hace compañera de camino y adquiere connotaciones dramáticas y un tanto peculiares. En China, la incertidumbre es una connotación negativa en un mundo que quiere tener las cosas bien atadas, y o se asume como don gratuito de Dios y parte esencial del modo de ser y hacer misión en China, o uno no tarda en hacer la mochila, coger la barca e irse en busca de orillas más apacibles. La incertidumbre crea ansiedad y, al parecer, tiene ese raro arte de colorear de blanco los cabellos de la cabeza. Provoca desconcierto y deja el futuro abierto a borrascas imprevisibles y a la persona, sin puntos de referencia básicos para una vida sosegada, según los cánones sociales en boga. Si hablamos a nivel de un trabajo digno, la incertidumbre hace presa de tantas personas, y si hablamos de violencia, la cosa adquiere proporciones aún más alarmantes.

Pero la incertidumbre no es solo compañera de camino del misionero en tantas latitudes, incluida China; yo diría que es parte esencial del itinerario, y como tal ha de vivirse como don gratuito. Por eso tiene ese otro lado tremendamente positivo, que en estas líneas me toca subrayar. No solo invita a la creatividad y espolea la imaginación, sino que

deja más espacio a la Providencia y asume, casi de forma natural, que la misión es antes que todo, misión de Dios. Nos lleva, casi como por arte de magia, en andas de la Providencia y de una confianza en Alguien más grande que nosotros. Y, finalmente, nos espabila a hacer continuos ejercicios de discernimiento, en medio de la nube claro-oscura de la presencia-ausencia de Dios.

También aquí, lo humano se ve inmensamente vulnerable e impotente ante tantos retos. La misión que siempre ha estado ligada al prestigio y al poder, al heroísmo y a la admiración de tantos, en un contexto de sospecha, adquiere bien sabidas cortapisas que nos abren a divinas sorpresas, apenas los ojos pasan por la cámara que tiene el arte de ver más allá de la superficie de los acontecimientos, y que nos invita a sintonizar con el Dios que continúa golpeando la aldaba de nuestra puerta interior. La incertidumbre no nos lleva por caminos trillados sino a bucear en aguas tormentosas. Ahí, precisamente, es donde se forja la conversión de cada día, en aceptar ser sorprendidos continuamente por los modos de hacer de Dios. Ahí, el misionero encuentra espacio para la utopía, rincones para el humor y también recovecos, y no pocos, para la tensión interior.

La incertidumbre, valga la paradoja, espolea la imaginación, estruja la mente, explora la búsqueda de nuevos caminos, osa bucear en medio de la opacidad de los hechos, busca nuevas veredas, se familiariza con la humildad y hace de su capa un sayo, tirando por la borda planes que se presumían infalibles, poniéndole a uno en la tesitura de tener que comenzar de cero, cuando todo parecía marchar viento en popa. La incertidumbre invita a otear nuevos horizontes que van más allá del corsé de la propia comunidad, del plan cuidadosamente dibujado, individual o colectivamente y, con inusitada frecuencia, le confronta consigo mismo, abriéndole las puertas a una realidad divina que se antoja mucho más grande que las cuatro paredes del propio terruño y entorno familiar.

La incertidumbre, que da rienda suelta a la utopía, aterriza y urge, dando una capacidad de adaptación a nuevas circunstancias, interpelándonos ante la realidad preñada de momentos inciertos y dejando a Dios que siga guiándonos, como al pueblo de Israel en medio de la nube. Vivir en el contexto chino de incertidumbre, hace que el misionero, lo quiera o no, se dé de bruces en su empeño por el activismo frenético, invitándole así,

a mimar más el espacio interior. Desde ahí reconoce su vulnerabilidad y precariedad, espacio ineludible para que el Espíritu actúe a su modo y manera. Ciertamente que la comunidad misionera es necesaria en este proceso, que por otra parte se antoja imposible, para un individualismo pragmático y obnubilado a la hora de afrontar la misión.

La incertidumbre, entendida en este sentido, desarrolla reflejos para responder con cierta naturalidad, coraje y creatividad, a situaciones de por sí complejas. Olfatear por dónde tirar es un arte que se aprende en la escuela de la incertidumbre y, en el mundo chino, se antoja apabullante y generosa. Para solo mencionar alguna, permítanme traer a colación el cruce del paso fronterizo, tanto cuando se entra en China como cuando se regresa a Macau. Me han preguntado cantidad de veces si la policía no sabrá de mis «escaramuzas» misioneras. Yo les digo que no lo sé, pero que por si acaso me tengo preparado un guion que no sé, a ciencia cierta, si funcionará. Lo demás, poco me interesa. Sí que debo decir que mi presencia allí es bien discreta, intentando ocultarme lo posible, pero a la vez con cierta naturalidad. La cosa, al menos hasta el momento, funciona. ¿No es esto un milagro palpable?

Claro, y como me preguntan a menudo: ¿y si te pillan con las manos en la masa? Pues entra dentro de las posibilidades, porque en China nunca sabes por dónde van a salir los tiros. De todas formas, tengo que decir que en los lugares donde voy, me he encontrado bastante a gusto y sin la obsesión de tener que preguntarme constantemente si alguien estará o no siguiendo mis pasos. No es ese el sentimiento que tengo cuando estoy en China, aunque alguna vez éste surja esporádicamente. Y si llega el día en que le dicen a uno que se despida de más viajes, habrá que otear otros caminos. Aquí hay que actuar con lo que uno tiene a mano, dejar espacio visible al Dios que nos guía en medio de la nube, y seguir batallando por la llegada del Reino, dejando de lado el estribillo, que a veces se escucha en estas latitudes, de que, si las cosas fueran diferentes otro gallo cantaría.

Pero la incertidumbre, también soy consciente de ello, puede paralizar el ímpetu misionero, frenar la búsqueda de nuevas veredas y anestesiar el corazón y todo su potencial. Es como trabaja el sistema comunista, es decir, asfixiar e insistir hasta que uno doble la cerviz y se rinda, fomentar

la autocensura y airear la mentira como compañera inseparable de los modos de hacer y actuar del sistema. Desgraciadamente, no faltan cantos de sirena, incluso dentro de los ámbitos más cercanos y queridos, que te aconsejan no ir demasiado lejos, y a refugiarse en la estancia de arriba con las puertas cerradas, esperando tiempos mejores, que no se ven cercanos.

Capítulo 18

LOS OKUPAS ROJOS DEL SEMINARIO MAYOR DE KAIFENG

Había llegado a mis manos, allá por el año 2008, un libro escrito en prosa más bien tosca y ramplona, cuya trama marcó su impronta en mi corazón hasta el día de hoy. Su contenido giraba en torno al seminario de la ciudad histórica de Kaifeng, al norte de la provincia de Henan, en la China Central, en los años siguientes a la invasión comunista, allá por los años cincuenta del siglo pasado.

Los acontecimientos narrados, de primerísima mano, por un testigo que vivió y sufrió los acontecimientos, hacían que el libro y su contenido bien mereciera un espacio privilegiado en la biblioteca misionera de la Iglesia. Se trataba de la tragedia y final desenlace de los misioneros, a la llegada de las tropas comunistas al seminario de Kaifeng. A penas la «marea roja» había cruzado el gran río Amarillo, el siguiente paso fue establecer su tienda de operaciones en el mencionado seminario.

¡Cuál fue mi alegría cuando, en el mes de junio de 2016, al tener que atravesar la provincia de Henan, de norte a sur, en tren y luego en autobús, pude permanecer día y medio en la ciudad de Kaifeng, y ver con mis propios ojos lo que quedaba de aquel histórico seminario! No sabía si aún quedaba vestigio alguno o si habría sido totalmente destruido, cosa muy común por parte del Partido Comunista chino al requisar las propiedades eclesiales. Tuvo lugar una tarde de domingo, en concreto el 26 de junio de 2016, quien, acompañado por la Hna. Shen, de las Hermanas de la Providencia, que regentan una casa de ancianos en Kaifeng, pude presenciar lo increíble e inimaginable.

El edificio del que fuera seminario mayor de la provincia de Henan, con arquitectura de estilo tradicional chino, fue construido entre los años 1929 y 1931. Lo que presenciaron mis ojos no tenía desperdicio. Al acercarme, comencé a recordar los detalles del libro. Las imágenes pasaban por mi mente a velocidad de vértigo. Los misioneros tuvieron que abandonar el seminario, forzados por los guardias rojos, que utilizaron una táctica típica y dañina, de

ir atosigándolos, incomunicándolos y al final expulsándolos de su propia casa por la fuerza de las armas. Así, hasta acabar con todo vestigio cristiano, en un seminario que funcionó como tal unos 20 años. La armada de Mao Tsetung había cruzado el río Amarillo, en chino *Huanghe*, situado a unos veinte kilómetros de Kaifeng, cuando los misioneros y seminaristas chinos se preparaban para lo peor. Primero, ocuparon los alrededores del seminario, el siguiente paso fue entrar en las dependencias del mismo y dejar incomunicados a los misioneros, ordenando a los seminaristas a abandonar el seminario. Sólo un cocinero permaneció con ellos hasta el final. Luego llegó la ocupación del patio. Enseguida, los misioneros quedaron atrapados bajo el esperado arresto domiciliario. Y luego, se convirtió en su cuartel de campaña, poco antes de que los misioneros fueran expulsados de China. Los guardias rojos, incluso tuvieron la osadía de pedirles que firmaran la cesión de los terrenos y dependencias del seminario para uso del nuevo gobierno. Tres cuartas partes del edificio fueron ocupadas en 1950 por el gobierno que presionaba a la Iglesia para que cediera todas sus propiedades, incluidos los orfanatos. Las iglesias y propiedades diocesanas fueron requisadas y reducidas a cuarteles, oficinas del gobierno o almacenes.

El edificio, magistralmente construido, todavía está en pie. A pesar de haber sufrido las embestidas de los guardias rojos, el abandono e indiferencia de sus ocupantes y la impotencia de la iglesia local que no sabe cómo recuperar su propiedad, que todavía conserva su cruz de piedra en la entrada, sobre lo que sería el edificio central del seminario, sin haberse inclinado ni un milímetro, como testigo silencioso de injusticias que sólo el gobierno maoísta chino podría cometer. Solamente Dios sabe cómo el edificio, después de 60 años de abandono, sigue en pie. Entré en el edificio no sin dificultades, en primer lugar, porque nos resultó difícil encontrar la puerta de acceso. Los pilares de los pasillos del seminario son de madera, una madera gruesa y por lo que se ve duradera. Los techos permanecían prácticamente intactos, aunque el pasar del tiempo mostraba ciertos deterioros. En 1952, después de que el gobierno fuera abandonando las dependencias, la gente local, sin rubor alguno, se convirtió en «okupas», y tomaron posesión de todo lo que pillaron. Durante mi visita, pude ver con mis propios ojos a unas seis familias, la mayoría de ellos de una cierta edad, probablemente inquilinos desde la llegada de los comunistas.

En mi entrada al seminario, pude presenciar el humo que salía de una de las esquinas del mismo, signo de que estaban cocinando en sus dependencias, y así fue. Caminé entre los pasillos y aquello parecía una guarida de ladrones, a no ser por un cierto hálito de silencio y misterio que aún envuelve la vieja estructura rectangular del seminario. Allí, los okupas seguían cultivando sus verduras, en lo que antaño fuera el jardín del seminario. Los pasillos y escaleras de acceso, estaban abandonados y con escombros por todas partes. Después visité lo que en su tiempo fueran las clases, con las paredes intactas, aunque las puertas y ventanas han desaparecido, a buen seguro pasto de las llamas, para atizar la lumbre de los osados inquilinos.

Se me cayó el alma a los pies al ver que tamaño edificio estuviera abandonado y la diócesis, que lleva sin obispo unos treinta años y con solo ocho sacerdotes, aún no ha podido recuperarlo. Su construcción a comienzos del siglo xx, coincidió con el proceso de inculturación que comenzaba a respirarse en la Iglesia en China, dispuesta a aceptar sacerdotes y obispos nativos. En 1922, el Vaticano envió un delegado apostólico a China, el arzobispo Celso Costantini, quien comenzó un proceso de inculturación, a pesar de la oposición de algunos misioneros. Él creyó vivamente en la importancia del arte y la arquitectura tradicional china. Visitó el lugar en 1925 y estableció los seminarios regionales, siendo el de Kaifeng uno de los primeros.

Entre los años 1929-31, su diseñador, el monje alemán Dom Adelbert Gresnigt (1877-1956), benedictino y especialista en arte, de la abadía belga de Maredsous, dirigió la construcción del mismo. Gresnigt estuvo en China desde marzo del 1927 hasta enero de 1932, con la misión papal de crear una especie de estilo arquitectónico «chino-cristiano» que contribuyera a la política vaticana de indigenización.

El edificio consta de planta baja y un primer piso, de forma rectangular con un claustro interior. Su finalidad fue formar candidatos al sacerdocio para la provincia de Henan. Todavía he podido ver en los años pasados algún obispo anciano que estudió allí en sus tiempos de seminarista, en concreto Mons. Zhang, obispo de Anyang, que falleció en mayo de 2015. En 1932, había 60 seminaristas registrados como estudiantes de filosofía y teología, teniendo en aquel entonces, capacidad para 200 seminaristas.

El gobierno maoísta chino, ya desde el inicio de los años 50, requisó todas las propiedades eclesiásticas y permitió que la gente las ocupara y

tomara posesión de ellas. Así han permanecido las cosas hasta el inicio de los años ochenta del siglo pasado. Con la llegada de Deng Xiaoping al poder, hubo una ley que dictaba que las propiedades confiscadas a la Iglesia, especialmente durante la Revolución Cultural, tales como escuelas, hospitales, universidades, bibliotecas, etc., debían ser devueltas a la Iglesia. La reglamentación de la Oficina China de Asuntos Religiosos del 1 de marzo de 2005, reafirmaba tal legislación. Pero la Asociación Católica Patriótica China, la Oficina de Asuntos Religiosos y los gobiernos locales siguen repartiéndose el pastel de una cantidad de dinero que puede oscilar alrededor de los 13 billones de euros, aun confiscados a la Iglesia. Los miembros del partido son los primeros en violar la ley, usando su posición de poder para obtener pingües beneficios económicos, habiendo vendido la mayoría de las propiedades eclesiales a ciudadanos privados o a grandes empresas constructoras, donando, a cambio, pequeños e insignificantes terrenos, en otras latitudes, no tan apropiadas ni convenientes para la Iglesia. Las barbaridades e injusticias del gobierno maoísta chino con la Iglesia continúan hasta el día de hoy.

Recorrí todo el seminario, aunque no tuve acceso a entrar en la iglesia, cuyo paso estaba bloqueado. Continué mi camino, pensando qué futuro le queda reservado a esa joya de la arquitectura chino-cristiana, y más aún, a la Iglesia perseguida de China.

Capítulo 19

DE ESCUELA COMUNISTA A CASA DE RETIRO

China nunca deja de sorprendernos, de hecho, allí casi todo es posible. Entre otras cosas, los matrimonios, coaliciones y arreglos entre «ángeles y diablos» están a la orden del día, como si de lo más normal se tratase, y sin que nadie se ruborice. Al fin y al cabo, el dinero, diosillo de diablos y dioses baratos, encuentra su camino y cabalga a sus anchas, porque en China hablar de dinero es tema más que sagrado. En el mes de junio de 2014, llegué a la ciudad de Anyang, al norte de la provincia de Henan, cuna de los descubrimientos del origen de la escritura china. Allí se encuentra el Museo Nacional de la Escritura China, que la Hna. Meng me invitó a visitar por la mañana, antes de comenzar los Ejercicios Espirituales. En el museo, pude comprobar para mi sorpresa, que, en el trabajo de los misioneros católicos con las minorías étnicas chinas, se habían editado, hechos por ellos, diccionarios y gramáticas de lenguas preservando así su cultura y escritura. El reconocimiento del trabajo de los misioneros por parte del gobierno comunista, era para mí una sorpresa mayúscula, porque normalmente su mejor reconocimiento es el silencio.

Digo esto, porque en la provincia de Guizhou, en las mismas fechas en que yo me encontraba en Henan, las autoridades locales habían denigrado públicamente a uno de los santos mártires católicos, Chapdelaine, misionero en China. El gobierno local maoísta no tuvo otra idea que organizar un concurso de poesía para demostrar las «barbaridades» que tal misionero habría cometido, según ellos, y esto después de pasados cien años. Con semejantes artimañas, el gobierno quiere intensificar su campaña de patriotismo, porque ya no hay nada donde agarrarse y la ideología partidista comunista ha sido reducida a cenizas por los mismos oficiales chinos.

Pero la cosa no quedaba ahí. Por la tarde, después de comer, con la Hna. Meng y otras dos religiosas de la congregación de San José, nos dirigimos en coche al lugar donde iba a tener lugar el retiro. Ya había oído algo al respecto, pero al cruzar el dintel de la entrada al «Centro Pastoral y Casa de Retiro de la Diócesis de Anyang», no podía imaginarme lo que

veían mis ojos. Allí impartí los Ejercicios Espirituales de ocho días, con una agenda diaria bastante llenita. Pero es que la casa de retiro, inmensa y espaciosa, fue hasta hace tres años una escuela secundaria comunista. Debido al bajo número de estudiantes en la zona, el gobierno la puso en venta. La diócesis de Anyang, después de sopesar los pros y contras y la posibilidad de un intercambio con otra propiedad eclesial en la ciudad de Tianjin, pensó que podría servir para la Diócesis como centro de actividades pastorales de toda índole. Y así es, y desde entonces se organizan retiros, cursos de espiritualidad y encuentros parroquiales.

Pero el trueque tiene su miga. La propiedad de la diócesis de Anyang, en la ciudad de Tianjin, al este de la costa de China, tiene sus connotaciones históricas poco halagüeñas para el gobierno maoísta chino. La ciudad de Tianjin fue, en su tiempo, una de las famosas delegaciones extranjeras, o «territorios expropiados» al gobierno chino por las potencias extranjeras que ganaron el pulso a China, durante la rebelión de los Bóxers, en el año 1900. China entregó tales delegaciones a las potencias extranjeras como botín de la susodicha guerra. Las famosas delegaciones fueron terreno chino cedido como trueque por los costes de la guerra preconizada por la emperatriz Qixi y los Bóxer, en su deseo de expulsar a las potencias extranjeras de China. Es muy posible que el terreno intercambiado por la diócesis de Anyang al gobierno, tenga algo que ver con las connotaciones históricas arriba mencionadas.

Fuera como fuere, el hecho es que hay varias diócesis de China con terrenos en la mencionada ciudad. Hace unos años los depredadores y especuladores del suelo quisieron apoderarse de un terreno de la diócesis de Yuci, en la provincia de Shanxi. Uno de los sacerdotes que defendía el terreno, el P. Zhang tenía que mantener guardia día y noche, ya que, si entraban las máquinas de los depredadores de las constructoras, se quedarían sin el terreno y estarían forzados a darlo a un precio irrisorio. El P. Zhang, fue atacado y gravemente golpeado, teniendo que ser asistido en el hospital. Ahora las diferentes diócesis, que aún tienen propiedades en Tianjin, se han unido y montan guardia las 24 horas del día, ante posibles asaltos de los depredadores de la construcción, y así evitar mayores altercados.

Sea como sea, el hecho es que la diócesis de Anyang ha colocado, a la entrada de la que otrora fuera escuela secundaria comunista china, una

gran imagen de Cristo con el signo chino 静, *jing* (silencio), grabado al pie de la estatua. Sí, aquí sobran las palabras para narrar estos intercambios, que nos llevan a pensar en las paradojas que suceden, a menudo, en este mundo chino. Aquí el sabor agrí dulce se mezcla en el mismo plato y la gente lo digiere a las mil maravillas. Aquí se casan ángeles y demonios, conviven la lucha de clases de las masas trabajadoras y los grandes millonarios chinos con el beneplácito del sistema, supuestamente igualitario y maoísta. Aquí deambulan por la calle los señoritos comunistas en sus cochazos, a la par de las bicicletas de los viandantes de las zonas rurales y montañosas, precisamente los que se partieron el brazo por la liberación de China en 1949, una liberación que todavía están esperando. Y la vida sigue con el beneplácito del Partido comunista, donde en principio todos los ciudadanos debieran ser iguales. ¡Verborrea fácil y barata! Y si no, díganse a los líderes políticos y a sus hijos, la mayoría estudiando en el extranjero, aunque los líderes echen pestes constantemente contra Occidente. Y, díganse también a los niños pobres de las zonas montañosas que no tienen ni para comprarse un libro, y cuya escuela gotea cuando llueve, sin que puedan resguardarse, al amparo de las supuestas leyes igualitarias.

Ahora, en lo que antes era escuela secundaria hay una parroquia con unos 200 cristianos. El P. Zhang y cuatro religiosas de la congregación diocesana de las Hnas. de San José están encargados de todas las actividades que allí se llevan a cabo. En el recinto a la derecha, hay un pequeño edificio que se utiliza como iglesia y donde todos los domingos se celebra la Cena del Señor. Allí se imparten retiros, cursos pastorales, encuentros de grupos y de parroquias. Poco a poco se van abriendo espacio en la sociedad. El ronroneo y el tumulto de lo que otrora fuera una escuela, va dando paso al silencio que allí se respira. ¡Quién lo diría! En lo que antes fuera una escuela maoísta, ahora se reza, se contempla y uno se encuentra con el Señor, aunque aquellos muros hayan escuchado más de una vez la careada frase maoísta: «la religión es el opio del pueblo».

En China, las paradojas y los contrastes están a la orden del día. La crítica mordaz de las autoridades chinas contra todo lo que huele a occidental, es evidente, sin reconocer que Marx y su ideología, por poner un caso, vinieron de occidente. El sistema político es antirreligioso y sin embargo tiene que dar su visto bueno y elegir al Dalai Lama o a los obispos

católicos. Y la suma de contrastes y contradicciones siguen: los super-ricos de la costa, de las zonas económicas especiales y de las grandes ciudades, contrastan con los super-pobres de las zonas montañosas y de la China profunda. Todos parecen convivir en un sistema comunista totalitario sin que nadie se ruborice, aunque muchas veces sus protestas vienen reprimidas por la policía y el ejército.

Nadie se inmuta si directivos del Partido, materialista y ateo, tienen sus creencias religiosas o supersticiosas, hasta tal punto que el Partido ha tenido que salir al paso y prohibir a sus miembros cualquier tipo de adhesión religiosa. Aquí, la bicicleta y el Ferrari circulan por la misma carretera, el emigrante y el magnate y director de empresa se cruzan por la calle y los McDonald se codean con las firmas locales para engatusar a las masas juveniles, nunca como ahora tan confusas y tan deseosas de todo aquello que lleve la etiqueta y marca occidentales. Aunque, si hay que manifestar el patriotismo visceral, los primeros que pagarán el pato serán los McDonald, Kentucky, etc. La Coca-Cola arrasa y el té se las ve y se las desea para hacerse un hueco en la abundante y variopinta oferta del mercado juvenil.

A pesar de todo lo dicho, allí permanece la imponente figura de Cristo Rey, con la bola del mundo en su mano izquierda, sueño misionero para que, al celebrar en el mes de octubre el día del Domund, nos sintamos de alguna forma, empeñados en que las pequeñas semillas del Reino sigan creciendo, incluso en China, lugar de paradojas y connivencias extrañas. En este Centro de Ejercicios Espirituales, se contemplan los valores del Evangelio, y se predica la fraternidad universal en vez de la machacona lucha de clases. Aun así, debo decir que las paradojas y los contrastes asumidos aparentemente con un cierto toque de resignación por los chinos, deje a más de uno boquiabierto, después de más de veinticinco años en estas latitudes.

Capítulo 20

MISERICORDIA EN LA CHINA RURAL

Las tareas del campo, con la cosecha del maíz ya en los graneros y con la mente en la próxima siembra, enviaban signos ineludibles de unas semanas de merecido descanso para los agricultores de la zona rural de Xiliulin, en el centro de la provincia de Shanxi. Nos adentrábamos en el poblado de Xiliulin, a través de estrechas carreteras vecinales, con curvas a derecha e izquierda. La llegada al orfanato de Betania, siempre conlleva sorpresas e imprevistos. Hacía casi un año que no lo visitaba, y algo que se percibe en los más pequeños, es que se les ve crecidos, y otros con la ya bien avanzada y fascinante experiencia de comenzar a andar.

Pero en el Año de la Misericordia, ya clausuradas sus puertas –Dios quiera que no– el orfanato había acogido desde el mes de julio, a otro niño huérfano, esta vez procedente de Shanghái. El niño, después de casi tres meses de estancia en el orfanato, estaba intentando rehacerse del golpe psicológico de unos padres separados y del saber, y es consciente de ello a sus cinco años, que nadie de los dos quería su custodia. Dang es un niño, para su edad, más inteligente de lo normal, según me dicen en el orfanato. Fue operado del labio leporino y habla con cierta dificultad, razón por la que seguramente sus padres se han desentendido de él. Así lo manifiesta Zhu, su encargada en el orfanato. Zhu no sabe cómo hacer para que el niño se vaya integrando con los otros y así «rehacer» su vida apenas casi comenzada. Dong, rechazado en su hogar de origen, encuentra en Betania la misericordia, en forma de paciencia, cariño y detalles sin cuento, que les manifiestan a borbotones.

Las siete personas al cargo del orfanato ni abrieron ni cerraron puerta alguna en el Año de la Misericordia, ni hubo liturgias de bombo. Aquí no se abrió ninguna puerta, porque las puertas siempre están abiertas a los niños huérfanos o no queridos por sus propios padres. Aquí no se ha cerrado ni clausurado puerta alguna, porque el corazón del orfanato sigue palpitando por los últimos. Aquí, en cuanto a misericordia se refiere, los detalles y los gestos concretos de amor y dedicación, ponen la nota

sobresaliente. El último en recibir atenciones es Dang, todavía tratando de encajar el golpe que para una criatura de su edad se antoja cuando menos cuesta arriba. Allí he pasado los dos primeros días de mi penúltima peregrinación al hermano necesitado. Digo penúltima porque para los que trabajamos en Fen Xiang, el Año de la Misericordia continúa y los corazones siguen abiertos al necesitado.

A unos pocos kilómetros de allí, impartí los Ejercicios Espirituales al personal del Centro Social de la diócesis de Taiyuan: dos sacerdotes y dos jóvenes católicas. Fueron días de silencio, teniendo como referencia la Palabra de Dios, y donde la orientación caritativa y samaritana coloreaba el pasar de los días. En su Centro Social, que comenzó hace dos años y con quien Fen Xiang colabora, se llevan a cabo proyectos en favor de niños pobres, de ancianos desamparados y de madres solteras. En definitiva, se hace portavoz y espejo de la labor samaritana de la diócesis, aunque a veces el mismo clero, como me dice el P. Lin, no reconozca su trabajo. El P. Lin, al final de los Ejercicios Espirituales, ya de vuelta a casa, me comentaba la situación de algunos niños en las zonas rurales, donde hay familias rotas por diversas razones, y cuyos hijos no tienen ni acceso a la escuela, por los problemas sociales y familiares y por las elevadas tasas académicas que tienen que pagar.

De allí, después de una semana, me dirigí en tren a Beijing, la capital. Unos amigos vinieron a recogerme y llevarme a la casa de los Liu, que siempre me acogen en la magna ciudad. Con ellos vive un sacerdote encargado de una comunidad cristiana clandestina. Suelen celebrar la eucaristía en la planta baja, una especie de habitación adaptada como capilla, que también les sirve para sus encuentros de oración y formación cristiana. Pero han tenido que moverse a otro lugar, ya que han comenzado a construir una nueva urbanización en los alrededores. En la nueva sede celebramos la eucaristía del domingo del Domund. Después de la misma di una charla sobre el Año de la misericordia. Me alegró ver a la joven Liu, que me presentó a su novio, y que ya tienen planes para casarse. Los dos son muy responsables en las tareas de la comunidad. Liu participa en el grupo de jóvenes y el joven Wei haciendo de monaguillo y echando una mano en las varias tareas y responsabilidades de la comunidad cristiana. En la sencillez y la fraternidad de la eucaristía, se acogió a dos nuevos bautizados

Y desde allí, me dirigí a Langfang, a unos 100 kilómetros de Beijing. La Hna. Mei, de la congregación de las religiosas del Sagrado Corazón de Jesús, me llevaría a visitar unas familias pobres, cuyos niños tienen dificultades para pagar las tasas académicas, y que Fen Xiang está, de alguna manera, ayudando. Fueron dos días visitando familias pobres de la China rural, esa China profunda donde las familias más necesitadas se matan a trabajar para que sus hijos puedan malamente ir construyendo su futuro y encontrar un camino en la vida. El panorama era desolador, si no fuera por la chispa bromista y jovial de la Hna. Mei, que no se aterra por nada y que siempre se ríe y saca comentarios para la risa. Un cielo de religiosa y de mujer.

La primera familia que visité fue algo patético. La entrada en la casa ya lo presagiaba. Una casa patas arriba, con ropa, cazuelas, cajas y palos por el suelo; las ventanas con papel y plástico para que no entre el frío, y el techo que grita «tente en pie mientras puedas». El padre es muy diabético y trabaja con una especie de moto con su carro detrás, recogiendo plástico y botellas que la gente tira en las papeleras. Dice que gana una miseria. La madre es enferma mental. Los dos niños estudian bien, pero uno se pregunta por cuánto tiempo, y a dónde llegarán con esas condiciones. En la segunda visita, en el mismo poblado, la Hna. Mei me llevó a la casa de una señora de 93 años, que, casi arrastrándose, salió a recibirnos. Sus dos hijos casados murieron en accidente de coche. La esposa del hijo mayor lleva la casa adelante trabajando, realmente como una «mula». En el corral pude ver el ambiente de una familia rural donde convivían una vaca, unas ovejas, el maíz almacenado y en una de las esquinas del corral un cerdito. La abuela que salió a recibirnos le viene repitiendo a la Hna. Mei que quiere bautizarse. La Hna. Mei me dice que le enseñó a hacer la señal de la cruz, pero que se le volvió a olvidar. Después de unos diez minutos, viendo a la Hna. Mei enseñarle a hacer la señal de la cruz, con paciencia y humor típicos de ella, por fin lo consiguió.

Luego, fui a visitar a la familia Xie. El señor Xie tiene 83 años y lleva adelante la casa. Su hijo de unos 50, es enfermo mental. Tiene un hijo único de dieciséis años muy buen estudiante. La Hna. Mei le ha ayudado con un ordenador que necesita en el instituto. En el corral, a la salida, había unas ovejas, un perro que ladraba incansablemente, seguramente de ver la nariz de un extranjero y unos sacos de maíz. Por la tarde, visitamos otra

familia cuya madre es enferma mental y el padre vuelve «cuando anochece», así nos lo dijo la madre, en clara referencia a que no pisa la casa durante todo el día, sin saber a ciencia cierta por qué derroteros se mueve. Tienen una hija que estudia informática. Le preguntó la Hna. Mei si había preparado la cena y dijo con una confianza supina que sí. Salimos de casa y la madre se dirigió a una casucha que hace de cocina, allí pude comprobar la cena que se avecinaba, unos panecillos tostados, algunos de los cuales casi ya churruscados por culpa de la larga conversación. Y la última familia que visité es una pareja de ancianos en una casa destartalada con una niña huérfana que adaptaron hace algunos años y cuyos estudios «Fen Xiang» está pagando.

En este recorrido, aparentemente lamentable, también hubo una buena noticia encarnada en la Hna. Mei, instrumento de la misericordia de Dios, tangible, concreta y sin sermoneos. Su empeño por ir en busca de los marginados, hizo que al final del día no pudiera por menos que agradecer el momento divino de gustar la misericordia encarnada en una persona de a pie, instrumento de Dios para la humanidad dolida de las zonas rurales. Di gracias a Dios por haber compartido con ella un día con personas con dificultades evidentes para mirar al futuro y que sin embargo no parecen estar apenadas por sus pesadumbres. La Hna. Mei continúa poniendo bálsamo en la herida y sonriendo ante cualquier reto que se presente. ¡Ah! y con un detalle que me llamó poderosamente la atención: conocía el nombre de todas las personas que visitamos. ¡Tan importantes deben ser para ella! La misericordia no se va de vacaciones, ni se han clausurado sus puertas, al menos aquí hay misericordia para rato.

Capítulo 21

LA HERMANA RUTINA

En el viaje que hice a China en febrero de 2017, me vino a la mente –osadía refinada la mía– de que este tipo de viajes misioneros comenzaban como a hacerse un poco rutinarios y hasta monótonos. No sé qué demonio meridiano me inspiró tal cavilación que fugazmente pasó por mi mente y levantó todas las alarmas. La verdad es que después de tantos viajes y a veces en contextos tan similares, la insensatez comienza a conquistar recovecos antes impensables. La rutina pasó por mi mente en un *zig-zag* tan atrevido como irrisorio. Parece mentira, pero hasta en la misión de China, la rutina, tarde o temprano, parece encontrar su espacio y acomodo. De repente me vino a la mente la rutina de las cosas de cada día con sus pros y sus contras. He intentado durante el pasado mes bucear en el mar inmenso de la rutina y lo que ella puede acarrear en mi vida, porque queriendo o sin querer mi vida está marcada por la rutina y lo cotidiano de una forma hartamente imperiosa. Y aunque la apaleada rutina tenga sus aspectos negativos, también los tiene positivos y hartamente edificantes.

El misionero de China disfruta de las mil rutinas de cada día, de la misma manera que disfruta de los sobresaltos, imprevistos y tensiones que tal tarea conlleva, tan a menudo o más que los rutinarios. Dicen que la rutina tiene mala fama, pero yo parezco ser uno de los pocos que se apuntan a la cola del diario quehacer y el paso sosegado de los días y las horas. Soy rutinario y vivo inmerso en la rutina. El proceso de cada persona con pequeños matices y diversidades, me lleva a la conclusión de que la rutina no es tan perniciosa. Incluso tiene un montón de flecos positivos y hasta algunos retazos extraordinarios. Hay aspectos de la misma que me atraen y que incluso encuentro positivos, atractivos y valiosos. Sin duda que el otro lado negativo no está ausente, pero en estas líneas voy a disfrutar un poco de su lado positivo.

En la China de hoy los viajes no son lo que fueron. Hace veinte años cuando comenzaba la itinerancia misionera por China, viajar de una capital de provincia a otra conllevaba toda una noche en trenes que mejor no

recordarlo. Hoy, en hora y media se hace el mismo recorrido, con lo cual los imprevistos y las sorpresas quedan, de alguna forma, algo así como más atenuados y mitigados. Siempre se dijo que no había que caer en la rutina y que ésta era mala, y casi de forma connatural se la ha asociado con lo tedioso y aburrido. En ese ir y venir por la China inmensa, al impartir los Ejercicios Espirituales cinco o seis veces al año, sin duda alguna que, a lo largo del tiempo se puede caer en una especie de soporífera rutina ya que a veces las meditaciones son más o menos las mismas, aunque el contexto sea diferente. La «rutina tediosa» puede incluso oscurecer la novedad del Espíritu y la fuerza de la Palabra en cada momento y circunstancia.

Sí, quizás me he ido acostumbrando un poco a todo. En el último viaje, por ejemplo, tuve un fallo gordo. Uno piensa que se ha acostumbrado a todo, y que no va a pasar nada, pues resulta que pasa. Quedé con alguien a la entrada de una estación de tren, ¡fallo garrafal! Pues las estaciones de tren están súper controladas por la policía y con cámaras por todas las esquinas, pero ese era el lugar que conocíamos las dos partes y ni corto ni perezoso ni pensé en las posibles consecuencias.

Gran parte de los humanos hemos acuñado ciertas frases desde la infancia que emergen como imperativos cuasi divinos, aunque no tengan ninguna base sostenible en lo que a la rutina se refiere. Ciertas expresiones, se transmiten de generación en generación sin que nadie las cuestione. Como para aseverar que ha habido una cierta imparcialidad e injusticia con la rutina, debo decir que se la ha asociado con el aburrimiento, el tedioso pasar de las horas, el hacer siempre lo mismo y toda una retahíla de improperios. La rutina está llena de dichos y proverbios que han arrasado con su ya deteriorada fama. Parece como si tuviera ciertos tentáculos paralizantes y efectos poco menos dañinos que la droga, algo así como si paralizara la creatividad. El calígrafo chino ha sabido aunar en el mismo signo chino *fu*, 福, cien formas diferentes. El mismo signo, esa repetición o monotonía y a la vez esa creatividad en armonía perfecta, ha sabido crear 100 nuevas formas para expresar lo mismo.

Para ser honesto también debo afirmar que lo que al inicio de la misión itinerante en China todo me sorprendía, con los años me he habituado a las situaciones, con ciertos riesgos, para proteger la tan ansiada identidad y seguridad personal. Cada paso en cualquier rincón de China,

era en sus inicios, un momento novedoso, desconcertante, un continuo extrañarse de las cosas que pasaban, de las reacciones de la gente y de lo que veía. Hoy, el impacto es menor, y a fuerza de repetir las cosas, pasar por los mismos sitios y decir más o menos parecidas cosas, la rutina se va haciendo presente, pero me parece hasta provechosa y creo que puedo caminar con ella, como compañera de camino. China, cada vez que se visita, al menos en el trabajo que nosotros llevamos a cabo, siempre hay algunos aspectos nuevos todavía no explorados, experiencias imprevistas y por si fuera poco el «mañana qué pasará», que ronda a menudo por mi cabeza, aunque a todo se acostumbra uno.

Se define la rutina como una costumbre o un hábito que se adquiere al repetir una misma tarea o actividad muchas veces. Es cierto, que para una sociedad que parece haberlo probado todo y que ansía experiencias siempre nuevas y a velocidad de vértigo la rutina parece ser el ogro y agustas del fin de semana, las tan ansiadas vacaciones o la dictadura social del tener que hacer algo especial y estrambótico para sentirse feliz y no ser tildado de rutinario.

Del desconcierto al que uno puede estar abocado, veo que la rutina me ayuda a organizar mi tiempo echándome una mano para no perderlo de forma miserable. Quizás tuviera que utilizar la palabra cotidiano, que creo tiene mejores connotaciones que la hermana rutina. Incluso, en nuestra sociedad de la producción rápida y en mi vida, bastante organizada, me acarrea buenos resultados. Cada viaje a China, se repite la misma concatenación de cosas: preparar el itinerario y programa del viaje, hacer los contactos necesarios, comprar el billete de viaje, preparar los contenidos de los Ejercicios Espirituales o curso formativo, conocer el lugar y diócesis y contexto eclesial y dejar la tarea de dos semanas o tres que llevo a cabo diariamente en Macau. Pero todo ello bien organizado da mucho de sí. Para organizar un viaje a China, a no ser que uno esté bien concentrado, se pueden perder muchos detalles y aquí los detalles son vitales. No hay que dejar espacio a la improvisación, aunque el ponerse en las manos de Dios también conlleva una buena dosis de imprevistos.

La rutina es lo que hago cada día casi sin darme cuenta, como tomar la taza de café, hacer la oración matinal, celebrar la eucaristía, tomar el desayuno, coger el autobús para ir al trabajo, etc. La agenda de cada día

pone orden en mi vida y me ayuda a gestionarla mejor y más satisfactoriamente, para ello el Evangelio de cada día me da un repaso formidable en lo que a las cosas diarias y a su valor se refiere. El cómo veo la actividad diaria y realizo las cosas habituales, dan a ese cotidiano quehacer un toque especial que hace que vea las cosas, personas y acontecimientos desde un prisma positivo y esperanzador.

Personalmente puedo vivir perfectamente con mi rutina ya que tanto en Macau como en China mi vida está inmersa en una buena dosis de rutina con la cual sintonizo y encuentro incluso satisfacción. El conflicto que veo en mí, viene no tanto de la rutina cuanto de las motivaciones que tengo cada día para llevar a cabo la tarea que Dios ha puesto en mis manos.

Capítulo 22

MACAU, SALA DE ESPERA

Hay un halo, mezcla de misterio y heroicidad en la aventura misionera de la Iglesia en China, misioneros católicos y no católicos de una y otra nacionalidad y durante siglos, permanecieron en la brecha, llevados por una cierta «obsesión» en conquistar terreno chino para la Iglesia. No es este el momento de pasar cuentas por sus servicios y ver los resultados que con denodado esfuerzo marcaron las distintas etapas misioneras en China.

Hay, sin embargo, algo importante que siempre me ha llamado la atención desde mi llegada al mundo chino, me refiero a las constantes dificultades que los misioneros tuvieron que soportar para acceder a China, y que se resume en que, por una u otra razón las puertas se les cerraban constantemente. Expulsiones y persecuciones han continuado sin cesar a lo largo de los siglos, como si de una consigna se tratara. En este ir y venir hay un hito hecho de piedra, testigo inmutable, sala de espera, caldo de cultivo de esperanzas futuras, que ha sido la «Porta do Cerco», puesto fronterizo de Macau a China.

A menudo, desde Macau, los misioneros esperaban edictos imperiales que les dieran acceso a la gran China, otras veces eran testigos fieles de expulsiones. Esa puerta o ventana en sentido metafórico, acceso estrecho, puerta angosta de acceso a China, fue el espacio vital que hizo visibles y posibles los ideales de tantos misioneros. Hoy esa puerta todavía mantiene su aire solemne, no en vano es construcción de piedra que, a estas alturas, se ha reducido a un simple pero valioso hito histórico y turístico.

Me acerqué a ella a finales de 1991, cuando por primera vez puse pie en la ciudad del «Nombre de Dios». Hoy hay una nueva frontera al lado de lo que fue y todavía siga llamándose «Porta do Cerco». Hoy es sólo historia, testigo silencioso de alegrías y de lágrimas, de esperanzas cumplidas y de fracasos anunciados, y sin duda alguna, parte de la historia centenaria de Macau. Por esa puerta se «pasearon» los sueños y las ilusiones de aquellos que quisieron ganar a China para Cristo. De hecho, pareció haber sido diseñada para el encuentro de culturas, sin embargo, los puntos

de encuentro entre los dos mundos han estado siempre cargados de mal-entendidos, incomprensiones e intereses. ¡Cuántos intentos y que pocos resultados para dar el salto a ese «otro mundo»! ¿Es que el mundo chino es incompatible con el mensaje del evangelio?

El ser extranjero no se puede disimular en China, la nariz larga y las facciones de la cara, como elementos externos, delatan sin titubeos al extranjero cuando pisa tierra china. La lengua es otro obstáculo que, junto con la cultura y la mentalidad, plasman la invisible pero real gran «muralla china». ¿Por qué? Confucio no parece mencionar entre las cinco relaciones sagradas entre las personas la relación del chino con el extranjero. ¿Es que no había lugar en la mentalidad de Confucio para tal aseveración? ¿Es que China estaba y está condenada a no entenderse con el mundo exterior, principalmente occidental? He buceado un poco en la historia, me he sentado a la puerta de Macau y he vislumbrado las dificultades para entrar en China. Menciono, así de paso las maniobras políticas de las grandes naciones a las cuáles la Iglesia estaba a veces más o menos ligada, las que pusieron a menudo un interrogante en la mente de muchos chinos. Este casamiento de la Iglesia con las políticas europeas fue a la larga nefasto.

El «Padroado» que permaneció en boga hasta hace poco, nos da idea de cómo anduvieron las cosas en el pasado que no sólo acarrea expulsiones y recelo en los misioneros, sino que también acarrea persecución a los que habían abrazado la fe y de aquellos que de alguna forma habían invadido territorio chino. ¿Quiénes son esos que se alían con los que nos humillan, destruyen y se reparten el botín de nuestro país? Es lo que podrían pensar los que no veían en las potencias extranjeras más que ávidos deseos de usurpar y controlar territorio chino.

Por otra parte, los celos mercantiles de naciones que tenían sus privilegios en China –diferentes naciones según las épocas– y que harían lo imposible para que misioneros de sus propios países tuvieran acceso a ella. A ello habría que añadir las suspicacias de los emperadores, empecinados en ver a los misioneros como espías enviados por las potencias extranjeras, pensamientos que muchas veces eran alimentados por comerciantes y mercaderes ávidos para evitar que otras potencias pusieran pie en China y que podían desbaratar sus negocios. ¡Y, cómo no! las discrepancias entre las distintas congregaciones religiosas sobre todo a consecuencia de la Controversia de los Ritos.

Finalmente, el miedo que parece haber caracterizado a China con respecto al extranjero. A menudo los emperadores ponían a sus súbditos en alerta. Por ejemplo, la dinastía Manchú siempre intentó proteger a su gente de la presencia de extranjeros, aun así, los misioneros siempre intentaron acceder a China de diferentes formas, con los mercaderes y vendedores. Muchas veces sus esfuerzos fueron vanos, pero el deseo e ideal permanecieron durante siglos y siguen ahí. ¿Cuál es el encanto, pasión y fuerza inexplicables que les atrae?

Macau fue la plataforma para el estudio de la lengua china para tantos misioneros como Ricci, Rugieri, Castiglione, etc. En las salas de espera hay pacientes esperando el veredicto del médico, hay personas en busca de trabajo ansiosos por ver el tren que nunca llega, o para recibir la buena noticia de un empleo, otros esperan un premio, o qué se yo qué. Lo interesante de la espera es que no se sabe cuándo exactamente te va a tocar la vez, todo está un poco fuera de control. Esto crea ansiedad, dolor, alegría, pero sobre todo esperanza. Vivir una hora en estas circunstancias no deja ninguna marca en la persona, pero cuando se trata de vivir esta situación durante un año o más, puede dejar secuelas, si no se vive tal espera con convicciones profundas. Se necesita un estilo nuevo de hacer misión y el primer convencimiento es que el estar en las salas de espera, llámese Macau, Taiwán o Hong Kong, es hacer misión con su componente profético y a la vez, martirial.

En la sala de espera, los planes poco a poco se vienen abajo, la puerta no se abre y la esperanza se oscurece porque no estamos en control de nuestro futuro. Desde Guangzhou, los virreyes y mandarines lo mismo invitaban que expulsaban a los misioneros ya que todo dependía del momento político, de las conexiones apropiadas o del antojo del que ostentaba el poder. Idas y venidas a Macau y la puerta seguía ahí sin abrirse, como testigo silencioso. Las expulsiones arreciaron después de la controversia entre las congregaciones religiosas sobre los ritos a los antepasados promulgados por Confucio y que acarreó tanta polémica entre esas congregaciones. Aquellos que querían permanecer en China tenían que presentarse en los tribunales en Pekín –por un edicto imperial de 1706– y jurar guardar las reglas que Ricci había acuñado en lo concerniente a los ritos, y aquellos que se negasen, serían expulsados.

Posteriormente, cuando los Lazaristas optaron por China para substituir a los Jesuitas, a finales del siglo XVIII, era prácticamente imposible entrar en China porque la corte imperial sospechaba de los extranjeros cada vez más. A menudo los misioneros llegados a Macau, presentaban sus deseos al virrey de Cantón, pero las más de las veces sus peticiones eran denegadas, ya que el camino hasta llegar al virrey era largo y tortuoso. Como consecuencia, muchos misioneros entraron por su cuenta, arriesgando su propia vida y muchos otros esperarían nuevos y mejores tiempos en Macau. Aventureros y mercaderes tuvieron, durante algún tiempo, su acceso a China por los puertos donde estaban protegidos por las potencias extranjeras. E incluso los misioneros, a veces, camuflados con vestimentas de chinos con su larga coleta, la tez pintada con tonos oscuros y un largo bigote para disimular la larga nariz, hicieron su trayecto desde Macau a Cantón en los famosos barcos de entonces, llamados «juncos».

Entrar en China fue siempre un eterno problema para el misionero. Macau fue la puerta trasera para entrar y salir incluso cuando no se podía. La «Porta do Cerco» siempre tuvo ese halo de misterio, de prohibido, elevándose así al rango de icono que resumía el reto a lo imposible. Y ahí sigue más como símbolo que como realidad. ¡Pero, qué poco parecen haber cambiado las cosas! Y hoy seguimos en el mismo dilema. La puerta de piedra con su arco en perfectas condiciones sigue estática todavía hoy, ajena al pasado. Ella se ha jubilado y una nueva frontera, más sofisticada, ha emergido. Y ¿cómo será en el siglo XXI? La verdad es que todos somos cómplices de ese complejo de no querer salir o no dejar entrar. ¿Caerán las murallas y las fronteras? ¿Se derrumbarán los muros que dividen a los hombres o el complejo de muralla que anida, casi por ósmosis, en terreno chino, continuará?

Capítulo 23

LA PEONÍA Y EL CARNICERO

Inmersos en plena Cuaresma, y acompañados por los retazos de primavera que iban dando un aire de anticipada Pascua, se evidenciaba aún más al ver los pequeños brotes que se hacían paso en la parra de la residencia de ancianos de las Hermanas de la Providencia. Yo apenas acababa de llegar a la histórica ciudad de Kaifeng, en la provincia de Henan. Allí precisamente, tenían lugar los Ejercicios Espirituales anuales de ocho días, que impartí a las nueve religiosas, en medio del silencio, la contemplación y la cercanía de Dios. El tiempo inestable daba sus tumbos con cierta resistencia a cerrar la puerta invernal y dar paso con permiso de la madre naturaleza a la primavera y sus deseos de irrupción con la fuerza misteriosa que siempre la acompaña en el retorno de las estaciones.

Mientras tanto, en el segundo piso de la residencia de ancianos tenían lugar los encuentros personales con el Señor, así como la reunión de la comunidad para sus oraciones, la eucaristía, la meditación de las seis de la mañana y los últimos momentos del día, con la proclamación del Evangelio del día siguiente. Los ocho días de meditaciones sobre la Palabra de Dios, la escucha de los pasos del Maestro y los encuentros comunitarios tuvieron lugar en un clima apropiado para taladrar la realidad y bucear en el interior de uno mismo, rascando en la superficie resistente del propio yo.

En medio del silencio afloraron, sin planificación alguna, las sorpresas de siempre. Para empezar, el último día le pedí a la Hna. Niu que me acompañara y abriera la puerta del antiguo convento de las monjas en el primer cuarto del siglo pasado, ya inhabilitado y que cautivó mi curiosidad desde el primer momento que lo vi. Allí yace impertérrito testigo de otros tiempos, pero hoy ya casi en ruinas, y que está cerrado por obvias razones. Pero su aspecto eterno sigue ahí recordándonos un pasado glorioso de vocaciones numerosas que contrasta con la escasez de los tiempos que corren.

Me adentré por los pasillos del viejo convento, no sin un cierto temor de que algún techo me cayera encima. Un calendario pegado en la pared de una de las habitaciones indicaba que las hermanas habían desalojado el edificio en 2004, trasladándose a la nueva residencia de ancianos. Poco más que recordar, pero la planta baja me depararía la sorpresa del día. Me adentré por un pasillo un tanto oscuro y casi como intuyendo que algo insólito se avecinaba, mis ojos se detuvieron en lo que podríamos llamar un boceto o retrato pintado nada menos que de Mao Tsetung. Sí, allí en la parte izquierda del pasillo no podía ser de otra forma, y dibujado en una especie de ocre marrón ya deteriorado por el tiempo, todavía permanecía inerte el «carnicero» de la China moderna.

Miro a la hermana y le pregunto qué hace aquella pintura allí, pero ella no me dice nada. Le pregunto quién lo pintó y enseguida sale a relucir el pasado. Todo, al parecer, ocurrió durante la Revolución Cultural, cuando las religiosas fueron expulsadas del convento y cada una encontró refugio donde pudo. Entonces, el convento fue utilizado como oficina central de una fábrica de estufas eléctricas de la zona, allí estuvo al menos durante veinte años. Cuando las hermanas volvieron al convento a finales de los ochenta y recuperaron su propiedad milagrosamente, se encontraron con la pintura que nos trae a colación. Otros edificios eclesiales, aún siguen estando ocupados por la gente, sin que las hermanas puedan hacer nada para desalojarlos.

Pero la cosa no acababa aquí, al lunes siguiente y nada más finalizar los Ejercicios Espirituales, me dirigí con dos religiosas a la vecina ciudad de Luoyang, una bonita e histórica ciudad. El tren nos dejó en la estación a las 10:30 de la mañana y de allí, en autobús urbano nos dirigimos a la parroquia y aquí viene la según sorpresa del viaje. Al llegar a la única iglesia visible en la inmensa ciudad de seis millones de habitantes, vi sus altas torres que intentaban hacerse espacio entre el corsé de los edificios de alrededor. Tan es así que no pude hacer una foto de toda la portada porque las torres de ladrillo rojizo son altas y porque a unos cuatro metros de la fachada hay un parvulario y otros edificios. Allí me encontré con dos sacerdotes: el P. Guo, mayor y el P. Guo pequeño, así los diferencia la gente de la parroquia. Ambos son procedentes de Changzhi, de la vecina provincia de Shanxi.

Curioso que, en tan solo un año se ha doblado el número de sacerdotes en la diócesis. Lo digo porque desde hace cinco años solo ha habido un sacerdote para toda la diócesis, al menos registrado y permitido por el gobierno. El año pasado el joven Guo vino invitado por el Guo mayor. A mi llegada los dos sacerdotes y otras personas estaban cavando en el jardín. Había un plan para hacer un aparcamiento de coches al lado de la iglesia. No olvidemos que los cristianos, unos 300 están muy dispersos por toda la ciudad, y muchos vienen a la eucaristía dominical con sus propios coches.

Después vine a saber que en la misma diócesis está presente también la comunidad clandestina católica, del Obispo Pedro Mao y sus veinticuatro sacerdotes, y otras tantas religiosas de la congregación de Sta. Teresita del Niño Jesús. La división de la comunidad cristiana en China sigue ahí, es una situación compleja que frena la fuerza y expansión de la Iglesia. Por otra parte, que la Iglesia esté dividida va siempre en beneficio del gobierno. En ambas, las dificultades no son pocas, sobre todo en el campo de la evangelización. El P. Guo mayor me decía que hoy la gente solo está interesada en el dinero, que los cristianos están muy esparcidos por toda la ciudad, lo cual dificulta la tarea de evangelización, y que, en muchos casos en las familias cristianas, la esposa es católica y el esposo no creyente o al revés, con la consiguiente dificultad para visitar a las familias.

Apenas puse pie en la ciudad de Luoyang, empecé a escuchar el nombre de una flor, la peonía que en chino se la llama «mudan». Al parecer, los colores de la misma varían del amarillo y rojo, al blanco y azul. Incluso pude presenciar las primeras «mudan» de la temporada, a la orilla de la carretera que va al aeropuerto, a cuyos lados, los agricultores exponían las primicias de la temporada, a buen precio, por cierto. En el lejano oriente, las peonías simbolizan abundancia, buena suerte y prosperidad. El significado de esta flor parece ser la representación natural de la belleza, efímera y frágil, ya que su periodo de duración es más corto que el de la mayoría de las flores. En China, además, son muy valoradas por las propiedades medicinales de sus raíces, que se cree pueden bajar la fiebre y conseguir una mejora notable en el riego sanguíneo.

Y de allí mismo tomé el tren para Anyang, al norte de la provincia de Henan en la frontera con Hebei. El P. Zhang me había invitado a visitar la oficina diocesana de ayuda social, una especie de Caritas diocesana apenas inaugurada. La diócesis de Anyang quiere tener una presencia

en la sociedad y sin duda alguna ésta es una forma apropiada para conseguir tal objetivo, quizás la más genuina. En la oficina de Huaixin Gongyi di una charla sobre la dimensión social de la fe y la presencia de la Iglesia en la sociedad. Fueron momentos interesantes con el P. Zhang y un grupo de católicos que trabajan en la oficina. Posteriormente, el obispo Zhang, vino a verme.

Los signos de la Cuaresma y de la Pascua se entremezclan con asidua frecuencia en la Iglesia en China, sus retos no son pocos, pero van haciéndose presentes en la sociedad con un cierto desparpajo y osadía.

Capítulo 24

JESUCRISTO PISA TIERRA CHINA POR PRIMERA VEZ

El tren caminaba a velocidad de camello, y nunca mejor dicho, a ambos lados de las vías no se vislumbraba otra escena que las infinitas llanuras de arena, salpicadas de vez en cuando por montañas peladas que se oteaban en la lejanía. Tenía la impresión de estar atravesando una tierra árida e inhóspita y un paisaje poco menos que apocalíptico. Este era el trayecto y el escenario desde Lanzhou, capital provincial de Gansu, hasta la ciudad norteña de Dunhuang. Había cogido el tren a las 18:30 y después de 16 horas interminables de tren, llegaba a mi destino. No había tiempo que perder, en la estación hemos comido un buen cuenco de *mian* (fideos) y me he dirigido, hacia las dos de la tarde y con un calor de aúpa, a las famosas grutas budistas de Mogaoku, a unos veinte kilómetros de la ciudad.

En algunas de las cuevas, santuario budista construido siglos antes de Jesucristo se encontraron algunos «sutas» de Jesucristo que fueron guardados en tiempos de persecución religiosa en las grutas, donde antaño vivieron los monjes budistas. (El Sutra es un texto sagrado del budismo que reúne las enseñanzas o discursos de Buda o de otros fundadores de religiones).

De hecho, es a través de Mogaoku (莫高窟) que el Evangelio llegaría por primera vez a China, allá por el siglo VII, por medio de los monjes nestorianos. Esta secta cristiana que difundía la idea de la doble personalidad de Jesucristo, le valió a su fundador Nestorio, la calificación de hereje con el cese de su cargo y el exilio en Oriente. El Nestorianismo con sus adeptos se transmitió hasta China por la Ruta de las Seda. Un edicto imperial de la dinastía Tang, en el 638, relata que el sacerdote iraní Alopen llegó a la corte tres años antes. Alopen llevaba consigo Escrituras religiosas que fueron traducidas al chino, de manera que el emperador pudiera entenderlas. El emperador las aprobó y dio a los nestorianos permiso para propagar su fe a lo largo del imperio, lo que se considera como la introducción del cristianismo en China. Un monumento erigido cerca de Tang en el año 781 en la capital de Chang'an (hoy Xian) contiene información acerca de los primeros 150 años de la comunidad nestoriana local.

Un texto encontrado en Dunhuang por Paul Pelliot, titulado *Elogio de la Santa Trinidad*, afirma que no menos de 30 obras nestorianas, traducidas al chino, se habrían conservado debido a que una de las cuevas estuvo bloqueada por arena y, por tanto, no expuesto al público, y que fue descubierta muy posteriormente.

Dunhuang fue durante siglos el punto de convergencia en pleno desierto, de las comunicaciones entre China y Occidente, a través del nudo neurálgico de la Ruta de la Seda. Este nudo neurálgico de comunicaciones desaparecería con la última dinastía Ching, cuando ya los barcos hacían más viable el transporte de mercancías y el contacto entre civilizaciones. Toda la zona y sus alrededores conservan aún algunos hitos históricos, aunque cantidad de monasterios budistas y taoístas fueron destruidos durante las persecuciones religiosas y sobre todo durante la abominable Revolución Cultural instigada por el gobierno maoísta chino.

Dunhuang es una ciudad de unos ciento cincuenta mil habitantes ubicada en el desierto y expuesta a las tormentas periódicas de arena en un clima muy seco, aunque rebosante de historia. He pasado allí día y medio. Las famosas grutas budistas son impresionantes y aunque vandalizadas varias veces a lo largo de la historia todavía albergan esculturas, pinturas y pergaminos budistas de un valor histórico importante. Hay una estatua de Buda durmiente de más de 15 metros de larga reclinada. Otra escultura, de unos 30 metros de un Buda sentado e incrustado en la roca de la pared de la montaña, justo donde el primer monje budista tuvo la inspiración de establecer allí un monasterio. Fueron los monjes los que excavaron en la roca sus más de 800 cuevas.

El budismo llegó a Mogaoku, desde la India, a través de las rutas comerciales y los mercaderes eran los que financiaban la construcción de las cuevas en agradecimiento por haber podido cruzar el temido desierto de Taklamakhan. Las así llamadas Cuevas de Mogaoku hacen de Dunhuang uno de los tres centros budistas más famosos de China junto con los de Luoyang, en la provincia de Henan y Datong, al norte de la provincia de Shanxi. El gobierno ha recuperado ciertos edificios y construido otros como museos, centros de simposios, etc. haciendo de Mogaoku un centro turístico e histórico relevante.

El entorno de las grutas rezumaba un cierto sabor religioso. Me parecía estar en un lugar sagrado con una carga histórica sin precedentes en China e incrustado en pleno desierto. El río que pasa al lado de la ladera de la montaña estaba totalmente seco. Desde allí los monjes nestorianos cristianos llegaron a la entonces ciudad imperial de Xian en el puro corazón de la Ruta de la Seda. Poco después, debido a las persecuciones, esa presencia desapareció, aunque han quedado lápidas que inmortalizan el quehacer de los monjes en su deseo de llevar el mensaje cristiano a China.

A tres kilómetros de la ciudad hay un lugar de atracción turística en pleno desierto, donde la gente sube a pie las altas montañas de arena. Otros lo hacen con camellos cuyo rastro dejaba un olor inconfundible y cuyas marcas inevitables a lo largo de la ruta eran punto de encuentro más que atractivo, para los insectos que por allí merodeaban. A mí lo del camello no me atrajo y me dije que me iría a pie hasta la cúspide de la montaña, conmigo venía la Hna. Feng. Ni cortos ni perezosos como tantas otras personas nos descalzamos y trepamos hasta la cúspide. Menos mal que no hacía sol sino una pequeña brisa y una leve llovizna, perfecto para escalar la montaña de arena. La arena estaba muy movediza, menos mal que nos ayudábamos con una especie de escalera de madera y cáñamo que nos indicaba el camino y nos ayudaba a pisar un poco en firme. Después de media hora estábamos en la cumbre. Impresionante vista con un oasis a la izquierda y con agua en el horizonte. ¡Increíble mezcla de contrastes y sensaciones! Al bajar y visitar el pequeño oasis, me sorprendió ver algunas golondrinas, pardales y picazos. Estas tres aves también las vi en África hace ya más de 30 años y por lo que se ve se adaptan a cualquier lugar y clima mucho antes de que llegara la globalización.

Los ocho días anteriores había impartido los Ejercicios Espirituales a las Hermanas de la Sagrada Familia de la diócesis de Lanzhou. Durante ocho días pude vislumbrar cómo en la sequedad y aridez del corazón humano siempre emergen oasis de agua que brotan de la fuente del Espíritu y que pude percibir en las hermanas participantes en los Ejercicios Espirituales. Esta congregación tiene 32 hermanas trabajando en ocho leproserías de la provincia de Sichuan y Guizhou en el sur de China. Además, trabajan en la pastoral en cuatro parroquias, regentan un par de dispensarios y un orfanato. Fueron ocho días de clausura especialmente para mí ya que ni al

patio de la iglesia podía salir. El párroco muy avisado lo utiliza para aparcamiento de coches y así conseguir sus dinerillos para mantener el funcionamiento de la parroquia. Por eso noche y día hay gente que entra y sale del patio de la residencia parroquial y nunca sabes con quien te vas a topar.

De vuelta de Dunhuang, paramos un día en Wuwei a unos quinientos kilómetros. Aquí las distancias son para enmarcar. La diócesis de Lanzhou tiene una longitud de 1.300 kilómetros de norte a sur. Los treinta sacerdotes de la diócesis y el obispo Han, se reúnen una vez al año. En Wuwei me acerqué a visitar el orfanato de las hermanas, literalmente, otro oasis en medio del desierto. El gobierno hace unos años desalojó a las familias que vivían en las montañas cercanas para que se establecieran en una zona semidesértica, con la promesa de que se excavarían pozos y habría agua suficiente y así incentivarles a recomenzar su vida y así se hizo. Hoy, después de 20 años, no puede imaginarse lo que la zona era hace tan sólo unos años, aunque todavía se vean pequeños montículos de arena, recogida y apilada por los campesinos alrededor de sus campos de cereales. A la orilla del poblado en donde todas, excepto dos, son familias católicas, están el orfanato y a su lado la iglesia.

Adentrándonos en el orfanato, la Hna. Nian nos ofrece una sandía fresca algo que se encuentra por doquier en estos días. En su tiempo hubo más de veinte niños y niñas en el orfanato, pero hoy solo quedan once y ya mayorcitos. Las religiosas no pueden aceptar más huérfanos ya que según la Hermana Nian, el gobierno nos les concedería el *hukou*, carnet de identidad sin el cual no eres nada en China. Me decía la Hna. Zhao que, dentro de unos años, cuando los estudiantes sean mayores, el orfanato se convertirá en residencia de ancianos. De hecho, ya hay cuatro que viven allí. Días inolvidables, encuentros con gentes de otras latitudes, donde la historia se mezcla con la presente realidad, donde el Dios de la historia va guiando a los pueblos en el claroscuro del peregrinar humano.

Capítulo 25

LA REVOLUCIÓN CULTURAL: UNA DÉCADA PARA OLVIDAR

Ya en el avión los minutos iban pasando con cierta rapidez, y yo a su vez iba desgranando las páginas de un libro sobre la «Revolución Cultural» que había comprado en Hong Kong en mi última visita, con ocasión del encuentro mensual que teníamos sobre la Iglesia en China. A medida que me adentraba en la década de 1965 a 1975 me resultaba difícil hacerme a la idea de lo que iba leyendo. No solo se trataba de la destrucción moral de todo un pueblo y su pasado lo que sucedió en aquella década sino también el percibir el odio que circulaba por las mentes de los chinos y la sumisión brutal a la que fue sometida la gente, en especial maestros, gente de cultura y de una cierta posición social, amén de los entresijos políticos de las luchas internas del Partido comunista. Particularmente aborrecible me resultaba intuir la manipulación de Mao Tsetung y el rosario interminable de vidas humanas, suicidios presagiados y humillaciones sin cuento que iban padeciendo todos indiscriminadamente, aunque posteriormente se cebaría en los creyentes de las varias religiones, con especial énfasis en los católicos. La incertidumbre, el temor y la violencia iban cubriendo el tejido social sin saber al día siguiente por donde iban a ir los derroteros del país.

Cuál no sería mi sorpresa cuando después de ocho días, acabados los Ejercicios Espirituales ofrecidos a las Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús de Langfang, me encontraba en la provincia de Shanxi, la de las minas de carbón, cuando de nuevo la Revolución Cultural salió a relucir. Con el P. Liu y el P. Zhang me dirigí desde Taiyuan por autopista a la diócesis de Yuci, llovía de forma torrencial y las temperaturas habían bajado de forma inusual en el mes de julio. Hacía fresco y se respiraba aire puro y se huía del calor pegajoso de estas fechas. Subíamos a una parroquia enclavada en plena montaña, y de allí, a un lugar inédito en estas latitudes, la casa de retiro de una Hermana Agustina contemplativa que desde hace ya unos diez años estableció allí su propio monasterio-casa de retiro.

La Hermana Liu se formó en Irlanda y luego escogió la vida contemplativa, volvió a China y habló con el obispo de Taiyuan que no vio con buenos ojos semejante iniciativa. Acudió al entonces obispo de Yuci, Mons. Wang Jing, que inmediatamente dio luz verde al proyecto, precisamente en su primera parroquia apenas ordenado sacerdote. Cerca de la parroquia ya en la cima de la colina nuestros ojos contemplaban un monasterio semi-contemplativo. Llovía a raudales y, mientras tanto, la Hermana Liu estaba ocupada con algunos jóvenes que hacían retiro durante aquellos días. Visitamos las instalaciones y en la sala de estar que más bien parecía una especie de museo, mis ojos se fijaron en una caja de madera, un tanto curiosa, de estilo chino.

Después de un rato, la encargada Hermana Liu nos ha atendido y explicado el proyecto que realizó junto con su padre, que es constructor y que sin duda pudo dar algunas ideas en la construcción de la casa de retiro. La capilla está ubicada en el centro de la misma, sus pasillos colindantes la hacen muy funcional y práctica. Dice que hay gente que va a hacer sus retiros y tiempos de oración con sus directores espirituales y cuando no, es la Hermana Liu la que acompaña a los que quieren hacer el retiro. Pero no voy a hablar de la casa de retiro sino de la habitación museo donde Liu ha ido recogiendo en estos últimos años objetos antiguos del poblado que iban desapareciendo y que ella con sumo gusto protege en una especie de museo, tratando de preservar el contacto con un pasado no muy lejano, y así poder hacer memoria de las raíces e historia de las gentes de la zona. Lo que me llamó la atención, fue la referencia a la Revolución Cultural que salió de su boca, y fue al referirse a una especie de caja de madera que mencioné antes con un cartón cruzado, y sin tener idea cual podría ser su uso. La Hermana Liu nos explicó que se trataba de un altavoz que se utilizaba durante la Revolución Cultural para bombardear y martillar las mentes de las masas con la propaganda maoísta y así lavar el cerebro a las multitudes, cosa que se repetía constantemente en los aciagos días de la revolución. Hecha de madera y cartón allí yace testigo de tiempos infames. Me ayudó a entender un poco más la lectura del libro que tenía esos días en mis manos. Me recordaba también al obispo Domingo Tang de la ciudad de Guangdong, cuando un día sí y otro también, como él escribía en sus Memorias, un coche de las huestes maoístas aparcado a la puerta

de la residencia episcopal repetía insistentemente por los altavoces hasta hartarse, las consignas y los calificativos de «perro anti-imperialista» por activa y pasiva, que saturaban los ruidos que salían de los altavoces. Un día sí y otro también la tropa roja formaba turnos día y noche y, las mentes de los que por allí vivían entre ellas la del obispo Tang, padecían la constante tortura de no poder apelar a nada ni a nadie, simplemente aguantar.

Pero sigamos. Después de comer en la casa de retiro, bajamos a visitar la iglesia parroquial y el P. Zhang nos acompañó, y de nuevo la ingrata y abominable Revolución Cultural salió a relucir. Mis ojos se fijaron en los capiteles de la iglesia parroquial de hace más de 100 años, que no son moco de pavo en estas latitudes y cuyas columnas de piedra con sus capiteles eran de una belleza artística inigualables hasta que llegaron las hordas rojas de la Revolución Cultural. Enseguida, de labios del párroco salieron a relucir de nuevo las consecuencias de la nefasta revolución. Fueron las guardias rojas y los esbirros del régimen los que, a martillazo limpio, tomaron cuenta de cada una de las columnas. Se ve que la piedra era tan dura que desistieron de destruirlas por completo pero los martillazos no fueron en balde y las cicatrices están bien visibles a la vista hasta el día de hoy.

Pero la cosa no acaba ahí. Unos días después en la misma diócesis de Yuci en otro lugar memorable en Jiuji, estaba el primer seminario franciscano en China, donde de nuevo la barbarie de la Revolución Cultural salió a colación. Una campana colocada debajo de una escalera de una casa vecina a la iglesia parroquial, captó mi curiosidad y le pregunté al P. Fan a cerca de ella. El P. Fan me dijo que la iglesia parroquial fue totalmente destruida durante la deplorable Revolución Cultural y hasta la campana de la iglesia fue secuestrada y colocada en la escuela del pueblo para servir como vocero matutino y vespertino para los niños de la escuela. Cuando cambió la situación, en los años ochenta, los cristianos con gran valentía recogieron la campana de la escuela y la devolvieron a su lugar de origen; allí descansa silenciosa esperando tiempos mejores y a la vez como memoria histórica de tiempos turbulentos y testigo mudo de atrocidades del pasado. Aún conserva sus inscripciones que no pude descifrar, pero lo que ella significa es lo único que queda de la antigua iglesia parroquial, junto con la estatua de Jesucristo que por fin se recuperó, no así las de la Virgen y San José que, a buen seguro fueron destruidas por los guardias

rojos. Hay, además, una piedra conmemorativa detrás de la iglesia un tanto dañada, en la que se puede leer una inscripción con el nombre de un obispo; más no pudimos descifrar.

Queriéndolo o sin quererlo, el libro que leía en aquellos días y la realidad que veía con mis propios ojos me hablaban de una década nefasta que acabó con el alma china, los valores morales, las relaciones familiares y que implantó la ley del más fuerte. Su impronta, en la iglesia católica, dejó una huella imposible de borrar, siendo ella una de las dianas más perjudicadas, con sus mártires, la destrucción de iglesias y edificios eclesiales y las humillaciones y vejaciones sin cuento para miles de creyentes. Una época grabada en el corazón y mente de los que la vivieron. Década de terror, de venganzas, de denigraciones y torturas sin cuento sólo por las ansias de poder, las tensiones internas de los maoístas y por el deseo de llevar la revolución a base de sangre a un callejón sin salida. Las contradicciones de China aparecen una vez más: una caja de madera corroída, altavoz de las insignias maoístas de los guardias rojos y que hoy se ha convertido en una casa de retiro y un monasterio contemplativo.

Capítulo 26

LA TUMBA DE SAN FRANCISCO JAVIER, EN CHINA

Nada mejor que un tres de diciembre para peregrinar al lugar donde San Francisco Javier murió en la isla de Shangchuan (上川島) a las puertas de China. La cosa no fue fácil pero después de vivir en Macau casi un cuarto de siglo ya era hora de hacer tal peregrinación. Cada año yo la marcaba en mi agenda y siempre me decía el cacareado «de este año no pasa», pero una y otra vez surgía algo de por medio. Por fin, para celebrar los 40 años de mi entrada en los Misioneros Combonianos, tomé la firme decisión de realizar tal sueño. Para ello con la ayuda del Servicio Turístico Religioso de la diócesis de Macau, que cada año organiza tal peregrinación, me inscribí en el grupo.

Un total de 35 personas cruzamos de mañana temprano la frontera entre Macau y China para llegar en casi dos horas de autobús a la terminal marítima de la cual nos llevarían en barco hasta la isla de Shangchuan. Apenas llevábamos 20 minutos de barco cuando pude divisar la torre de la iglesia donde está la tumba del santo, aunque sus restos mortales yacen en Goa. Debo decir que en todo el trayecto desde Macau hasta la isla no vimos ni una iglesia. La presencia católica en esta zona del sur de China es muy reducida, incluso en el poblado de Shangchuan, el número de católicos es muy reducido.

Apenas bajamos del barco en Shangchuan, ya se adivinaba la que nos caería encima. A la salida de la estación terminal un anuncio grandioso y a la vista de todos con un fondo rojo y los nuevos «doce mandamientos» del presidente chino Xi Jinping, nos daba la bienvenida y nos presagiaba que el control en la zona, promovida por el gobierno para fomentar el turismo tendría sus consecuencias. Apenas acabamos de comer en la esquina del primer bloque de casas en un sencillo restaurante a la orilla de la carretera, nos dirigimos en autobús hacia el lugar santo donde Francisco Javier daría su último respiro, antes de partir para la casa del Padre.

Los peregrinos que deseaban acercarse a lo que fue la tumba de San Francisco Javier, desde el 3 de diciembre de 2016, se han encontrado con

que el acceso a la iglesia estaba prohibido. La razón no era otra que los trabajos de restauración del santuario y alrededores, que al parecer pronto entrará a formar parte del patrimonio de la Humanidad, concedido por la UNESCO. Las tareas de renovación todavía afectan a la entrada del recinto en donde dicen se ubicará un museo, todo ello situado a media hora de barco de la costa, en el sur de la provincia de Guangdong.

La iglesia de San Francisco Javier alberga la tumba vacía del santo, y es una de los treinta lugares históricos que el gobierno chino pidió en 2018 para que se incluyera en la lista del Patrimonio de la Humanidad de la Unesco. El gran misionero español murió el tres de diciembre de 1552 a la edad de 46 años en la isla de Shangchuan, mientras esperaba que se cumpliera su deseo de entrar en China. Fue enterrado en la isla y posteriormente sus restos exhumados y trasladados, primero a Malaca y posteriormente a Goa, en la India.

Los trabajos de restauración aún no están acabados. Yo lo sabía y pensaba si se nos permitiría entrar en el recinto. El día anterior un sacerdote de Macau que conoce bien la zona y los entresijos para visitar el lugar, vino a hacer las diligencias oportunas. La pequeña iglesia que yace en la isla, fue construida en 1986, siendo una especie de reproducción de una capilla anterior construida en 1869 bajo la jurisdicción de la diócesis de Jiangmen. Su obispo actual Pablo Liang Jiansen manifestó en su momento la alegría al conocer que el edificio eclesial formaría parte del patrimonio de la Humanidad de la Unesco, y que por tanto más gente vendría a visitarla y conocer el trabajo misionero del santo navarro. Hasta el momento, ha habido visitas de peregrinos todos los años, pero no de forma masiva.

Las reliquias del santo siempre han atraído a un sector del público particularmente de Goa, donde permanecen sus restos mortales. El deseo de San Francisco Javier después de su estancia en Japón fue entrar en China. Sorprende que un gobierno ateo, materialista y agnóstico se empecine en sacar partido de un lugar santo, si no es por otro motivo que el comercial o también para lavar la cara y dar la imagen de una libertad religiosa que hoy por hoy no existe en el país. Una ojeada alrededor de la isla nos muestra la inversión tan grande que el gobierno chino ha hecho en la zona potenciándolo como zona turística. En los alrededores es fácil percibir la cantidad de hoteles que durante el verano pueden estar llenos, pero que

en mi visita en diciembre estaban en su mayoría cerrados, lo cual indica que el turismo solo funciona en los meses veraniegos. Para paliar tal problema, ¿qué mejor que fomentar un turismo religioso que pueda ayudar a desatascar la parálisis turística invernal?

La figura de San Fco. Javier en Asia tiene su peso, y los cristianos de Macau, Hong Kong y Taiwán contribuirían con buen número de creyentes y peregrinos a visitar el santo lugar, aunque la finalidad del gobierno sea puramente económica, e indirectamente darían una imagen de cierta libertad religiosa al fomentar la visita a tal lugar, atenuando así la imagen de décadas de persecución religiosa a lo largo del mapa chino, con obispos y sacerdotes que languidecen en los calabozos maoístas. Resulta cuando menos paradójico que el Partido comunista manifiestamente alérgico a la religión, respalde la restauración del santuario y alrededores.

Las razones del gobierno chino para promocionar este lugar son puramente económicas, algo que afecta también a los santuarios budistas y taoístas en China. Lo que importa no es si el gato es blanco o negro, sino que coja ratones. El pragmatismo del gobierno maoísta impone que lo importante es respaldar el plan del gobierno y la implementación del Socialismo con características chinas, es decir el negocio y el dinero, aunque sea metiendo en el mismo saco a Dios y al diablo.

Llegamos al recinto eclesial y ya a la entrada un par de señoritas con un desparpajo inusual intentaban grabar a todos los presentes con sus móviles y nos repetían hasta la saciedad que estaba prohibido sacar fotografías. Nada más entrar en el recinto en la parte izquierda, se percibía toda una retahíla de letreros con prohibiciones para todos los gustos, una de ellas informaba que el lugar estaba provisto de cámaras de vigilancia. Entrando, estas dos señoritas sujetaban un canasto con cascos para que nos protegiésemos la cabeza ya que todavía la restauración no estaba acabada y podía haber algún desprendimiento. Allí se unió a nosotros un grupo de gente que venía de Hong Kong, y con todo el desparpajo del mundo la señorita volvió a fotografiar al grupo.

Continuamos hasta la iglesia donde por fin llegamos y rezamos ante la tumba del santo. La estoy tocando con la mano sentado en uno de los bancos, cuando de nuevo la señorita se dispone a tomarnos otra foto con su móvil. La capilla bastante pequeña acoge a unas 60 personas, pero

nosotros éramos más de ochenta. De nuevo agacho mi cabeza detrás de la persona que me protege para no ser visto. También cuando todos tenían puesta su mirada en el sacerdote que guiaba nuestros diez minutos de oración, la señorita tomaba más fotos de los presentes, el control del gobierno se masca. La iglesia pintada de forma más que rara por dentro y con el techo totalmente nuevo, aunque se veían dos goteras impresionantes en la parte derecha. Rezo ante la tumba a pesar de toda la movida de alrededor, aunque sólo fue durante veinte minutos y claro nada de poder celebrar la eucaristía, ni hablar, pero algo es algo.

Calmo un poco mi interior y poco a poco comienzan a surgir de mi corazón tres sentimientos. Primero, constatar el deseo e ilusión de San Fco. Javier de poner pie en China, pero que no pudo cumplir. Deseos, sueños e ideales misioneros que no se pudieron alcanzar. Y pregunto ¿por qué? ¿Es que Dios tiene otros planes o es el poder del mal que tiene su peso? Eso lo estoy viviendo muy fuertemente desde hace unos meses. Segundo, reconocer que del santo no queda ni rastro en la zona ni siquiera sus restos, pero queda su memoria capaz de inspirar a gentes que, en medio de las dificultades, peregrinan y continúan con el espíritu de abrir caminos misioneros y con coraje emprender veredas ahora realmente prohibidas. Finalmente, al igual que en los tiempos de Javier, cuando el emperador prohibió a los extranjeros entrar en China y a la gente local no ayudar al extranjero, me convengo de que a pesar de los siglos que nos distancian de tal acontecimiento, sin embargo, qué poco han cambiado las cosas. La presencia del misionero todavía es vista con recelo constante en estas latitudes. Aun así, mi espíritu salió fortalecido y al dejar el santuario vislumbraba las mismas colinas y el mar que San Francisco Javier vio con sus propios ojos, mientras el murmullo de las olas dejaba un no sé qué especial en mi corazón.

Capítulo 27

¡SE ALQUILA EXTRANJERO!

China sigue desconcertando al mundo, y no te escandalices, porque resulta que allí hasta se «alquilan» extranjeros. Bueno, no es que sea una esclavitud pura y dura, pero no cabe duda que tiene visos de ser un trabajo denigrante y humillante. Pero la tal industria lleva más de 15 años de andadura. Ha tenido que ser el presidente Xi Jinping quien ha dado un portazo a la arquitectura extranjera en China, léase especie de castillos medievales y casas típicas de la campiña francesa, inglesa y alemana, para ver las cantidades de ciudades fantasma construidas en las afueras de las grandes ciudades porque es ahí donde la industria explota sus alquileres y aunque haya decaído un poco el negocio aún goza de una cierta frenética actividad.

Sí, se pone un anuncio en un periódico o agencia referente a estos menesteres, con el título «Extranjero de alquiler» o «Se alquila extranjero» y puede cambiar el futuro de la agencia inmobiliaria. «Extranjero en alquiler», es una especie de oficio que da sus dinerillos, y que se basa en la creencia de que occidente, o aquello que huele a extranjero, tiene su prestigio y acarrea beneficios financieros a las compañías locales, al menos eso es lo que piensa la gente del lugar. Basta con ser blanco y extranjero para tener la posibilidad de ganar dinero sin demasiado esfuerzo.

Aparentemente, es más fácil de lo esperado y no hay ninguna regulación que lo prohíba, al menos, de momento. Los así llamados «alquilados», son «actores» extranjeros, que tienen que jugar un papel concreto, las más de las veces falso. La agencia contrata al «actor» y se llega a un acuerdo con él. No hace falta ser un especialista, la presencia es lo que vale, lo demás no cuenta. La imagen y el envoltorio dictan y tocan el corazón de una buena parte de la sociedad china y una tecla explotada al máximo, donde los susodichos «actores» tienen que hacer un papel la mar de sencillo: estar presentes y yo diría, de no echar la carcajada en ciertos momentos del papel que tienen que representar. Pueden hacer de, o pasar por, hombres de negocios, directores, expertos, músicos famosos o modelos e interpretar papeles de falsos propietarios de bienes inmuebles con

el propósito de llamar la atención a los compradores chinos, o también sentarse en la oficina de la empresa para que los posibles compradores noten su presencia.

Su participación se incluye en algún evento, una fiesta, una exhibición de bloques de pisos en una nueva urbanización, la venta de un producto que no se sabe cómo promocionar en el mercado, etc. Se acompaña al director, se asiste a una cena de negocios sin hablar demasiado, para no meter la pata, o se actúa como presidente o vice presidente de una empresa cualquiera. Se pueden ganar de 150 a 300 dólares por evento. Ser extranjero viene asociado a hombre de negocios, adalid de la ciencia o mago de la informática y la tecnología. Nuestros «actores» en realidad son como falsos clientes, pero las empresas están convencidas de sus futuros beneficios, ya que el extranjero da una imagen de prosperidad y éxito.

El director de cine David Borenstein, elaboró, hace algunos años, un documental al respecto y manifestó que, a veces puede resultar humillante. De hecho, solo cuenta la piel y como bien dicen algunos de los supuestos «actores», a veces se sienten como «un mono en el zoo». La contrapartida es que ser extranjeros acarrea dinero sin apenas esfuerzo. También se «alquilan» extranjeros negros, aunque según admiten las agencias intermediarias, están peor pagados y los quieren más que nada para extras y la promoción de productos para el desarrollo de la musculatura corporal. Borenstein, de Miami, vivió en Chongqing durante el auge inmobiliario chino en los años 2010 y 2011 y en esa época asumió varios papeles para pagarse sus clases de cine, y actuaba junto a otros extranjeros en eventos organizados por compañías inmobiliarias, las cuales vendían pisos y parcelas urbanísticas en ciudades recientemente construidas, que muy pronto acabarían siendo ciudades fantasmas con rascacielos deshabitados.

En su documental titulado *Dream Empire*, comenta su experiencia en esta extraña industria y la de Yana, una trabajadora inmigrante que creó una compañía, precisamente para alquilar extranjeros.

«Usted pone a un extranjero enfrente de un edificio y todo cambia», dice Yana en el documental. En esa época, nuevos edificios proliferaban como hongos en ciudades chinas de tercera y cuarta categoría, éstas intentaban ser publicitadas como «ciudades internacionales», que seguirían el progreso de Shanghái y Beijing, donde la inversión extranjera y

los empresarios ricos invertirían sin cesar, lo cual acarrearía cuantiosos beneficios financieros. La estrategia con una presencia «internacional» era sinónimo de «desarrollo». Para hacer buen negocio tenía que estar conectado, de una u otra forma, con la economía internacional. Era todo un espectáculo ver a los agentes inmobiliarios y a los oficiales que subían al estrado y hacían sus discursos. Acto seguido, los extranjeros subían al escenario y jugaban cualquier papel organizado por la inmobiliaria. Otros papeles han sido tan indignantes que hasta se les pedía interpretar roles clásicos como empresario, arquitecto o incluso que fingieran ser miembros del consulado general de la embajada de los Estados Unidos.

En estos últimos años, el mercado se ha enfriado. Como consecuencia, en las afueras de las grandes ciudades la panorámica es siempre la misma: ciudades fantasmas, donde hileras de bloques están completamente vacíos. Hace unos años, cuando el gobierno promovió abrirse al extranjero, la cosa funcionaba bien, pero en los últimos años el discurso ha cambiado de tono, siendo reemplazado por un marcado nacionalismo, especialmente desde que el presidente Xi Jinping asumiera el poder.

Lo que sí que parece que va en aumento, es otro tipo de alquiler, que por aquí se denomina el alquiler de «una falsa novia para el Año Nuevo Chino». En el Año Nuevo Chino, una multitud de solteros vuelven a sus casas de origen y la presión de la familia con preguntas ininterrumpidas sobre la necesidad de casarse es apabullante. Para evitar tal tortura se ha puesto de moda traerse una falsa novia a casa, es decir novia a tiempo reducido, que es lo que dura el festival antes mencionado, que suele ser de una o dos semanas.

En el mundo de los negocios, en China, no hay límites para la imaginación, especialmente cuando de lo que se trata es de vender, comprar, consumir o hacer dinero. En 2016 salió un artículo en el Diario del Pueblo, donde se entrevistaba a varios solteros que decían que «las novias a tiempo reducido» eran la solución perfecta para evitar interrogatorios interminables por parte de la familia y otros temas sobre su vida amorosa, planes para casarse, etc. Con la novia presente en la casa, todo eso quedaba de alguna forma paliado al menos hasta el siguiente Año Nuevo Chino. En Weibo, red social popular donde se insertan anuncios de todo tipo, extendida por toda China, proliferan antes del Año Nuevo Chino este tipo de

anuncios. En las redes sociales se intercambian mensajes, se conocen y deciden intentar la estratagema. El precio para alquilar una novia falsa es de entre de 10 y 15 euros por día. Claro antes del contrato hay que apurar bien qué tipo de servicios van incluidos durante una o dos «rocambolescas» semanas.

La cultura de la imagen y el envoltorio y el supuesto de que todo lo extranjero vende y que el todo vale con tal de que el negocio prospere, son las nuevas leyes del mercado y los «valores en alza» en una sociedad un tanto aturdida, por falta de valores y referencias que siguen haciendo destrozos en las nuevas generaciones. Y mientras tanto, algún que otro extranjero, seguirá «haciendo el mono» por unos dinerillos. ¡Ver para creer!

Capítulo 28

NI A LAS PIEDRAS DAN UN RESPIRO

Es el mes de julio de 2018. Acabo de volver de un viaje itinerante a China, han sido tres semanas largas en las provincias de Hebei, Shaanxi y Henan. Llevaba ente manos varias actividades y una cierta incertidumbre por ver cómo sobrevive la Iglesia a los ataques bestiales y a veces alocados de un gobierno que tiene vértigo a perder el poder usurpado con la fuerza hace varias décadas. Digo que llevaba una cierta incertidumbre porque desde el 1 de febrero anterior, el Partido comunista ha promulgado una nueva Regulación sobre los Asuntos Religiosos, lo suele hacer cada diez años. Sólo que esta vez es mucho más opresiva y los castigos e infracciones van acompañados por multas cuya cantidad está tipificada en tal legislación.

Esta nueva promulgación es mucho más larga y minuciosa que la anterior y va directo al corazón del asunto: controlar, doblegar y penalizar todo aquello que se salga del marco comunista que entiende que las religiones existen solo para servir a los intereses del Partido comunista. En la nueva regulación había dos puntos candentes: la destrucción de iglesias y cruces y la nueva promulgación para prohibir la entrada en las iglesias a menores de 18 años.

Al llegar a la provincia de Hebei, en la diócesis de Baoding, una zona donde la presencia de la comunidad clandestina es bien fuerte, no percibí sensación alguna de que tal legislación se estuviera imponiendo de forma irremediable. Viajé después a la provincia de Shaanxi visitando un centro de niños y jóvenes con discapacidades físicas y psíquicas y un orfanato llevado adelante por religiosas chinas y tampoco percibí particular preocupación por parte de la iglesia local. Lo que sí preocupaba era la supresión de campamentos y actividades de verano para los jóvenes que más o menos abiertamente han venido realizándose en las últimas décadas, como sucedió en la diócesis de Xian donde el gobierno local informó a la diócesis de que no se llevaran a cabo tales actividades durante el verano en curso.

De allí viajé a la provincia de Henan. Nada más llegar al Centro Pastoral donde tendría lugar el retiro anual de veinticinco religiosas de la congregación de San José en la diócesis de Anyang, me di cuenta de que, en la

entrada del centro pastoral, en cuyas instalaciones hay también una parroquia, había un letrero malamente colgado en la pared de en frente, con unos signos chinos grandes en blanco sobre un fondo rojo, en él se podía leer que se prohibía a los menores de 18 años recibir instrucción religiosa en tal lugar.

Pregunté al P. Dang que es el párroco y encargado del Centro, y me dijo que, hasta hacía tan solo dos semanas que el gobierno local había enviado a varias personas a controlar la situación todos los domingos por la mañana. Llegó el domingo y aunque yo estaba impartiendo los Ejercicios Espirituales, tuve una cierta curiosidad por ver quiénes eran aquellos emisarios que prohibían a los menores de 18 años entrar en la iglesia, pero no vi a nadie. Pregunté a la Hermana Zhang y me dijo que ya el domingo anterior tampoco habían venido, lo cual indica que la implementación de tal normativa empezaba a decaer. Yo mismo pude ver desde mi ventana el mismo domingo cómo niños y jóvenes deambulaban a la entrada del centro.

La provincia de Henan ha venido pasando en los últimos tres meses, momentos de tensión y angustia por tal prohibición gubernamental. Nadie sabe a ciencia cierta cómo comenzó. Algunos lo atribuyen a una frase que un cristiano en la diócesis de Zhumadian, al sur de Henan, espetó a alguien del Partido comunista en la que dijo públicamente que los sacerdotes católicos tenían más fuerza que los militantes del mismo partido. Como represalia y para hacer ver quién tenía más poder e influencia se llevó a cabo tal prohibición en toda la provincia. En la catedral de Anyang, la policía colocó tal prohibición en un letrero que a los pocos domingos fue retirado por algún cristiano. Los últimos domingos no ha habido tal control, pero perdura el interrogante de las actividades juveniles en los meses de verano que está por ver, y si fuera así muchas actividades juveniles se llevarán a cabo de forma clandestina, camufladas bajo nombres falsos de cursos de música o de caligrafía china, etc., teniendo todo siempre bien preparado por si la policía de seguridad se acerca a controlar.

El día 28 de junio me acerqué a Huaxian, en la primera parroquia de la zona que fue establecida hacía más de cien años. Había fallecido una religiosa de 101 años en esos días. Mientras íbamos por la carretera se podían ver coches patrulla de la policía de seguridad en cada cruce de carreteras y con un bosque de cámaras de seguridad.

Pero la cosa no queda aquí, la religiosa que me acompañaba a Huaxian me dijo que, a primeros de junio, el gobierno local había destruido un viacrucis de lapidas de piedra esculpidas, con los signos chinos apropiados para cada estación. Habían sido colocadas a lo largo de la colina de Nuestra Señora a primeros de junio. Pocas semanas más tarde una excavadora arrasó por orden gubernamental, todas las estaciones del *vía crucis*. Antes de la Revolución Cultural había una iglesia en la cima de la colina que durante la revolución fue completamente destruida.

Los cristianos solo pudieron recuperar una imagen de piedra de la Virgen María, colocada hoy en día sobre una plataforma de piedra en la cima de la colina. La imagen rota en pedazos durante la Revolución Cultural fue recompuesta por los cristianos, pero el gobierno prohíbe la construcción de una ermita en la cima de la colina. Bajo directrices gubernamentales, la excavadora destruyó y arrancó de raíz todas las estaciones del viacrucis, enterrándolas en el mismo lugar de donde las arrancaba. La diócesis de momento espera a que pase la tormenta y ver cómo proceder.

No participé en el entierro de la religiosa ya que mi presencia hubiera llamado la atención en un contexto de por sí llamativo donde la banda musical lideraba la procesión por la calle principal, seguida del féretro, las 120 religiosas de la congregación y los veintitantos sacerdotes de la diócesis. De hecho, me acerqué el día anterior y vi patrullar a la policía de seguridad por los alrededores lo cual nos hizo dar la vuelta y volver a nuestro destino.

La Iglesia de China camina en medio de tensiones, incertidumbres y la impotencia de no poder hacer nada ante las brutalidades e irregularidades del opresivo gobierno comunista que no deja resquicio a la libertad de la Iglesia.

En la entrada del Centro pastoral, que antes mencionaba, el gobierno obligó a colocar dos paneles del presidente chino con sus alocuciones y directrices sobre religión. En otra parte del patio pude ver otros dos paneles, uno del mapa de la diócesis y otro de algunas actividades eclesiales que allí se realizan. Algunos dirían, una vela a Dios y otra al diablo. Pues sí, pero aquí no queda más remedio si no quieres que la cosa empeore. En una visita previa a un monasterio budista cerca de la ciudad histórica de Xian, también noté que a la entrada del mismo habían colocado la misma

imagen del presidente chino y los paneles. En tal monasterio budista vimos algunos que parecían ser monjes o al menos con hábitos azafranes, pero las hermanas enseguida me dijeron que no eran verdaderos monjes, sino que estaban camuflados para atraer turistas. De hecho, me acerqué a ellos y me percaté de que apestaban a tabaco, lo cual corroboraba lo que me habían dicho las religiosas que me acompañaban.

Este es el plan del gobierno de la «sinicización» de la religión para servir a los intereses del Partido y esperemos que la cosa no empeore. A mí no me pasó nada, volví a casa como de costumbre. La verdad es que uno se acostumbra a casi todo. Aunque también tengo que decir que me muevo por todos los sitios con mucha discreción.

Capítulo 29

QUEMARSE VIVO POR UNA CAUSA: EL TÍBET

«Monje tibetano budista se convierte en el 151 que se inmola, quemándose vivo desde que la ola comenzó en 2009». «Un monje tibetano se prendió fuego y murió en la provincia de Sichuan en China, en otra protesta contra el régimen chino». Así de frías y escuetas saltan a las páginas de los periódicos una vez sí y otra también, este tipo de noticias que le dejan a uno boquiabierto. Ya van 151 inmoluciones desde que en 2009 comenzara este tipo de protestas. Las autoinmolaciones apenas conmocionaron al mundo, aunque fueran las protestas más trágicas de la historia en tiempos recientes. El gobierno chino, siempre con la excusa de que eran actos terroristas, intervino entonces todos los monasterios y se llevaron a unos 2000 monjes, según la BBC.

Las noticias nos dan detalles concretos de la vida de estas personas y todos los motivos, que no son otros que la opresión del gobierno comunista chino contra el pueblo tibetano. No se trata de casos puntuales y me pregunto qué es lo que puede abocar a una persona a auto inmolarsse y a quemarse vivo en público.

Los motivos quedan plasmados en sus últimas voluntades no de puño y letra, sino en su último respiro vital, mientras que las víctimas gritan desesperadamente, a caballo entre la vida y la muerte siendo pasto de las llamas, y que no es otro que su petición desesperada al mundo sordo y ciego por la causa tibetana, y la angustia de estar obligados a vivir en un permanente estado de terror. Las consignas de libertad es el último grito que sale de sus entrañas y el sacrificio atroz y doloroso por el cual se inmolan, amén de no encontrar otra salida. Algunos incluso como el joven estudiante Chagdor Kyab de dieciséis años de edad, mientras su cuerpo ardía intentó correr hacia las oficinas del gobierno chino del municipio de Bora, pero se desplomó antes de llegar. Es el grito desesperado contra la supresión y opresión de la dictadura comunista china, implantada en el Tíbet desde su ocupación bélica en 1950, por el ejército de Mao.

Los estudiosos de la situación en el Tíbet, cuyo acceso a la información está brutalmente controlado, afirman que se prenden fuego «para protestar contra lo que consideran un ataque constante contra la cultura, la libertad de expresión y de culto». Según Robert Barnett, director del Programa de Estudios Modernos sobre el Tíbet, de la Universidad de Columbia, afirma que «es algo relativamente nuevo en el pueblo tibetano, de hecho, el primer caso se da en 2009. Hubo un caso en 1998, pero fue en el exilio». Según Barnett:

La inmolación está relacionada con el budismo, pero no tanto con el que se practica en Tíbet, sino más bien en Japón e India. Barnett, en un capítulo del Sutra del Lotus –uno de los textos más antiguos del budismo– describe a Buda, en una de sus vidas anteriores, llevando a cabo una inmolación por el bien de otras personas.

Aun así, la controversia está ahí, ¿encajan o contradicen el budismo? Es cierto que la violencia va en contra de su cultura y de su religión, y que el suicidio está prohibido en el budismo, pero si la acción no es por una cuestión personal –dicen algunos expertos– sino por el bien común, el motivo adquiere connotaciones diferentes, ahí ya no se aplican las mismas reglas. A buen seguro, muchos tibetanos no lo ven como un suicidio, sino como una respuesta desesperada para protestar y llamar la atención ante la sordera mundial, aunque saben que la inmolación no es una solución en sí, pero es la única respuesta a las agresiones chinas, después de casi siete décadas de opresión.

La tradición budista Mahayana tolera la inmolación, esto quedó patente durante la guerra de Vietnam (1955-1975), cuando los monjes tibetanos se auto inmolaban quemándose a lo bonzo, en protesta contra el opresivo régimen de Ngo Dinh Diem. La postura del Dalai Lama sobre las inmolaciones, aunque siempre se ha opuesto a todo tipo de violencia tanto si es auto infligida o producida a otros, no se ha posicionado claramente, aunque sí que ha expresado su admiración por el valor de los que las llevan a cabo, aunque al parecer no tengan efectividad. En las inmolaciones han encontrado una forma de protestar no violenta contra los otros y con un fuerte impacto simbólico para el pueblo tibetano.

Entre los que se inmolan hay personas de todos los estratos sociales tibetanos: lamas reencarnados, monjes y monjas, estudiantes, pastores, agricultores, etc. El mayor de los inmolados tenía 64 años, mientras que el

más joven tenía 15. Después de cada inmolación, se sigue lo por todos sabido: los agentes de seguridad y policías armados llegan al lugar de la inmolación y retiran el cuerpo, sin vida o agonizando del tibetano. Seguidamente vienen las represalias con una represión fuerte en la zona, la indagación en la familia del inmolado, a la que se atormenta y amedrenta con interrogatorios y demás técnicas violentas y nadie sabe a ciencia cierta donde van a parar los cadáveres o si se los devuelven a sus familiares. Las represalias de las autoridades con todo aquel que se vincule de alguna manera con el auto inmolado no se dejan esperar, no solo contra la familia sino incluso contra los monasterios y personas que envíen condolencias o rezos por ellos. Y si alguien se acerca en busca de información se encontrará a menudo con que las líneas o redes sociales están bloqueadas.

La política represiva de China en el Tíbet, sistemáticamente implementada por el actual presidente chino Xi Jinping no deja resquicio alguno a una posible esperanza de mejora a corto plazo. El futuro del Tíbet es preocupante debido al estricto control de China sobre la libertad de expresión y su severa represión. El muro informativo en la zona hace que sea difícil saber lo que sucede. El último informe anual publicado por el Centro Tibetano para los derechos humanos y la democracia, describe el Tíbet como una «prisión gigante». Un informe de *Freedom House* afirmaba que la situación de los derechos humanos en el Tíbet estaba clasificada como en Siria y Corea del Norte. El gobierno chino aplasta y viola los derechos civiles y políticos de los tibetanos, utiliza la tortura, las detenciones y los arrestos arbitrarios. El pueblo tibetano, en su propia tierra, está privado del derecho de reunión pacífica y libertad de movimientos.

Cualesquiera que sean las causas de la autoinmolación, éstas se han convertido para muchos en la única forma de protesta contra el opresivo régimen de China. El control del gobierno y la dictadura, implementada por el aparato policial del gobierno, se viene intensificando en los últimos años. De hecho, en 2018 salió a la luz pública la nueva reglamentación religiosa en China con todo un cúmulo de prohibiciones, cuya finalidad no es otra que erradicar la religión con fuertes penalizaciones económicas y para doblegar la religión a los dictámenes del Partido comunista ateo. Veremos en qué para todo, pero se presagia un futuro más que incierto y poco halagüeño para la presencia de cualquier religión en China.

Capítulo 30

HERODES AMENAZA A LA GALILEA DE CHINA

¡Quién iba a pensar que los niños le estaban haciendo la guerra al mismísimo gobierno comunista chino! Pues sí, y como consecuencia, las consiguientes represalias contra los inocentes. Este año 2018 está siendo un año aciago para los niños creyentes de cualquier religión en China, particularmente los católicos. La persecución pura y dura, al principio tuvo lugar en la provincia de Henan, en el centro de China. Todo comenzó con la promulgación de una nueva legislación religiosa, el 1 de febrero del mismo año. La Asociación Católica Patriótica China y la Comisión Administrativa Provincial Católica de Henan, con fecha ocho de abril, prohibían a los menores de dieciocho años asistir a cualquier actividad religiosa en las iglesias católicas y asistir a la celebración de la eucaristía, así como organizar actividades religiosas para ellos. Ignorar tal prohibición, significaría la clausura inminente del recinto religioso y se despojaría del permiso de ejercer responsabilidades religiosas al encargado del mismo.

No es cosa nueva, pero en el pasado, cuando se emitían tales regulaciones se trataba más bien de mera propaganda. Hoy las cosas van por otros derroteros. En el mes de mayo, un parvulario regentado por las Hermanas de San José en la diócesis de Anyang, fue cerrado por orden policial, simplemente por estar regentado por religiosas católicas. En las diócesis de Shangqiu y Anyang en la provincia de Henan, los domingos sobre todo desde el mes de abril, emisarios gubernamentales se presentaban a la entrada de las iglesias prohibiendo a los menores entrar. En el mes de junio la cosa continuaba con la misma intensidad, aunque en algunos lugares parece que el temporal comenzaba a amainar.

Los emisarios pueden ser diferentes pero la consigna es siempre la misma, suele ser gente contratada a sueldo, liderados por algún representante del gobierno local. En otros lugares como en la parroquia de Gebi, en la diócesis de Anyang, los emisarios a sueldo se presentaban cada día a las puertas de la iglesia, su finalidad era clara: que los niños estén fuera del alcance de la religión. Las actividades juveniles son consideradas ilegales por varias

razones, la principal es el miedo del gobierno ateo y materialista chino a perder el control de la juventud. El Partido comunista chino teme que la juventud se les vaya de las manos, y para ello es mejor cortar de raíz el problema. En Henan, la llamada «la Galilea de China» por su fuerte presencia cristiana sobre todo protestante, el número de cristianos se incrementa cada año y el gobierno teme a su vez, que la llamada «fiebre religiosa» continúe creciendo y tienen «pánico a la infiltración de fuerzas extranjeras a través de la religión». Preocupación, todavía más evidente son los estudiantes universitarios y el peligro de que los mismos miembros del Partido sigan atendiendo los servicios religiosos donde se pueden «contaminar», así como el aumento de las comunidades cristianas clandestinas. Todo ello se ve como una amenaza al Partido comunista chino, esquizofrénico con todo aquello que no puede controlar. El principio es ineludible: «hay que separar religión y educación». Herodes vuelve a salir a la palestra con la espada afilada a la cola de la interminable fila de inocentes, que ya sufren las consecuencias, bajo la excusa solapada de separar religión y educación donde se manipula y amedrenta a los creyentes de todas las religiones.

Los musulmanes Uigures especialmente en la región noroeste de Xinjiang, también están sufriendo lo suyo. El pánico al integrismo islámico y su violencia inherente causan nerviosismo en la cúpula de Beijing. El gobierno ha establecido campos de concentración para inculcar a los musulmanes adultos y mientras los padres sufren el lavado de cerebro en las cárceles a campo abierto, sus hijos son enviados a orfanatos para también adoctrinarlos. En la ciudad de Qaraqash, según refirió Asia News, habría en junio de 2018, unos 60 niños viviendo en tales condiciones. Es especialmente fuerte la presión con los familiares de Uigures que viven en el extranjero acusados veladamente de tener vínculos con el integrismo islámico.

La misma suerte toca a los budistas, especialmente en la zona del Tíbet y provincias vecinas. A primeros de julio de 2018, jóvenes novicios budistas fueron forzados a salir de los monasterios donde seguían su formación en la provincia de Sichuan. Ignorar la orden implicaba el cierre inmediato del monasterio. Los padres de estos jóvenes y niños están tremendamente preocupados por el ambiente y hostilidad del Partido comunista contra los monasterios budistas. Según información del Servicio Tibetano RFA,

doscientos novicios budistas fueron forzados a abandonar el monasterio Dzachka Dza Sershul el 10 de julio de 2018.

Atacar a los más inocentes y denigrar cualquier tipo de libertad religiosa que no sea la controlada, es el lema del gobierno. Bajo amenazas de todo tipo, se pretende reprimir la presencia budista que se cree está a la base de la oposición al opresivo régimen comunista chino, arrasando con su identidad cultural y religiosa. A parte de esto tienen que atender, tanto a los monjes como a las monjas budistas, en clases impartidas por el gobierno que promueven la lealtad al Partido comunista y a cursos de lavado de cerebro con sesiones inaguantables de propaganda marxista. Los jóvenes monjes son enviados a los monasterios porque sus padres desean que sus hijos se formen allí. En cambio, el gobierno comunista les fuerza a estudiar en las escuelas públicas.

Cortar de raíz cualquier contacto con la religión e intensificar la doctrina comunista a través de medidas violentas y opresivas son tácticas que harán cundir el pánico en los círculos religiosos y atraer al mundo joven a la guarida marxista, cuya su finalidad es cortar de raíz el crecimiento de la religión.

La provincia de Henan llamada «la Galilea de China» vive tiempos de persecución, y como sucediera otrora en las zonas de Nazaret y alrededores, los esbirros pagados por el gobierno siguen impidiendo la entrada de niños y jóvenes en las iglesias, ver para contar. Y mientras tanto, gobiernos de cualquier afiliación y adalides de la democracia y de los derechos humanos y el respeto por la dignidad humana, se sientan a la mesa, sin rubor alguno, con los perpetradores de tales ignominias.

Capítulo 31

PROFESIÓN TEMPORAL Y PERPETUA EN 15 MINUTOS

En principio, se trataba de impartir una semana de Ejercicios Espirituales, de lunes a sábado. Todo llevaba su ritmo normal, participando esta vez diez sacerdotes y cuatro seminaristas de una congregación religiosa, en una diócesis de Hebei. Pero el jueves, a las tres de la tarde, el encargado me dice que hay que cambiar los planes, y que los Ejercicios Espirituales concluirán al día siguiente por la tarde. El organizador, el P. Bai me comunica que hay dos seminaristas que harán la profesión religiosa temporal y un sacerdote el P. Zhao, la perpetua, algo que, en principio, habían planeado para el sábado, pero debido a la tensa situación y la persecución progresiva del gobierno chino, el obispo había decidido anticipar la ceremonia. Me venía a la memoria lo que sucedió hacía cuatro años, cuando tuvo lugar la más original ordenación sacerdotal que jamás haya presenciado de dos miembros de la misma congregación que fue toda una epopeya, algo nunca visto. Ya escribí unas Pinceladas al respecto, pero lo que todavía estaba por venir sería aún más sorprendente y dramático. Queriendo decir que en China las cosas van a su aire y sin parámetros similares en otras latitudes. Y si hablamos de la Iglesia, y en particular de la llamada comunidad clandestina o de las catacumbas, la cosa se complica... pero que muchísimo más.

Intenté prepararme mentalmente para lo que se avecinaba, ya que siempre hay sorpresas, imprevistos y cambio de planes hasta el último minuto. Ya no me enfado como al principio, aunque ahora cuando imparto Ejercicios Espirituales o actividades formativas ya vengo precavido con un plan A, y otro plan B, en caso de que surja algún imprevisto. Los cambios por una u otra razón, están a la orden del día.

Y así, el viernes a las cuatro de la tarde, celebramos la eucaristía con la que se concluían los Ejercicios Espirituales, hasta ahí todo bien. Después, el coche que llevaría a los tres que iban a profesar y a mí como acompañante, nos dirigimos al lugar de la celebración. El encargado de organizar la ceremonia me dijo si quería estar presente en la misma o si no convendría llevarme a otro lugar para evitar complicaciones, en caso de que las

cosas se torcieran. Yo le dije que él conocía mejor la situación, me puse en sus manos. El P. Zhao que dentro de unas horas iba a hacer su profesión perpetua, me dijo que fuera con ellos y que no pasaría nada y así fue. Tenía yo una cierta inquietud y nerviosismo ya que conozco el lugar y los problemas que tal participación podría acarrear si la policía, que está siempre por los alrededores nos descubriese. El obispo está bajo arresto domiciliario desde hace años. Ellos ya tienen experiencia en estas lides y saben cómo torear la situación.

Llegamos hacia las seis de la tarde a tres kilómetros de la residencia del obispo, paramos en el camino en un cruce de carreteras y vamos a cenar un poco, y cuando estamos cenando –ya se ha hecho de noche– una llamada telefónica nos dice que hay que moverse pues es el momento apropiado para entrar en la residencia episcopal para comenzar la celebración de la profesión religiosa. Dejamos la cena a medias, salgo cuando me dicen que montemos en otros dos coches que acaban de llegar y que han venido a recogernos. Los coches que habíamos traído hasta la cena los dejamos aparcados. Yo no me entero de nada, solo después me daría cuenta de la movida. No querían utilizar los otros coches porque son extraños en los alrededores y levantarían sospechas. Los coches que han venido a recogernos son de dos sacerdotes que transitan por allí a menudo conocidos seguramente por la policía y además para no levantar sospechas.

Llegamos a la puerta de acceso al recinto episcopal, todo está oscuro, sólo algunas luces encendidas en la iglesia-catedral y algunos cristianos que se acercan a rezar. Bajamos a prisa del coche y nos dirigimos a la casa del obispo, un montón de escombros dificulta nuestro acceso a su residencia. Todo está oscuro, más que probable deliberadamente a oscuras. Alguien dice que llamen enseguida al obispo, que el tiempo apremia. Los policías que le controlan no se han visto por allí desde hacía dos días, lo cual era una buena señal, pero nunca se sabe. Al poco rato viene el obispo renqueando y con el bastón en mano, le acompaña la superiora de la congregación religiosa. Nos saludamos rápidamente, se pone la mitra y regalía episcopal, se sienta en su pequeña oficina, con el trasfondo de un cuadro del Buen Pastor y un Cristo crucificado, muy en línea con lo que está viviendo él, y comienza la ceremonia, que transcurrirá a velocidad endiablada.

Los dos seminaristas que van a hacer la profesión temporal visten el hábito de su congregación, blanco y azul y enseguida se arrodillan delante del obispo. Una vela, la Biblia, y la fórmula de los votos proclamada, junto con la oración del obispo y la firma, es todo lo que se vio allí. Los presentes éramos el obispo, los tres que profesaron, el superior de su congregación, el sacerdote encargado de su formación, el párroco, la superiora de las monjas y un servidor, ni cantos ni nada de nada, la situación dramática apremia. La liturgia austera y reducida a lo mínimo, todo fue muy rápido. Saqué unas fotos porque había que perpetuar el momento. Luego vino la profesión perpetua del P. Zhao, con el mismo protocolo. Todo concluyó en 15 minutos.

La situación de la Iglesia en China está empeorando, por eso decidieron cambiar la hora y el día. Nada de ceremonias pomposas, ni liturgias fastuosas, en quince minutos estábamos saliendo del recinto episcopal. Ni un solo familiar presente en la ceremonia ya que se trata de no llamar la atención. He hablado un poco con el obispo y me dice que las cosas se complican en China, me comenta que en varios lugares las cruces de las iglesias han sido arrancadas de las torres de varias iglesias, que se prohíbe a los niños y jóvenes entrar en las iglesias, y que las estaciones del viacrucis, en la diócesis de Anyang, fueron arrancadas de raíz por empleados del gobierno y enterradas de nuevo con excavadoras..., como durante la Revolución Cultural de los años sesenta.

Hemos salido al trote y volvemos a donde habíamos aparcado previamente los coches. Desde allí nos dirigimos a otra parroquia clandestina, donde trabaja el P. Lin. Nos cuenta que, durante el verano, la policía llamó por teléfono al presidente de la comunidad parroquial amenazándole de que no organizara ninguna actividad juvenil, ya que estaba prohibido, pero ellos hicieron oídos sordos, conscientes de su responsabilidad de escuchar a Dios antes que a las directrices opresivas y arbitrarias del gobierno chino. Nos sentamos en su oficina y tomamos una taza de té y luego sorprendentemente, una copa de vino tinto «La Gran Muralla», algo inaudito en estos contextos. Así celebramos la profesión perpetua del P. Zhao, mientras comentábamos las vicisitudes y peripecias del constante atosigamiento del gobierno. El veintidós de septiembre de 2018, se conocía la noticia del acuerdo provisional del Vaticano y China. En breve, se verá su alcance. De momento, lo nuestro es rezar.

Capítulo 32

PROVISIONAL Y CON COLA

Como todos sabéis, el veintidós de septiembre de 2018 el Vaticano y China firmaron un acuerdo histórico, aunque solo se tratara del nombramiento de obispos. El comunicado de la Oficina de Prensa vaticana lo anunciaba así:

En el marco de los contactos entre la Santa Sede y la República Popular de China, que están en curso desde hace tiempo para tratar cuestiones eclesiales de interés común y promover ulteriores relaciones de entendimiento, hoy 22 de septiembre de 2018, se ha celebrado una reunión en Beijing entre Mons. Antoine Camilleri, Subsecretario de la Santa Sede para las Relaciones con los Estados, y S. E. el Sr. Wang Chao, Viceministro de Asuntos Exteriores de la República Popular de China, respectivamente Jefes de las delegaciones vaticana y china.

El comunicado quiso dar algún detalle al respecto, al menos para justificar tal movida, y añadía:

En el contexto de esta reunión, ambos representantes firmaron un Acuerdo Provisional sobre el nombramiento de los obispos... una cuestión de gran importancia para la vida de la Iglesia, y crea las condiciones para una colaboración más amplia a nivel bilateral. La esperanza compartida es que este acuerdo fomente un proceso de diálogo institucional fructífero y con visión de futuro y contribuya positivamente a la vida de la Iglesia católica en China, para el bien común del pueblo chino y para la paz en el mundo.

Posteriormente el 26 de septiembre, el Papa Francisco escribe un mensaje a los católicos chinos, tratando de explicar el significado del acuerdo, dado el impacto y confusión que había causado, sobre todo en la comunidad clandestina católica.

Nada más recibir la noticia, hubo una palabra que se me quedó grabada entre ceja y ceja: «Provisional». Consulté en varios diccionarios y, en todos ellos tal adjetivo tenía más bien, connotaciones negativas tales como «momentáneo, efímero, transitorio, fugaz, precario, eventual, inestable, inseguro, incierto», etc. Ciertamente, comenzar un diálogo y acuerdo con

el gobierno chino se antojaba complicadísimo a todos los niveles, ya que se trataba de retomar la larga travesía diplomática para comenzar a remendar los daños del pasado y suavizar las mutuas suspicacias entre dos entidades esencialmente antagónicas.

Aún con todos los «peros» el acuerdo deja una ventana abierta en el horizonte, da un aire de esperanza y ofrece algunas posibilidades, aunque ciertamente precarias. Las delegaciones diplomáticas del Vaticano y China eran conscientes de la fragilidad de un acuerdo que había costado sudores y reuniones interminables desde hacía tiempo. Hay que reconocer que deja demasiados interrogantes sin resolver y un cúmulo de dudas sobre cómo se va a implementar tal acuerdo.

La diplomacia sigue sus derroteros no siempre en sintonía con los valores del Evangelio y el ceder, compagnar, negociar y amañar, casi sin querer, saltan a la palestra al escuchar tal comunicado. Nos preguntamos, ¿qué vale un acuerdo cuando una de las partes ha pisoteado y ninguneado su mismísima constitución? ¿No habrá detrás de todo ello el consabido estribillo de que contratos, acuerdos y convenciones tienen un valor muy relativo y que cuando los intereses lo urjan China dé la espalda al mismo?

La historia nefasta del «glorioso» partido maoísta así lo corrobora. En el artículo 36 de la Constitución china está escrito: «Las organizaciones y asuntos religiosos deben mantenerse libres de todo control extranjero». Primera y gorda metedura de pata del gobierno chino. El acuerdo firmado va en contra de la propia Constitución china. Si el Viceministro de Asuntos Exteriores de la República Popular de China se salta a la torera el axioma que machaconamente el gobierno chino ha venido repitiendo en las últimas décadas, cuando se hablaba de la posibilidad de entablar relaciones diplomáticas con el Vaticano, a saber, que nadie puede interferir en los asuntos internos del país como condición indispensable para sentarse a la mesa del diálogo, debemos aceptar que la palabra «provisional» está en definitiva, más que fundada y que habrá cartas en la manga que saldrán a la luz, apenas el gato esté ávido de otro tipo de ratones.

El Partido comunista chino, experto en saltarse a la torera acuerdos de toda índole, deja serias dudas de cara a su implementación. Para más inri no se ha dado detalle alguno del Acuerdo y cómo se llevará a cabo la elección y presentación de los candidatos a obispo. Todo está expresado

en términos muy generales y por tanto dejando amplio espacio para todo tipo de interpretaciones. Una vez más la gloriosa frase del líder chino Deng Xiaoping, artífice de las reformas económicas en China, colorea las posibles consecuencias de tal acuerdo: «que el gato sea blanco o negro no importa, lo que importa es que cace ratones» y aquí estamos, a ver quién caza más ratones. Da la impresión de que el gobierno chino ha engatusado al «todopoderoso» Vaticano a cambio de recibir el respaldo moral que China necesita a nivel mundial.

A su vez, el gobierno chino se frotará las manos al constatar que ha doblegado la cerviz al Vaticano con la admisión a la comunidad eclesial de siete obispos, previamente excomulgados, y por tanto ilegítimos. La ruptura de promesas y el pisoteo de los derechos humanos en China están a la orden del día, sin que en occidente gobierno alguno intente parar los pies al aparentemente todopoderoso gobierno chino. Por poner un caso, el 23 de mayo de 1951, el gobierno tibetano y el chino firmaron un acuerdo en el cual se reconocía la libertad del Tíbet, pero poco tiempo después fue anexionado a China.

Pero volvamos al segundo punto en conflicto, el verificar si la diplomacia como estrategia, está en sintonía con el Evangelio. Lo estaría si los valores de éste permanecieran inamovibles, pero, como decía el Papa Francisco, las dos partes han de ceder en algo. Y a mi modo de ver, queda patente que la peor parte se la ha llevado la Iglesia de China, a la que no se ha escuchado ni tenido en cuenta. De los treinta y tantos obispos clandestinos que hay en China, no se dice ni palabra. En el Acuerdo solo hay lugar para los siete excomulgados. Da la impresión pues de que incluso en la diplomacia vaticana los más débiles y en peores condiciones son los que machaconamente siguen perdiendo. Y aquí está, a mi modo de ver el quid de la cuestión: ¿dónde queda la dimensión profética y martirial de los seguidores del Maestro? ¿No se habrá dado alas al relativismo que impera, incluso, dentro de la Iglesia?

Con todas las dudas y temores que embargan mi corazón, creo que aún vale la pena apostar por la esperanza, aunque sea en este momento en que todas las noticias sobre la situación de la Iglesia en China apuntan a una vuelta a los tiempos de la Revolución Cultural. El «provisional», además de ser tal, puede traer mucha cola. Y si no, al tiempo.

Capítulo 33

EL TAMBORILERO DE PEKÍN

No sé ni qué hora es, estoy en el aire, a caballo entre oriente y occidente. El avión de Madrid a Beijing, que salió el 14 de noviembre de 2018 a las 11:00 de la mañana, llegará a Beijing a las 05:00 horas del día 15. En este «tiempo muerto» que el Señor me da en las alturas, gentileza del avión de Air China, pongo tinta en ristre, mejor dicho, ordenador en mano, para saborear lo que tengo en mi mente. Es una mezcla de desconcierto, de no saber a ciencia cierta lo que uno está viviendo y un cúmulo de imágenes y experiencias recientes que martillean en la mente y que se van entrecruzando con otras que pronto verán la luz. De hecho, no tardaremos mucho en aterrizar en el aeropuerto de Pekín.

Intento escribir algunas notas, pero el murmullo constante y sofocante del interior del avión me lo dificulta. Por fin a las 05:00 de la mañana aterrizamos en la terminal 3 del aeropuerto internacional de Beijing. Nos informan que hace frío, unos 5 grados, no he traído el abrigo, ya que no voy a salir del aeropuerto y cuando llegue a Macao tendremos unos 26 grados.

Es aquí donde aprovecho mi segundo tiempo muerto en la cafetería Starbucks, cadena americana de cafés, que se ubica dentro del aeropuerto. Quería tomar un café para reparar la afrenta que mi estómago y ojos tuvieron que tolerar en la comida servida durante el viaje. Aunque en China el café va tomando adeptos a buena velocidad, sin embargo, se hacen cosas que a veces pueden chocar un poco, al menos para el que viene de lugares donde el café y el vino son bebidas tradicionales, con sus respectivos ceremoniales a la hora de servirse y beberse. Pues bien, pedí un café en la cafetería del aeropuerto. Saco mi ordenador y trato de escribir las primeras impresiones de la vuelta al lejano oriente, como ya hiciera en junio de 2011, cuando comenzamos la andadura de las Pinceladas Chinas.

Para mi sorpresa en la cafetería Starbucks, se oye una música que me resulta muy familiar que no es otra que los villancicos navideños. Todos, a mí alrededor, son chinos. El telón de fondo con música navideña, es algo para contemplar y dejarse sorprender. Aquí el Adviento no existe, pero

la Navidad llega con 40 días de antelación. El todopoderoso «don negocio» no pierde oportunidad para seguir hipnotizando a la gente, tratando de conquistar corazones a diestro y siniestro, aunque el presidente chino promulgara, ya hace cuatro años, que en China no hay espacio para villancicos ni fiestas con tintes occidentales. En una palabra, que ha de hacerse tabula rasa de «estas contaminaciones extranjeras». ¡Vana pretensión! Pues cuatro años después la música navideña sigue impregnando todo el ambiente de la terminal.

Siempre que vuelvo al extremo oriente, tengo la sensación de que no me doy mucha cuenta de lo que está sucediendo. Los dos meses en España ya son historia pasada, pero la vida te pone de bruces ante lo que no se puede ignorar. Y para prueba, dos hechos desconcertantes y graciosos que me abrieron los ojos en ese imbuirme una vez más en la diferencia entre oriente y occidente. En el avión que me traía de vuelta a China y después de casi una hora de vuelo, nos informan en chino que se servirán dos clases de menú. La comida y el servicio en el avión han sido muy discretos, para no decir deficientes, aunque yo me conformo con todo. Esta vez no sé por qué, el menú de pescado captó mi atención, quizás porque llevaba casi dos meses sin apenas haber probado el pescado.

Al servir la comida llega la azafata con su carrito y me deja la bandeja de la comida. Primera frustración, traen la comida, pero no la bebida. Aquí se come a secas, cuando has acabado de comer es cuando te traen la bebida, cosa nimia, pero es que sin beber a uno se le atasca la comida. Estaba ansiando un buen vaso de vino tinto, uno de los tres elementos de mi triada sacra, pero acabé de comer y no llegaba la bebida. Es en acabando la comida cuando se ponen a servir las bebidas. Y aquí viene lo bueno, miro de reojo qué bebidas se servían y oteo bien el horizonte y entre la maraña de zumos, agua y otros nimios refrigerios, me pareció vislumbrar algo así como una, sólo una botella de vino y efectivamente así fue. Cuando llega la azafata y me pregunta qué deseo beber, mi respuesta fue inmediata, apuntando a la botella, pero mis ojos no podían creer lo que se avecinaba. La azafata coge mi taza, que estaba reservada para el café y aunque le repito que no quiero café, lo que quiero es vino, ella, ni corta ni perezosa y con una naturalidad desconcertante, asiente con la cabeza como que me ha entendido, y agarra la botella de vino tinto y vierte el vino en la bonita e inmaculada taza, supuestamente

reservada para el café, que se supone debía llegar más tarde. Ella se quedó tan campechana, y yo con la boca abierta. Me recordó a mi abuelita que durante las comidas bebía su vino siempre en una taza de café que con el tiempo había mancillado la blancura que antes tuviera. Cuando veía verter el vino en la pura e inmaculada taza de café me dio como un revuelco en el estómago y en el corazón, cosa que mi rostro debió expresar pero que la azafata ni se inmutó. ¿Divergencias culturales? ¿Indiferencia ante los sentimientos del viajero? Todavía no lo he averiguado hasta el día de hoy.

El café que llegaría más tarde, a petición expresa, al final llegó, pero en otra taza. Casi a punto de desmayarme por tamaño atropello, veía con incredulidad cómo el color fuerte del tinto coloreaba la inmaculada y blanca superficie interior de la taza de café. Lo que me fascinó fue que la azafata lo hizo con toda la naturalidad del mundo, y no fue porque no tuvieran vasos. Al poco me dije: «Tranqui, tronco, que estamos en las alturas y aquí no hay reglamentos, esto es terreno de nadie». Quizás fue la antesala de que estábamos en camino hacia otra galaxia, donde realidades a las que uno está acostumbrado, adquieren matices cuasi inverosímiles en otros contextos. Pero el vino no debió ser tan malo, porque al rato caí en un profundo sueño.

Mientras asistía a tamaño desaguisado, mi mente recordaba lo que había vivido durante dos meses en España. ¿Qué hace un misionero de vacaciones? Para curiosidad de propios y extraños, lo resumo en cuatro puntos. Primero, un rápido chequeo médico, y digo rápido porque si es más meticuloso, todo el año no sería suficiente para llevarlo a cabo. Cuando te metes en temas de salud se consume buena parte del tiempo de tus vacaciones, afortunadamente todo fue bien. Mientras tanto en la cafetería del aeropuerto siguen los villancicos. Esta vez se oye el «Pequeño tamborileiro». En segundo lugar, como he tenido que ir y venir de Madrid a Burgos varias veces, he tenido mis tiempos muertos y algún día libre entre citas, pruebas y consultas, lo cual me sirvió para entrar de lleno en la campaña del Domund. He participado en 10 actividades misioneras, presentando la misión de China, en Sevilla, Madrid, Burgos y Palencia. Todo ello, en contextos tan variopintos como parroquias, monasterios de clausura, una residencia sacerdotal y varias entrevistas en periódicos y revistas. He disfrutado compartiendo y narrando el camino y peregrinar de la Iglesia en China, después del «provisional» acuerdo entre el Vaticano y China.

En tercer lugar, he tenido el privilegio de poder desconectar del móvil y del ordenador. Me ha parecido casi un lujo, hoy al alcance de muy pocos, en parte porque no tenía cobertura fácil de Internet. Ello me ha dado tiempo para leer varios libros, reflexionar y contemplar, rezar y ver la realidad a mí alrededor con ojos nuevos y sin prisas. Me he dado cuenta de que el entorno que nos envuelve está preñado de la presencia de Dios. Finalmente, siempre hago las vacaciones en otoño, tiempo de la cosecha, de la vendimia, de las setas, las moras, y la temporada de la caza de la liebre. He salido varios días a cazar con mi hermano y sus galgos. Contemplar la naturaleza en otoño es una preciosidad. Y finalmente, he pasado tiempo visitando a la familia, los amigos y bienhechores. Las tres últimas semanas estuve en el pueblo con mi hermano con un horario muy relajado. Mientras, en la cafetería del aeropuerto continúa sonando la música navideña. Estamos en China, y la prueba es que aquí el WhatsApp, que quería utilizar, no he podido usarlo porque está censurado por el gobierno. La censura cabalga a sus anchas y los contrastes siguen ahí... de una forma persistente y desconcertante, como casi siempre. ¡Bienvenido de nuevo, a China!

Capítulo 34

NAVIDAD EN BETANIA

La misa de gallo con celebración posterior, se extendió hasta casi las dos de la madrugada. A las 05:00 de la mañana, el despertador recuerda que es hora de levantarme. Es el 25 de diciembre de 2018, día de Navidad. Cruzo la frontera de Macau camino de China. En China, la Navidad es un día cualquiera y no hay señal alguna de la misma. Reconozco que me invade una cierta morriña, parece como si para mí se acabara de repente la Navidad. Después de tres horas de autobús, llego al aeropuerto de Guangzhou. Poco movimiento en el aeropuerto y ni la más mínima decoración navideña. Paso el control policial y me encuentro cerca de la puerta de embarque. Las tiendas, hasta hace tres años llenas de Santa Claus, árboles de Navidad y otros adornos navideños, parecen haberse esfumado este año. Solo veo uno camuflado entre la ropa de una tienda. Saco una foto, y al lado en un restaurante diviso una especie de corona de navidad, difícil de percibir. Y casi al final de la terminal veo que hay un pequeño arbolito navideño. ¡Que osados han sido! Se han saltado a la torera las orientaciones comunistas que han ordenado a la población que no se participe en fiestas o celebraciones navideñas. Decreto imperial del presidente, que más bien resuena a esquizofrenia desenfrenada y sin visos de solución.

Me embarco en el avión y cojo entre mis manos la revista de la compañía aérea que saca a relucir el consabido lavado de cerebro comunista: «Los cuarenta años de progreso, cambio y las glorias comunistas». La revista no muestra más que las celebraciones de tal evento con el consabido sabor comunista. Soy el único extranjero que vuela en el avión, algo a lo que ya me he acostumbrado. A la llegada a Taiyuan, nos anuncian por los altavoces que hay ocho grados bajo cero. En el aeropuerto me espera Martha Yang, la encargada del orfanato de Betania, en el poblado de Xiliulin. Llego al orfanato y veo que no hay niños porque están todavía en el cole, y las temperaturas no estaban como para salir a la calle. Enseguida, Yang me dice que quiere hablarme. Me da la penosa noticia de que el 25 de noviembre pasado, nueve representantes del gobierno

visitaron el orfanato y le dijeron que antes de mayo de 2019, los menores de 18 años serán recolocados en otro orfanato de la capital provincial. La noticia fue más bien escueta, y no especificaron qué se haría con el orfanato de Betania. Yang lleva la espina clavada en el corazón desde que recibió la noticia.

Celebramos la misa de Navidad por la noche. La pequeña capilla del orfanato se llena con los niños y el personal que trabaja, las ocho *gugu* (personal que trabaja y cuida de los huérfanos). Al final de la misa, los niños se han acercado al belén para rezar un poco y cantar algún villancico chino. El menú de la cena de Navidad ha sido tan sencillo como el entorno: un cuenco de sopa, unas verduras y el *mantou*, una especie de pan al vapor. Vengo para cinco días, a dar los Ejercicios Espirituales a las *gugu*, que ya me lo habían pedido hacía dos años. Todas son cristianas y necesitan renovar su vida espiritual para llevar adelante el orfanato. Hay también algún problema entre ellas ya que hay diferentes ideas de cómo educar a los niños-as. He rezado durante dos semanas para que el Espíritu me iluminara y pudiera darles un mensaje apropiado a la situación que estaban viviendo. Hemos tenido, cada día, dos horas y media de reflexión por la mañana y lo mismo por la tarde. Por la noche una hora de adoración. Es lo que se puede hacer, ya que hay 33 niños, y varios de ellos con discapacidad física y psíquica, sólo 14 van al cole.

Los cinco días han pasado muy rápidos. He intentado que el espíritu de la Navidad incidiera en sus vidas y en su forma de llevar el orfanato. Ha sido una bonita experiencia de reflexión, oración y compartir. Las que ayudan también necesitan ser ayudadas. Además, aquí cada niño es un mundo. Cuando los niños y niñas van descubriendo que no tienen padres o que sus padres los dejaron a la puerta del orfanato, es un trago difícil de engullir. Las *gugu* los acompañan en ese trance para que lo vayan asumiendo poco a poco. Así, en el orfanato de Betania descubren que hay una madre Yang, pero nunca se oye la palabra papá, experiencia que hay que acompañar con mucho tacto, cariño y amor continuo, según me decían las *gugu*.

Desde Xiliulin, el 31 de diciembre viajé a Qixian, donde hay una comunidad de religiosas chinas con las que Fen Xiang colabora desde hace unos años en un pequeño orfanato parecido al de Betania. Hay siete

niños, todos con graves deficiencias físicas y psíquicas. Las hermanas, que también tienen un parvulario ayudan a los niños lo que pueden. Ellas son las manos de Dios, sus pies, ojos y sobre todo su corazón para los niños allí presentes. Con la Hna. Fei y su hermano sacerdote hemos comido los *mian*, especie de fideos, muy sabrosos, por cierto.

Y en el mismo pueblo, la Hna. Fei me acompaña al hogar «Ai Xin Mama», donde hay 31 niños y niñas, al cargo de la señora Kong, de 71 años. Ella les ha ido recogiendo desde hace bastantes años y aún se mueve como una ardilla por todas las habitaciones, tratando de sofocar cualquier conflicto y atendiendo a todo lo que pasa. Es el alma del hogar, ya que no quiere que lo llamen orfanato. Desde hace más de veinte años ya ha recogido unos 44, de los que algunos fallecieron porque estaban muy enfermos. En estos últimos meses dos más fueron dejados a la puerta de su casa. Fen Xiang colabora con las tasas económicas de la educación de algunos niños. Otros no tienen curación posible y tienen que estar todo el día en la cama.

De allí viajo a la diócesis de Yuci, pasando por dos parroquias en donde veo que hay decoraciones navideñas, pero dentro del recinto eclesial, con árboles navideños de más de seis metros, adornados con luces. La noche del 24 de diciembre, con temperaturas de 15 grados bajo cero, los cristianos han celebrado su Navidad, aunque con menos gente que otras veces, por las prohibiciones gubernamentales a los estudiantes. El día de Año Nuevo me he levantado a las cinco porque a las seis tenía la eucaristía con las hermanas de la congregación de la Madre Asunta, italiana de origen y mártir en China y durante toda la mañana hemos tenido un curso de formación espiritual. La comida ha sido abundante, con varios platos exquisitos y hasta una botella de vino «la Gran Muralla», como no podía ser de otra manera.

Finalmente, en la ciudad de Taiyuan, cada año tienen la tradicional procesión del Niño, antes de la misa de gallo, por las calles alrededor de la catedral. Me decía el obispo Meng que había venido un alto mando de la policía unos días antes a inspeccionar el recorrido. El día de nochebuena en la procesión había 1.500 policías supervisando la procesión. El obispo me comentaba que en el santuario mariano «Qiku San», muy conocido en la diócesis, el gobierno local les ordenó retirar las estatuas de piedra de los doce apóstoles, que habían colocado en la esplanada en la cima de la montaña, donde a veces celebran la eucaristía.

Este lugar de peregrinación parece preocupar al gobierno que así se lo comunicó al obispo y éste les pidió una explicación, y aquí viene la respuesta para enmarcar. Le dijeron al obispo que los apóstoles solo podían ser diez y no doce. O sea que ahora, por edicto gubernamental en China, resulta que los apóstoles tienen que ser diez. ¡Ver para creer! Le pregunto al obispo qué han hecho con las estatuas y me dice con un tono de humor que de momento están en retiro en la parroquia al pie de la montaña, esperando tiempos mejores.

La nueva regulación antirreligiosa, promulgada el 1 de febrero de 2018, se está implementando, y la prohibición de cualquier actividad formativa con menores de 18 años empieza a sentirse, como ya sucedió en el verano pasado. La mayoría de los sacerdotes hicieron oídos sordos a esta prohibición, pero temen que este año las cosas vayan a peor. Esperemos que el acuerdo del Vaticano con China se estrene este año y deje lugar para albergar alguna esperanza.

Capítulo 35

DE ROLLITOS, ESCORPIONES... Y OTRAS HIERBAS

En el lenguaje común de la gente en China, la palabra comer, comida o frases con connotaciones gastronómicas, aparecen en cantidad de proverbios y dichos populares. Para el extranjero que se zambulle en la cultura china, pronto verá que, en lo que a la gastronomía china se refiere, la «comida» es un tema más que apasionante, así, por ejemplo, definen al envidioso como «el que come incienso» y al sufrimiento como «comer algo amargo».

Si hay algo que diferencia a las distintas culturas es, sin duda alguna a parte del idioma, la gastronomía y los hábitos de comer. En este sentido en China he visto que uno puede encontrarse en el plato desde un escorpión a una serpiente, amén de un sinfín de exquisitos manjares. Aunque, por otra parte, no es que haya tanta diferencia en los hábitos de comer entre las diferentes culturas. Lo que caracteriza a la cultura china son los palillos, lo cual condiciona el modo de cocinar, el tipo de arroz, etc. Por ejemplo, la comida china viene preparada y cocinada pensando en los palillos y, por tanto, los filetes se trocean antes de servirse. La gente me pregunta frecuentemente: pero ¿cómo hacen para llevar el arroz desde el plato hasta la boca con los palillos? Pues bien, para empezar, no se utiliza un plato sino un cuenco pequeño, sostenido normalmente con la mano y que se acerca a la boca y con los palillos de la otra mano se acerca a la boca.

En China no se come pan como se hace en España, aunque en el norte hay una especie de pan al vapor llamado *mantou*, muy común y que sirve de alimento básico en muchas de las comidas. Pero es el arroz el que tiene una incuestionable omnipresencia sobre todo en el sur. Sin arroz, al menos en el sur, los chinos dicen que no han comido, aunque haya una docena de platos alrededor. En el norte los fideos *mian* son muy frecuentes. Las salsas tampoco faltan.

Otra costumbre que sorprende, es que los chinos al menos en la zona de Guangdong, toman los caldos preferidos que no pueden faltar en la comida. Durante las comidas, normalmente no se bebe agua sino té, aunque las costumbres van cambiando. Existen muchas clases de té, que se

bebe tanto de forma cotidiana como en ceremonias especiales. El *maotai*, especie de licor parecido al aguardiente, es muy fuerte y se bebe durante las comidas y banquetes, es también muy popular. La cerveza, el vino y el café van ganando terreno en el mercado gastronómico chino.

Sobre lo que se come en China, hay que decir que se come de todo. No en vano, el dicho popular que dice que «en China se come todo lo que tiene cuatro patas menos la mesa, y todo lo que vuela menos el avión», lo cual no es del todo inexacto. Al pueblo chino le gusta mucho todo aquello que tiene huesos, los cartílagos, las entrañas de los animales, etc. Y ya se sabe, al acabar de comer, la mesa tiene que parecer «un campo de batalla». Es decir, que debiera estar llena de huesos que se han de ver por doquier, signo de que ha tenido lugar un gran banquete.

En el espectro del mapa chino, también se encuentran verduras y frutas que no aparecen en los mercados españoles y otras cosas que aún no he descubierto. Pinchitos de escorpión y caballitos de mar y una eterna letería de platos, aparentemente horripilantes para un occidental, se sirven sin complejo alguno. Todo es cuestión de quitarse prejuicios y lanzarse a la aventura gastronómica, aunque para ello algunos tengan que cerrar los ojos de vez en cuando.

Los modales a la hora de comer también son un poco diferentes. Lo de expulsar gases o tirarse un pedo, eructar o bostezar no son ningún problema, y nadie se extraña que se haga en público. Me decía la profesora de cantonés en Hong Kong que tirarse un pedo era una reacción natural del organismo y por tanto ¿por qué asustarse? Otro aspecto llamativo es que, al comer, los huesos o las espinas del pescado aterrizan en el plato o a su alrededor acompañadas de sonidos para todos los gustos, sin que nadie se alarme. Y hablando de ruidos extraños a la hora de comer, nada mejor que un buen cuenco de *mian* (fideos) para corroborar que la mejor orquesta se quedaría corta en cuanto a variedad de sonidos, eructos y flatulencias. La comida china es rica en variedad, tiene platos exquisitos y sabores a punto para los más atrevidos y los que ansían experiencias exóticas en el mundo gastronómico. Y como dije a un grupo de cristianos en un viaje a China, al preguntarme si tomaría el caldo de serpiente, les respondí que si ellos lo bebían ¿por qué yo no?

La tradición de comer con los palillos que nació en China hace más de 5.000 años, tiene un origen incierto, aunque la leyenda más famosa habla de un soldado del emperador Shun que tenía la misión de encauzar las aguas de un río que estaba causando inundaciones. Un día cuando terminó de cocinar, estaba tan hambriento que, para sacar la comida de la olla, cortó dos ramas y con ellas sacó la carne, los subordinados al verlo comer sin quemarse ni ensuciarse las manos, empezaron a imitarlo. Los hay de hueso, madera, marfil o plástico. Antiguamente en el palacio imperial se utilizaban de plata, para detectar si había veneno al servir la comida. Por supuesto hay algunas normas básicas que conviene saber a la hora de utilizarlos, por ejemplo, no deben entrar en contacto con la boca y se considera de mala educación chupar el extremo de los mismos. Es de buena educación que entre bocado y bocado se dejen en la reposa preparada para colocar los palillos. Al colocarlos nunca se dejará cruzados ya que en China es símbolo de muerte. Y finalmente, aunque su origen se debe a que el buen soldado pinchó la comida del puchero para sacarla, hay que decir que no se debe pinchar la comida cuando se coge con los palillos.

Los chinos cuidan mucho el tipo de alimentación y tienen muchas costumbres relacionadas con la misma al estar estrechamente relacionada con la salud. En general, las costumbres alimenticias van relacionadas con los grandes momentos de la vida. Así cada festival del calendario chino y todas sus fiestas tienen su plato típico. Los ritos religiosos, las bodas, los funerales, el nacimiento de un niño, etc., siempre tienen algún plato típico para acompañar y celebrar la ocasión.

Para el occidental, la comida china puede parecer, al inicio, un poco complicada y rara, pero ni es tan compleja ni tan rara, sólo se necesita contar con los alimentos adecuados y la técnica para cocinarlos. Muchos de los alimentos utilizados en la comida china por no decir casi todos, son bastante comunes en occidente, con excepción de algunos propios de cada región. En cuanto a la comida cantonesa se dice que todo tipo de comida, de una u otra forma, tiene que pasar por el fuego, de ahí que en mis tiempos de estudiante del chino cantonés en Hong Kong, me sorprendió ver a la pobre lechuga aguantar el fuego de la sartén. La técnica primordial para cocinar la comida china es el salteado y para lograrlo adecuadamente se requiere un fuego rápido e intenso y una cocción corta de los

alimentos en general. De ahí que los platos cocinados haya que servirlos y consumirlos inmediatamente. El recipiente principal para cocinar es el *wok*, una especie de sartén con una concavidad significativa.

El arte de la comida china es milenario. El gran filósofo chino Lao Tzu dijo en cierta ocasión que «gobernar una gran nación venía a ser como cocinar un pequeño pescado» queriendo decir que a la hora de gobernar un país había que saber cómo emplear los condimentos y dar los toques adecuados para obtener buenos resultados. Esta metáfora es una clara muestra de la importancia que los chinos atribuyen a la comida, tan es así que en el sur cuando se saludan por la calle se dicen: ¿has comido?, lo cual da una idea del lugar primordial que la comida ocupa en la cultura china.

Muy generalmente hablando, la comida china se puede clasificar en dos grupos con diferentes estilos: el del norte y el del sur. Las comidas del norte contienen mucho más aceite y sal, sin resultar empalagosos y predomina el sabor de los rellenos al vapor a base de harina. A la hora de preparar un plato es importante preservar la frescura y el sabor naturales de sus ingredientes. Los condimentos, como aceite de soja, azúcar, vinagre y sal, también contribuyen a un buen sabor. La cocina china es rica y colorida, tiene olor aromático y sabor excelente por las semillas, la canela y otras especias que se añaden. Los cinco famosos sabores: dulce, ácido, amargo, picante y salado, son los clásicos, de todos conocidos.

Los prejuicios o estereotipos están a la orden del día en cualquier cultura, de ahí que los restaurantes chinos en España hayan tenido que ofrecer a la población un tipo de platos con un sabor un poco diferente del que están habituados en China, ya que los gustos son diferentes. Tampoco hay que pensar que la comida china se reduce al arroz tres delicias o a los rollitos de primavera, o de que los chinos beben té a todas horas.

La gastronomía vista desde el punto de vista de otra cultura, siempre conlleva sorpresas y prejuicios. De los chinos se dice que comen «de todo» y ese todo llevado al límite se ha exagerado en las leyendas urbanas con el tópico de a dónde irán a parar los perros que rondan por las calles. Es cierto que puede haber algo de verdad, pero ¿a quién no le han dado alguna vez gato por liebre?

Capítulo 36

DAVID VERSUS GOLIAT

No sé qué halo mágico tienen las minorías y por referencia, lo pequeño, frágil y aparentemente insignificante, que a menudo siembran la incertidumbre y el desasosiego en las mayorías, o en el grande y poderoso con el cual no tiene más remedio que sobrevivir. La historia nos regala ejemplos en los que el aparentemente pequeño e insignificante hace titubear e incluso derrota al todopoderoso. Por poner el caso de David y Goliat, o en clave evangélica, los pescadores iletrados que causan conmoción en el imperio romano y el Bautista que confronta a Herodes con un aplomo profético innegable, amén del Nacido en el pesebre inquietando al poderoso.

Muchas veces, los litigios y guerras saltan a la palestra porque la minoría, o el pequeño e insignificante, se envalentona y confronta a la mayoría, al influyente y avasallador, con osado atrevimiento. Me vienen a la mente los ejemplos de Juan XXIII, Helder Cámara, la madre Teresa de Calcuta, el hermano Roger de Taizé, o Nelson Mandela, «davides» del pasado. O los más recientes «davides», aparentemente frágiles y pequeños, que nos evidencian que la fragilidad y vulnerabilidad humanas también son buena noticia. Me refiero a los «davides» que arriesgan su libertad por causas justas y nobles. Así, por ejemplo, el premio nobel chino de la Paz, Liu Xiao Bo, enfrentado a todo un sistema dictatorial y represivo, en su apuesta por los derechos humanos, encarcelado durante años y ya fallecido.

Pero hay también gente sencilla capaz de enfrentarse al Goliat de turno. Traigo a colación a ocho católicos de la diócesis de Datong, en el norte de la provincia de Shanxi, en la China norteña, a quienes el sistema chino trata de asfixiar y destruir por su condición de cristianos. Desde el año 2005, la diócesis de Datong está sin obispo, desde que falleció Mons. Tadeo Guo Yingong, su último obispo que pasó 10 años en campos de concentración maoístas durante la Revolución Cultural. La noticia saltó a la luz a través de una carta que la agencia de noticias «Asia News» de Italia, publicó en 2018, en la que decía que ocho católicos, gente de a pie, daba la noticia de que tienen el desparpajo de enfrentarse al gobierno chino y sacarle los colores.

Con descaro manifiesto y sin miedo a represalias, muestran lo que otros en las altas esferas no han sido capaces de denunciar por miedo a exponerse a las crueldades de Herodes, en este caso del gobierno chino, y que evidencian las arbitrariedades de la diplomacia vaticana. Pero los ocho católicos de a pie no saben de diplomacias sino de arriesgar su pellejo por causa de su fe. No van en la línea de los que viven en palacios aterciopelados siempre dispuestos a levantar la copa con «Herodes» sanguinarios encubriendo con sus ropajes vergüenzas inadmisibles, y todo por el simple hecho de «apuntarse un tanto» y hacer historia, esa historia barata, de palco y documento provisional, pero carente de profecía y exenta de olor evangélico.

Con inusitado desparpajo, nuestros ocho cristianos son capaces de levantar la voz: «No podemos acallar la opresión que sufrimos por nuestra fe». La carta va dirigida al gobierno chino, reclamando la libertad religiosa, pero también clamando a los fieles del mundo (y cómo no al Vaticano) y preguntando cómo comportarse ante la persecución en curso.

Las comunidades cristianas de China vienen sufriendo una persecución manifiesta, especialmente desde febrero de 2018, en que se publicó la Nueva Legislación sobre Asuntos Religiosos. Desde hace tres años a esta parte, hay destrucción de iglesias y se arrancan las cruces de las torres de iglesias protestantes y católicas por la única razón de que son demasiado llamativas y ostentosas. Se prohíbe, asimismo, a los menores de 18 años entrar en las iglesias, no se pueden conseguir libros de tinte religioso a través de internet, los encuentros de las comunidades cristianas están bajo lupa y reducidos al mínimo... y una eterna letanía de violaciones de derechos humanos que se vienen intensificando y acercándonos a los tiempos devastadores de la Revolución Cultural china de los años sesenta y setenta.

El pequeño David, harto de ser ninguneado y sus derechos pisoteados, grita y llama a la puerta del mundo en busca de ayuda, para resolver los «dolorosos dilemas» en que se debaten. Y lanzan el grito e interrogante al Vaticano «preguntando si quizás, en su deseo de entablar relaciones diplomáticas con China no irá a abandonar a los cristianos perseguidos, convirtiéndolos en «chivos expiatorios».

Y aquí, los más vulnerables ponen el dedo en la llaga como siempre sucede en el Evangelio y sacan a relucir la necesidad ineludible del carácter

profético para denunciar lo injusto. Se cuestionan si debieran seguir sentados en silencio y despreocupados con los brazos abiertos. Gritan que en China no hay libertad religiosa, ni derechos humanos, ni se puede manifestar su fe, aunque estén garantizados, aparentemente en su constitución. El Vaticano se ha querido apuntar un tanto histórico sentándose a la mesa con Herodes, aunque sea ignorando tácita y concienzudamente los continuos atropellos a que son vejados los cristianos de a pie. La osadía de esos ocho magníficos manifiesta que «no están de acuerdo con muchas declaraciones y propuestas del gobierno y tampoco las aceptamos, incluso nos oponemos a ellas». Abogan por la libertad de expresión en un país dictatorial donde no hay más verdad que la patraña comunista y su retórica.

Las cruces siguen siendo forzosamente quitadas y destruidas de las torres de las iglesias, particularmente en las provincias de Zhejiang y Henan, unas 7.000. También se han destruido residencias de sacerdotes y expulsados de las mismas, tumbas de obispos profanadas en la provincia de Henan, parvularios cerrados y propiedades eclesiales confiscadas e incluso en algunas universidades los estudiantes tienen que informar de sus creencias religiosas. En algunas parroquias, se exige que se den los nombres de los cristianos y los subsidios que reciben algunos ancianos son reducidos a nada si exponen sus creencias. Izar la bandera cerca de la iglesia o lugar eclesial se va imponiendo cada vez con más fuerza.

Mirando a su comunidad este grupo de cristianos afirma: «La cruz de nuestra iglesia e incluso la iglesia misma ha sido demolida. La libertad de los fieles para reunirse ha sido limitada. La Iglesia se ve forzada a aceptar la guía del gobierno chino». Las medidas restrictivas de Goliat con su aparato policial van implementando la nueva normativa sobre las actividades religiosas que el gobierno continúa imponiendo con medidas restrictivas. Incluso se les pide que las celebraciones litúrgicas estén limitadas a ciertas horas y con cierto número de personas. Se preguntan si se tendrán que convertir en «en chivos expiatorios». Y lo que es peor es que algunas ovejas que han visto las orejas al lobo «han perdido la confianza y ya son muchos los que han abandonado».

Nos preguntamos ¿por qué nadie alza la voz contra Goliat y sus métodos coercitivos y perversos? Estos católicos muestran que la aparente fragilidad humana es fuente de vida, de futuro, de utopía y sobre todo de

esperanza. Conviene recobrar este aspecto de nuestro día a día para que no desaparezca la esperanza y no caigamos en el pesimismo, la impotencia y la desesperanza. Representantes del Vaticano viajan a Beijing a mediados de diciembre de 2017, entre ellos, un cardenal de «rango», dejando en el oscurantismo y en el olvido a tantas personas que arriesgan su fe en el día a día.

La vida está sembrada de «davides», cuyos valores emergen de una fuerza interior poco común y conscientes o no de que hay alguien que no es Goliat, que es el Señor de la historia y que tiene la última palabra. Todos ellos rezuman pequeñez y fragilidad, pero su posicionamiento ante la vida corrobora que no siempre el sanguinario de turno, el poderoso y el déspota tienen la última palabra. Con ellos apostamos por la esperanza de que no siempre la humanidad sigue los imperativos del más fuerte. El Dios que se abajó y puso su tienda entre los más pequeños y frágiles se encarna una vez más en la fragilidad de un bebé indefenso. Y seguimos preguntándonos por la iglesia perseguida que enfrenta la persecución de sistemas opresivos como ya lo preconizara el Infante en el pesebre ante el pánico del todopoderoso Herodes.

Capítulo 37

¡SE BUSCA!

No, no se trata de ninguna película del oeste, donde al forajido se le exhibía en un cartel por las cuatro esquinas del lejano oeste. Solía acompañarle una foto, un nombre de todos conocido y lo más importante, una cifra nada desdeñable de dinero para quien lo capturase, dando así pie a la intriga de tantas películas, las más de las veces con un final feliz. Esta vez no se trata de eso y, a buen seguro, que de final feliz no tiene ninguna pinta. Hablo de la provincia sureña china de Guangdong, allí donde bullen los negocios, el dinero, y el materialismo a la carta. Quizás por eso, de golpe y porrazo el lejano «Oeste» ha dado una voltereta de circo para aterrizar en el lejano «Este». Hoy en día, muchas de las sorpresas de la aldea global vienen del lejano Este o extremo oriente.

Las autoridades gubernativas han bombardeado las mentes de la población de China no con un «Se busca» a la antigua usanza, sino de forma muy calibrada a través de los medios de comunicación.

El bando comunista del 28 de marzo de 2018, salió a la luz a través de los medios informativos oficiales, en concreto en la página web del Departamento de Asuntos Étnicos y Religiosos de Guangzhou. Se trataba de un escueto y claro bando oficial. Se difundía el «Se busca» que esta vez recaía precisamente en los creyentes de las religiones y más concretamente se buscan extranjeros que realicen actividades religiosas ilegales en la provincia. Y como recompensa, como al estilo de las viejas películas del oeste, las jugosas cifras que a buen seguro atraerán los ojos de los parásitos de turno.

De este modo se intensifica la persecución como no se ha visto desde los tiempos aciagos de la Revolución Cultural. La provincia más afectada con este tipo de argucias es Henan, donde ya hay líneas telefónicas especiales para que el público pueda informar, y lugares donde pueden depositarse cartas con datos de esas personas. La furia persecutoria maoísta se va extendiendo y las provincias más afectadas por la destrucción, desacralización o profanación de cruces, iglesias y santuarios son Hebei, Henan, Guizhou, Shaanxi y Shandong.

Las represalias y venganzas de los secuaces están ahí, y aún tendremos que ver más brutalidades. Aquí la legislación la realiza exclusivamente el Partido comunista que juzga según sus parámetros y antojos. Se pretende de esta manera que la población, al amparo de ciertos alicientes económicos, delate al más puro estilo mafioso, presencias dudosas de personal eclesial en estructuras según ellos, ilegales. Dando una ojeada al bando, nos percatamos de que hasta se especifica el tipo de recompensa dependiendo del tipo de información. Las cuantías son, sin duda, un buen incentivo para que cualquier ciudadano muestre interés en atrapar a personas por el hecho de ir a rezar y vivir según sus creencias religiosas.

Las recompensas no tienen desperdicio. Son cantidades económicas que van desde 3.000 yuanes (400 euros), 5.000 yuanes (680 euros) y hasta los 10.000 yuanes (unos 1.300 euros), dependiendo obviamente de si se «pesca» un pez gordo *in fraganti* o de oídas. Atrás se quedan los treinta denarios obsoletos del pobre Judas. Se recompensa bien porque la causa lo merece y para ello se emplean toda clase de artilugios, engaños y corruptelas. La edición diabólica de este «Se busca» venía amenazando ya la Semana Santa y la Pascua, justo cuando los fieles acuden con más asiduidad a los actos religiosos.

Desde que se promulgaron las nuevas regulaciones religiosas del 1 de febrero de 2018, cantidad de iglesias y lugares de comunidades clandestinas católicas y protestantes han sido destruidas o cerradas, por eso, los cristianos han tenido que cambiar de táctica. Ahora la Eucaristía se celebra en sus casas y el sacerdote en lugar de celebrar una o dos misas el domingo en el lugar de todos sabido, tiene que celebrar cinco o seis misas, en varias casas y en lugares diferentes para que todos puedan acercarse a la escucha de la Palabra y al Partir del pan, como sucedía en los tiempos de los apóstoles. La situación se agrava, y el proceso de «sinicización» promulgado por el presidente Xi Jinping en abril de 2016, va tomando forma. Aunque en China la retórica y la práctica van cada una por su lado, nunca faltan los sicarios y parásitos de turno que quieren promocionarse mostrando su poder destruyendo iglesias, arrancando cruces, o contratando a los vagos del pueblo o de la ciudad, para que vigilen la entrada de la iglesia por «cuatro perras» y evitar que los menores de 18 años entren a rezar.

El «Se busca» de ahora es más sofisticado y calculado. Antes había que ir a caballo en busca del criminal y si se capturaba al buscado forajido había que llevarlo a los pies del sheriff. No, hoy los modos son más sutiles y de acuerdo con la recompensa. Las denuncias dicen se pueden hacer por teléfono. Ya me veo yo en mi próximo viaje a China seguido por dos millones de curiosos esperando la oportunidad de delatar al extranjero por presuntos «delitos».

La denuncia tiene que ser muy específica y detallada y ha de presentarse por escrito en las oficinas asignadas para tal menester, bien sea la de los Asuntos Religiosos o la Seguridad Pública. Se especifica incluso qué es lo que hay que denunciar, es decir si son actividades religiosas ilegales o qué otro tipo de delito. En las directrices gubernamentales se especifica como persona peligrosa aquella que:

Promueve, apoya y financia el extremismo religioso; usa la religión para dañar la seguridad nacional, la seguridad pública, o viola los derechos civiles y democráticos (que obviamente no hay), ello incluye organizar, sin autorización, conferencias religiosas o dirigir un curso de formación religiosa.

Y si se pilla un pez gordo (entiéndase extranjero) que «dé pruebas contra organizaciones religiosas ilegales extranjeras y personas involucradas», tiene un plus de recompensa de tres mil a cinco mil yuanes. Y si se «dan pruebas para arrestar a los jefes responsables de las organizaciones religiosas ilegales extranjeras», el «Se busca» alcanza la nada desdeñable cifra de cinco a diez mil yuanes. Las recompensas serán entregadas por la Oficina Municipal para los Asuntos Étnicos y Religiosos. ¡Ver para creer!

El impacto y la persecución están llegando a consideraciones preocupantes. Por eso comienzan a verse monjes budistas izando la bandera roja china delante de su monasterio o estatuas y posters de Mao-Zedong y el presidente chino Xi-Jinping en templos budistas y en tiendas de objetos religiosos.

El viceministro del Frente Unido, que supervisa las actividades religiosas en China manifestó el 26 de marzo de 2019, que hay que afianzar el control del Estado sobre las religiones, para prevenir que fuerzas extranjeras interfieran en su funcionamiento. Respecto a la Iglesia católica, dijo que el proceso de «sinicización» tiene que continuar, lo cual implica control total sobre la Iglesia para que ésta se doblegue a las directrices del

Partido comunista. Todo ello nos dice que, desde el Acuerdo del Vaticano con China nada ha cambiado y nos preguntamos qué papel tendrá el Vaticano en la elección de los obispos. Los acuerdos son una cosa y otra muy distinta la realidad. Ésta, hoy en día, evidencia una persecución religiosa, brutal, cruda y dura.

Capítulo 38

MINISTERIO DEL FRACASO

Acabo de volver de un viaje a China en pleno verano de 2019, un viaje largo y con muchos asuntos en la mochila. Todo ha transcurrido en la provincia de Shanxi de altas montañas y gran productor en sus minas de carbón. Desde Macau a Shanxi habrá unos cuatro mil doscientos cincuenta kilómetros. Esta vez los he hecho en tren y ha sido un palo, pero valía la pena porque en los últimos viajes en avión, al llegar a las aduanas de los aeropuertos me hacían muchas preguntas que podrían complicarme la estancia. Así que decidí tomar el tren y como es de alta velocidad y además bastante cómodo, evité complicaciones más desagradables.

Mi primera misión fue dar los Ejercicios Espirituales a 39 sacerdotes y un diácono de la diócesis de Yuci. Al llegar me dijeron inmediatamente que los Ejercicios no se impartirían en el lugar acordado de antemano, que se trataba en principio de un Centro de Espiritualidad contemplativa agustiniana construido hacía unos diez años. El gobierno, en aquel entonces dio el permiso, pero la burocracia china reveló que siempre hay algo que puede fallar. Sea como fuere, este año muy complicado para la Iglesia en China, ya que también se cerró el Centro de Formación de Religiosas de Taiyuan donde Fen Xiang ha venido colaborando desde sus inicios en el año 2002 y ahora el centro de Espiritualidad Agustiniana por orden gubernamental y no se sabe cuál será su futuro, así de sencillo y de la noche a la mañana. Al final nos apañamos y todo discurrió bastante bien en unas dependencias no muy lejos de la catedral diocesana.

Una sensación de impotencia recorría mis venas cuando me lo narraban, porque aquí no se puede recurrir a estamento alguno para reclamar tus derechos. ¿Qué hacer? No queda otra que rezar y esperar a que la cosa no se complique aún más. A veces me pregunto si Dios no se revela también en los fracasos apostólicos y en los contratiempos de cada día. ¿No decimos a menudo que no hay que tener miedo al fracaso y a los cambios de planes?

Un día de aquellos la hermana Lin vino a verme por la mañana, no parecía preocupada pero nunca se sabe lo que la gente guarda en el corazón.

Después de la sonrisa obligada de la primera impresión y los saludos de rigor, lo que sigue nunca se sabe a dónde va a parar. Inmediatamente, me comunica que las autoridades gubernamentales han cerrado el orfanato que su Congregación tenía en Qi Xian, donde acogían a siete niños con discapacidad física y psíquica y que los habían llevado a la ciudad de Taiyuan por orden expresa del gobierno provincial. Se llevaron a tres de los niños; los otros cuatro están haciendo rehabilitación en Beijing y cuando vuelvan seguirán el mismo destino.

Desde comienzos de este año 2019, sin saber exactamente cuál es la razón de tal movida, el gobierno ha quitado a la Iglesia, o personas allegadas a ella, los orfanatos que con tanto sudor habían construido y llevado adelante durante muchos años. Solo aquí en la provincia de Shanxi conozco cinco orfanatos que han tenido ese mismo destino. Y casi al final de nuestra conversación la Hna. Lin da como un suspiro y me susurra el «no sabemos lo que vendrá después...». Una vez más la resignación de tener que abandonar a los niños en manos de no se sabe quién y tener que digerir directrices arbitrarias por parte de un gobierno sin escrúpulos, prepotente y alérgico a la Iglesia, que no deja resquicio a los derechos civiles y religiosos, se hace insufrible. De la noche a la mañana te encuentras con el edicto: «Todos los niños menores de 18 años no pueden entrar en las iglesias y su formación y educación son tarea única del gobierno». Y sin pestañear, los sicarios gubernamentales lo cumplen a rajatabla. El gobierno maoísta tiene miedo de la influencia de la Iglesia y su presencia social que atrae a la gente y que les evidencia, después de setenta años en el poder, que además o no quiere o no tiene la capacidad para llevar adelante tales instituciones.

Acabo la primera semana de Ejercicios Espirituales con los sacerdotes, y me dirijo a la diócesis de Taiyuan, a unos 40 kilómetros de la ciudad de Yuci y de allí me llevan a visitar la diócesis de Datong, al norte de la provincia. El panorama eclesial lo resumo con la vista de la torre en ruinas de una iglesia que es todo lo que ha quedado de un edificio de hace más de 100 años y en cuya parroquia solo quedan unos treinta cristianos. Pasó por mi mente una cierta decepción, cuando el P. Wei, párroco del susodicho pueblo, me comentaba la situación de la diócesis, donde hay muy pocos cristianos y la falta de sacerdotes es evidente. La imagen de la torre

de la iglesia en ruinas me daba una sensación de fracaso, aunque a decir verdad después de todos los vaivenes y persecuciones llevados a cabo por los maoístas en la China del siglo pasado es un milagro que aún permanezca algún signo visible de la fe cristiana.

En esta diócesis cada sacerdote hace de todo, desde la comida hasta visitar los enfermos, etc. Y así fue, los dos sacerdotes nos prepararon una buena cena en las dependencias de lo que antes fue una escuela comunista y que ahora hacía de capilla y centro parroquial en un contexto donde nada más abrir la ventana de la habitación se contempla una panorámica única: la Gran Muralla china que, aunque un poco devastada por los avatares del tiempo todavía sigue allí impertérrita al paso de los siglos. Me decía el P. Wei, de 40 años de edad, que se venía preguntando desde hacía 19 años qué sentido tenía continuar en una zona donde no se ve futuro alguno y entregando lo mejor de una vida y sin apenas ver frutos pastorales. Un cierto sentimiento de decepción, desde el punto de vista humano emerge de nuevo en mi interior. Uno se resigna ante el fracaso y en el fondo nadie quiere experimentarlo, ya que mina la confianza de uno mismo. ¡Habrà que fijar más los ojos en el Cristo de la Cruz, y aprender en la escuela del Crucificado!

De vuelta a Taiyuan, me tocaba lidiar con el asunto más delicado del viaje: el orfanato de Betania en el poblado de Xiliulin, que ya «no existe». El 26 de agosto de 2019 el gobierno envió a unas cincuenta personas, incluida la policía, para llevarse de los brazos de las encargadas del orfanato a los 28 niños/as y transferirlos al orfanato del gobierno en la ciudad de Taiyuan. Cuando la mamá Yang, encargada del orfanato que ella levantó hacía 22 años me lo comentaba le salían las lágrimas a borbotones. ¡Nos han llevado a los niños! Así de escueto fue su saludo y no pudo acabar la frase. Yang vino a recogerme a la ciudad de Taiyuan y al llegar al orfanato todo estaba impregnado de silencio porque no se oía ni veía un alma. ¡Cuán distinto de otras veces cuando siempre se oía el correteo de los niños y los gritos alborotados de los juegos! Hoy sólo queda una niña de cuatro años, Xiao Tiantian. Ella puso una nota de esperanza en mi mente al recordar que hacía casi cuatro años llegaba al orfanato y que, al estar registrada en una familia católica del poblado, no pudieron llevarse, es la única que corretea y rompe el silencio casi sepulcral. En su corretear por

el jardín del que fuera orfanato, la niña se paró justo en el centro en cuyo suelo hay un gran corazón en rojo diseñado en una alfombra de plástico.

Hice una foto porque su presencia allí me hablaba de esperanza, incluso en medio de forzada marcha de los niños. La foto de la niña sobre el corazón en el centro del orfanato, simboliza el amor y cariño que tantos niños, en situación especial como son los huérfanos, han recibido durante más de estos 22 años.

Al volver a Macau después de unos días, todavía me comentaron que a los niños les costaba adaptarse al nuevo lugar, y que algunos están disgustados, unos incluso quieren escaparse del nuevo orfanato y otros no quieren ir al cole. La mamá Yang tuvo que ir a apaciguarlos e insistirles en que siguieran allí. Los niños están enfadados porque les han robado el cariño del hogar que los vio crecer en el Hogar de Betania. Las cosas son otras en el nuevo orfanato de la ciudad con otro estilo de vida al que no están acostumbrados. Fueron momentos duros escuchar los relatos que iban desgranando y el dolor que se percibía en las experiencias traumáticas de las despedidas.

Fueron momentos para escuchar y consolar, para afinar el oído y entrar en el corazón del otro, sumido en el dolor al revivir las experiencias cercanas de la separación. Aunque parezca que esto suena a fracaso de un proyecto que se acabó en Betania, mi interior se resistía a aceptarlo y algo me decía que la frustración puede ser oportunidad para comenzar una nueva vida y aquí hay que abrir una puerta a la esperanza siguiendo en la brecha y acompañando en la medida de lo posible, el caminar de la Iglesia en China.

Mi última estancia fue en la diócesis de Taiyuan para impartir los Ejercicios Espirituales a sesenta y siete sacerdotes, un diácono, un seminarista y el obispo Meng. Una semana de Ejercicios, varias veces interrumpida por la presencia de la policía y oficiales del gobierno que vinieron a hablar con el obispo. Al domingo después del retiro tendría lugar la peregrinación a Ntra. Señora de los Dolores, que todos los años tiene lugar el 15 de septiembre en el santuario mariano del poblado de Dong Ergou. En la subida a la montaña se divisa la puerta de piedra, llamada «Puerta del Paraíso», con varias estatuas de santos esculpidas en piedra y visibles desde la autopista que pasa al pie de la colina. Las autoridades le dijeron al obispo Pablo Meng que tenía que derribar la «Puerta del Paraíso»

porque era demasiado ostentosa. De hecho, se construyó en terreno de la diócesis en 2009 con todos los papeles en regla, ahora diez años más tarde el gobierno provincial ha dado la orden de demolerla sin razón alguna de peso. Son tiempos turbulentos para la Iglesia en China. Me lo comentaba el obispo y yo no sabía qué decirle, solo le comentaba que seguiríamos rezando, porque para Dios nada hay imposible, un tema de una de las meditaciones de los Ejercicios Espirituales. De nuevo aflora la impotencia porque ante tal demolición no pueden recurrir a nada ni a nadie. La semana anterior a la fiesta, cientos de cristianos al saber la noticia y los planes del gobierno de derribar la portada de piedra, subían a la montaña caminando de rodillas hasta la «Puerta del Paraíso» que da acceso a la gran esplanada del santuario mariano.

¿Hablo de fracaso, de silencio de Dios, de misterio, o del poder del mal encarnado en un gobierno que persigue sin piedad a la Iglesia? Una vez más descubro que en medio de la opacidad de ciertos acontecimientos con cierto sabor a «fracaso», hay pequeñas semillas de esperanza para seguir apostando por un mundo mejor en medio de la neblina del orfanato cerrado, la «Puerta del Paraíso» destruida o lo que pueda suceder mañana. Para mí el hecho de realizar el trabajo itinerante misionero en China es ya de por sí, un milagro viviente o al menos lo parece. El «fracaso humano» de Jesús en la cruz es el signo de esperanza para el que camina tras las huellas del Maestro, en China o donde sea.

Capítulo 39

Y, ¿EL PASTOR?

Esta mañana la perspectiva de mi oración ha sido única. Me encuentro en el norte de China a donde normalmente no viajo, mi última vez fue en 2002 y en aquella fecha visité la diócesis de Bameng, en la zona oeste de la Mongolia Interior. Esta vez he aterrizado en una zona de inmensas llanuras de pastos, donde los caballos y las ovejas deambulan de un lugar para otro en busca de verdes praderas. Acabo de levantarme a las seis de la mañana y me dirijo al *menggu bao*, o tienda-vivienda tradicional del poblado mongol para las gentes nómadas que antaño iban en busca de pastos en estas altas planicies, salpicadas a veces por pequeñas colinas. Una panorámica única en la inmensidad de China y con grandes diferencias culturales y étnicas de la China ordinaria. Nada más salir del aeropuerto me chocó ver las indicaciones y cartelas a ambos lados de la carretera en chino y también en mongol.

Dentro del *menggu bao* hay un ventanal desde donde se aprecia una panorámica única, por un lado, los inmensos valles y colinas de pastos y por otro el fondo de este poblado «artificial» mongol para turistas y gentes de paso. Me dicen que abren estas zonas turísticas y folclóricas solo dos meses al año pero que les da suficiente para llenar sus arcas para el resto del año. El poblado con sus varios hábitats mongoles tiene los tejados en forma circular y pintados de colores muy llamativos. En sus tiempos las tiendas eran hechas de las pieles de los animales que les daban el sustento de cada día. No me imagino cómo podrían vivir en invierno y si esas cubiertas les protegían, cuando en pleno mes de julio sólo teníamos 15 grados.

Me he sentado y he contemplado los años de historia que todos estos pensamientos encierran. Los salmos del día inspiraban mi oración mientras una taza de té calentaba mi estómago. El viento azuzaba de lo lindo y la lluvia y niebla de fondo le daba al ambiente un tono misterioso a la vez que apacible. No podía por menos de imaginar la vida de las gentes de estas latitudes hace tan solo cuarenta o cincuenta años. Hoy la cosa ha cambiado y esto es simplemente un residuo turístico y folclórico atractivo para

las gentes que recuerdan las gestas de sus antepasados. Recordaba cómo la noche pasada grupos de gente ataviados con trajes tradicionales y alrededor del fuego en el poblado mongol, bailaban y escenificaban los mitos de otras épocas, saciando ese vacío inexplicable de unión entre el presente y el pasado de los pueblos que han desaparecido con sus costumbres y tradiciones ancestrales. Tiempo de silencio y tiempo para contemplar. Por la noche hemos celebrado la Eucaristía en el *menggu bao* con unas 25 personas amontonados y sin libro litúrgico sustituido, por exigencias del guion, sino con el móvil.

En esta mañana llena de momentos únicos, rebobinaba el carrete de este viaje a China que también tiene sus peculiaridades, de carácter misionero, itinerante e inmiscuido en la discreción para evitar visitas desagradables, ávidas de peligros y de controles inaceptables. Recordaba mi primer viaje en tren desde Macau hasta la China Central en la provincia de Henan, hacía tan solo 10 días. Lo he hecho en tren porque si se va en avión, al llegar a la aduana del aeropuerto los chequeos se complican. Así en cinco horas y media llegaba a mi destino. Después cambié de tren y en media hora llegaba a la ciudad de Xinxiang y más tarde a Chingyang en coche privado de un amigo. El viaje en tren desde Macau hasta las provincias del norte de China no tiene nada de especial y diría que hasta es monótono, con zonas de verdes arrozales desde la ciudad de Guangzhou, a zonas verdes de maizales, entre colinas y alguna montaña alta, eso sí con muchos túneles a medida que nos acercábamos a la provincia de Henan. Las grandes y pequeñas ciudades son eternamente iguales con rascacielos vacíos en las afueras de las ciudades y campos cultivables entre una y otra. El viaje en tren es más agradable que en avión porque se ve el paisaje, puedes levantarte y caminar y los chequeos no son tan quisquillosos.

Impartí una semana de preparación a los votos perpetuos a las Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús de la diócesis de Xinxiang. Es una congregación instituida hace pocos años, pero sin carisma concreto; son simplemente religiosas diocesanas y como dicen ellas hacen de todo menos decir misa y confesar, es decir religiosas «todo terreno». Durante esos días hemos hablado y compartido sobre el sentido de la vida consagrada, la comunidad y la misión. Días muy llenos de oración, de compartir y conocer la vida religiosa y sus exigencias en el mundo chino de hoy.

El último día las hermanas decidieron ir a la montaña a pocos kilómetros de donde viven. Yo pensé que era una montañita, pero tenía 1.200 metros de altura, y cuando la vi me dije que allí dejaría el alma. De hecho, una religiosa tuvo que desistir a los diez minutos de comenzar la escalada y otra iba siempre rezagada. Yo, apechugando como podía, conseguí subir hasta más de la mitad aceptablemente, después fue más duro. Siempre me decían las religiosas «estamos llegando», y yo hasta me lo creía. Tardamos casi tres horas en subir, pero al final llegamos a la cima donde había una densa niebla que cubría todos los alrededores. Para bajar yo me dije que cogeríamos el funicular y en 18 minutos bajamos plácidamente hasta la base. Al día siguiente tenía unas agujetas que no sabía qué hacer con ellas. De Qingyang y en tren me dirigí al aeropuerto de Zhengzhou a coger el avión que me llevó hasta la Mongolia Interior a donde llegamos en hora y media. Iba para encontrarme con un grupo de matrimonios que se vienen reuniendo desde hace unos años y que luego compartirán su experiencia en otras parroquias. El tema de fondo giró sobre la vida matrimonial y cómo afrontar los grandes retos que la familia tiene hoy en China. Allí he vivido una nueva experiencia, acompañando espiritualmente a estos cristianos adultos con sus retos diarios, sus gozos y dificultades, las relaciones entre los esposos, etc. Ha sido una experiencia gratificante e interesante.

Viajaba luego a visitar la diócesis de Xiwanze en el norte de Hebei. En esta vieja diócesis tienen, cerca de su catedral imponente y majestuosa, un lugar de peregrinación donde se hallan las tumbas de obispos, sacerdotes y religiosos que en otros tiempos dieron su servicio a esta iglesia local. A la entrada del recinto eclesial me doy cuenta de que hay unas estatuas de unas ovejas en forma de circunferencia, pero sin pastor y nunca mejor dicho. Me pareció un poco raro, pero antes de preguntar la señora Song me dice que el 3 de julio de 2019, el gobierno local dio la orden de retirar al pastor y dejar las ovejas a la intemperie. La imagen del Buen Pastor fue a parar a la entrada de la catedral donde los cristianos aparcan las bicicletas y motos que los acercan a la misa diaria. El deseo maoísta es arrinconar a la Iglesia a la sacristía sin que haya presencia visible en otros lugares públicos que puedan llevar a las gentes a la Verdad. Asfixiar a las ovejas y lanzar un mensaje inequívoco: aquí quien manda es el Partido y todos tienen que doblegarse a sus dictámenes, y el que no obedezca a la

cárcel, y si no que se lo digan al anterior párroco, el P. Zhang, que no se le permite celebrar la eucaristía en su parroquia por no adherirse a la nefasta *Aiguohui* (Asociación Católica Patriótica China), aunque peor le ha ocurrido al obispo clandestino de Xuanhua, Mons. Zhao, que desde 2017 está en paradero desconocido, léase la cárcel, simplemente por no doblegarse a los dictámenes arbitrarios y crueles del Partido comunista. En casa de un cristiano pasé mi última noche y con él charlé de Mons. Zhao y la situación de la Iglesia en China.

En la colina donde está ubicado el cementerio, había también dos grandes pancartas metálicas una a la entrada y otra explicando las tumbas y las historias de los que allí fallecieron. En ellas se explicaba la historia y los nombres (entre ellos misioneros extranjeros) que vivieron y dieron su vida por la diócesis en sus inicios. El gobierno mandó borrar todo y cubrir el letrero con un cartel de plástico y sustituirlo con otro mensaje, otro cartel más arriba al lado de las tumbas fue incluso borrado. Las cosas se están complicando y los mensajes son evidentes, erradicar todo vestigio extranjero, borrar del mapa la presencia de imágenes religiosas y sustituirlas por mensajes partidistas, como se podían ver en los paneles a la orilla del camino, en la subida a la montaña de peregrinación donde se encuentran las tumbas que hablaban por sí solos. Se viven tiempos de tensión que se palpa en el rostro de los cristianos en sus comentarios y en su impotencia para poder parar esa persecución contra la Iglesia.

Capítulo 40

LA POLICÍA LLAMA A LA PUERTA

No sé por qué razón, pero el hecho es que desde hace tiempo pensaba que un día u otro tenía que llegar. Es decir, que algún día la policía china me buscaría y nadie sabe lo que podría pasar, pues eso sucedió y pasmaos, fue el día de Nochebuena a las 10:30 de la mañana.

Me encontraba yo en el orfanato de Xiliulin, ya conocido de algunos de vosotros, ya que desde hace más de 20 años Fen Xiang ha estado colaborando en la formación de los huérfanos y del personal del mismo y allí he compartido experiencias de gratos recuerdos. Era este mi último viaje a China antes de ir a España después de nueve años en donde había impartido más de 70 cursos formativos y Ejercicios Espirituales, en unos 55 viajes itinerantes. La gente, tanto en China como en Macau, siempre me decía: «Pero, ¿a ti nunca te pasa nada malo en China?». Yo siempre les decía que yo era una persona insignificante y que no veía el por qué me tenía que pasar algo inesperado. Pues ni más ni menos que el día de Nochebuena, a las diez y media de la mañana, la policía de seguridad *Gong an*, golpeaba la puerta de mi habitación, la numero 2101, y lo hacía ¡de qué manera! Martha Yang, encargada del orfanato y las tres hermanas religiosas encargadas del mismo se resistían a que la policía hubiera entrado en el orfanato, sin pedir permiso. La Hna. Zhou me alertó de que había llegado la policía. Aunque no le di mayor importancia, sí me dejó inquieto ya que de vez en cuando solían venir al orfanato para otros asuntos, pero esta vez la cosa parecía más seria.

Cuando la Hna. Zhou me dijo que estaba la policía inspeccionando las habitaciones yo escondí las biblias y otros papeles de la habitación donde acababa de dar una catequesis, pero el tiempo no daba para más. De hecho, habían entrado en el recinto hacía algún tiempo, ya que el orfanato tiene acceso a la calle y cualquiera puede entrar. Yo estaba en el segundo piso dando la meditación del cuarto día de los Ejercicios Espirituales mientras la policía seguía a sus anchas inspeccionando las habitaciones en busca de alguien. Finalizada la meditación una hermana quería

confesarse. Cuando se estaba confesando veo a la Hna. Zhou que viene en dirección a mi habitación, pero no le di mayor importancia. Al ver que yo estaba confesando se volvió. Luego vino otra vez deprisa y me dio la noticia de que la policía estaba pisándome los talones y que me encerrara en la habitación y así lo hice. Me dijo, que en total eran trece policías.

Cuando la policía iba acercándose a mi habitación yo ya había echado las cortinas, sin saber a ciencia cierta qué era lo más conveniente ya que en estos casos ni se sabe cómo reaccionar. Oía voces por el pasillo, obviamente de los policías. Sentía que se iban acercando hasta que llegaron a la puerta de mi habitación que golpearon una y otra vez, pero yo «ni mu». Enseguida escondí la cámara de fotos y el móvil y otras cosas donde pude. Oía que la directora Marta Yang discutía con la policía. Le preguntaban quién estaba dentro y Marta les decía que era su hijo de 16 años que estaba durmiendo. Le piden que abra la puerta y ella se niega. El tono de voz de la policía se nota cada vez más agrio e impaciente. Yo continuo en mis trece de no abrir la puerta. Nunca me había encontrado en una como ésta. Las tres religiosas mientras tanto, preguntaban a la policía para qué habían venido al orfanato. La policía les dice que están buscando a un criminal que al parecer se ha escondido en el poblado de Xiliulin. Yo de esto que hablaban no oía nada, solamente me enteraría después cuando me lo contaron. Al oír las hermanas que se trataba de un hombre ellas se pusieron más nerviosas y continuaban hablando y discutiendo y a la vez dando golpes más fuertes en mi puerta. A petición de las Hermanas, la policía les enseña la foto del supuesto criminal que andaba suelto por los alrededores. Al ver que se trataba de una persona de nacionalidad china la directora y las Hermanas respiraron y dijeron que abrirían la puerta inmediatamente. Y yo sentado en mi habitación pensando y esperando el desenlace final que no tardaría mucho en llegar, mientras me decía que cómo era posible que en la víspera de Navidad la policía viniera a visitarme.

Cuando las Hnas. vieron la foto y se dieron cuenta de que no era yo sintieron un gran alivio y Marta Yang, viendo que no había otra salida que abrir la puerta, se fue a por la llave. Mientras tanto la policía parece que se había calmado un poco. Pocos segundos después oigo la llave que da vueltas en la cerradura de la puerta y que ésta se abre. Una especie de mezcla de tranquilidad y desasosiego invade todo mi ser porque no sabía

en qué acabaría todo aquello. A la primera que veo es a Marta y detrás de ella al jefe de policía vestido de paisano. Las hermanas no habían dicho nada a la policía de mi presencia allí así que al verme los policías se quedaron sorprendidos y lo que menos se esperaban era encontrar allí un extranjero, creo que les pilló fuera de juego. Le preguntan a Marta sobre mí y ésta les decía que se trataba de una visita. El policía, un poco desconcentrado, dice... «si es un extranjero!». Seguidamente el policía me dice en inglés que eran de «la policía china». Yo sigo la conversación en inglés, sin decir una palabra en chino, de lo contrario la cosa se habría complicado mucho más. Me hago «el sueco» de que no sé hablar chino y es Marta la que después de hacerme una señal toma las riendas de la conversación, insinuándome que no diga nada. El policía me pide el pasaporte y el visado, lo ojea y me lo devuelve. Yo sigo respondiendo a las preguntas en inglés, pero me doy cuenta de que el policía no anda muy versado en inglés y enseguida cesa en su esfuerzo de hablar conmigo. Marta les dice que el extranjero había llegado por la mañana temprano y que se trataba de un amigo del orfanato y que volvería a Beijing por la tarde.

Después me dijeron que a Marta también le habían inspeccionado el ordenador aunque parece ser que no consiguieron ninguna información. La conversación la sigue llevando Marta que responde con tono enfadado. Enseguida me doy cuenta que uno de los policías lleva en la mano una especie de cámara de fotos. Inmediatamente giro la cara para otra parte y solo miro al policía jefe. En China todos los rostros están controlados y archivados en las fotografías faciales digitalizadas y me temo que si consigue fotografiar mi rostro la cosa se complique en la frontera al salir de China y que me hagan interrogatorios interminables.

Son tres los policías que estaban a la puerta con las hermanas pero había otros diez a la entrada del orfanato, esperando el desenlace final. Por fin se fueron y respiré tan profundamente que la Hna. Zhou me vio y trató de consolarme diciéndome que me tranquilizara prueba de que debía estar yo un tanto irritado y nervioso. De hecho, había transgredido la ley que ordena a todo extranjero que informe a la policía local de su estancia en el lugar, en este caso el orfanato, pero yo no lo había hecho. La policía se fue pero yo me quedé con la mosca tras la oreja, pensando que podrían informar a la policía local de mi presencia allí o si al salir de China me

interrogarían. Me dije que, fuera lo que fuera, yo concluiría los Ejercicios Espirituales y que seguiría mi programa hasta el final.

Se despidieron, según dijeron las hermanas, muy amablemente, y ellas me comunicaron durante la comida que la policía todavía estaba inspeccionando otras casas cercanas en busca del criminal. Les habían dicho que tenían noticia de que un criminal podría estar en el n° 11 de la calle, pero el orfantaio de Betania tiene el n° 36. Poco a poco fuimos atando cabos pero el susto no me lo quitó nadie, hasta que finalmente pasé la aduana del aeropuerto de Taiyuan el 26 de diciembre por la tarde.

Me vino a la mente aquella mañana lo que dice el Evangelio, de que cuando os lleven a los tribunales, alguien hablará por vosotros, aquel día Dios habló por Marta Yang. Y así acabó el tinglado con una gran sensación de tranquilidad y sosiego. Cuando el avión por fin despegó, en dirección a Macao, a donde llegé a las 11:30 de la noche del 26 de diciembre de 2019. Soplé un fuerte ¡Ufffff!

Capítulo 41

¿LO MEJOR? LA COMPAÑÍA

Con esta «pincelada» navideña, llegamos al número 115. Una larga andadura de la que tú has formado parte muy importante y muy especial, aunque nunca te lo haya dicho. La andadura, como sabes, comenzó en el mes de junio de 2011. «¡Ya ha llovido!», que diría el otro. Pasamos la barrera del número 50, y después del número 100. Hitos, de alguna forma, emblemáticos, y hemos llegado al 115. Mes tras mes, me introducía en vuestra vida con noticias, sentimientos y realidades de experiencias misioneras en la China de hoy. A veces era la cultura, otras las peripecias del misionero en un contexto hostil, la proclamación de Jesucristo como único Señor de la historia, etc.

Hoy, con un poco de emoción y nostalgia, cierro este capítulo bonito e irreplicable en mi vida misionera. Doy gracias a Dios por darme la oportunidad de compartir tantas experiencias, y ser puente de una iglesia perseguida, algo que yo nunca pude imaginar. Con motivo del envío de las «Pinceladas chinas», quiero dar gracias a Dios porque siempre os he considerado parte esencial de este proyecto misionero comboniano en China. Algunos de vosotros han reflejado lo que han significado las «Pinceladas chinas» a lo largo de estos años.

Todo comenzó aquel junio de 2011, cuando en el aeropuerto de Beijing tuve que luchar a brazo partido con los oficiales chinos de la aduana para que me dejaran pasar las dos botellas de Rioja que había comprado en el aeropuerto de Barajas. ¡Quién lo iba a decir! Y así han sido las Pinceladas: retazos de imprevistos, del Dios que escribe a derecho con líneas torcidas, del Dios sorprendente y de las tantas sorpresas que el Señor nos depara, reflejo de su presencia, a su modo, y muchas veces de forma desconcertante.

Aquí reflejo algunos de esos ecos que me habéis enviado, y que agradezco de corazón:

«Al leer su comienzo de las “Pinceladas Chinas”, con su lucha por la botella de Rioja tinto en el aeropuerto de Beijing, qué risa. Siento no haber disfrutado de las anteriores. Para mí, las “Pinceladas Chinas”

han sido un descubrimiento del sufrimiento de los católicos en ese inmenso país y de la gran labor que hacen allí los misioneros, contado de una manera entretenida y simpatiquísima».

Escarlata (Gran Canaria)

«Pinceladas para mí ha sido un espacio donde en silencio y con mucho cariño he recibido el regalo de tantas hermanas y hermanos nuestros que viven la muerte y resurrección de Jesús en sus vidas día a día. Gracias por todo ello».

Bego (Colombia)

«En relación con tus “Pinceladas chinas”, te diré que me encantan y me ayudan a meditar las necesidades de una parte del mundo desconocido por muchos y el privilegio que tienen por poder contar con vuestra ayuda. Recuerdo haber incluido en una meditación que redacté en su momento, algo que leí en una de tus pinceladas».

Genoveva (Madrid)

«Siendo Presidenta de AIN, tuve la ocasión de conocer *in situ* la situación de la Iglesia perseguida de China. Me impresionó la fortaleza de esos cristianos viviendo su fe en la clandestinidad. Querido Daniel, gracias a tus magistrales pinceladas, los cuadros q has pintado, mes tras mes, han mantenido vivo el recuerdo y la necesidad de orar por esa Iglesia y sus misioneros, que arriesgan su vida por llevar el mensaje de Cristo. De corazón, toda mi gratitud».

María Pilar (Madrid)

«Para nosotros, católicos instalados en Occidente, en un país donde ir a la iglesia a rezar o a Misa se ve como algo normal; más como un derecho que como un deber. Las pinceladas son una llamada a la razón

y al corazón. Nos describes formas de vida en las que la fe, la esperanza y la caridad sustentan actuaciones que os convierten en auténticos héroes, héroes día a día. Otra cosa que impresiona en tus pinceladas es el aislamiento, la soledad en la que se deben sentir estos cristianos, cuántos ¡¡¡uff!!!, y deben de hacer, y que percibes en tus visitas de acompañamiento. Tener acceso a tus pinceladas es un privilegio; ayudan a tomar conciencia de la realidad china muy distinta a la que ofrecen los medios de comunicación. Gracias de corazón».

Marta de Ramon (Madrid)

«Muchas Gracias Daniel, me parecen unas pinceladas muy interesantes, espero que estos niños puedan seguir siendo atendidos por las hermanas y no sean arrancados de allí. Que tengas una muy Feliz Semana Santa, un fuerte abrazo».

July y Carlos (Madrid)

«Empecé a leerlas hace poco. He usado fotos y párrafos impresionantes con mis amigos. Debiera publicarse. Un mundo diferente, aterrador y admirable».

No pone nombre, enviado por WhatsApp

«Hoy, tirando de mi experiencia de piloto, he sacado del buzón su carta, con la sorpresa de recibir además de sus pinceladas chinas, su WhatsApp. No he querido dejar pasar más tiempo, para que reciba mi mayor agradecimiento y las oraciones que, cuando me acuerdo son personales, y si no caigo, porque ya, a los 78 años utilizando las neuronas en mi precioso trabajo, se me van olvidando, pero muchas veces al día, y en el Rosario con mi mujer, siempre, los sacerdotes, están presentes. Le agradezco la labor tan valiosa y valiente que realizan».

Joaquín González-Gros, (Madrid)

«Desde que tuve el privilegio de conocerlo y leer sus “Pinceladas Chinas” me he sentido parte de vuestra misión en la China Continental. Esa contribución ha sido en el ámbito de formación espiritual (charlas, retiros, becas para seminaristas, hermanas, para su desarrollo formativo) y también en el lado financiero a los hogares para huérfanos, ancianos y drogados. Mi oración se eleva al Señor para que los Combonianos continúen a dar la mano a este pueblo tan humilde y sencillo».

F. Figueredo (Macau)

«Tus pinceladas nos han acercado a una Iglesia viva, a una fe y a una confianza en Dios y en su Divina Providencia que, en esta vida que tenemos aquí con tantas facilidades para acceder tanto a lo material como a lo espiritual (si lo queremos buscar), a veces olvidamos. Gracias por recordarnos la generosidad, y la entrega de tantas personas que luchan, que lucháis, cada día contra corriente en medio de grandes peligros y dificultades. Ya sabes que mi pincelada favorita es “El uff del misionero”. Sentiré que dejes de escribirlas, pues tus experiencias nos enriquecen a todos».

Inmaculada Ramon (Madrid)

Hay una viñeta de un oso panda que camina por el bosque. Se le acerca un diminuto dragón y se monta en él. El panda que apenas ha percibido su presencia le pregunta al dragón: «¿Qué es más importante el viaje o el destino?». «La compañía», le dijo el pequeño dragón. La respuesta del dragón me ha recordado que, durante estos diez años, lo importante no era de dónde habíamos partido o a dónde queríamos llegar, sino la compañía de un mes sí y otro también. Sentía que caminábamos juntos, de manera especial con vuestras oraciones en mis caminadas itinerantes y misioneras en China. Os sentía como «el séptimo de caballería» en lo que a la oración se refiere, cuando las cosas se ponían «chungas» en China. Sentía que os llevaba a todos en la bolsa de mano y sobre todo en el corazón. Pues sí, el dragón dio en la diana. He sentido vuestra compañía y espero seguir sintiéndola. Algún otro proyecto loco saldrá, con sabor sorprendente como lo es nuestro Dios. Hasta siempre «Pinceladas del mes», pero seguimos en contacto.



PARTE 3

Anexo fotográfico

La República Popular China (RPC): Divisiones Administrativas y Disputas Territoriales



La República Popular China (RPC): Divisiones Administrativas y Disputas Territoriales

Fuente: Ran (from Wikimedia Commons)



Parte 1. Capítulo 1



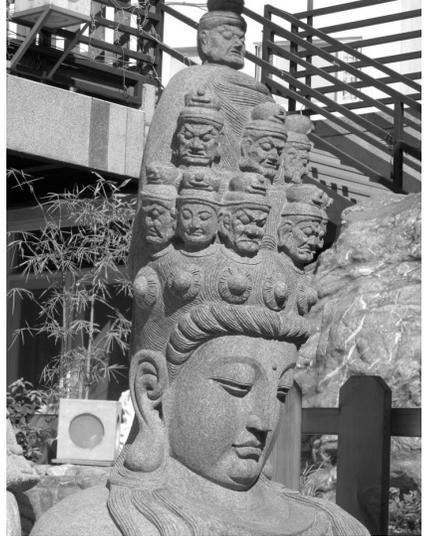
Parte 1. Capítulo 2



Parte 1. Capítulo 11



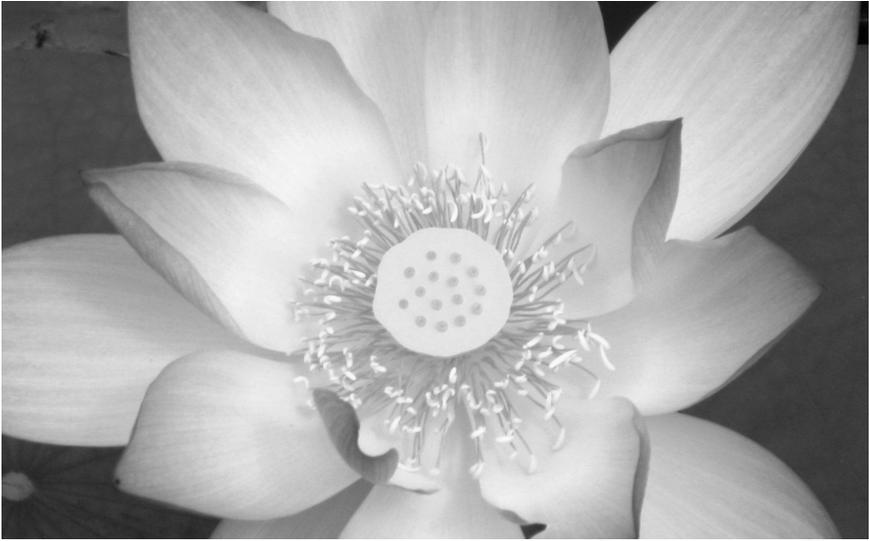
Parte 1. Capítulo 5



Parte 1. Capítulo 6



Parte 1. Capítulo 10



Parte 1. Capítulo 8



Parte 1. Capítulo 3



Parte 1. Capítulo 4



Parte 1. Capítulo 7



Parte 1. Capítulo 9



Parte 1. Capítulo 14



Parte 1. Capítulo 13



Parte 1. Capítulo 12



Parte 1. Capítulo 16



Parte 1. Capítulo 17



Parte 1. Capítulo 18



Parte 1. Capítulo 15



Parte 1. Capítulo 19



Parte 1. Capítulo 20



Parte 1. Capítulo 21



Parte 1. Capítulo 23



Parte 1. Capítulo 22



Parte 1. Capítulo 24



Parte 1. Capítulo 26



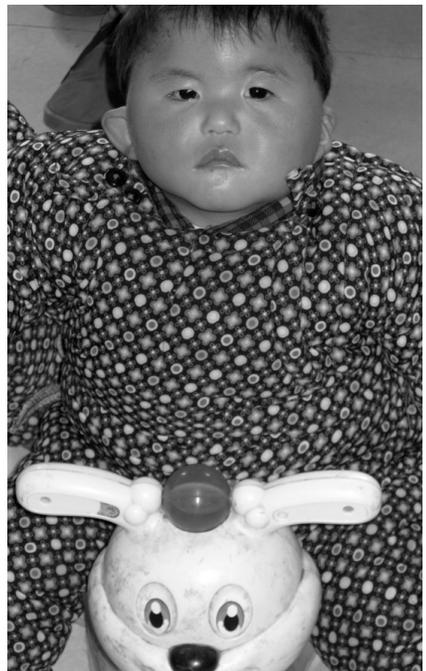
Parte 1. Capítulo 27



Parte 1. Capítulo 30



Parte 1. Capítulo 25



Parte 1. Capítulo 31



Parte 1. Capítulo 28



Parte 1. Capítulo 29



Parte 1. Capítulo 32



Parte 2. Capítulo 1



Parte 2. Capítulo 3



Parte 2. Capítulo 2



Parte 2. Capítulo 10



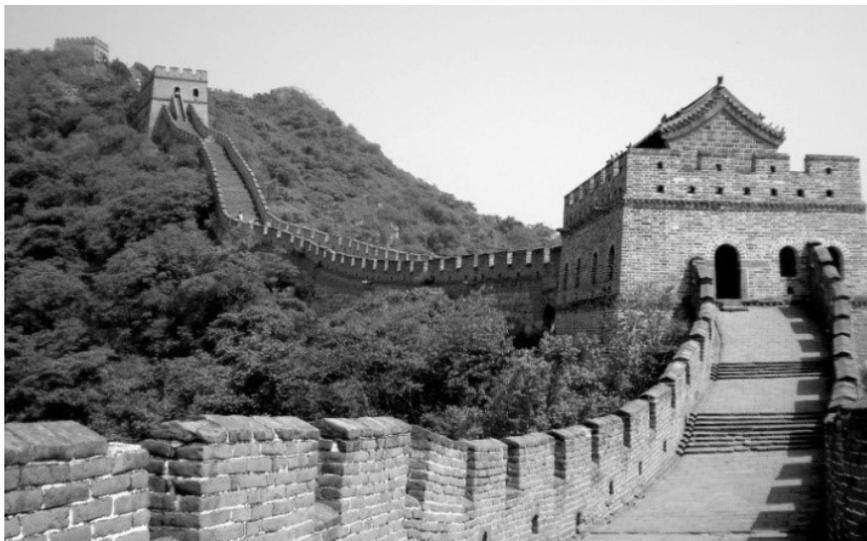
Parte 2. Capítulo 6



Parte 2. Capítulo 4



Parte 2. Capítulo 5



Parte 2. Capítulo 7



Parte 2. Capítulo 8



Parte 2. Capítulo 9



Parte 2. Capítulo 11



Parte 2. Capítulo 13



Parte 2. Capítulo 12



Parte 2. Capítulo 16



Parte 2. Capítulo 15



Parte 2. Capítulo 17



Parte 2. Capítulo 18



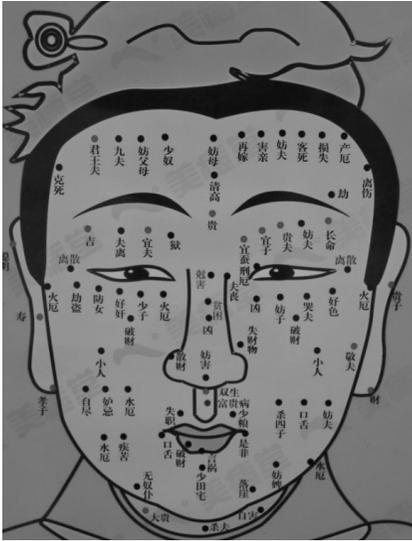
Parte 2. Capítulo 19



Parte 2. Capítulo 20



Parte 2. Capítulo 22



Parte 2. Capítulo 14



Parte 2. Capítulo 23



Parte 2. Capítulo 21



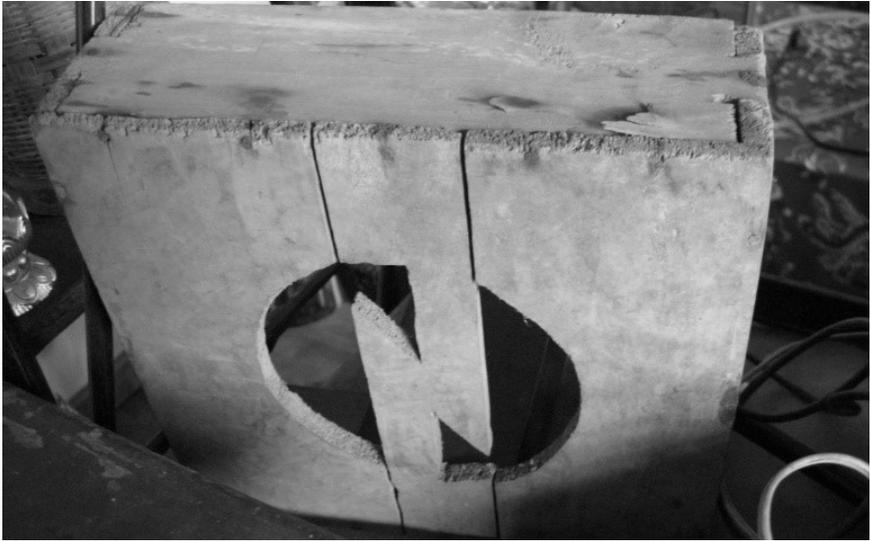
Parte 2. Capítulo 23



Parte 2. Capítulo 26



Parte 2. Capítulo 29



Parte 2. Capítulo 25



Parte 2. Capítulo 36



Parte 2. Capítulo 33



Parte 2. Capítulo 31



Parte 2. Capítulo 30



Parte 2. Capítulo 37



Parte 2. Capítulo 27



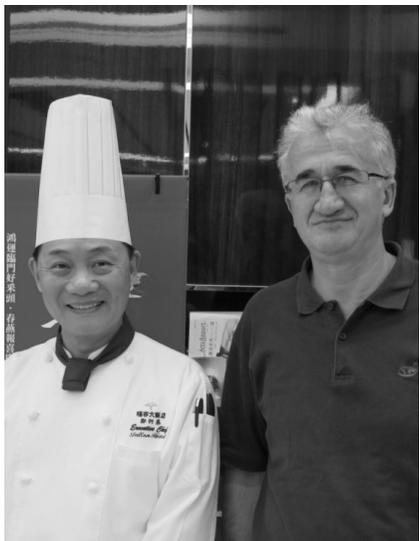
Parte 2. Capítulo 28



Parte 2. Capítulo 32



Parte 2. Capítulo 39



Parte 2. Capítulo 35



Parte 2. Capítulo 40



Parte 2. Capítulo 34



“¿Qué es más importante”, preguntó el Gran Panda,
“el viaje o el destino?”

“La compañía.” Dijo el pequeño Dragon.

Parte 2. Capítulo 41



Parte 2. Capítulo 38



La portada del libro pertenece a la colección de arte de dos buenos amigos, Francisco Rico Pérez y María Garrido, ésta ya descansa en la Casa del Padre. Su autor, YAO-SEN, lo pintó como «Homenaje al Arte Oriental de Enrique Reyzábal», que forma parte del Museo Ángel Ayala en constitución. La delicada escena mariana, la Virgen con libros, está plasmada por el artista en papel de arroz. Y las inscripciones en vertical, con idioma chino, dicen: «Nuestra Señora de los Buenos Libros. Una bendición para todos los estudiantes», en la parte superior; y «regalo del pintor Yao-Sen», en la inferior.

AGRADECIMIENTOS Y PORTADA DEL LIBRO

Mi más profundo agradecimiento a todas las personas que he encontrado en el mundo chino y que me han ayudado a conocer, acompañar y admirar las comunidades cristianas, especialmente las comunidades de las catacumbas, en China. Mil gracias a todas las personas que fueron motivo de inspiración para estas «Pinceladas chinas» y que a lo largo del espectro chino me acogieron en su vida, en sus comunidades cristianas y en sus hogares. Agradecimiento eterno a todos ellos por compartir aquello que anidaba en su corazón, sus expectativas, sus utopías y sus dificultades, y sobre todo su fe en un contexto hostil, adverso y de persecución.

Mi agradecimiento también a tantas personas, bienhechores y amigos que me insistieron en que se publicaran las «Pinceladas chinas», escritas mes a mes durante los últimos 10 años. Gracias, en especial, a los que hicieron posible que este libro vea la luz, aunando las «Pinceladas chinas» del primer libro y la segunda parte en un solo volumen.

Particularmente, agradezco a la ACdP por el interés en la publicación y por llevarlo a cabo con profesionalidad y en espíritu de fe en favor de la misión. Menciono y agradezco, en primer lugar, a Don Alfonso Bullón de Mendoza, presidente de la ACdP, su amistad y generosidad, y a Don Francisco Rico Pérez, profesor emérito de la Universidad Complutense, su interés y esfuerzo en que este libro se publicara. Y, con ambos, gracias a Don Rafael Murillo, secretario de la ACdP, y a Don Pablo Velasco, encargado del Departamento de Publicaciones de la ACdP. Sin su apoyo, ayuda e interés no hubiera sido posible la compilación de los dos volúmenes en uno solo.

Gracias también a todos los bienhechores, amigos e interesados en la misión de China, que mes a mes iban recibiendo las «Pinceladas chinas» y que compartían conmigo sus impresiones, comentarios y observaciones, siendo estímulo, fuerza y aliento en mi caminar misionero en el mundo chino.

También, mi agradecimiento al Hno. Aristides Holgado, mcccj, por revisar el manuscrito y por sus oportunas y acertadas observaciones

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN DE
PINCELADAS. DESDE CHINA CON AMOR,
DE CEU EDICIONES, EL DÍA 18 DE OCTUBRE 2021,
FESTIVIDAD DE SAN LUCAS, EVANGELISTA,
EN LOS TALLERES DE FORLETTER, S. A.
LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI

